Serhiy Zhadan

Voroshilovgrado

Traducción del ucraniano de Andrei Kozinets



VOROSHILOVGRADO

SERHIY ZHADAN

Traducción del ucraniano de Andrei Kozinets

Galaxia Gutenberg

UKRAINIAN
BOOK
INSTITUTE

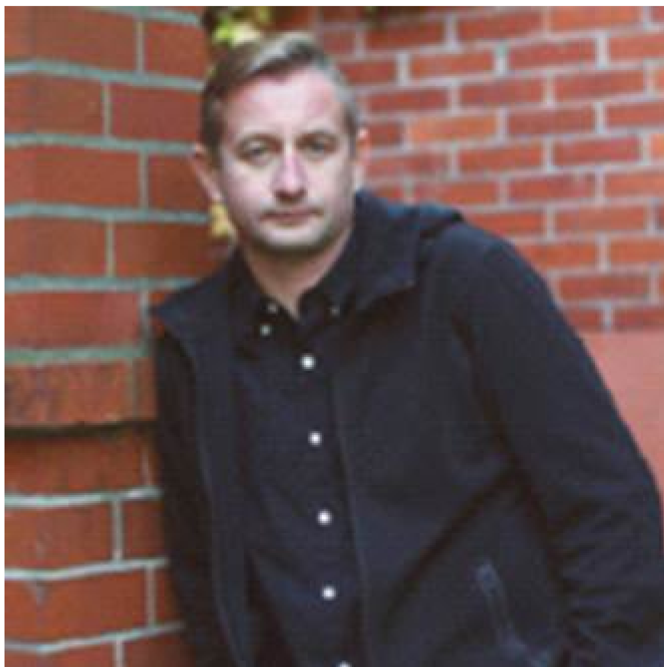
Este libro ha recibido una ayuda del Ukranian Book Institute.

La edición original ucraniana se publicó por Folio en Kharkiv, 2010,
bajo el título Ворошиловград
Traducción del ucraniano: Andrei Kozinets

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2023

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 978-84-19738-58-5


© Ekko von Schwichow

SERHIY ZHADAN

Considerado como uno de los escritores más importantes de Ucrania, Serhiy Zhadan nació en Starobilsk, cerca de Lugansk,en el este de Ucrania, en 1974, y estudió alemán en la Universidad de Járkiv. Desde principios de la década de 1990 es una de las figuras más influyentes de la escena de Járkiv, ciudad en la que reside actualmente. Debutó en la literatura a los diecisiete años y ha publicado numerosos volúmenes de poesía y prosa.

En 2022, Zhadan fue nombrado Personaje del Año por *Gazeta Wyborcza* (Polonia) y recibió el prestigioso Premio de la Paz de los libreros alemanes por su «destacada labor artística y su postura humanitària con la que se dirige a las personas que sufren la guerra, a quienes ayuda arriesgando su propia vida»

En su novela *Voroshilovgrado*, Serhiy Zhadan, uno de los escritores ucranianos más importantes de la actualidad, cuenta la historia de Herman, un joven que vive en Járkiv, una ciudad al noreste de Ucrania, que debe regresar a su tierra en Lugansk, en la región del

Donbás, porque su hermano, que tiene una gasolinera, ha desaparecido. Herman emprende un viaje por carretera hacia una zona árida, devastada y abandonada a su suerte. Cuando llega a la gasolinera, pronto tomará conciencia de que se halla en un no-lugar, donde sólo crecen matojos y hierbajos, a merced de las brumas y los vientos, y bajo un calor húmedo y sofocante que hace que la vida allí resulte insoportable. Herman deberá enfrentarse a numerosos desafíos, desde su día a día con los empleados, pasando por las amenazas de los mafiosos locales que quieren adueñarse de su negocio, hasta su relación con Olga, su contable, y con los lugareños recelosos. Zhadan construye un mundo en fuga, fantasmal, y a veces incluso delirante, de carreteras desiertas —a la manera de Cormac McCarthy—, acotado por la sobrecogedora visión de los extensos maizales que se pierden en el horizonte, donde Herman acabará comprendiendo que es precisamente ese lugar, y ningún otro, el que puede darle sentido a su vida.

Voroshilovgrado, galardonada con el premio suizo Jan Michalski 2014, y su sobrecogedora novela *Orfanato* —publicada también en Galaxia Gutenberg— han convertido a Zhadan en un autor de culto del panorama narrativo actual.

PRIMERA PARTE

1

El teléfono sólo sirve para comunicar todo tipo de desgracias. La voz suena a través del auricular distante y neutral; su neutralidad facilita la comunicación de malas noticias. Sé muy bien de lo que estoy hablando. Llevo toda mi vida peleándome con aparatos telefónicos, aunque sin mucho éxito. Los operadores de todo el mundo siguen espiando conversaciones telefónicas mientras anotan las palabras y frases más comprometidas; al mismo tiempo, sobre las mesillas de noche de las habitaciones de hotel sigue habiendo Biblias y guías telefónicas: objetos, todos ellos, imprescindibles para no perder la fe.

Yo dormía sin quitarme la ropa. Vestido con unos vaqueros y una camiseta holgada. Cuando me despertaba, deambulaba por la habitación, tropezaba con botellas de refresco vacías, vasos, latas y ceniceros, platos sucios de salsa, calzado; descalzo y malhumorado, pisaba manzanas, pistachos y dátiles pringosos parecidos a cucarachas. Cuando uno alquila un piso amueblado, intenta cuidar las cosas. Igual que un traficante, almacenaba en casa un montón de porquería, guardando bajo el sofá discos de vinilo y palos de hockey, ropa de mujer que alguien había dejado olvidada y señales de tráfico metálicas de grandes dimensiones que había encontrado en alguna parte. Era incapaz de deshacerme de alguna de aquellas cosas, puesto que no tenía claro cuáles eran de mi propiedad. Sin embargo, desde el primer día, desde el momento en que fui a parar a aquel apartamento, el teléfono estaba en el suelo, en medio de la habitación. Su voz y su silencio me irritaban. Antes de acostarme, lo cubría con una caja grande de cartón. Por la mañana, retiraba la caja y la sacaba al balcón. Mientras, el aparato diabólico seguía en medio de la habitación, su sonido discordante y exasperante siempre dispuesto a avisarme de que alguien necesitaba contactar conmigo.

Ahora alguien me estaba llamando de nuevo. Eran las cinco de la madrugada de un jueves. Salí de debajo de las sábanas, di un puntapié a la caja de cartón, cogí el teléfono y salí al balcón. La calle estaba silenciosa y desierta. Por la puerta lateral de la oficina bancaria de la esquina, salió un guardia de seguridad para fumarse un cigarrillo. Una llamada telefónica a las cinco de la madrugada no presagia nada

bueno. Conteniendo mi irritación, descolgué el auricular. Así fue como empezó todo.

—Colega. —Reconocí inmediatamente la voz de fumador de Kocha. Parecía que en lugar de pulmones, tuviera un par de altavoces viejos y hechos polvo.

—Her, colega, ¿estabas durmiendo? —Los altavoces crujían y escupían consonantes a las cinco de la madrugada de un jueves, no te jode—. ¿Her, hola?

—Hola —respondí.

—Colega —dijo Kocha, bajando un poco el tono—, Her.

—Kocha, son las cinco de la madrugada, ¿qué quieres?

—Her, oye. —La voz de Kocha adoptó un tono sibilante, propio de una confidencia—. No pretendía despertarte. Tenemos un problema. No he dormido en toda la noche, ¿lo pillas? Ayer llamó tu hermano.

—¿Y?

—La cosa es que… se ha marchado, Herman. —La respiración de Kocha se interrumpió, angustiosa.

—¿Quieres decir que se ha ido lejos? —Resultaba difícil adivinar los cambios de tono.

—Lejos, Herman —contestó Kocha. Cuando volvió a hablar, su voz vaciló—. No sé si a Berlín o a Ámsterdam, no lo tengo claro.

—¿Tal vez se ha ido a Ámsterdam vía Berlín?

—Puede ser, Her, puede ser —soltó Kocha.

—¿Y cuándo volverá? —pregunté, relajándome un poco. Empecé a pensar que Kocha sólo me ponía al día de las últimas novedades de la familia.

—Al parecer, nunca. —La voz volvió a vacilar.

—¿Cómo?

—Te he dicho que nunca, Her. Se ha marchado para siempre. Ayer me llamó y me pidió que te lo dijera.

—¿Cómo que para siempre? —No entendía nada—. ¿Va todo bien por allí?

—Sí, colega, todo va bien. —Kocha elevó el tono de voz—. Va todo bien. Sólo que tu hermano me ha dejado aquí solo con todo el trabajo, ¿entiendes? Y yo, Her, ya soy mayor para poder hacerme cargo yo solito.

—¿Cómo que te ha dejado solo? —No entendía nada—. Pero ¿qué te dijo?

—Me dijo que estaba en Ámsterdam y me pidió que te avisara. Dijo que no volvería.

—¿Y la gasolinera?

—Pues, según parece, Her, de la gasolinera me tengo que ocupar yo. Sólo que yo… —Kocha volvió a adoptar un tono de confidencia— no voy a ser capaz. Tengo problemas de sueño. Ya lo ves, son las cinco

de la mañana y sigo despierto.

—¿Hace mucho que se ha ido? —lo interrumpí.

—Hará una semana —contestó Kocha—. Creía que ya lo sabías. Menudo problema.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—No lo sé, Her, colega, no lo sé. No dijo nada a nadie, simplemente se marchó. Tal vez no quería que nadie lo supiera.

—¿Que no supiera el qué?

—Pues, que se largaba —aclaró Kocha.

—¿Y a quién le iba importar que se largara?

—No lo sé, Her —dijo Kocha, mostrándose esquivo—, no lo sé.

—Kocha, ¿qué está pasando?

—Her, ya me conoces —murmuró Kocha—. Yo no me meto en los negocios de tu hermano. No me dio ninguna explicación. Se largó sin más. Y yo solo, colega, no soy capaz de hacerme cargo. ¿Por qué no vienes y lo solucionas?

—¿Solucionar el qué?

—¡Y yo qué sé! ¿Seguro que no te dijo nada?

—Kocha, hace seis meses que no lo veo.

—Pues no sé. —Kocha estaba desconcertado—. Her, colega, tú ven porque yo solo no soy capaz, entiéndeme.

—Kocha, deja de marearme —le dije al final—. ¿Puedes explicarme de una vez qué es lo que está pasando?

—Her, todo está bien. —Kocha carraspeó—. Está todo en orden. Bueno, yo ya te he avisado, tú verás lo que haces. Voy a colgar que tengo a unos clientes. Que te vaya bien, colega, que te vaya bien. —Kocha colgó.

«Eso es, tiene a unos clientes que atender —pensé—, a las cinco de la mañana.»

Alquilábamos dos habitaciones en un viejo piso comunal desocupado. Se hallaba en pleno centro de la ciudad, con un patio en la parte delantera, tranquilo y rodeado de tilos. Lólek ocupaba un cuarto de paso, más próximo al pasillo, y yo vivía en la habitación del fondo que tenía salida al balcón. El resto de las habitaciones estaban cerradas a cal y canto. Nadie sabía lo que se escondía detrás de aquellas puertas. Nuestro casero era Fiódor Mijáilovich, un anciano pensionista, un viejo zorro, que había sido vigilante de seguridad de un camión blindado. Yo lo apodaba «Dostoyevski». En la década de los años noventa, él y su mujer pensaron en emigrar al extranjero. Con ese fin, Fiódor Mijáilovich hizo todos los trámites. Sin embargo, una vez que obtuvo el pasaporte, cambió de idea de repente, pues creyó que había llegado el momento de pasar página, pero sin salir del país. Su mujer acabó marchándose al extranjero, mientras que él se quedó

en Járkiv, con el pretexto de custodiar el piso. En cuanto olió la libertad, Fiódor Mijáilovich nos alquiló las habitaciones mientras pasaba a la clandestinidad yendo de un piso franco a otro. La cocina, los pasillos e incluso el cuarto de baño de aquella vivienda ruinosa estaban atestados de muebles de la época de preguerra, libros viejos y pilas de ejemplares de la revista *Ogoniok*.[1] Sobre las mesas, las sillas o directamente en el suelo, se habían ido amontonando la vajilla y los trapos multicolores; a esos últimos Fiódor Mijáilovich les tenía apego y nos había prohibido que los tiráramos a la basura. Como nosotros tampoco teníamos intención de hacerlo, fuimos incorporando nuestra propia porquería a la suya. Los armarios, las estanterías y los cajones de la cocina estaban atestados de botellas y botes de cristal oscuro en los que centelleaban restos de aceite y de miel, de vinagre y de vino tinto, y que nosotros utilizábamos de ceniceros. Sobre la mesa, rodaban nueces y monedas de cobre, corchos y botones de capotes militares; de la lámpara de araña, colgaban las corbatas viejas de Fiódor Mijáilovich. Éramos tolerantes con nuestro casero y sus tesoros de pirata: las estatuillas de Lenin fabricadas en porcelana, los pesados tenedores de plata falsa, las cortinas polvorientas por donde se colaba un sol de color mantequilla ahuyentando el aire enrarecido. Por las noches, sentados en la cocina, leíamos las anotaciones de Fiódor Mijáilovich que había escritas en las paredes, los números de teléfono, las direcciones, los esbozos de rutas de autobús trazados con un lápiz sobre el empapelado; mirábamos los recortes de calendarios y las fotos de familiares anónimos que había clavado con chinchetas en la pared. Tenían un aspecto austero y solemne, a diferencia del propio Mijáilovich que, de vez en cuando, se dejaba caer por su cálido hogar, luciendo unas sandalias de cuero que crujían al caminar y una gorra molona. Venía para recoger los envases que habíamos ido acumulando en el piso y, después de cobrarnos el alquiler, volvía a desaparecer por entre los tilos del patio. Era el mes mayo, prevalecía el buen tiempo, el patio iba cubriéndose de hierba. A veces, parejas cautelosas entraban en el patio durante la noche para hacer el amor sobre el banco tapizado de alfombras viejas. Otras veces, al despuntar el día, los guardias de la oficina bancaria se sentaban en el banco para fumar unos porros tan largos como los amaneceres de mayo. Durante el día, perros callejeros entraban corriendo en el patio y olfateaban todos aquellos rastros del amor para luego regresar a las calles céntricas de la ciudad. El sol salía justamente por encima de nuestro edificio.

Cuando entré en la cocina, Lólek había abierto la nevera, ataviado con su traje habitual: americana oscura, corbata gris y un pantalón demasiado holgado que le caía como una bandera en un día sin viento. Abrí la nevera y observé los estantes vacíos.

—Hola —le saludé, dejándome caer sobre la silla. Lólek se sentó

enfrente, con cara de disgusto, sin soltar el tetrabrik de leche—. ¿Sabes? —le dije—, tenemos que ir a ver a mi hermano.

—¿Por qué? —preguntó sin entender.

—Porque sí. Porque lo quiero ver.

—¿Qué pasa con tu hermano? ¿Tiene problemas?

—No, no pasa nada. Está en Ámsterdam.

—Entonces ¿quieres ir a verlo a Ámsterdam?

—A Ámsterdam, no. A su casa. ¿Vamos este fin de semana?

—No sé —vaciló Lólek—. El fin de semana pensaba llevar el coche al mecánico.

—Precisamente, mi hermano trabaja en un taller. ¡Vamos!

—Bueno, no lo sé —dijo Lólek, vacilante—. ¿No sería mejor que lo llamaras antes por teléfono? —Y después de apurar la leche añadió—: Date prisa, ya vamos con retraso.

A lo largo del día llamé varias veces a mi hermano. Me quedaba escuchando la señal en el auricular. Nadie contestaba. A media tarde llamé a Kocha. El resultado fue el mismo. «Qué raro —pensé—, es posible que mi hermano no coja el teléfono por el *roaming*, pero Kocha, en cambio, sí que debería estar en el trabajo.» Por la noche llamé a mis padres. Descolgó mi madre.

—Hola —dije—. ¿Ha llamado mi hermano?

—No —dijo—. ¿Por qué?

—No, por nada —respondí y cambié de tema.

A la mañana siguiente, en la oficina, volví a abordar a Lólek.

—Eh, Lólek —le dije—. Entonces ¿vamos?

—No creo —empezó a quejarse este—. Déjalo correr, mi coche no es nuevo que digamos, ¿y si nos deja tirados por el camino?

—Lólek —insistí—, mi hermano te dejará el coche como nuevo. Échame una mano, anda. No permitirás que vaya en tren, ¿verdad?

—Bueno, no lo sé. ¿Y qué pasa con el curro?

—Pero si mañana es fin de semana, no me jodas.

—No sé —volvió a dudar Lólek—. Tengo que hablar con Boria. Si este no me carga de trabajo…

—Vamos a hablar con él —dije, arrastrando a Lólek al despacho vecino.

Boria y Liosha, «Bólek y Lólek»,[2] eran primos hermanos. Los conocía desde mi época de universitario, nos licenciamos juntos en la Facultad de Historia. No guardaban ningún parecido físico entre sí. Boria tenía aspecto de pijo, era flaco, llevaba pelo corto y lentillas y, probablemente, se hacía la manicura. Liosha, por el contrario, era fornido y algo lento, gastaba ropa de oficina barata, se cortaba el pelo muy de vez en cuando y seguía llevando gafas de montura metálica

porque no quería gastarse dinero en lentillas. Boria tenía un aspecto más cuidado, mientras que Liosha inspiraba seguridad. Boria era medio año mayor que Liosha, quizá por ello debía de sentirse responsable de su primo, tenía una especie de complejo de hermano mayor. Provenía de una familia bien. Su padre había sido funcionario de las juventudes comunistas. Más tarde haría carrera en un partido político, llegando a ostentar el cargo de jefe de la administración regional, antes de pasar a la oposición. Desde hacía un tiempo, trabajaba en la oficina del gobernador civil. Liosha, en cambio, venía de una familia humilde. Su madre era maestra de escuela y el padre, ya desde la década de los años ochenta, trabajaba de obrero de la construcción en una cuadrilla itinerante en algún lugar de Rusia. Como su familia residía en una ciudad de provincias en la región de Járkiv, a Lólek se le consideraba una especie de pariente pobre, lo que despertaba el cariño de los demás, o eso era lo que él creía. Tan pronto como se graduó, Boria se incorporó a los negocios del padre, a diferencia de nosotros dos, Lólek y yo, que deseábamos independizarnos por nuestra cuenta. Así las cosas, trabajamos en una agencia publicitaria, en un periódico de anuncios gratuitos, en la secretaría de prensa del Congreso de los Nacionalistas e incluso montamos nuestra propia agencia de apuestas que quebró en menos de dos meses. Unos años atrás, preocupado por nuestra penosa existencia y haciendo honor a nuestro pasado común de jóvenes estudiantes alocados, Boria nos ofreció trabajar con él para la administración regional. Su padre había registrado a nombre de su hijo varias asociaciones juveniles con el objetivo de desviar, mediante su estructura financiera, distintas subvenciones estatales y blanquear dinero, que si bien no se trataba de cantidades elevadas sí eran constantes. Y así fue como empezamos a trabajar los tres juntos. Nuestra labor era extraña e impredecible. Corregíamos discursos políticos, impartíamos talleres de liderazgo para jóvenes y cursillos de capacitación para observadores electorales, elaborábamos programas para nuevos partidos políticos, cortábamos leña en la dacha del padre de Bólek, interveníamos en los platós de televisión en defensa de la democracia y, al mismo tiempo, no parábamos de blanquear, blanquear y blanquear el dinero que pasaba por nuestras cuentas. Mi tarjeta de visita me acreditaba como «experto independiente». Un año después, pude comprarme un buen ordenador mientras que Lólek se hacía con un Volkswagen hecho polvo. Compartíamos piso. Boria venía a menudo, se sentaba en el suelo de mi habitación, cogía el teléfono y llamaba a prostitutas. En definitiva, nuestro espíritu de equipo gozaba de buena salud. Lólek no quería a su primo hermano. A mí, por lo visto, tampoco. Pero como ya llevábamos varios años compartiendo piso, nuestra relación era buena, incluso de confianza.

Él me prestaba constantemente ropa y yo a él, dinero, con la diferencia de que yo la ropa siempre se la devolvía. Durante los últimos meses, él y su primo hermano iban tramando algo: se trataba de un nuevo negocio familiar, creo, pero yo opté por desentenderme del asunto, puesto que había dinero del partido de por medio y nadie sabía cómo acabaría aquello. Yo prefería mantener mis ahorros a salvo de aquellos dos, un fajo de dólares que escondí entre las páginas de un libro de Hegel en la estantería. Solía confiar en ellos, aunque era consciente de que había llegado el momento de buscar un trabajo decente.

Boria estaba en su despacho, leyendo unos papeles. Sobre su escritorio había unas carpetas con los resultados de unas encuestas sociológicas. En cuanto nos vio entrar, abrió la página oficial de la administración provincial en el ordenador.

—Ah, sois vosotros —dijo alegremente como le correspondía a un verdadero jefe—. ¿Qué hay? —preguntó—. ¿Cómo van las cosas?

—Boria —comencé—, queremos visitar a mi hermano. Lo conoces, ¿verdad?

—Sí —confirmó Bólek, examinando sus uñas.

—¿Tenemos algo para mañana?

Bólek se quedó pensativo un instante, volvió a examinarse las uñas y luego escondió las manos detrás de la espalda con un gesto brusco.

—Mañana es fin de semana —dijo.

—Entonces vamos —le dije a Liosha, y me volví hacia la puerta.

—Un momento —dijo de pronto Bólek—. Yo también iré con vosotros.

—¿Estás seguro? —le pregunté algo incrédulo.

No tenía ganas de que viniera. Lólek, por lo que percibí, se puso tenso.

—Pues sí —se reafirmó Bólek—, iremos juntos. No tenéis ningún inconveniente, ¿verdad?

Lólek guardó silencio, algo contrariado.

—Boria, ¿por qué quieres ir? —pregunté.

—Porque sí —respondió Bólek—. No seré una molestia.

A Lólek, al parecer, no le gustaba la idea de viajar en compañía de su primo hermano, que pretendía vigilarlo de cerca y controlarle cada paso.

—Eso sí, tenemos que salir muy temprano —dije con intención de disuadirlo—. Sobre las cinco de la mañana.

—¿A las cinco? —preguntó perplejo Lólek.

—¡A las cinco! —exclamó incrédulo Bólek.

—A las cinco —reiteré, y me dirigí hacia la puerta.

«Total —pensé—, que se arreglen entre ellos.»

Por la tarde seguí llamando a Kocha. Nadie respondió. «Quizá haya muerto», pensé. Y luego reparé en que, de hecho, esperaba que fuera verdad.

Por la noche, Lólek y yo estábamos sentados en la cocina de casa.

—Oye —intervino de pronto—, ¿no sería mejor que nos quedáramos en casa? ¿Por qué no intentas llamar otra vez?

—Liosha —insistí—, sólo vamos a ir un día. El domingo estaremos de vuelta. No te preocupes.

—Tú tampoco —repuso.

—Está bien —concluí.

Pero ¿qué hay de bueno en todo esto? Yo tenía treinta y tres años. Llevaba mucho tiempo viviendo por mi cuenta, bastante feliz. A mis padres los veía poco. Mantenía una buena relación con mi hermano. Tenía un título universitario que no servía para nada. Tenía un trabajo dudoso. Disponía de dinero suficiente para cubrir mis necesidades. Era demasiado tarde para acostumbrarse a cualquier otra cosa. Todo cuadraba. Lo que no me cuadraba, lo dejaba al margen. Hacía una semana que mi hermano había desaparecido. Desapareció sin avisarme. Creo que he triunfado en mi vida.

El aparcamiento estaba vacío, lo que hizo que pareciéramos algo sospechosos. Boria se retrasaba. Insistí a Lólek que nos fuéramos sin él, pero este se resistía. Hizo tiempo yendo a la máquina de café que se hallaba en el centro comercial, donde entabló conversación con el personal de seguridad, dos guardias que vivían allí mismo, bajo los grandes neones del supermercado. La luz del amanecer otorgaba un tono amarillento a los escaparates. El supermercado parecía un trasatlántico varado. De vez en cuando, jaurías de perros callejeros cruzaban el aparcamiento husmeando, desconfiados, el asfalto húmedo y alzaban sus morros hacia el sol de la mañana. Lólek, despatarrado en el asiento del conductor, fumaba un cigarrillo tras otro mientras manoseaba el móvil intentando contactar con su primo hermano. Desde hacía un tiempo, se llamaban a menudo, pero sus conversaciones apresuradas acababan en eternas disputas. Como si no se fiaran el uno del otro. Lólek fue a buscar otro café, que se le derramó, ensuciándole el traje cuando regresaba. Después de limpiar los manchurrones con unas toallitas húmedas, maldijo a su primo por su impuntualidad. A Lólek nunca se le veía cómodo: en verano, sudaba a chorros; en invierno, se congelaba; no terminaba de encontrar la postura correcta cuando se sentaba al volante; vestido con traje, se sentía inseguro. Su primo hermano lo agobiaba: lo presionaba para que se asociara con él en un negocio dudoso. Yo le

sugería que no invirtiera, pero Lólek hacía oídos sordos a mis consejos. La posibilidad de ganar dinero fácil lo ofuscaba. Así que no me quedaba otra que preservarme, con actitud condescendiente, de sus tejemanejes financieros, mientras me felicitaba por no haberme dejado engatusar por los primos hermanos que me querían de socio en sus negocios turbios. Mientras esperábamos a Bólek, yo también había ido a por un café. Charlé un rato con los guardias del centro comercial y obsequié a los perros con unas patatas chips. Ya era hora de irse, pero Lólek no se veía capaz de marcharse sin su primo hermano.

Apareció corriendo por detrás de una esquina, mientras miraba a su alrededor, desorientado, y ahuyentaba a los perros. Lólek tocó la bocina, Boria nos vio y echó a correr hacia el coche. Los perros lo siguieron, con el rabo desmochado entre las patas. Abrió la puerta de atrás y, de un salto, se subió al coche. Como era su costumbre, iba con traje y camisa, una camisa de color verde, bastante arrugada.

—Boria —le espetó Lólek—, ¡maldita sea!

—Joder, Liosha —repuso Bólek—, déjame en paz.

Después de saludarme, Bólek sacó varios CD de un bolsillo de su americana.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—He grabado algo de música —explicó Bólek—. Para escucharla durante el viaje.

—Si yo tengo mi propio reproductor de CD —repuse.

—No pasa nada, los escucharé con Liosha.

Liosha reaccionó haciendo una mueca.

—Lólek, dime una cosa —dije soltando una carcajada—, ¿es tu primo quien decide qué música debes escuchar?

—Ese, no decide nada —dijo Lólek, ofendido.

—Al menos dinos qué música tienes —me interesé.

—Charlie Parker.

—¿Y nada más?

—Pues, no. Diez CD de Parker. No encontré nada más interesante —aclaró Bólek.

—Gilipollas —se limitó a decir Lólek.

Y nos pusimos en marcha.

Con la música a tope, el Volkswagen vibraba como una lata de conservas que alguien golpeara con un palo. Boria, acomodado en el asiento de atrás, se aflojó el nudo de la corbata y, con la mirada tensa, se puso a contemplar los barrios dormitorio que íbamos atravesando. Después de pasar por delante de una fábrica de tractores y de un mercadillo, por fin, dejamos atrás, la circunvalación. Una vez ya en las afueras de la ciudad, tomamos dirección sudeste. En un puesto de

control había un grupo de policías de tráfico. Uno de ellos nos dirigió una mirada perezosa y como no vio nada que le llamara la atención, se desentendió y se puso a hablar con el resto de compañeros. Intenté imaginarme cómo nos habría visto: unos tíos que viajan en un Volkswagen negro de segunda mano que les han vendido unos socios; visten trajes de mercadillo; sus zapatos son de la colección del año pasado; llevan unos relojes comprados en rebajas; los mecheros se los regalaron unos compañeros de trabajo con motivo de una fiesta; las gafas de sol son de supermercado. En general, productos baratos todos ellos, aunque fiables, ni demasiado gastados ni demasiado llamativos: nada superfluo ni especial. Vamos, no hay razón para detener a esos tipos. Ni siquiera nos merecíamos una multa.

Las colinas verdes se extendían a ambos lados de la carretera; el mes de mayo era cálido y ventoso; los pájaros volaban en bandadas ruidosas a través de los campos y a merced de las corrientes. Blancos bloques de viviendas relucían en el horizonte; un sol rojo, parecido a una pelota de baloncesto incandescente, llameaba sobre ellos.

—Tenemos que repostar —comentó Lólek.

—Pronto llegaremos a una gasolinera —dije.

—Necesito beber algo —dijo Bólek.

—Toma un poco de anticongelante —le propuso su primo.

Una vez en la gasolinera, Boria y yo fuimos a la tienda para tomar un café. Mientras Lólek repostaba, nos quedamos fuera, donde había unas mesas de plástico. Un maizal se extendía al otro lado de la valla metálica. El verdor de mayo, pringoso y omnipresente, quemaba las retinas. En el aparcamiento, varios camiones estaban estacionados, cuyos conductores, probablemente, estarían durmiendo a pierna suelta dentro de la cabina. Boria se acercó hasta la mesa más próxima, limpió la silla de plástico con una servilleta y se sentó con aprensión. Yo también me senté. Al poco tiempo vino Lólek.

—Hecho —dijo—. Ya podemos irnos. ¿Cuánto nos queda todavía?

—Unos doscientos kilómetros —respondí—. En un par de horas habremos llegado.

—¿Qué estás escuchando? —preguntó Lólek señalando el reproductor de CD portátil que tenía sobre la mesa.

—Un poco de todo —dije—. ¿Por qué no te compras uno?

—Porque tengo uno en mi coche.

—Por eso escuchas lo que te graba tu primo.

—Le grabo buena música —intervino Bólek, a la defensiva.

—Yo escucho la radio —dijo Liosha.

—Si yo fuera tú no escucharía el gusto musical de la radio —le dije a Lólek—. Uno debe escuchar la música que le gusta.

—Lo que tú digas, Herman —protestó Bólek—. Hay que fiarse de

los demás. ¿Verdad, Liosha?

—¡Ajá! —exclamó Lólek, sin demasiada convicción.

—De acuerdo —dije—. Me trae sin cuidado. Escuchad lo que os dé la gana.

—Herman, eres demasiado desconfiado —apuntó Bólek—. No te fías ni de tus socios. Eso no está bien. Aun así, siempre puedes contar con nosotros. Y, por cierto, ¿adónde vamos?

—A casa. Confía en mí.

«Es mejor llegar cuanto antes —pensé—. Porque quién sabe cuánto tiempo estaremos allí atrapados.»

Boria me pasó algunos CD de Parker. Los escuché uno tras otro, sin rechistar. Con su saxo alto, Parker hacía pedazos el aire: el sonido estallaba como un arma química que aniquilase un campamento enemigo. Era como si estuviera apagando una llama dorada de ira divina mientras sus dedos de piel negra hurgan en las llagas inflamadas del aire, extrayendo monedas de cobre y frutos secos. A medida que terminaba de escuchar los discos, iba metiéndolos dentro de mi andrajosa mochila de cuero. Una hora más tarde, pasamos por el primer pueblo con el que nos encontramos. Después de cruzar el centro y luego un puente, nos topamos con un accidente de tráfico: un camión estaba atravesado en medio del puente y bloqueaba por completo la circulación en ambas direcciones. Los vehículos, una vez que entraban en el puente, se quedaban atrapados en una trampa que se les había tendido hábilmente: no se podía avanzar ni tampoco retroceder. Los coches tocaban sus bocinas; los conductores que se hallaban más próximos al lugar del accidente salían de sus vehículos para averiguar qué había pasado. El camión accidentado era un viejo transporte avícola. Estaba recubierto de plumas que se habían quedado pegadas a su carrocería, iba cargado hasta los topes de jaulas de gallinas. Había cientos de ellas. En su interior, se agitaban, batiendo las alas y moviendo los picos, grandes aves obesas. Al parecer, el camión habría chocado contra la barandilla metálica que separaba la calzada de la parte peatonal del puente. El vehículo habría volcado, obstaculizando el paso. A raíz del choque, las jaulas superiores, se habían desparramado sobre el asfalto, y las gallinas, sueltas, iban y venían, desconcertadas, por la calzada, saltaban sobre los capós de los coches, se posaban sobre el quitamiedos del puente y se ponían a empollar bajo las ruedas de los camiones. Tras el accidente, el conductor se había dado a la fuga y, además, se había llevado las llaves del camión. Dos policías daban vueltas alrededor del vehículo siniestrado sin saber qué hacer. Se ensañaron con las gallinas mientras intentaban dispersarlas. Luego interrogaron a los testigos con el fin de obtener alguna información sobre el conductor fugado. Los

testigos se contradecían: mientras uno afirmaba que lo había visto saltar al agua, otro decía que lo había visto subir a un camión que pasaba por ahí. Hubo quien aseguró incluso, susurrando, que, antes de que se produjera el accidente, no había nadie al volante del vehículo. Los policías, completamente desconcertados, trataban de comunicarse por radio con la jefatura superior de tráfico.

—Bueno, aquí tenemos para rato —dijo Liosha después de haber hablado con los policías—. Están intentando conseguir una grúa. Pero como hoy es festivo, no van a conseguir una mierda.

Detrás de nosotros ya se había formado una caravana, y el número de vehículos no cesaba de aumentar.

—¿Quizá podríamos dar un rodeo? —propuse.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó Liosha de malhumor—. Ahora ya no podemos salir de aquí. Deberíamos de habernos quedado en casa.

De pronto, cayó a plomo una gallina bien cebada sobre el capó de nuestro coche. Después de dar unos pasos, se quedó quieta.

—Eso significa que la muerte es inminente —comentó Bólek a propósito del ave—. Me pregunto si por aquí cerca habrá alguna tienda que tenga neveras.

—¿Quieres comprarte una? —le preguntó su primo.

—No, lo que quiero es agua fría —aclaró Bólek.

Liosha tocó la bocina. La gallina, sobresaltada, aleteó las alas y voló por encima de la barandilla, desapareciendo rumbo a ninguna parte. Tal vez fuera aquella la única manera de enseñarles a volar.

—De acuerdo —dije—, vosotros regresad y yo me voy.

—Pero ¿adónde te vas? —preguntó Lólek, que no entendía nada—. Quédate aquí. Ahora vendrá la grúa y se llevará ese trasto; luego, daremos media vuelta y regresaremos a casa.

—Volved solos. Yo iré caminando y ya encontraré a alguien que me lleve.

—Espera —se inquietó Lólek—. No vas a encontrar a nadie.

—Lo conseguiré —dije—. Y mañana volveré. Tened cuidado en la carretera.

Los policías estaban muy nerviosos. Uno de ellos cogió una gallina y, agarrándola de una pata, le propinó un buen puntapié. El ave se elevó como un balón de fútbol, pasando por encima de varios coches, para acabar desapareciendo bajo las ruedas de uno de ellos. Su compañero, en un ataque de ira, también agarró una gallina, la lanzó al aire, dejándola caer y, con el pie derecho, la golpeó enviándola zumbando hacia el cielo de mayo. Después de saltar la barandilla, rodeé el camión accidentado, me abrí paso entre los conductores y crucé el puente para emprender la carretera de la mañana.

Luego me detuve un buen rato bajo el cielo cálido, cerca de la carretera desierta, que parecía el metro a medianoche. El ambiente era igual de desolador, y la espera, igual de interminable. Pasado el cruce, en la salida del pueblo, había una parada de bus que había sido objeto de vandalismo: las paredes estaban pintarrajeadas de negro y rojo; el suelo de tierra sembrado de cristales; en la parte baja del muro, brotaban unos hierbajos oscuros que servían de escondite a lagartijas y arañas. Decidí no refugiarme bajo aquella estructura ruinosa, opté por colocarme en la sombra que proyectaba una de las paredes, y esperé. Tuve que esperar mucho. De vez en cuando veía pasar camiones, que se dirigían en dirección al norte dejando nubes de polvo y una sensación de desaliento tras su paso. En dirección contraria, en cambio, no pasaba nadie. La sombra fue desapareciendo poco a poco bajo mis pies. Estaba ya a punto de rendirme, mientras calculaba cuánto tiempo me tomaría el viaje de vuelta y especulaba sobre el paradero de mis amigos Lólek y Bólek, cuando un autobús Ikarus color sangre, pitando con desespero y escupiendo gases, apareció a toda velocidad de entre las rocas y prados a lo largo de la orilla del río. Se balanceó un poco, rodando sobre dos ruedas momentáneamente, luego se puso a cuatro patas como un perro sacudiéndose después del baño, recuperó con dificultad la respiración, redujo la marcha y llegó arrastrándose hacia mí. Fue tan repentina su aparición que me cogió por sorpresa, me quedé paralizado contemplando aquel armatoste salpicado de polvo, sangre y fuel. El autobús se deslizó despacio hasta la parada, donde se detuvo haciendo rechinar todas sus piezas. Las puertas se abrieron. Desde el interior, emanó un tufo a muerte y nicotina. El conductor, con el torso desnudo y la piel bañada en sudor debido al bochorno, se enjugó la frente antes de gritarme:

—Y bien, hijito, ¿subes?

—Sí —respondí, y así lo hice.

No había asientos libres. Todos estaban ocupados por gente somnolienta e inerte. Allí había mujeres en sujetador y chándal, con maquillaje llamativo y largas uñas postizas; hombres con mariconeras y tatuajes, también en pantalones de chándal y zapatillas deportivas de fabricación china; críos con gorras de beisbol y prendas de deporte, armados con bates y puños de metal. Todos dormían o lo intentaban, de modo que ninguno me hizo caso. Y para colmo, una música india que sonaba a todo volumen como una bandada de colibrís revoloteando dentro del autobús, empeñada en escapar de aquella dulce cámara de la muerte. Sin embargo, esa música no parecía incordiar a nadie. Después de recorrer en vano el pasillo en busca de un asiento libre volví junto al conductor. El parabrisas estaba profusamente adornado con iconos ortodoxos y todo tipo de amuletos,

que parecían evitar que aquel armatoste se viniera abajo definitivamente. Osos de peluche y esqueletos de arcilla con costillas rotas; collares con cabezas de gallo y banderines del Manchester United; fotos pornográficas; retratos de Stalin e imágenes fotocopiadas de San Francisco pegadas al cristal con cinta adhesiva. También había mapas de carreteras; varios ejemplares de la revista pornográfica *Hustler*, que el conductor utilizaba para matar moscas; linternas; navajas con restos de sangre; manzanas infestadas de gusanos y pequeños iconos de madera con efigies de santos mártires. El conductor, entretanto, resollaba mientras agarraba el volante con una mano y sostenía una botella grande de agua con la otra.

—¿Qué pasa, hijito? —preguntó—. ¿Está todo ocupado?

—Sí.

—Ponte aquí, a mi lado, si no yo también me dormiré. Esos no tienen de qué preocuparse, pero yo soy el responsable.

—¿Responsable de qué?

—De la mercancía, hijito, de qué va a ser —dijo en tono confidencial.

Y a continuación me contó su triste historia. Los pasajeros eran pequeños comerciantes procedentes de la región del Donbás, familias enteras. Dos días antes, habían ido a Járkiv para abastecerse de género: trajes de deporte, zapatillas chinas y porquerías por el estilo. Después iniciaron el camino de vuelta a casa. Pero antes de que recorriera los primeros metros, el autocar se averió —el chasis, hijito, la suspensión está jodida, qué quieres: el coche pasó la última revisión antes de los Juegos Olímpicos de Moscú, ¡hay que ver!—. Así que pasamos la noche a un lado de la carretera. Mientras el conductor se deslizaba como una culebra entre las ruedas, los pequeños comerciantes montaron guardia, hicieron fuego hasta el amanecer y cantaron acompañándose de una guitarra; incluso consiguieron divertirse. Por la mañana, el conductor fue hasta el pueblo más cercano y trajo a unos granjeros con un tractor. Los granjeros remolcaron el autocar hasta los talleres de la estación de tren más próxima. Allí pasaron el día y otra noche. Los comerciantes se resistían a dormir mientras custodiaban la mercancía y cantaban al son de la guitarra, sólo un momento fueron hasta la estación para comprar alcohol y cuerdas nuevas. Finalmente, el conductor logró reparar la avería, dispuso a los comerciantes lo mejor que pudo en el vehículo y retomó aquel aciago viaje en dirección a su amada ciudad minera en la región del Donbás. Cuando vio el accidente cerca del puente, no perdió la calma, dio media vuelta con la intención de llegar al otro lado del río por carreteras secundarias. Ya nada podía detenerle, al menos eso decía.

El autocar resollaba intentando superar una suave subida. Delante,

un amplio valle soleado, lleno de maizales verde claro y barrancos dorados, se extendía ante nosotros. El conductor hizo avanzar el vehículo con decisión. Luego, apagó el motor y se relajó. El vehículo comenzó a deslizarse cuesta abajo igual que una avalancha de nieve provocada por un grupo de turistas japoneses gritando en la cima de una montaña. El viento silbaba rozando los laterales calientes del vehículo; los insectos chocaban contra el parabrisas como gotas de lluvia de mayo. Avanzábamos cuesta abajo ganando cada vez más velocidad entre las voces flotantes de unos cantantes indios que nos auguraban una vida larga y feliz y una muerte indolora. Una vez que llegamos al fondo del valle, el autocar remontó la pendiente por la fuerza de la inercia, momento en que el conductor trató de volver a arrancar el motor. El Ikarus sufrió una sacudida violenta: los hierros crujieron al rozarse y el vehículo se detuvo en seco. El conductor se quedó callado, presa del desconcierto. Me sentí demasiado incómodo para hablar. Exhausto, dejó caer la cabeza sobre el volante. De vez en cuando se le caían los hombros. Pensé que estaba llorando, lo que me pareció conmovedor. Sin embargo, al aguzar el oído, caí en la cuenta de que se había dormido. El resto de los pasajeros del autobús fantasma también dormían. Allí no había nadie que se preocupara siquiera de custodiar la mercancía. Volví a recorrer el pasillo y luego miré por la ventana. El viento acariciaba las mazorcas jóvenes, el silencio era absoluto, el sol penetraba en el valle como una mancha de grasa que impregna una tela. De pronto, alguien me tocó la mano. Miré a mi alrededor. En la parte trasera del autobús había unas cortinas de color marrón oscuro que no se habían lavado desde hacía tiempo. Me había parecido que no había nada detrás de aquellas cortinas, salvo una pared, una ventana o algo parecido. Pero no, para mi sorpresa una mano me agarró y me arrastró fácilmente al interior. Después de avanzar unos pasos, me encontré en un habitáculo de reducidas dimensiones. Tenía el aspecto de un *chill-out*: un lugar para meditar y hacer el amor, una especie de celda poblada de espíritus y sombras. Las paredes del cuarto estaban tapizadas con alfombras chinas, de extraños ornamentos y dibujos que representaban escenas de caza del ciervo, de ceremonia del té y de la aclamación del camarada Mao por las juventudes comunistas de Pekín. Arrimados a la pared había dos pequeños sofás, en los que estaban sentados tres hombres y una mujer, todos de origen africano. Estaban en ropa interior, la de los hombres era blanca y la de la mujer, gris, de modelo deportivo. Unos cráneos colgaban de pesados collares enrollados alrededor de su cuello; en lugar de una peineta, una navaja le sujetaba el moño. Sostenía un termo con las rodillas. Su piel se confundía con la oscuridad; todo lo que podía ver era el brillo codicioso de sus ojos amarillentos, iluminando la habitación como un ámbar. Me agarró la

mano, me miró fijamente a los ojos y sin soltarla me preguntó:

—¿Quién eres?

—¿Y quién eres tú? —le respondí, notando el calor de su mano y el peso de sus anillos de plata.

—Soy Carolina —dijo, retirando la mano con brusquedad. Uno de los africanos me miró de soslayo y le susurró algo al oído al hombre que estaba a su lado. Este soltó una risita—. ¿Adónde vas? —volvió a preguntar Carolina mientras me observaba desde la penumbra.

—A casa —respondí.

—¿Y quién te espera? —dijo, quitándose la navaja de su moño y dejando que su melena se soltara y le cubriera los ojos.

—Nadie.

Carolina soltó una carcajada.

—¿Para qué ir allí donde nadie te espera? —preguntó mientras tomaba una granada de no se sabe dónde y la cortaba en dos.

—¿Qué importa eso? —dije sin terminar de entender qué había querido decir con aquello—. Hace mucho tiempo que no voy por allí.

—Toma —dijo, tendiéndome la mitad de la granada—. ¿Qué vas a hacer allí donde nadie te espera?

—Voy por poco tiempo. Mañana volveré.

—¿Tanto temes ir allí? —Carolina volvió a reír antes de hincar los dientes en la granada.

—¿Por qué lo dices?

—Todavía no has llegado y ya piensas en volver. Tienes miedo.

—Tengo cosas que hacer —expliqué—. No puedo quedarme mucho tiempo.

—Puedes si quieres —dijo.

—No —reiteré molesto—. No puedo.

—Creo que tienes tanta prisa por volver porque no recuerdas qué te ocurrió allí. Cuando lo recuerdes, no te resultará tan fácil marcharte. Toma.

Me tendió una taza llena de un líquido que había vertido del termo. Olía a canela y valeriana. Su sabor era áspero y picante. Me lo bebí todo. Me desmayé en el acto.

Campos de trigo rodeaban el aeródromo. En los márgenes de la pista de aterrizaje crecían flores de aspecto brillante y venenoso, las avispas revoloteaban a su alrededor, como si lo hicieran sobre cadáveres. Desde bien temprano, el sol calentaba el asfalto y secaba la hierba, que se asomaba entre las planchas de hormigón. A un lado, sobre la torre de control, las banderas ondeaban al viento. Más allá, detrás del edificio de oficinas, los árboles se diseminaban en hileras, con el follaje entretejido de telarañas e iluminado por la intensa luz matinal. En los trigales, al abrigo de las espigas, extrañas ráfagas de

viento, como animales salvajes, emergían todas las noches desde la oscuridad atraídas por la luz verde de la torre de control, para volver a esconderse al amanecer en la espesura, huyendo del sol abrasador de junio. Cuando el asfalto se calentaba, la luz reverberaba en él, cegando la visión de las aves que sobrevolaban la pista. Junto a la alambrada, había estacionados varios camiones cisterna y un par de grúas. Los hangares aparecían vacíos: desde su interior oscuro, llegaba un olor dulzón a agua estancada y fuel. A media mañana llegaban los mecánicos. Después de enfundarse sus monos de trabajo, negros y raídos, se ponían a hurgar en las máquinas. El cielo de comienzos de junio se cernía sobre el aeródromo, aleteando al viento como sábanas recién lavadas; se elevaba, sonoro, para descender luego hasta tocar el asfalto. Siempre a la misma hora, sobre las ocho, el runrún esforzado de un motor se oía en las alturas mientras se aproximaba poco a poco, salido desde las profundidades de la atmósfera. Aunque el sol impedía todavía avistar el avión, podía verse su sombra correr por los trigales, espantando pájaros y zorros. Poco tiempo después, rajando el cielo como si fuera porcelana. Un viejo Antónov AN-2, orgullo de la aviación soviética, un modelo de combate, si bien este era con certeza un fumigador, comenzó a descender. Con su motor ensordecedor, viraba alrededor del pueblo, que aún dormía, para despertarlo de su sueño de verano. Los pilotos contemplaban los campos de cultivo cubiertos de la miel del sol, el verdor que cubría los terraplenes, la hierba fresca brotando en las traviesas del ferrocarril y terraplenes, la arena dorada del río y las orillas calcáreas del color de la plata. Atrás quedaron la ciudad y sus fábricas, el avión se disponía a aterrizar. La luz entraba a raudales en la cabina y brillaba fríamente sobre el metal. El aparato cruzó la pista con sus rígidas ruedas rebotaban contra el asfalto agrietado. En cuanto el avión se detuvo, los pilotos saltaron a tierra y se dispusieron a ayudar al personal de descarga a desembarcar grandes sacas de lona con ejemplares de prensa regional y nacional, cartas y paquetes. Después de acabar la faena, se dirigieron al edificio de oficinas, dejando que el avión se calentara al sol.

Mis amigos y yo vivíamos al otro lado de los trigales, en los bloques de las afueras, construidos en hormigón de color blanco, rodeados de pinos altos. Al anochecer salíamos de nuestra barriada para caminar entre los trigales, procurando que nadie nos viera desde la carretera. Avanzábamos en carreras cortas a lo largo de la alambrada y luego nos agazapábamos entre la hierba polvorienta para contemplar los aviones. El AN-2, con su fuselaje metálico y las alas cubiertas con una funda de lona, nos parecía una máquina extraterrestre que pilotaran unos demonios que habían venido para abrasar los cielos con gasolina y plomo. Los mensajeros de los dioses viajaban en su interior. La potente hélice rompía el hielo azul y

arrojaba pelusas de álamo al otro mundo. Ya había oscurecido cuando emprendíamos el camino de vuelta. Nos abríamos paso entre las espigas compactas y calientes, y pensábamos en la aviación. En aquella época, todos deseábamos ser pilotos. La mayor parte acabaríamos siendo unos fracasados.

De vez en cuando sueño con aviones, siempre deben realizar un aterrizaje forzoso sobre los campos. Los aviones cortan al anochecer el trigo espeso como cuchillas; la tapicería cede con un fuerte sonido al rasgarse en el aire vespertino de junio; los tallos de las espigas se enredan en las ruedas, antes de que los aparatos se queden empantanados en la tierra negra y seca. Los pilotos salen de sus cabinas recalentadas y saltan sobre el trigo, que enseguida les cubre las piernas, se incorporan y tratan de divisar algo en el horizonte. Pero no ven nada, salvo los campos, que se extienden infinitos. Para los pilotos, lograr salir de allí es una meta inalcanzable. Dejan entonces sus aviones, que se van enfriando poco a poco en la noche, y se dirigen al oeste, persiguiendo al sol que se escurre con rapidez. El trigal es alto e intransitable: los pilotos avanzan con dificultad, intentan abrirse paso a través de una barrera invisible, que se alza delante de ellos, sin ninguna posibilidad de llegar a alguna parte. Llevan gorros de piel, gafas y manoplas pesadas; caminan arrastrando tras de sí, cual largas colas de cocodrilo, las campanas de los paracaídas que, por alguna razón, evitan desenganchar.

Me despertó el zumbido del motor. A mi lado, sobre los sofás, dormían los tres hombres africanos. Carolina no estaba. Miré a través de las cortinillas: el sol del atardecer lanzaba destellos rojos contra los cristales de la fila de la derecha del autocar. ¿Qué hora debía ser? Me acerqué a uno de los pasajeros que estaba dormido y le cogí la mano y miré su reloj. Eran las nueve y media. «Demonios —pensé—, ¿será que me he dormido?» Me acerqué al conductor, que me saludó como si fuera un viejo amigo, sin apartar la mirada de la carretera. Miré por la ventana, faltaba poco para llegar a un desvío. Estaba a un par de kilómetros de mi destino. No obstante, cuando el autocar llegó al desvío, el conductor aminoró la marcha.

—Oye, tío —le dije—, ¿te importa llevarme hasta la gasolinera? Son un par de kilómetros.

—¿Te refieres a la gasolinera que está encima de una colina?

—Sí.

—¿Al lado de la torre?

—Eso es.

—No puedo —me dijo—. Tengo que desviarme aquí mismo.

—Oye —intenté engatusarlo—. ¿No me dijiste que tenías problemas con la suspensión? Pues en la gasolinera mi hermano tiene

un taller mecánico, podría echarle un vistazo.

—Hijito —repuso con firmeza, convencido—, por allí se llega a la ciudad. Y nosotros no podemos arriesgarnos a ir a la ciudad: vamos cargados de mercancía.

Bajé del autocar. El sol se había puesto y hacía fresco. Me puse la cazadora y eché a andar por la carretera. Llegué a la gasolinera en unos veinte minutos. Las ventanas del taller mecánico estaban oscuras. No había ni una sola luz. «¿Dónde estará Kocha?», pensé. Parecía un lugar abandonado. La puerta del taller estaba cerrada con un candado. Esperé unos minutos. Luego fui a la parte posterior donde, rodeada de maleza, estaba la caseta, donde vivía Kocha; algo más allá vi unos coches viejos y abandonados. La caseta también estaba cerrada. Me acerqué a oscuras hasta la cabina de un camión Kamaz, que había quedado abandonada allí. Subí y me quité las deportivas. La luna flotaba en el cielo, el asfalto perdía el calor que había absorbido durante el día. Delante de mí, en el fondo del valle, estaba mi ciudad natal. Me puse la mochila bajo la cabeza y me quedé dormido.

2

Cauteloso y precavido, de color negro cenagoso, el perro se abría paso con disimulo entre la hierba alta. Encogió el lomo, tratando de pasar desapercibido. Se acercaba sigiloso, separaba los tallos con sus patas de animal de presa, eclipsando con el cuerpo el sol de la mañana, cuyos rayos formaban un halo dorado alrededor de su cráneo. Me miró con ojos vidriosos, y vi en ellos reflejada mi propia silueta. Ágil y ligero, avanzó un paso, luego otro, antes de quedarse agazapado por un instante, luego me tocó con el hocico. Sus ojos hambrientos se iluminaron; a sus espaldas, las altas hierbas se cerraron como aguas de color esmeralda sobre el coágulo sanguinolento del sol. Todavía dormido, extendí el brazo instintivamente como reacción a su acometida.

—¡Her, colega!

Intenté incorporarme, mientras golpeaba involuntariamente con los pies la chapa abollada de la cabina.

—¡Her! ¡Amigo! ¡Has venido! —Kocha trataba de llegar hasta mí, agitando sus brazos largos y flacos, y sacudiendo su cabeza rapada. Como no podía pasar por la ventana lateral que estaba rota, se limitó a hacer centellear desde lejos las lentes de sus grandes gafas. El sol, que ya había salido, iba ganando altura con facilidad—. ¡Qué haces aquí metido! —preguntó mientras extendía sus manazas hacía mí—. ¡Colega!

Me incorporé, pero después de dormir sobre el duro asiento, mi cuerpo me obedecía con dificultad. Encogí las piernas, doblé el tronco y me dejé caer directamente en los brazos de Kocha.

—¡Amigo! —Al parecer se alegraba de verme.

—¡Hola, Kocha! —dije, y nos estrechamos la mano y nos dimos palmaditas en el hombro y golpecitos en la espalda durante un rato, demostrando lo contentos que estábamos de que yo hubiera pasado la noche en la cabina de un camión y él me hubiera despertado a las seis de la mañana.

—¿Hace mucho que has llegado? —preguntó Kocha tras la primera oleada de entusiasmo y sin haber soltado aún mi mano.

—Ayer por la noche —respondí tratando de liberar mi mano para poder calzarme.

—¿Por qué no me llamaste? —Kocha no daba muestras de querer soltar mi mano.

—Kocha, eres un cabrón. —Tras conseguir, por fin, liberar mi mano, ahora no sabía qué hacer con ella—. Te estuve llamando durante dos días. ¿Por qué no has contestado?

—¿Cuándo me llamaste?

—Por la tarde —dije, después de conseguir mis deportivas.

—¡Ah! Estaba durmiendo —se disculpó—. Últimamente tengo problemas de sueño. Duermo de día y trabajo de noche. Aunque por la noche no hay clientela —dijo, golpeando el suelo con los pies, impaciente, y luego me ordenó que lo siguiera—. Por cierto, el teléfono no funciona, nos lo cortaron por impago. Ayer tuve que ir a la ciudad, acabo de volver. Acompáñame, te lo enseño todo.

Y se encaminó hacia la gasolinera. Yo lo seguí. Antes de llegar a los surtidores de gasolina, tuve que sortear en el camino el chasis destrozado y los neumáticos quemados de un Moskvich, y luego un montón de chatarra, piezas de avión, frigoríficos y cocinas de gas. La gasolinera se hallaba a unos cien metros de la carretera, en dirección norte. Carretera abajo, a unos dos kilómetros de allí, en el interior de un cálido valle, estaba la ciudad, atravesada por la propia carretera. Al sur de las barriadas del extrarradio, más allá de la zona industrial, se extendían los campos, que alcanzaban hasta el otro lado del valle. El río, que fluía desde el lado ruso en dirección al Donbás, rodeaba la ciudad por el norte. Su margen izquierda era llana, a diferencia de su margen derecha, custodiada por altos acantilados de piedra caliza, cuyas cimas estaban cubiertas de ajenjo y endrino. En la cumbre más alta, se erguía la torre de telecomunicaciones, que era visible desde cualquier punto del valle. La gasolinera, construida allá por los años setenta, se hallaba en la colina más próxima a la torre. Su construcción fue posible por la instalación de una terminal petrolera. Construyeron dos, una en la salida norte y la otra, en la salida sur. En la década de los años noventa, la terminal quebró, igual que la gasolinera de la salida sur. La que quedó, estaba en la carretera de Járkiv. Mi hermano llegó a tiempo para adquirir la gasolinera, cuando la terminal ya estaba en las últimas. La estación de servicio presentaba un aspecto lúgubre: cuatro surtidores viejos, una garita con una caja registradora y un asta de bandera, que, si alguien quería, podría transformarse en una horca. Algo más allá, se hallaba el almacén cuyo gélido interior estaba repleto de hierros. Mi hermano, en lugar de invertir en mejorar la infraestructura, dedicó todos sus esfuerzos en ofrecer un buen servicio técnico y, con ese fin, intentaba acumular todo tipo de herramientas y maquinaria con los que era capaz de reparar cualquier cosa. Vivía en la ciudad, desde donde todas las

mañanas iba a la gasolinera para regresar al valle al caer la noche. Su equipo de trabajo estaba integrado por Kocha y Shura, al que llamaban «El Traumas», dos mecánicos autodidactas, quienes, a lo largo de su vida, habían resucitado más de un camión, cosa que los llenaba de orgullo. Shura *El Traumas*, igual que mi hermano, residía en la ciudad; Kocha, en cambio, como no tenía una vivienda propia, se pasaba el día en la gasolinera y, por la noche, dormía en una caseta de obra cuyo interior cumplía con todos los principios del *Feng Shui*. Junto a la gasolinera, habían acondicionado una explanada asfaltada con un foso de reparación para vehículos; un poco más allá, bajo unos tilos, había varias mesas metálicas, con las patas fijadas al suelo. Detrás de la estación de servicio, se extendían los barrancos y las huertas, que bordeaban los acantilados de piedra caliza. En dirección norte, el paisaje daba paso a la estepa, por la que, de vez en cuando, iba y venía ruidosamente la maquinaria agrícola. Detrás de la caseta, se amontonaban piezas destrozadas, neumáticos y restos de vehículos desmontados. Desde la cabina del Kamaz, escondida entre los arbustos de frambuesa, puede contemplarse una vista del valle soleado, con la ciudad indefensa al fondo. Sin embargo, hay que decir, que ni la infraestructura ni el deterioro de los surtidores tenían demasiada relevancia. Lo importante era la ubicación. Fue eso lo que mi hermano tenía en mente cuando decidió comprar esa gasolinera y no otra. La siguiente estación de servicio se hallaba a unos setenta kilómetros más al norte, por una carretera que atravesaba lugares dudosos, sin gobierno y casi sin nadie a quien gobernar. Al parecer, allí ni siquiera había cobertura. Por eso, los conductores, precavidos, trataban de repostar en la gasolinera de mi hermano. Además, les atendía Shura *El Traumas*, el mejor mecánico de la zona, el dios de los ejes de transmisión y caja de cambios. En definitiva, aquello era una mina.

Al lado de la garita de ladrillo, junto a los surtidores, había dos asientos de automóvil, que se habían colocado allí como poltronas. Estaban cubiertas con las pieles negras de animales desconocidos que, sin embargo, no conseguían disimular los muelles que las atravesaban. Uno de los asientos tenía enganchada una palanca de aspecto extraño, como si de una catapulta se tratara. Kocha, presa de la fatiga, se dejó caer en el asiento, sacó un paquete de tabaco, encendió un cigarrillo y me hizo una señal con la mano: «Siéntate, colega». Así lo hice. El sol empezaba a calentarnos, igual que una piedra en la playa en verano; el cielo se hinchaba como una vela al viento. Era un domingo de finales de mayo, un día perfecto para marcharse de allí.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —preguntó Kocha con una especie de silbido.

—Me voy esta noche —respondí.

—¿A qué viene tanta prisa? Quédate un par de días. Iremos a

pescar.

—Kocha, ¿dónde está mi hermano?

—Ya te lo dije, está en Ámsterdam.

—¿Por qué no me comunicó que se iba?

—Ni idea. Hasta donde yo sé, ni siquiera tenía pensado marcharse. Aun así, lo dejó todo y se fue. Dijo que no volvería.

—¿Tenía algún problema con el negocio?

—Qué problema ni qué hostias, Herman —se inquietó Kocha—. Aquí no hay problemas ni negocio; migajas, eso es lo que hay. ¿No lo ves?

—¿Y qué hago entonces?

—Y yo qué sé. Haz lo que quieras.

Kocha apuró el cigarrillo, antes de arrojar la colilla a un cubo de basura en el que estaba etiquetado: «Prohibido fumar». Expuso su cara al sol y guardó silencio. «Mierda —pensé—, ¿qué es lo que le está pasando a este por la cabeza? Es evidente que me oculta algo: ¿qué está tramando ahí sentado?»

Kocha rozaba los cincuenta. Era bastante enérgico para su edad, había perdido la mayor parte de su cabello y era un inadaptado social. Alrededor de la calvicie, se erizaban los restos de la imponente melena que había tenido antaño, la recordaba bien desde que era niño. En general, tenía un recuerdo de Kocha desde mi más tierna infancia. Aparte de mis padres, familiares y vecinos, él fue el primer ser vivo que dejó huella en mi conciencia. Mientras yo crecía, Kocha también iba haciéndose mayor. Vivíamos en bloques contiguos, en un barrio nuevo que nunca acababan de construir, de modo que yo siempre tenía la sensación de que crecía en medio de una obra. Los bloques estaban habitados en su mayoría por operarios de las pequeñas fábricas de los alrededores —la ciudad carecía de grandes industrias—, además de ferroviarios y gentuza de clase media: maestros, oficinistas, militares, como mi padre, por ejemplo, y, por supuesto, miembros de las juventudes comunistas, «jóvenes promesas», por así decirlo. Por lo que recuerdo, Kocha se mudó al bloque contiguo al nuestro un poco más tarde que el resto, aunque, al parecer, había vivido en el barrio desde siempre. Formaba parte, precisamente, del colectivo de «jóvenes promesas». Había crecido sin padres, ya se había metido en líos con la ley cuando era tan sólo un escolar, y había adquirido la fama del malo del barrio. Como en los años setenta la barriada aún estaba en construcción, la tormentosa adolescencia de Kocha coincidió con el desarrollo intensivo de toda aquella infraestructura comunal: Kocha asaltaba los colmados y los quioscos recién inaugurados, se colaba de noche en el registro civil todavía en obras, es decir, trataba de estar al día. Los organismos de seguridad,

sintiéndose del todo impotentes para pararle los pies, hablaron con las juventudes comunistas para que estas se hicieran cargo de Kocha. Los jóvenes comunistas, por alguna razón, creyeron que Kocha aún tenía remedio, y pusieron manos a la obra para reformarlo. Para empezar, consiguieron colocar a Kocha en una escuela de formación profesional. A la segunda semana de estar allí, robó un torno y fue expulsado. Al cabo de un año, o año y medio de volver a las andadas, Kocha fue llamado a filas. Hizo la mili en un batallón de ingenieros de construcciones cerca de Zhitómir, aunque cuando se licenció lucía tatuajes que lo acreditaban como un miembro de las VDV.[3] Aquella fue su época de gloria: andaba por el barrio vestido de uniforme militar y zurraba a todos los desconocidos que le salían al paso. Nosotros, los chavalines, lo admirábamos, porque para nosotros, él era un mal ejemplo. Las juventudes comunistas hicieron un último intento penoso de salvar el alma de Kocha, concediéndole un piso de dos habitaciones en el bloque contiguo al nuestro. Kocha se mudó allí, y pronto convirtió la vivienda en un nido de corrupción y libertinaje. A principios de los años ochenta, toda la juventud progresista del barrio hizo sus primeros pinitos en aquel antro: allí, los chicos adquirían hombría y las chicas, experiencia. Kocha se iba alcoholizando cada vez más, por lo que el colapso del país le pasó desapercibido. A finales de los años ochenta, época en la que un asesino en serie mataba en la ciudad, las autoridades sospecharon de Kocha. Aun así, no se atrevieron a detenerlo porque lo temían. Los vecinos del barrio, a su vez, estaban seguros de que no era otro sino Kocha quien, al abrigo de las noches estrelladas y perfumadas, violaba a trabajadoras de la fábrica de lácteos, rematándolas después con un objeto metálico punzante. Aquellas sospechas le hicieron ganar el respeto de los hombres. Y el afecto de las mujeres.

A principios de los años noventa, cuando las juventudes comunistas ya se habían disuelto, los organismos de seguridad del Estado tuvieron que volver a tomar cartas en el asunto. En una ocasión, en una juerga, Kocha prendió fuego a un panel publicitario que anunciaba una sociedad por acciones recién constituida, y eso fue la gota que colmó el vaso. Lo detuvieron en su propio domicilio. Cuando lo sacaron a la calle, allí se había congregado una pequeña manifestación. Nosotros, que ya éramos adultos, tomamos partido por Kocha. Pero nadie nos hizo caso. Lo sentenciaron a un año de cárcel. Cumplió condena en una penitenciaría del Donbás, donde hizo buenas migas con unos mormones. Estos le hacían llegar sus libros y, además, por petición de Kocha, tabaco y agua de colonia. Cumplida la condena, salió en libertad y regresó a casa como un héroe. Cierto tiempo después, los mormones vinieron a por su alma. Eran tres activistas jóvenes, vestidos con trajes baratos pero bien cuidados.

Kocha los dejó entrar y, después de escucharlos, sacó de debajo del sofá una escopeta de caza y los arrinconó en el cuarto de baño. Los tuvo allí encerrados durante dos días. Al tercero, cometió la imprudencia de ir a tomarse un baño y los mormones consiguieron huir. Cuando llegaron corriendo a la comisaría, intentaron formalizar una denuncia, pero los agentes, al pensárselo, resolvieron que lo más fácil era aislarlos a ellos, de modo que los encerraron en una celda con el pretexto de proceder a su identificación. Durante los dos años siguientes, Kocha intentó en vano sentar la cabeza, y se divorció en tres ocasiones, de la misma mujer, por cierto. Siendo consciente de que su vida amorosa era un desastre y que se le estaba escapando la juventud, Kocha desapareció a finales de los años noventa, hasta que acabó en el hospital con un dedo arrancado a dentelladas y la barriga rajada. El dedo lo había perdido en el transcurso de una pelea con su esposa; respecto a quién le había rajado la barriga, Kocha nunca lo confesó. Fue más o menos por aquella época cuando mi hermano empezó a ayudarlo proporcionándole, de forma eventual, trabajo y dinero. Al parecer, él y Kocha habían tenido un asunto entre manos, mucho tiempo atrás. Mi hermano evocó el suceso en un par de ocasiones sin entrar en detalle. Si bien no quiso profundizar en ello, me aseguró que Kocha era de fiar, que se podía contar con él. Unos años más tarde, unos gitanos expulsaron a Kocha de su piso, así que este acabó por mudarse a la gasolinera. Dormía en la caseta, llevaba una vida tranquila y serena, recordaba el pasado con nostalgia, y ni siquiera quería recuperar su piso. Su aspecto era estrafalario: su calva tenía una tonalidad rosada mientras que sus gafas lo hacían parecerse a un químico loco que acabase de sintetizar una cocaína alternativa, respetuosa con el medio ambiente, y que hubiese probado él mismo con unos resultados prometedores. Iba ataviado con un mono de trabajo color naranja y unas botas militares gastadas; tenía en su armario gran cantidad de prendas procedentes de las tiendas de ropa militar de segunda mano, incluso un par de calcetines de importación, etiquetados con las letras R y L para no confundir el derecho con el izquierdo. Sus muñecas estaban envueltas con pañuelos y vendas ensangrentadas, y su cara y sus manos solían presentar cortes o arañazos. Su aspecto hacía pensar en alguien que hubiese comido pizza con las manos.

Y ahora estaba ahí, sentado al sol mientras iba respondiendo a mis preguntas, aunque poco convincente.

—Allá tú —le dije—. Si no quieres decírmelo, no me lo digas. ¿Y quién se encarga de la contabilidad, por cierto?

—¿De la contabilidad? —Kocha abrió los ojos—. ¿Qué tiene que ver la contabilidad?

—Quiero saber cuánta pasta tenéis en la cuenta.

—Venga, Her, la pasta nos sale por las orejas. —Kocha soltó una risa nerviosa. Y añadió—: De eso tienes que hablar con Olga. Yura, tu hermano, trabajaba con ella. Tiene una empresa en la ciudad.

—¿Estaban liados?

—¡Qué dices! —se ofendió Kocha—. Si te estoy diciendo que Yura trataba con ella por trabajo.

—Y su oficina, ¿dónde está?

—¿Es que quieres ir a verla ahora mismo?

—¿Y qué voy a hacer? ¿Quedarme aquí contigo?

—Pero si hoy es domingo, colega, es festivo.

—¿Y mañana?

—Mañana ¿qué?

—¿Ella trabaja mañana?

—No lo sé, puede.

—Vale, Kocha, tú ocúpate de los clientes —dije mientras contemplaba la carretera desierta—. Y yo me voy a dormir, tengo mucho sueño.

—Vete a la caseta —añadió Kocha—. Allí estarás bien.

La luz se filtraba a través de las cortinas, llenando el interior de partículas de polvo y de rayos de sol. Huellas doradas se extendían por el suelo igual que harina desparramada. En el quicio de la puerta, colgaba una cortina improvisada hecha a base de cintas magnéticas. Era evidente que Kocha se había tomado su tiempo para fabricarla. Entré en la habitación sin cerrar la puerta y eché un vistazo. Las cintas susurraban suavemente cual hojas de maíz al paso de las corrientes de aire. Arrimados a las paredes, había dos sofás hundidos. En la parte derecha de la caseta, estaba la cocina con unos fogones, una nevera antigua y diversos utensilios colocados en la pared. A la izquierda, en un rincón, había un escritorio cubierto de todo tipo de porquería sospechosa en la que no tenía ningunas ganas de hurgar. Un olor peculiar dominaba el ambiente. Y eso que yo estaba convencido de que una vivienda habitada por mi amigo Kocha tenía que apestar forzosamente. Pero ¿a qué? Pues, a cualquier cosa, como sangre, semen, gasolina… Sin embargo, allí olía a la casa de un tío que se cuida. Era ese olor peculiar que suelen desprender las casas habitadas por viudos, para ser más exacto, por viudos pagados de sí mismos, de los que no tienen problemas de autoestima. Kocha, a todas luces, tenía la autoestima alta, pensé al dejarme caer en el sofá que me pareció que era el menos desvencijado y hundido de los dos. Al quitarme las deportivas, tomé repentina conciencia de lo disparatado de la odisea que me había llevado hasta allí, con todos sus trayectos, escalas y compañías. Me acordé de Carolina y de su brebaje delicioso, del cielo

negro sobre los arbustos de frambuesa y de la sensación que me había producido el contacto con el hierro sobre el que había dormido en la cabina del camión. La mañana, mientras tanto, parecía eternizarse, como si algo estuviera fallando dentro de los mecanismos que regían mi existencia: allí había algo que no terminaba de estar en su sitio. Era como si me encontrara en un cuarto espacioso donde hicieran entrar personas que yo no conocía y apagaran la luz. Y aunque el cuarto en sí me resultaba familiar, la presencia de aquellos desconocidos, que permanecían a mi lado sin decir palabra, como si me ocultaran algo, me hacía estar alerta. «Vale —pensé mientras me estaba dejando vencer por el sueño—, en todo caso, siempre puedo volver a casa.»

La pared de encima del sofá estaba toda cubierta con fotografías, recortes de revistas e ilustraciones en color. Kocha, como un auténtico asesino en serie, había pegado allí imágenes fragmentadas de rostros, cuerpos y turbas humanas con bocas y ojos anónimos. Se trataba de unos collages divertidos: daba la impresión de que su autor había ido pegando con paciencia fragmentos de distintas historias, recortes de todo tipo de publicaciones o simples papeles, entre los que se podía distinguir etiquetas de bebidas alcohólicas y folletos políticos, fotos recortadas de revistas de moda e imágenes pornográficas en blanco y negro, cromos de jugadores de fútbol e incluso un carnet de conducir. Visto desde lejos, aquel batiburrillo formaba en su conjunto un dibujo muy peculiar, lo mismo que si a alguien le diera por ensañarse sobre papel pintado fotográfico. Visto de cerca, el collage dejaba entrever gran número de detalles: el color amarillento de los recortes de diario, los ojos arrancados de los maniquíes, manchas de cola recientes y el púrpura de los goterones de mermelada semejantes a pintaúñas seco. Lo que le servía de fondo común a todo aquel conjunto era una especie de relleno de color arcilla y verde suave, salpicado de caracteres y símbolos menudos, atravesado por líneas quebradas y contrastes de color. Me quedé un buen rato tratando de identificar de qué se trataba, pero no lo conseguí. Finalmente, enganché con la uña una foto de Kocha del ejército y tiré de ella para despegarla. Debajo vi una «C» mayúscula. Era un mapa. Lo más seguro, un mapa de la Unión Soviética, y con mayor probabilidad, un mapa geográfico: el color arcilloso representaría los Cárpatos, el Cáucaso y Mongolia; el color verde, la taiga y la tierras bajas del Caspio. Allí donde la arcilla se endurecía y adoptaba una sequedad caliza, debían de estar los desiertos. El Pacífico era de color azul oscuro; el Ártico, de celeste micáceo. Una chica desnuda sin cabeza ocupaba la parte del Polo Norte. Vaya un taller de jóvenes etnógrafos. Me hundí en un profundo silencio.

Me despertaron unas voces, y no me gustaron nada cómo sonaban. Salté del sofá y salí afuera. Desde la gasolinera, se oía hablar a gritos a varias personas a la vez, pero yo sólo pude identificar la voz de Kocha, que parecía asustado.

Junto a la garita, había dos tipos vestidos con americana y vaqueros, repantingados en las butacas. Uno de ellos lucía corbata y zapatillas de deporte; el otro, al parecer, el cabecilla, con el cuello de la camisa desabrochado, calzaba zapatos de cuero. Un tercero, también en vaqueros y con una chaqueta de chándal Adidas, agarraba a Kocha por el pescuezo y lo sacudía con fuerza de vez en cuando. Kocha intentaba protestar gritando algo; los tipos repantingados en las butacas reaccionaban riéndose. «De acuerdo», pensé y di un paso hacia delante.

—¡Eh! —grité llamando la atención de los tres—, ¿qué es todo esto?

«Voy a romperle la cara al tío que está más cerca —pensé— y si las cosas se ponen feas, saldré corriendo. Pero ¿qué pasará con Kocha?»

Debido a la sorpresa, el tipo soltó a Kocha, que dio con sus huesos en el asfalto. Los otros dos me miraron con hostilidad.

—¿Se puede saber qué carajo está pasando aquí? —dije escogiendo cuidadosamente las palabras.

—¿Y tú quién coño eres? —preguntó el paleto que había estado sacudiendo a Kocha.

—¿Y tú? —dije, devolviéndole la pregunta.

—Oye, mariquita. —El tipo le propinó una patada a Kocha quien, sentado sobre el asfalto, se frotaba el pescuezo—. ¿Ese de ahí, quién es?

—Herman —respondió Kocha—. El hermano de Yúrik. Es el propietario.

—¿El propietario? —preguntó el cabecilla, incorporándose lentamente. El otro tipo, el de la corbata, también se puso en pie.

—Sí, el propietario —confirmó Kocha.

—¿Cómo va a ser el propietario, ese? —dijo el jefe sin dar crédito —. ¿Y Yúrik?

—Yúrik no está —explicó Kocha.

—Entonces ¿dónde está? —preguntó el otro, contrariado.

—Está haciendo un curso —intervine— de perfeccionamiento profesional.

Con el rabillo del ojo, reparé en un turismo que estaba dando la vuelta desde la carretera en dirección a la gasolinera. Era mi única esperanza.

—¿Y cuándo volverá? —El cabecilla que, a su vez, había visto el turismo, parecía cada vez menos convencido.

—Volverá cuando mejore profesionalmente. ¿Algún problema?

Después de alcanzar la explanada asfaltada frente a la gasolinera, el turismo se detuvo haciendo chirriar prolongadamente los frenos. Cuando el polvo se hubo asentado, El Traumas se apeó del vehículo. Repasó con una mirada amenazante a todo el grupo y se dirigió hacia nosotros. Sin decir palabra, se detuvo junto a la garita mientras se limitaba a observar la escena con atención.

—¿Qué pasa entonces? —volví a dirigirme al cabecilla por si acaso.

—Lo que pasa es que vendéis gasolina adulterada —soltó el otro con rabia.

—Lo comprobaremos —le prometí.

—Haced el favor —aceptó de mala gana el cabecilla antes de encaminarse hacia su jeep, que había estacionado cerca de allí.

Los otros dos lo siguieron. Antes, uno de ellos, el que había zarandeado a Kocha, hizo el ademán de propinarle otro puntapié, pero al cruzar la mirada con la de El Traumas, desistió y se hizo a un lado. Sobre el asfalto, se podía observar la huella de una frenada que acababa en las ruedas del jeep estacionado: seguro que, al llegar, desaceleraron bruscamente. La huella se encontraba lejos de los surtidores, por lo que cabía suponer que aquellos tres no habían venido con la intención de repostar. Los tíos se montaron en el jeep y el coche arrancó saliendo a todo gas en dirección a la carretera. Kocha se incorporó y se sacudió la ropa.

—¿Quiénes eran esos tipos? —le pregunté.

—Gentuza —respondió Kocha, nervioso—. Los reyes del maíz.

—¿Qué querían?

—Nada. —Kocha se puso las gafas y se escabulló, desapareciendo tras una esquina de la gasolinera.

—Hola, Herman.

El Traumas se acercó y me estrechó la mano.

—¿Qué está pasando?

—Ya lo has visto —señaló con la cabeza en dirección a la carretera —. Y tu hermano se ha ido.

—¿Y por qué se ha ido?

—Y yo qué sé —respondió con brusquedad—. Creo que estaba hasta los huevos de todo este rollo y por eso se fue. Yo también me iré. Cuando termine de arreglar el carburador para un capullo de Kramatorsk, me marcharé. ¡Faltaría más! —El Traumas miró a su alrededor con el ceño fruncido, pero como allí no había nadie que tuviera que ver con aquel asunto, dio media vuelta y se fue hacia el garaje.

El mal humor de El Traumas no me cogió por sorpresa, siempre andaba descontento, como si buscara cualquier pretexto para montar

en cólera. Aunque, lo más probable, es que fuera su modo de estar a la defensiva. El Traumas me llevaba diez años. Era una leyenda viva: el mejor goleador de la historia del fútbol de nuestra ciudad. A principios de los años noventa, pude compartir equipo con él. La retirada del deporte de élite le provocó un grave trauma psicológico. Acabó por convertirse en un amargado y engordó. Su corta estatura, el bigotito petulante y su vientre imponente le daban más bien un aire de masajista que de goleador retirado. O quizá de comentarista de fútbol. Al comenzar una vida nueva, lejos de los campos de fútbol, El Traumas no tardó en granjearse la fama del mejor mecánico. Sin embargo, no quería trabajar para nadie; mi hermano fue el único que consiguió hacer un trato con él. El Traumas aceptó ser su socio, pero manteniéndose al margen de sus negocios y problemas. A El Traumas aquel trato ya le iba bien. Iba a trabajar cuando quería, se marchaba cuando le venía bien y hacía lo que le daba la gana. Además, cultivaba otra pasión en sus horas libres, ya desde su época de goleador estrella, sentía una atracción desmesurada por las mujeres. Ese era el motivo por el que seguía siendo soltero. En efecto, ¿cómo se iba a casar si estaba liado con seis mujeres distintas a la vez? Y ojo al dato: a pesar de colgar las botas, la cantidad de mujeres con las que se acostaba no disminuyó. Más bien, al contrario, con el paso de los años, El Traumas fue adquiriendo cierto encanto especial al cultivar con esmero ese extraño aura de cuarentón mujeriego y barrigón. Las mujeres lo adoraban, y el muy cabrón lo sabía. En el bolsillo de su camisa blanca como la nieve, solía guardar un peine metálico con el que, de vez en cuando, se atusaba el bigote. Siempre llevaba encima un frasco de desodorante y cintas de casete con melodías románticas, o como él mismo las llamaba, «músicas de amor». A veces, El Traumas recibía alguna hostia de manos de algún que otro marido cornudo. Entonces, se encerraba en el garaje y se pasaba allí días enteros, atornillando cualquier cosa. Tenía buen corazón, pero era algo acomplejado: tal vez por eso siempre se mostraba hostil con todo el mundo. Yo ya estaba acostumbrado.

Entonces ¿en qué estábamos? Estábamos en que ciertos capullos habían venido para hostigar a Kocha, y si no hubiera sido por El Traumas, lo más probable es que habrían ido a por mí, el propietario de la gasolinera. Al fin y al cabo, legalmente lo era. Hace cinco años, mi hermano, que tenía sus recelos, me había hecho titular del negocio. Confiábamos el uno en el otro. Él era consciente de que, aun llegado el caso de que yo quisiera pegársela, no sabría cómo hacerlo, de ahí que me dijo que me despreocupara y me pidió que firmara lo que había que firmar. Más tarde, aprendió a falsificar mi firma, así que yo no estaba al tanto de cómo le iba el negocio, qué impuestos pagaba ni

qué beneficios obtenía. Tendría sus problemas, claro; pero, hasta la fecha, los había tenido él, no yo. Y ahora, para mi sorpresa, resultaba que yo era quien tenía un montón de ellos. Y debía solucionarlos de algún modo. También podía pasar de todo y, al igual que mi hermano, largarme a Ámsterdam. Lo peor era que se hubiese ido sin avisar. No tenía ni idea de cómo debía proceder a partir de ahora. Hasta hacía pocos días, yo era un experto independiente que luchaba por la democracia contra un adversario incierto. Y ahora tenía que hacerme cargo del negocio y tomar las riendas, puesto que mi hermano estaba lejos y yo no contaba con nadie que pudiera falsificar mi firma.

En cualquier caso, debía hacerle una visita a esa tal Olga para averiguar alguna cosa. Estaba claro que tenía que abandonar la idea de volver a casa hoy mismo. Lo mejor sería llamar a Lólek y decírselo. Entré en la garita. Había un teléfono colgado de la pared. Descolgué el auricular.

—No funciona —dijo Kocha apoyado en el dintel de la puerta, mirando el auricular que yo sostenía en la mano—. Ya te lo dije.

—¿Tienes un móvil?

—Sí, pero tampoco funciona —respondió Kocha.

—¿Y El Traumas, tiene uno?

—Sí, pero no te lo dejará.

—¿Bromeas? ¡Y una mierda!

Aparté a Kocha y me dirigí al garaje.

El Traumas ya se había cambiado. Ahora llevaba un mono azul y una boina negra en la cabeza. Delante de él, colgada de una polea, oscilaba una pieza metálica que tocaba con la mano como un matarife una res vacuna.

—Shura —le dije—, déjame tu móvil. Me voy a quedar con vosotros hasta mañana, tengo que avisar a los míos.

—¿Te quedas? —dijo, mirándome—. Bienvenido. Pero no tengo saldo, así que estás jodido.

—Entonces ¿desde dónde puedo telefonear?

—Ve a la torre de telecomunicaciones, está cerca. ¡Y no me molestes, joder! —me gritó cuando me alejaba.

Después de rodear la garita, pasé por delante de la caseta y tomé un sendero, que me condujo al fondo del barranco desde donde trepé por una cuesta y, tras abrirme paso a través de los arbustos de frambuesa, alcancé una pista asfaltada que conectaba con la carretera. Me acerqué hasta la valla que rodeaba a la torre. Sobre el portón, había un letrero que rezaba: «Prohibida la entrada». El portón, sin embargo, estaba abierto. Entré. Desde allí, un caminito conducía al edificio de una sola planta donde, por lo visto, se encontraba la sala de control o lo que suele haber en ese tipo de instalaciones. La torre

en sí no se hallaba muy lejos, estaba rodeada de parterres y alambre de espino. Desde detrás de una esquina, se acercó corriendo un viejo perro pastor que, tras olfatear perezosamente mis deportivas, siguió su camino. No había un alma. En el supuesto de que fuera el perro pastor el encargado del funcionamiento de la torre, desatendía de forma flagrante sus responsabilidades. Me detuve mientras esperaba a que alguien apareciera, y como mi espera resultó infructuosa, me encaminé hacia el edificio. La puerta estaba cerrada con llave. Llamé. Por supuesto, no obtuve respuesta. Me acerqué a una ventana y miré el interior. Estaba oscuro y desierto. De repente, asomó un rostro. Sobresaltado, retrocedí. Luego, el rostro desapareció y se oyó el eco de unos pasos. La puerta se abrió: una chica de unos dieciséis años apareció en el hueco de la entrada. Tenía el pelo corto y moreno, grandes ojos grises y unos pendientes de plástico en las orejas. Vestía una camiseta corta de colores claros y una falda tejana. Calzaba unas sandalias de cuero fino.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí—. Soy Herman, vengo de la gasolinera.

—¿Herman? —preguntó—. ¿Eres hermano de Yuri?

—¿Lo conoces?

—Aquí todo el mundo se conoce —contestó.

—¿Tenéis teléfono? Necesito llamar, nos han cortado la línea. Kocha dice que ha sido por impago.

—Otra vez ese Kocha —dijo la chica, mientras se hacía a un lado franqueándome el paso.

Recorrí el pasillo y llegué a una habitación, donde había una cama en un extremo y una mesa en el otro. Sobre la mesa había un teléfono. La chica entró detrás de mí y se apoyó en el dintel sin sacarme la vista de encima.

—¿Puedo llamar? —pedí permiso.

—Adelante —dijo, aunque no se movió del sitio.

Descolgué el auricular y marqué el número de mi casa.

—Hola —contestó Lólek con voz malhumorada.

—Hola, soy yo.

—¿Dónde estás?

—En casa de mi hermano, va todo bien. ¿Qué tal fue el viaje de vuelta?

—Una mierda: Boria se mareó, casi no llegamos.

—¿Estáis bien?

—Sí, todo bien. ¿Cuándo vuelves?

—Oye, *debo* quedarme un día más. Mañana tengo una reunión con la contable. —La chica a mis espaldas soltó un «hum» escéptico—. Así que estaré de vuelta el martes. Díselo a Boria, ¿de acuerdo?

—Bueno, no sé. ¿Por qué no se lo dices tú?

—Anda, échame un cable, ¿estamos?

—¿Por qué no hablas con Boria? Para evitar malentendidos, digo.

—Qué malentendidos ni qué hostias, Lólek. No me jodas. Hay que confiar en los amigos.

—Vale, de acuerdo.

—Yo, por mi parte, te llevaré una muñeca de regalo. Una de goma.

—Prefiero que me traigas un eje de transmisión.

—¿Cómo te las apañarás con el eje de transmisión?

—Imbécil —dijo Lólek, y colgó.

La chica me acompañó fuera.

—Gracias —le dije.

—No hay de qué. Dale saludos a tu hermano de mi parte.

—Se ha ido. No sé adónde.

—¿Y tú también te irás?

—¿Quieres que me quede?

—¿Por qué iba a quererlo? —dijo la chica con tranquilidad y sensatez.

—¿No te da miedo estar aquí sola?

—No me da miedo —dijo—. Vete. Si no te voy a soltar el perro.

Llegué hasta el portón y me detuve. La chica me vigilaba a través de la ventana. La saludé con la mano. Cuando se percató de que la había visto, se echó a reír y agitó la mano, devolviéndome el saludo. Luego, con un movimiento rápido, se subió la camiseta y me mostró lo que había debajo. Un instante después, desapareció. Sin dar crédito a lo que acababa de ver, me quedé a la espera de que apareciera de nuevo, pero no lo hizo. «Qué chica más extraña», me dije y tomé el camino de vuelta.

La jornada laboral estaba en pleno apogeo: Kocha, recostado en la catapulta, dormía profundamente, con la mano derecha metida entre sus flacas piernas. Entré en el garaje. El Traumas, con el torso desnudo bañado en sudor y un humor de perros, trajinaba alrededor del hierro que había suspendido de la polea, empujándolo de vez en cuando con la barriga. Al verme, agitó la mano, se enjugó el sudor de la frente y decidió hacer una pausa para fumar.

—¿Has conseguido llamar?

—Sí. Mañana me iré.

—Vaya —dijo, mirándome, ceñudo.

—Shura, ¿quién es esa chica, la que está en la torre? —pregunté, cambiando de tema.

—¿Katia? —Sus ojos se cubrieron de un velo cálido y soñador mientras sus labios algo gruesos esbozaban una sonrisa paternal—. ¿Qué te dijo?

—No me dijo nada. Parece una buena chica. Discreta.

—No te le acerques —dijo en tono conciliador—. Que te conozco.

—¿Trabaja allí?

—Allí trabaja su padre. Ella le lleva la comida.

—La Caperucita Roja, vamos.

—¿Cómo?

—Nada.

—Herman, ¿a qué te dedicas? —preguntó de sopetón El Traumas.

—Soy experto independiente —respondí.

—¿Y qué haces?

—¿Cómo explicártelo? Nada.

—Sabes, no me fío de ti. Perdona, pero te soy sincero.

—Adelante.

—No me fío de ti, en pocas palabras. Nos dejarás tirados. Porque todo esto te importa una mierda. Lo mismo que a Kocha. Si ni siquiera sabes decirme a qué te dedicas. Tu hermano, en cambio, es otra cosa.

—¿Y por qué se fue entonces?

—¿Eso qué importa?

—Sí que importa, y mucho. ¿Quiénes eran los que vinieron con el jeep?

—¿Te dan miedo?

—¿Miedo de qué?

—Sí, te dan miedo, yo lo noto. A Kocha también le dan miedo. Y a todo el mundo. Tu hermano, en cambio, no les tenía miedo.

—¡Y dale con mi hermano!

—De acuerdo, no te cabrees. —El Traumas se echó su chaqueta de trabajo sobre los hombros y volvió a la faena, poniendo en marcha una máquina. El ruido era ensordecedor.

—¡Shura! —lo llamé a gritos. Se detuvo y me miró, aunque sin desconectar la máquina—. No me dan miedo. ¿De qué tendría que tener miedo? Simplemente, vosotros tenéis vuestra vida y yo tengo la mía.

El Traumas asintió con la cabeza. Sin embargo, creo que no oyó lo que acababa de decirle.

Cuando oscureció, Shura se despidió y se marchó a casa. Kocha permanecía sobre la catapulta, cubierto por el polvo anaranjado y azul del atardecer, en un extraño estado de duermevela, del que no lo consiguieron arrancar ni la marcha de El Traumas ni las insistentes peticiones de los camioneros que venían para repostar. Antes de marcharse, El Traumas me había enseñado cómo funcionaban los surtidores, y yo, como pude, llené de gasolina los depósitos de tres camiones de dimensiones sobrehumanas, semejantes a unos lagartos gigantescos y cansados. El sol se ponía en algún punto, al otro lado de la carretera, el crepúsculo se abría como un girasol. Con la llegada de

la noche, Kocha comenzó a revivir. Alrededor de las nueve, se levantó, cerró la garita con candado y, exhausto, fue arrastrándose hacia la parte trasera del taller. Entre quejas y suspiros, dio algunas vueltas junto a la cabina en la que yo había dormido la noche anterior y tras meterse dentro, se repantingó en el asiento del conductor y sacó las piernas por la ventanilla sin cristal. Me metí en la cabina detrás de él y me acomodé a su lado. El valle, allí abajo, iba sumiéndose en la oscuridad. Al este, el cielo estaba cubierto por una tenue neblina, mientras que al oeste, justo encima de nuestras cabezas, unas luces rojas se expandían por todo el valle, anunciando la inminente llegada de la noche. Una bruma avanzaba desde el lado del río, ocultando las siluetas diminutas de los pescadores y las casitas más próximas a la ribera, extendiéndose hacia la carretera y los barrios del extrarradio. Los barrancos de las afueras aparecían igualmente sumidos en una niebla blanquecina, y todo el valle iba difuminándose suavemente ante los ojos, como el lecho de un río, sumiéndose en la oscuridad, mientras que aquí, sobre las colinas, aún había claridad. Kocha contemplaba todo aquello con los ojos bien abiertos de pura admiración, sin pestañear, con la mirada fija en la noche que se aproximaba.

—Toma —le ofrecí a Kocha mi MP3.

Se puso los auriculares sobre su cabeza calva y presionó los botones para regular el volumen.

—¿Qué música tienes? —preguntó.

—Parker —contesté—. Diez álbumes.

Kocha se quedó escuchando durante un rato, luego se quitó los auriculares.

—¿Sabes por qué me gusta estar aquí? —dije—. Porque no pasa ningún avión.

Kocha levantó la vista hacia el cielo. En efecto, allí no pasaba ningún avión. Sin embargo, todavía había algunas luces, sólo reflejos cruzaban las alturas donde se encendían chispas verdes, rodaban esferas doradas y las nubes se iluminaban repentinamente mientras se desplazaban rumbo al norte.

—Los satélites sí pasan —dijo por fin—. Se los ve bien durante la noche. Siempre que no duermo, los veo.

—¿Y por qué no duermes por las noches, eh, viejo?

—Es que tengo insomnio —dijo Kocha, arrastrando las consonantes —. Desde el ejército, Her. Bueno, ya lo sabes: eso de saltar con paracaídas dispara la adrenalina de tal manera que te deja secuelas para el resto de tu vida.

—Uhmm.

—Tuve que comprarme somníferos. Pedí en la farmacia algo que fuera capaz de tumbarme. Pura química. Empecé a tomármelos. Pero

no me acababan de hacer efecto, fíjate. Aumenté la dosis, pero aun así no conseguía quedarme dormido. En cambio, comencé a dormir de día, qué absurdo.

—¿Y qué es lo que tomas? Déjame verlo.

Después de hurgar en los bolsillos de su mono, Kocha sacó un frasco de colores tóxicos. Cogí el frasco e intenté leer la etiqueta. Estaba escrita en una lengua desconocida.

—¿Tal vez sea un insecticida? ¿Dónde lo fabrican?

—Me dijeron que en Francia.

—¿Crees que está escrito en francés? Parecen jeroglíficos. Anda, déjame probar uno.

Desenrosqué la tapa, saqué una píldora color violeta y me la metí en la boca.

—Qué va, colega —dijo Kocha quitándome el frasco de las manos —. Una no te hará efecto, qué te crees. Yo no me tomo menos de cinco de una sola vez.

Y, como si quisiera corroborar lo que acababa de decir, Kocha se tragó varias píldoras directamente del frasco.

—Trae. —Le quité el frasco, dejé caer varias pastillas en la palma de mi mano y con un movimiento rápido me las introduje en la boca.

Luego me quedé sentado, atento a mis sensaciones.

—Kocha, creo que no producen ningún efecto.

—Te lo he dicho.

—¿Quizá habría que tomarlas con algún líquido?

—Ya lo hice. Me las tomé con vino.

—¿Y qué?

—Nada. Sólo que, luego, la orina me salió de color rojo.

El crepúsculo era cada vez más denso, envuelto en las ramas de los árboles y espesándose entre la hierba tibia y polvorienta a nuestro alrededor. En el valle, unas luces anaranjadas atravesaban, la niebla que lo cubría, como si la quemara. El cielo se ennegrecía; las constelaciones parecían rostros sobre una película fotográfica. Era extraño, pero no tenía sueño. Kocha se volvió a poner los auriculares y empezó a moverse ligeramente al ritmo de una música imperceptible.

De repente advertí, sobre la pendiente de la colina, cierto movimiento. Alguien se acercaba desde el río, trepando la cuesta empinada, sumido en la niebla. Aunque era difícil saber quién era, sus pasos se oían perfectamente, como si quisiera ahuyentar a los animales que, temerosos, acudían a beber al río.

—¿Ves eso? —pregunté a Kocha, poniéndome en guardia.

—Sí, sí —dijo Kocha, contento, movía la cabeza rítmicamente.

—¿Quién es?

—Sí, sí —asentía Kocha, sin dejar de mover la cabeza mientras contemplaba la noche, que, de pronto, nos había engullido.

Me quedé inmóvil, tratando de distinguir las voces que se oían cada vez más nítidas mientras avanzaban envueltas en una bruma áspera y húmeda. La niebla, iluminada con las luces del valle, parecía poblada de sombras y movimientos. Por encima de ella, el aire era transparente, de vez en cuando, unos murciélagos lo cruzaban y trazaban círculos sobre nosotros, para volver a zambullirse bruscamente en la humedad brumosa. Las voces sonaban cada vez más fuertes, el eco de los pasos era más nítido, y entonces, frente a nosotros, empezaron a aparecer unas figuras que se acercaban apresuradas, pisando la hierba recalentada y espesa. Ascendían ligeras por la pendiente, sin dejar de multiplicarse. Cuando, por fin, pude distinguir los rostros de los que iban en cabeza, las voces aún seguían multiplicándose, resonando en la niebla, dulces y penetrantes, mientras se alzaban hacia el cielo como el humo de las chimeneas. Quise gritar algo, pero no tenía palabras. Me quedé observando en silencio cómo se aproximaban y pasaban de largo sin prestarnos atención, antes de volver a desaparecer en la bruma nocturna. No podía entender qué clase de criaturas eran, la naturaleza de aquellos seres extraños, casi etéreos, escapaba a mi entendimiento. Eran una especie de hombres que albergaban bocanadas de niebla en sus pulmones. Altos, de cabellos largos y enmarañados, recogidos en coletas o crestas; los rostros, oscuros, cubiertos de cicatrices. Unos llevaban dibujados símbolos y letras misteriosas sobre la frente. Otros lucían pendientes en las orejas y en la nariz; los rostros de algunos estaban cubiertos con pañuelos. Medallas y prismáticos colgaban de sus cuellos; sobre sus espaldas, cargaban escopetas y cañas de pescar; uno sujetaba una bandera; otro, una vara larga y afilada con una cabeza de perro ensartada en la punta. Había quien cargaba con una cruz; otros acarreaban costales de trigo. Muchos llevaban tambores a la espalda y no los tocaban. Su indumentaria era astrosa y abigarrada: guerreras, pieles, largas ropas blancas de corte sencillo, manchadas profusamente con sangre de pollo. Quienes traían el torso desnudo, lucían unos tatuajes exuberantes que despedían resplandores azules a la luz de las estrellas. Unos calzaban botas militares; otros, alpargatas. La mayoría iban descalzos, aplastando con sus pies desnudos escarabajos y ratones de campo y pisando espinas sin manifestar el menor gesto de dolor. Tras los hombres, marchaban las mujeres, que hablaban en voz baja unas con otras en la oscuridad, y alternaban la conversación con risas breves. Lucían peinados altos y rastas, aunque también las había completamente rapadas, si bien con los cráneos pintados de rojo y azul. Se adornaban los cuellos con pequeños iconos y pentagramas. Llevaban niños famélicos cargados a la espalda, que con sus ojos grandes y vacíos, absorbían la oscuridad. Los vestidos que llevaban aquellas mujeres eran largos y llamativos, como si se

envolvieran en banderas nacionales de ciertas repúblicas. Sus tobillos estaban ceñidos con ajorcas y abalorios; los dedos de los pies, con pequeños anillos de plata. Una vez que hubieron pasado las mujeres, unos seres oscuros, totalmente insólitos, aparecieron de entre la niebla. Mientras unos lucían sobre la cabeza cornamentas de carnero cubiertas con cintas y láminas de oro fino, otros mostraban un vello espeso en el torso. Algunos los seguían con el crujido de las alas de pavo que llevaban en la espalda. Los que cerraban aquel desfile inaudito, los más oscuros y silenciosos, tenían los cuerpos tan deformes como unos siameses y así era como se movían: bicéfalos, con dos corazones dentro del pecho y dos muertes en la reserva. Unas vacas exhaustas los seguían. Resultaba incomprensible que hubieran podido conducirlas hasta allí, que hubieran subido por aquellas cuestas empinadas. Las reses arrastraban unos arados sobre los que yacían serpientes y cadáveres de perros de presa. Y esos arados iban borrando la huella de la inverosímil procesión que acababa de pasar ante nuestros ojos. Unos pastores, ataviados con abrigos negros y gabanes de color gris, arreaban a las vacas durante la noche, atentos a no dejar rastro alguno para que nadie pudiera dar con ellos después. A pesar de que los rostros de algunos de aquellos pastores me resultaban familiares, no fui capaz de identificarlos. Ellos, a su vez, advirtieron mi presencia y me dirigieron una mirada que me perturbó. Luego retomaron la marcha, dejando en el aire un olor a hierro candente y cuero quemado. Detrás de ellos, ya se veía clarear el cielo, y tan pronto como hubieron desaparecido, una luz gris y uniforme inundó la atmósfera. Una brecha roja partió el cielo en dos: el alba comenzó a descender sobre el valle. Kocha permanecía sentado a mi lado y, al parecer, dormía. Dormía con los ojos abiertos. Respiré profundamente por la nariz: el aire del amanecer era amargo, había dejado un regusto de las voces que allí mismo hacía poco que habían cesado. Tenía la impresión de haberme cruzado con la muerte. O un tren de carga que acababa de llegar.

3

Por la mañana Kocha y yo tomamos un poco de té que él había preparado. Luego me dijo cómo podía encontrar a Olga e intercedió para que el camionero, cuyo vehículo él mismo acababa de repostar, me acercara hasta la ciudad.

—Dame el veneno ese, el que tú te tomas —le pedí—. Voy a averiguar de qué se trata, al menos. ¿Dónde lo compraste?

—En la farmacia de la plaza.

Carretera abajo, más allá del puente, se extendía una hilera de tilos. Los rayos de sol penetraban en sus copas y cegaban la vista. El camionero se puso gafas de sol y yo entorné los ojos. A la izquierda, se había construido un dique como barrera de contención, en caso de que el río se desbordara. En primavera, cuando solía haber riadas, allí llegaban a formarse grandes lagunas que, a veces, rebosaban el dique, inundando las calles. Después de entrar en la ciudad, dejamos atrás las primeras casas y nos detuvimos en un cruce desierto.

—Bueno, amigo, ya hemos llegado, debo girar a la derecha —dijo el camionero.

—Buen viaje —le dije, y salté al suelo de tierra.

Las calles estaban desiertas. El sol se desplazaba despacio hacia al oeste, a medida que se deslizaba por encima de los tejados, el aire se volvía cálido y denso y la luz se posaba como el cieno en el fondo del río. Esta era una de las partes más antiguas de la ciudad, con edificios de ladrillo rojo de uno o dos pisos. Las aceras estaban cubiertas de arena; la hierba brotaba en los patios, dándole a la ciudad apariencia de abandono y hubiera sido reclamada por la naturaleza. Las hierbas llenaban todos los huecos y trepaban de forma desenfrenada y tenaz. Pasé por delante de varias tiendas que tenían las puertas abiertas. Olían a pan y a jabón. Aun así, allí no se veía a ningún cliente, algo inexplicable. En una de las tiendas, apoyada en el quicio de la puerta, había una dependienta, abrumada por el bochorno, con un vestido corto de color rojo, pelo espeso, color ceniza, busto voluminoso y piel bronceada, cálida y perlada de sudor, cuyas gotas parecían las de la miel fresca. Unos abalorios y cadenitas con varios crucifijos de oro le colgaban del cuello. En ambas muñecas llevaba dos relojes, también

de oro. Eso que, al menos, me pareció ver, o quizá sólo me lo imaginaba. Al pasar por su lado, la saludé. Ella asintió a modo de respuesta mientras me escrutaba con la mirada, aunque sin poder reconocerme. «Está muy atenta», pensé. Como si estuviera allí esperando a alguien. Después de recorrer varias manzanas, entré en una oficina de la compañía de teléfonos. El interior estaba cargado de humedad, como si de un acuario se tratara. Los únicos clientes que había se habían apiñado al lado de la ventanilla. Eran dos vaqueros locales vestidos con camisetas de tirantes, que dejaban al descubierto sus hombros copiosamente tatuados. Me quedé esperando a que los vaqueros se largaran; luego pagué la factura de teléfono atrasada y salí afuera. Doblé la esquina y después de recorrer una callejuela con varios quioscos cerrados llegué a la plaza, que parecía una piscina de la que hubieran vaciado el agua. Entre los adoquines blanqueados por la lluvia, brotaban malas hierbas, dando a la plaza un aspecto parecido a un campo de fútbol. Al otro lado de la plaza, se hallaba el edificio del ayuntamiento. Entré en la farmacia. Detrás del mostrador atendía una chica con el pelo teñido de rubio y la bata blanca puesta sobre el cuerpo desnudo. Cuando me vio entrar, se calzó disimuladamente las sandalias que había dejado en el suelo de piedra fresca.

—Hola —dije—. Mi abuelo compró aquí un medicamento. ¿Me puedes decir para qué sirve?

—¿Qué le pasa a su abuelo? —preguntó la chica, desconfiada.

—Tiene problemas.

—¿Problemas de qué tipo?

—No está bien de la cabeza.

Cogió el frasco y lo examinó con mucha atención.

—No es para la cabeza.

—¿En serio?

—Es para el estómago.

—¿Laxa o astringe? —pregunté por si acaso.

—Astringe —dijo ella—. Y luego laxa. Pero está caducado. ¿Cómo está su abuelo?

—Tirando —contesté—. Dame unas vitaminas.

La oficina de Olga se hallaba a la vuelta de la esquina, en un callejón tranquilo y sombrío. Junto a la puerta, crecía una morera frondosa, debajo, habían aparcado un escúter abollado. Cuando yo era niño, allí había una librería. La pesada puerta, revestida de hierro y pintada de color naranja, era un vestigio de aquella época. La abrí y entré.

Olga estaba sentada junto a la ventana, sobre una pila de papeles. Aunque era más o menos de la edad de mi hermano, aparentaba ser

más joven. Llamaban la atención sus rizos pelirrojos y el cutis color tiza que parecía estar iluminado desde dentro por luz fluorescente. Apenas llevaba maquillaje, quizá por eso parecía más joven. Llevaba un vestido largo de hilo y un par de zapatillas blancas de marca. Sentada sobre la pila de papeles, estaba fumando.

—Hola —dije.

—Buenos días —contestó, despejó el humo con la mano y me miró de pies a cabeza—. ¿Eres Herman?

—¿Me conoces?

—Shura me avisó de que pasarías.

—¿El Traumas?

—Sí, él mismo. Siéntate. —Se puso en pie y me señaló la silla que había junto al escritorio.

La pila de papeles, que le había hecho de asiento, se vino abajo de inmediato. Hice el ademán de recogerlos, pero Olga se interpuso:

—Déjalos —dijo—, que se queden donde están. Hace mucho que debía haberlos tirado a la basura.

Se acomodó en una vieja butaca tapizada de falso cuero, con los pies apoyados sobre el escritorio, al estilo de los sheriffs de los wésterns, aplastando informes y formularios con sus deportivas blancas. Al sentarse, el vestido se le subió un instante. Tenía las piernas bonitas: largas, con pantorrillas finas y caderas altas.

—¿Qué miras? —preguntó.

—Los formularios —respondí, sentándome frente a ella—. Olga, quiero hablar contigo. ¿Tienes un momento?

—Tengo una hora. ¿Quieres hablar de tu hermano?

—Exacto.

—Entiendo. Mira… —dijo, retirando bruscamente los pies del escritorio. Sus pantorrillas volvieron a quedarse al descubierto por un instante—. Vamos al parque. Aquí falta aire. ¿Traes coche?

—Me han acercado a la ciudad con un camión.

—No importa. Tengo un escúter.

Salimos al callejón. Después de cerrar la puerta con un candado, se montó en el escúter que consiguió arrancar al tercer intento. Me indicó con la cabeza que subiera. Me monté en la moto y me apoyé delicadamente en sus hombros.

—Herman. —Se volvió hacia mí tratando de hacerse oír por encima del rugido del motor—. ¿Alguna vez has ido de paquete en un escúter?

—Sí —respondí a voz en grito.

—Entonces deberías saber dónde tienes que poner las manos.

Me turbé y la cogí por la cintura, notando la goma de sus bragas.

—No vayas a propasarte —me sugirió antes de que nos pusiéramos en marcha.

La entrada del parque se encontraba allí mismo, en el lado opuesto de la calle. No obstante, Olga, después de salir a la carrera, subió a la acera y entró en el recinto a través de unos arbustos espesos. Pronto alcanzamos un paseo asfaltado. Detrás de la arboleda, había unas atracciones, columpios rodeados de árboles más jóvenes, un parque infantil con arena de la que sobresalía la hierba, y unas taquillas donde antaño se habían vendido entradas, y en las que ahora arrullaban palomas soñolientas y que servían de refugio a los perros callejeros. Olga rodeó una fuente, se desvió hacia un paseo lateral, pasó por delante de dos chicas que paseaban unos teckels y detuvo su escúter junto a un bar con vistas al río. El bar era antiguo. A finales de los años ochenta, según recordé, en una de sus dependencias había un estudio de grabación donde se dedicaban a convertir vinilos en cintas de bobina o casete. Cuando yo era adolescente, iba allí para que me grabaran heavy metal. Para mi sorpresa, el bar todavía existía. Entramos. El interior, bastante amplio, estaba impregnado de olor a tabaco. Las paredes estaban revestidas de madera; unas cortinas pesadas, con numerosas quemaduras de cigarro y manchas de pintalabios, cubrían las ventanas. Detrás de la barra, un tipo sesentón, de apariencia gitana, es decir, lucía una camisa blanca y dentadura de oro, era quien regentaba el bar. Olga lo saludó. El hombre asintió con la cabeza a modo de respuesta.

—No sabía que este bar aún seguía abierto —dije.

—Yo hace un montón de años que no vengo —dijo Olga—. No tenía ganas de hablar contigo en la oficina. Aquí se está más tranquilo.

Se acercó el gitano.

—¿Tiene gin-tonic? —preguntó Olga.

—No —dijo con rotundidad.

—¿Y qué tiene entonces? —preguntó ella, desconcertada—. ¿Herman, qué vas a tomar? —dijo, volviéndose hacia mí—. No tienen gin-tonic.

—¿Tiene oporto? —pregunté al gitano.

—Tiene que ser oporto blanco —respondió.

—De acuerdo. ¿Y tú, Olga?

—Bueno, está bien. Tomaremos oporto. ¿Hace mucho que no has visto a tu hermano?

—Hará medio año. ¿Sabes dónde está?

—No, no lo sé. ¿Y tú?

—Yo tampoco. ¿Qué tipo de relación teníais?

—Era su contable —dijo, encendiendo un cigarrillo—. ¿Se puede llamar a eso relación?

—No deseaba insinuar nada.

—No importa.

Volvió el gitano con el oporto, que traía en unos vasos, que son los

que se utilizan en los trenes para servir el té. Sólo les faltaban los soportes metálicos.

—¿Qué piensas hacer a partir de ahora? —preguntó Olga después de dar un sorbo con cautela.

—No lo sé. He venido sólo un par de días.

—Comprendo. ¿A qué te dedicas?

—Bueno, a nada en particular. Toma —dije, sacando del bolsillo del tejano mi tarjeta de visita.

—¿Eres un experto?

—Exacto. —Apuré mi oporto—. Olga, ¿tú sabías que el propietario del negocio era yo?

—Sí.

—Y entonces ¿qué tengo que hacer?

—No lo sé.

—Pero no puedo desentenderme del asunto así como así, ¿verdad?

—Probablemente, no.

—¿Puedo tener problemas?

—Sin duda…

—¿Qué debo hacer entonces?

—¿Has intentado ponerte en contacto con él? —preguntó tras una pausa.

—Sí, pero no me coge el teléfono. Ni siquiera sé dónde está. Kocha dice que en Ámsterdam.

—Otra vez ese Kocha —dijo Olga haciendo una seña con la mano al gitano para que trajera más oporto.

El gitano dejó la barra, de mala gana, trajo la botella de oporto y la dejó sobre la mesa antes de salir fuera, para que no volviéramos a molestarlo.

—Olga, dime, ¿el negocio de la gasolinera es rentable al menos?

—No sé qué decirte.

Serví el oporto; bebimos de nuevo.

—El dinero que tu hermano ganaba con la gasolinera era suficiente para no cerrarla. Pero tampoco alcanzaba para poder abrir otra.

—Comprendo. Mi hermano no quería venderla, ¿no es así?

—Es cierto, no quería venderla.

—¿Le hicieron alguna oferta?

—Sí —reconoció Olga.

—¿Quién?

—Un grupo de aquí.

—¿Y quiénes son?

—Marlén Vladlénovich Pastushok, un comerciante de maíz.

—Quizá sé a quién te refieres.

—Es diputado por el Partido Comunista.

—De modo que comunista, ¿eh?

—Exacto. Regenta una red de gasolineras en Donbás. Y ahora se ha empeñado en comprar todo lo que hay por aquí. Ni siquiera sé dónde vive. La oferta que le hizo a Yura fueron cincuenta mil, si no me equivoco.

—¿Cincuenta mil? ¿Por qué tanto?

—Por el emplazamiento —explicó Olga.

—¿Y por qué mi hermano no aceptó?

—¿Tú lo habrías aceptado?

—¡Yo qué sé! —exclamé.

—Yo sí lo sé. Habrías aceptado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tú, Herman, eres un cobarde. Y deja de mirarme las tetas.

Sin duda llevaba un buen rato fijándome en su vestido. El escote era bastante pronunciado, y Olga iba sin sujetador. Unas finas arrugas le asomaban en las comisuras de los ojos, cosa que la hacía aún más atractiva. No aparentaba en absoluto los cuarenta años que debía de tener.

—Es que no es lo mío, Olga, ¿comprendes? —dije, tratando de que mi tono fuera conciliador—. Nunca me involucré en los negocios de mi hermano.

—Pero ahora esos negocios también son tuyos.

—Y tú, Olga, ¿venderías esa gasolinera si fuese tuya?

—¿Si se la vendería al Pastushok ese? —Olga se quedó pensativa—. Antes la habría reducido a cenizas, con toda la chatarra.

—¿Por qué?

—Herman —dijo apurando el vaso—, hay dos tipos de personas que detesto. A los cobardes, los primeros.

—¿Y los segundos?

—A los ferroviarios, pero eso ya es cosa mía —aclaró—. Me traen malos recuerdos.

—¿Y qué tiene que ver el Pastushok ese?

—Nada. Sólo que yo no me hubiera dejado amedrentar por él. Pero tú haz lo que quieras. Al fin y al cabo, el negocio es tuyo.

—Por lo que veo, no tengo elección.

—Creo que, sencillamente, no sabes si la tienes o no.

No supe qué responder. Serví el resto de oporto en los vasos. Brindamos sin mediar palabra.

—Sabes —dijo Olga cuando el silencio se prolongó más de la cuenta—, aquí cerca hay una discoteca.

—Lo sé. Allí tuve sexo por primera vez.

—¡Oh!… —exclamó, desconcertada.

—Por cierto, en este bar también. Una Nochevieja.

—Tal vez no debí haberte traído aquí —dijo Olga después de todo.

—En absoluto, todo está bien. Me gusta este parque. Después de

jugar un partido de fútbol veníamos siempre aquí. Saltábamos el muro del estadio y veníamos aquí a celebrar la victoria.

—Me lo imagino.

—Olga, ¿y si de pronto decido quedarme? ¿Trabajarías para mí? ¿Cuánto te pagaba mi hermano?

—Tú, en todo caso, tendrías que pagarme más —dijo, mirando el móvil—. ¡Vaya!, son las doce. Tengo que irme.

El oporto lo pagó ella, ignorando mis intentos por pagar mi parte, alegando que ella se ganaba bien la vida y no quería saber nada de aquella cosa mezquina de pagarse cada uno lo suyo.

Salimos fuera. Si bien no me había quedado muy claro qué era lo que debía hacer a partir de entonces, tampoco tenía ganas de hacerle más preguntas. De pronto, sonó su teléfono.

—Hola —contestó—. Ah, sí. —Su voz sonó algo distante—. Sí, está aquí. ¿Le paso el teléfono? Como quiera. Sí, junto a la fuente —dijo, y colgó—. Ya está hecho —concluyó mientras guardaba el móvil—. Podrás hablar con ellos personalmente.

—¿Con quién?

—Con los tipos del maíz.

—¿Cómo han dado conmigo?

—Herman, aquí somos pocos. De modo que no cuesta nada encontrar a alguien. Me han dicho que los esperes junto a la fuente. Eso es todo, que te vaya bien.

Se montó en el escúter, dio gas y este soltó una densa humareda y desapareció por los paseos del parque de Cultura y Ocio.

«¿Y cómo los voy a reconocer?», pensé. Llevaba diez minutos sentado en el bordillo de ladrillos que rodeaba la fuente sin agua, en cuyo fondo también brotaba la hierba, que parecía crecer por todas partes. Aparte de mí, de las dos chicas que paseaban sus teckels y del gitano del bar, en el parque no había nadie. De pronto, de detrás de una esquina, espantando las palomas y haciendo sonar el claxon hacia el cielo azul, apareció el jeep negro que ya había visto el día anterior. «¿Cómo no los voy a reconocer?», pensé.

El vehículo dio una vuelta victoriosa alrededor de la fuente y se detuvo delante de mí. La puerta trasera se abrió dejando a la vista a un hombrecillo calvo enfundado en un polo de tela fina y pantalón blanco. No era ninguno de los que habían ido a la gasolinera. Me sonrió mostrándome toda su dentadura cerámico-metálica. Sin embargo, no se bajó del coche.

—¿Herman Serguéievich?

—¡Buenos días! —saludé sin moverme tampoco.

—¿Lleva mucho tiempo esperando? —El calvo permanecía recostado en el asiento de cuero, con el cuerpo orientado hacia mí,

dando a entender de esa forma que estaba bien predispuesto conmigo.

—No mucho —respondí.

—Le pido disculpas. —A todas luces, la postura adoptada por el hombrecillo le resultaba incómoda, aun así se empecinaba en mantenerla. Sin embargo, se trataba de una especie de pulso psicológico en que estaba en juego el estatus de cada uno: a ver quién era el primero de nosotros en levantarse—. Nos ha costado mucho llegar con el coche hasta aquí.

—Descuide —dije, aceptando sus disculpas. Y sin levantarme me acomodé todo lo que pude.

—¡Y yo me preguntaba si era realmente usted o es que me estaba equivocando de persona! —dijo el calvo, echándose a reír al tiempo que movía el trasero, lo que provocó que se deslizara sobre el cuero liso del asiento y fuera a parar debajo de este.

Me dispuse a ayudarlo, pero se incorporó solo con agilidad, y después de acomodarse, me tendió la mano, diligente. No me quedaba otra que tener que subir al coche y saludarlo.

—Nikolái Nikoláich —dijo presentándose mientras me mostraba una tarjeta de visita que había sacado de algún lugar de debajo del asiento—. Llámeme «Nikoláich», sin más.

Yo, a su vez, le di mi tarjeta. En la suya ponía «colaborador parlamentario».

—¿Dónde quiere ir? —me preguntó.

—No lo sé —dije—. A casa, tal vez.

—Le llevaremos, nos va de camino. Kolia,[4] vámonos.

Entonces el nombre del conductor también era Nikolái. Al parecer, llamarse Nikolái era el requisito imprescindible para formar parte de aquel grupo. Si uno no se llamaba Kolia, sus posibilidades de ser contratado disminuían considerablemente. Junto a Kolia, en el asiento del copiloto, había una vieja pistola Makárov, con una especie de muescas en la empuñadura. Recuerdo que pensé entonces que aquella manera descarada de tratar un arma podía acabar inexorablemente matando a alguien.

—La puerta —me dijo Kolia, advirtiéndome con tono de fastidio.

—¿Cómo? —no entendí.

—Cierra la puerta.

Hice lo que se me pedía y el jeep salió rápidamente en dirección a los arbustos. Kolia condujo en línea recta, como si siguiera el rumbo que le marcara una brújula invisible, sin hacer demasiado caso del trazado de la carretera. Atravesamos el parque infantil, abrió un surco al pasar delante de la discoteca donde practiqué sexo por primera vez, subió el vehículo al bordillo de la acera y sólo entonces dejó caer el coche sobre la calzada. Pero Nikolái no se conformó con eso: entró en un callejón solitario cuyo pavimento era una sucesión de ladrillos

rotos, bregó con el volante hasta atravesar una obra y después de sobrepasar una zanja salió de nuevo a la carretera. Mientras tanto, Kolia había estado escuchando música heavy, de guitarra, tipo Rammstein o algo por el estilo.

—Conduce como si quisiera despistar a alguien —comenté a Nikoláich.

—¡Qué va! Kolia conoce el terreno como la palma de su mano, por eso siempre toma atajos.

Seguimos circulando sin mediar palabra, hasta que Nikoláich no aguantó más.

—¡Kolia! —gritó, pero este no lo oyó—. ¡Kolia, joder, apaga de una vez esa porquería fascista!

Kolia miró por encima del hombro con expresión de fastidio, pero acabó por apagar la música.

—Herman Serguéievich —dijo Nikoláich.

—Llámeme Herman —le interrumpí.

—Claro, claro, como quiera —accedió Nikoláich—. Tenemos que hablar.

—Pues hablemos.

—Eso, hablemos.

—Soy todo oídos.

—Estupendo. ¡Kolia!

Acabábamos de entrar en el puente. De pronto, Kolia se detuvo en seco y apagó el motor. Se hizo el silencio.

—¿Y cómo le van las cosas por aquí? —me preguntó Nikoláich como si lo de estar parados con el coche en medio de un puente fuera algo de lo más normal.

—Bien —dije, vacilante—. Echaba de menos mi tierra. ¿Qué pasa, nos vamos a quedar aquí parados? —pregunté, mirando por la ventanilla.

—No se preocupe, le llevaremos a usted donde nos diga. ¿Se va a quedar mucho tiempo por aquí?

—No lo sé —dije, empezando a inquietarme—. Ya veremos. Mi hermano se ha ido de viaje, sabe…

—Lo sé —intervino Nikoláich—. Yuri Serguéievich, Yura, y yo —dijo— éramos socios.

—Qué bien —dije inseguro.

—Eso es fantástico —admitió Nikoláich—. ¿Acaso puede haber algo mejor que una relación de socios?

—No lo sé —confesé con sinceridad.

—¿No lo sabe?

—No.

—Yo tampoco lo sé —dijo Nikoláich por sorpresa.

Detrás del jeep se había detenido un camión de transporte de

lácteos. El conductor tocó la bocina. Otro camión se acercaba por detrás.

—¡Kolia! —exclamó de nuevo Nikoláich.

Kolia bajó del vehículo y se dirigió con calma al camión de los lácteos. Al llegar junto a la cabina, subió al escalón, metió su voluminosa cabeza por la ventanilla y le dijo algo al conductor. Este apagó el motor. Kolia se dirigió entonces al otro camión.

—Yo lo que le quiero decir es lo siguiente —prosiguió Nikoláich—. Usted, Herman, es una persona joven y enérgica. Muy ambiciosa, también. Yo, por mi parte, tengo ganas de que ambos tengamos una buena relación de socios. ¿Qué le parece?

—Eso sería estupendo.

—No sé si Olga Mijáilovna se lo ha comentado, pero nosotros estamos interesados en comprarle su negocio. ¿Me entiende?

—Entiendo.

—Está muy bien que usted me entienda. Lamentablemente, Yuri y yo no llegamos a un acuerdo…

—¿Por qué razón?

—Quedaban algunos cabos sueltos, ¿comprende?

—Pues, cuando vuelva mi hermano, podrán atar esos cabos.

—¿Y cuándo volverá? —Nikoláich me miró fijamente.

—No lo sé, espero que pronto.

—¿Y si no vuelve?

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, puede pasar.

—No diga tonterías, Nikolái Nikoláich —dije—. Ese negocio es suyo, así que volverá seguro. No pienso vender nada.

Mientras tanto, detrás del jeep se había formado una caravana de coches. Los que venían en dirección contraria, se detenían para preguntar a Kolia si había habido un accidente. Kolia les decía algo y entonces los coches inmediatamente daban media vuelta.

—No se ponga nervioso —dijo Nikoláich, en tono conciliador—. Entiendo perfectamente que usted no quiera vender, así de pronto, el negocio de su hermano a una persona a la que acaba de conocer. Lo entiendo muy bien. Piénselo, tiene tiempo. Si bien no hemos llegado a un acuerdo con su hermano, confiamos en cerrar un trato con usted. Es su única opción. Ahora mismo la empresa es deficitaria, eso lo sé. Comprendo la actitud intransigente de su hermano: empezó el negocio desde cero y no le fue mal. Pero todo negocio, para seguir siendo rentable, necesita una inversión, ¿me entiende? Usted podrá cobrar el dinero de la venta y repartirlo entre su hermano y usted. Si es que vuelve, claro. Piénselo, ¿de acuerdo?

—Lo pensaré.

—¿Me lo promete?

—Se lo juro —dije para acabar de una vez con aquella conversación y permitir así que el tráfico se normalizara.

—Trato hecho. —Nikoláich, satisfecho, volvió a acomodarse en su asiento.

—¡Kolia! —volvió a llamar.

Kolia, con parsimonia, se puso al volante, encendió el motor y el coche arrancó despacio. Toda la caravana de vehículos se puso en marcha detrás de nosotros. Después de salir del puente, subimos la colina antes de girar hacia la gasolinera. Al llegar, Kolia frenó sin miramientos. Abrí la portezuela. Junto a la garita, repantingados sobre las butacas, Kocha y El Traumas estaban tomando el sol. Al verme llegar, intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Bueno —dijo Nikoláich al despedirse—, me alegro de que nos hayamos entendido.

—Por cierto —le dije como si de pronto cayera en la cuenta de algo—, ¿y si no acepto?

—¿Acaso tiene elección? —dijo Nikoláich, sorprendido. Y añadió esbozando una amplia sonrisa—: Trato hecho, Herman. Nos veremos en una semana. Que le vaya bien.

Kocha estaba sentado con su mono naranja desabrochado, calentando sus viejos huesos blancos al sol. El Traumas lucía una elegante camisa blanca y un pantalón de vestir de color negro que había sido planchado con esmero. Calzaba unos zapatos de charol con punta. Se parecía a un granjero que fuera a casar a su única hija. Ambos me observaban con mirada hostil: El Traumas me atravesaba con la mirada mientras se atusaba el bigote con el dedo; los cristales de las gafas de Kocha recordaban las pupilas vidriosas de un perro.

—¿Pasa algo, Herman? —me preguntó El Traumas con confianza.

—¿Te han pegado esos? —preguntó Kocha.

—¿Estás de broma? No me ha pegado nadie. Sólo hemos hablado. Se ofrecieron para traerme hasta aquí.

—¿Has hecho nuevas amistades? —preguntó, sombrío, El Traumas.

—Eso es —asentí—, amistades de las buenas. Quieren comprar la gasolinera.

—Ya lo sabemos, Herman —aclaró El Traumas.

—¿Lo sabéis? Estupendo. ¿Y por qué no me lo habéis dicho?

—Porque no nos lo has preguntado —se justificó, molesto, El Traumas.

—¿Y qué tenía que haberos preguntado?

—Nada —respondió El Traumas, descontento.

—Eso fue lo que pensé.

—¿Y qué piensas ahora? —preguntó El Traumas tras una pausa.

—No sé. Creo que cincuenta de los grandes por todo ese montón de chatarra es un buen precio.

—¿Un buen precio, dices? —El Traumas se puso en pie, metiendo su barriga de goleador—. ¿Un buen precio, quieres decir?

—Creo que lo es.

—Vaya. —El Traumas se quedó pensando en algo mientras observaba las puntas de sus zapatos—. Un buen precio. Mira, Herman —dijo, rompiendo por fin el silencio—, una vez que metas la pata, ya no hay vuelta atrás. Lo más fácil para ti es venderlo todo y a tomar por saco, ¿no es cierto?

—Tal vez.

—Tal vez, tal vez —repitió El Traumas. Luego dio media vuelta y se encaminó hacia el garaje.

Me dejé caer en la butaca junto a Kocha, que escondía la mirada tras sus gafas, dirigiéndola hacia algún punto allí arriba donde unos nubarrones pesados, que se habían cernido sobre nosotros, se deslizaban ahora por encima del cerro, casi rozando el asta solitaria sobre la garita, cual barcazas sobrecargadas que navegan sorteando un banco de arena.

—Toma —le dije a Kocha, entregándole las vitaminas. Este examinó el frasco, lo miró a contraluz.

—¿Qué es? —preguntó desconfiado.

—Unas vitaminas.

—¿Para el insomnio?

—Para el insomnio.

—¿Dónde las fabrican?

—En los Países Bajos. ¿Ves esos caracteres? Son letras holandesas. Esas vitaminas llevan setas. Setas de calabaza. Así que dormirás como un tronco.

—Gracias, Her. No le hagas caso a Shura. A tomar por saco con la gasolinera, si la tienes que vender. No será el fin del mundo.

—¿Lo crees?

—Te lo digo yo.

Un balón de cuero salió volando a través de la puerta abierta del garaje, botó pesadamente contra el asfalto recalentado y se fue rodando. El Traumas salió tras el balón por el hueco negro de la puerta del taller. Se acercó hasta el balón, lo tomó hábilmente con la punta de su zapato de charol y lo lanzó al aire. Luego, con la misma destreza, lo tomó con el pie izquierdo y volvió a lanzarlo al aire. Comenzó a golpear la pelota sin dejar que cayera al suelo. Lo hacía con habilidad y soltura, metiendo la barriga para que no le molestara. De vez en cuando, tocaba el balón bien con el hombro, bien con la cabeza. Kocha y yo nos quedamos de una pieza, contemplando maravillados la plasticidad de sus movimientos. El Traumas, al parecer, seguía en plena forma, ni siquiera sudaba, tan sólo se le habían enrojecido ligeramente los ojos y la respiración parecía algo

acelerada. Por no hablar de la barriga, que tenía que mover de un lado a otro para que no le estorbara.

De la carretera, llegaron tres camiones. Los conductores bajaron de las cabinas, saludaron a Kocha y se nos unieron para contemplar el espectáculo.

—¡Shura! —Uno de ellos ya no pudo aguantarse—. ¡Pásala!

El Traumas le lanzó una mirada y le pasó con habilidad el balón. El conductor lo pisó, lo empujó con cierta torpeza y con toda la fuerza de la que era capaz lo devolvió a El Traumas. Este recibió el balón, y lo retuvo entre los dos pies. Los camioneros no aguantaron más y se lanzaron entre gritos hacia El Traumas. La batalla había comenzado. El Traumas esquivaba las acometidas de los camioneros sin perder el balón, los sorteaba provocando que se cayeran y chocaran entre sí. Los camioneros se abalanzaban sobre él como perros de caza sobre un oso somnoliento, pero no conseguían arrebatarle la pelota, estaban muy irritados y se propinaban golpes entre ellos. Sin embargo, llegó un momento en que El Traumas se quedó sin aliento, y poco a poco fue retrocediendo hacia el fondo de la explanada, había recibido un par de patadas en las espinillas y comenzaba a cojear. Los camioneros olieron sangre y fueron a por él con renovado entusiasmo. El Traumas los volvió a sortear permitiendo que uno de los rivales pasara por debajo de su barriga y embistiera con la cabeza contra otros compañeros. Ambos acabaron en el suelo. El tercer camionero acudió para ayudarlos. Shura recuperó el aliento y miró en nuestra dirección.

—Herman —gritó—, ¡venga, ven! ¡Son tres contra uno!

Corrí hacia la explanada. El Traumas me pasó el balón, y lo fui conduciendo a través del «campo». Los camioneros se lanzaron en mi persecución. Después de hacer un par de carreras, también ellos se quedaron agotados, se detuvieron y, con las manos apoyadas en las rodillas y la lengua fuera, parecían cadáveres o, vistos de lejos, máquinas de picar billetes. Me detuve e interrogué a El Traumas con la mirada. Este señaló con la mano en dirección a los camioneros, como si me dijera: «deja que jueguen un poco». Golpeé el balón hacia el más alto de ellos, el que estaba más cerca. Este corrió con entusiasmo hacia la pelota, se volvió y le pegó con todas sus fuerzas. El balón voló por las nubes cortando el aire y se perdió entre la maleza que crecía más allá de la explanada. Los conductores estaban decepcionados. No obstante, tras una breve reunión de equipo, fueron a buscar el balón. El Traumas y yo los seguimos. Incluso Kocha se puso en pie. Todos, en fila, nos adentramos en el polvo y el calor de la espesura, igual que cazadores africanos que persiguieran a unos leones a través de la sabana. El balón había ido a parar a algún lugar recóndito: podían oírse sus rugidos de alerta y el débil latir de su corazón de cuero. Avanzamos con cautela, intentando dar con él,

intercambiando algunas palabras de vez en cuando y mirando el cielo donde los nubarrones eran cada vez más numerosos.

Todo aquello me hizo recordar algo: unos hombres avanzan cautelosos por entre la hierba que les llega hasta la cintura mientras apartan con las manos los tallos altos, observan atentamente la textura de los vástagos, intentan distinguir las voces que les llegan desde lo más profundo del bosque, espantan los pájaros que se cobijan en la maleza, atraviesan, tensos, la pradera. Ya había visto esto antes. Cuerpos abstraídos. Siluetas detenidas bajo la luz del crepúsculo. Camisas blancas que destacan en la oscuridad.

¿Cuándo fue? En el año 1990, creo. Sí, en 1990. Verano. Acabábamos de ganar un partido en casa contra Voroshilovgrado. El gol de El Traumas en el descuento. Fue su mejor partido, con toda probabilidad. El restaurante Ukraína, junto al parque, frente a la estación de los bomberos. Era de noche, creo, y estábamos celebrando la victoria. A la mesa, se sientan gánsteres y jugadores de nuestro equipo, mujeres desconocidas con vestidos de fiesta, hombres con camisas blancas y trajes deportivos, camareros y empresarios en ciernes. Nosotros, los jóvenes, compartimos mesa con unos delincuentes. Una oleada caliente de alcohol nos sube a la cabeza, como si nos zambulléramos en un mar de noche, cuyas olas, entre dulces y amargas, nos cubrieran y nos devolvieran a la orilla hechos ya unos hombres. Cajas y cajas de botellas de vodka; la mesa interminable en la que caben todos tus conocidos; una música estridente, infame; el crepúsculo húmedo y azul tras las ventanas; los árboles empapados por el aguacero; las voces que al mezclarse recuerdan el rumor de la lluvia; las conversaciones a media voz entre hombres y mujeres; la sensación del vacío, que está en algún lugar muy cerca y de donde soplan unas corrientes de aire insoportablemente cálidas, que cortan la respiración y dilatan las pupilas; una sensación subyacente de las arterias invisibles por las que fluye la sangre de este mundo. Y de pronto, en medio de todo aquel resplandor dorado, explota el cristal y el aire se rompe en un millón de fragmentos. Uno de los hinchas del Voroshilovgrado, después de espiar nuestra celebración, ha arrojado un trozo de ladrillo contra la ventana del restaurante. El vidrio se ha hecho añicos franqueando el paso al interior. La noche entró a raudales en la sala, golpeando nuestras cabezas y helándonos la sangre que, al poco, recuperan la compostura. Y casi enseguida, tras una breve pausa, se desencadena el movimiento general: resuenan airadas las voces; la concurrencia se envalentona; el gentío, haciendo barullo, sale a trompicones por la puerta y el hueco del ventanal. Los zapatos repiquetean contra el asfalto mojado; las camisas blancas de los comensales se precipitan dentro de la noche color violeta, alumbrándola, mientras las figuras

femeninas se quedan mirando, tensas, la oscuridad. Los gánsteres y los empresarios, los futbolistas y los pandilleros del extrarradio se diseminan en la negrura y se ponen a peinar el terreno baldío que comienza detrás del parque, estrechando el cerco en torno a la presa invisible, arrinconándola contra el río, impidiendo que se escabulla: es una persecución extraña, llena de alegría y emoción. Nadie quiere quedarse atrás, todos miran fijamente la abrumadora oscuridad de una noche de verano, agachándose e intentando vislumbrar al enemigo. Al otro lado del río, brillan, lejanas, unas luces eléctricas, como si unos soles verdes y amarillos se escondieran entre la hierba. La oscuridad, mientras tanto, se va espesando como la sangre, sangre caldeada por nuestro aliento como por obra de unos motores de combustión interna.

4

Kocha durmió profundamente esa noche, al igual que si él mismo fuese el conducto por el que circularan los sueños, que transitaban a través de él igual que los vagones de un tren de mercancías en un nudo ferroviario, mientras él inspeccionaba cada uno de ellos como si fuera un jefe de estación, con actitud grave y reconcentrada. Durmió al aire libre, sobre su querida catapulta, no sin antes haber tomado las vitaminas que yo le había proporcionado. Saqué de la caseta un gabán viejo y lo cubrí con él; aun así, durante la noche, me desperté un par de veces para ver cómo estaba. A sus pies, dormían unos perros callejeros, que habían venido del lado de la carretera. A lo largo de la explanada nocturna, el viento arrastraba bolsas de papel. Las aves se posaban sobre su hombro; las hormigas desfilaban por sus manos abiertas, atraídas por las manchas rojas que le habían salido en la piel por una sobredosis de vitaminas. Durante la noche, los últimos nubarrones se fueron hacia el norte; el cielo se llenó de constelaciones; el clima volvió a ser el de principios de junio. En aquella región, el mes de junio solía ser fugaz e intenso: los tallos se colmaban de un jugo amargo y el follaje se escamaba igual que la piel cuando se expone al frío del invierno. Con cada día que pasaba, significaba más polvo y arena, que se metían en los zapatos y los pliegues de la ropa, chirriaban entre los dientes y caían del pelo como si fuera caspa. En junio, el aire se recalentaba como las tiendas de campaña del ejército, dando comienzo a la estación cálida caracterizada por la presencia de hombres indolentes en las calles y de críos alborotadores en los arroyos. Aquella misma mañana, quedó claro que había que prepararse para un verano caluroso, infinito, que abrasaría todo cuanto encontrara a su paso, incluidos el pelo y la piel. Ni siquiera las tormentas de verano supondrían un alivio para nadie.

Por las mañanas, Kocha tardaba un poco en espabilarse y se sentía igual de enojado que cuando era niño, cuando debía madrugar porque sus padres tenían prisa por marcharse a trabajar y lo apremiaban para ir a la escuela. En cuanto se levantó, merodeó alrededor del garaje, dio de comer a los perros pan negro, contempló, pensativo, el valle y finalmente fue a despertarme. Sentado en el sofá, contó con detalle anécdotas fragmentadas sobre su exesposa, mientras me enseñaba

unas fotos. Luego, buscó debajo de la cama y tomó un álbum de fotos forrado en tela de paño con la que confeccionan los capotes del ejército. Me insistió que le echara un vistazo. Me resistí, aunque de forma más bien pasiva, y traté de volver a dormir. Sin embargo, con el álbum de fotos del ejército de por medio, no fue en absoluto una tarea fácil. Al final, me incorporé, me envolví en una manta de hospital, áspera al tacto, y me dispuse a escuchar a mi amigo. Kocha hablaba sobre el amor, rememoraba sus citas con la mujer que se convertiría en su esposa y mencionó que habían echado un polvo en el asiento delantero de un viejo Volga.

—¿Y por qué no fue en el asiento trasero como todo el mundo? —pregunté, sorprendido.

—Venga, colega, los asientos delanteros del antiguo modelo del Volga, igual que los traseros, son uno solo, no tienen separación, así que no hay ninguna diferencia, ¿entiendes?

—Lo entiendo, no hay ninguna diferencia. —Kocha, satisfecho, asintió con la cabeza como diciendo: exacto, colega, lo has pillado.

Luego, Kocha fue a preparar *chifir*.[5]

Al cabo de un rato, desde la gasolinera, se oyó la bocina del coche del primer cliente del día. Kocha, irritado, se puso las gafas y se apresuró a salir.

—Kocha —le dije—, deja que te eche una mano.

—Déjalo estar, Her —dijo—. Estorbas más de lo que ayudas.

—Bueno, hago lo que puedo.

—De acuerdo, ven —dijo, deteniéndose en la puerta, mientras yo me vestía—. Pero cámbiate, ¿adónde vas con esos vaqueros? Debajo del sofá tengo ropa vieja, búscate algo, ¿de acuerdo? —dijo y se marchó.

Debajo del sofá, Kocha tenía dos maletas repletas de ropa usada que olía a tabaco y agua de colonia. Asqueado, hurgué en una de las maletas. Encontré un pantalón negro del ejército con las rodilleras remendadas que, por lo demás, presentaba un aspecto bastante aceptable y desprendía un fuerte olor a colonia. Abrí la otra maleta y encontré una chaqueta de Bundeswehr, arrugada, pero entera. Me la puse. Me quedaba algo estrecha, quizá por eso Kocha había dejado de ponérsela, quizá porque tenía, más o menos, una complexión parecida a la mía. Aun así, tampoco tenía muchas cosas entre las que elegir. Me miré en el cristal de la ventana, los rayos de sol rompieron el reflejo, y lo hicieron trizas. Sólo pude distinguir ciertos perfiles y sombras. Después de cambiarme, debía parecer el conductor de un tanque, cuyo espíritu combativo seguía intacto. Eso fue lo que pensé en el momento de salir de la caseta para dirigirme a mi nuevo lugar de trabajo.

El Traumas llegó a las nueve. Observó con mirada crítica mi ropa

de trabajo mientras soltaba un «uhmm» y se dirigía al garaje. En definitiva, no tanto ayudé como estorbé. Derramé un par de veces la gasolina fuera del depósito; me enfrasqué en una conversación con un camionero que se dirigía a Polonia; en resumidas cuentas, no dejé de estorbar a Kocha, impidiéndole cumplir con sus obligaciones profesionales. Al final, el viejo perdió la paciencia conmigo y me envió con El Traumas. Este entendió el mensaje y me tendió un trapo impregnado en gasolina para que limpiara una chatarra que estaba cubierta con una capa de limo, óxido y pintura al óleo. Media hora de aquella dura faena bastó para que me desanimara: la falta de trabajo físico durante muchos años se hizo notar.

—Shura —le dije a El Traumas—, hagamos una pausa para fumar.

—Aquí no se fuma. Estamos en una gasolinera. De acuerdo —accedió un minuto después—, tómate un descanso. Y vuelve.

Eso fue lo que hice.

Alrededor del mediodía, habían restablecido la línea de teléfono. Marqué el número de Bólek. Su voz sonaba sorda y cabreada.

—Herman, ¿cómo te va por allí? —dijo, hablándome a gritos.

—De maravilla —respondí—. Esto es un balneario. El río está cerca. Se pueden pescar lucios.

—¿De qué lucios me estás hablando, Herman? ¡Qué lucios ni qué hostias! Esta semana se celebran las primarias. Y no tenemos preparada una mierda, hermano. Aparte, necesitamos que estés aquí por el asunto del negocio. ¿Cuándo volverás?

—De eso quería hablar contigo, Boria —grité al auricular—. Voy a quedarme un poco más aquí.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—¡Que tardaré en volver!

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo?

—Una semana, como mucho.

—Herman —dijo Bólek, de pronto, su voz adquirió un tono de seriedad—, ¿va todo bien por allí? ¿Quizá necesitas ayuda?

—En absoluto —dije esforzándome por hablar en tono despreocupado y convincente—. Tranquilízate. Dentro de una semana estaré de vuelta.

—No pretenderás quedarte allí, ¿verdad? —dijo Bólek, con una mezcla de preocupación, desconfianza y quizá también esperanza.

—¡Qué va!, claro que no.

—Herman, hace mucho que te conozco.

—Con más razón todavía.

—No me harías eso, ¿verdad?

—No te preocupes, ya te lo he dicho.

—Herman, por favor, antes de hacer cualquier tontería, piénsatelo

dos veces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Piensa en nosotros, tus amigos.

—Pienso en vosotros.

—Antes de hacer cualquier tontería.

—Sí, claro.

—Piénsatelo, Herman, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—Cuidate, hermano, cuidate mucho. Te queremos.

—Yo también os quiero, Boria, a los dos. Sobre todo a ti.

—No me jodas —dijo Bólek, colgando por fin.

—Sí, sí —grité al auricular mientras escuchaba al otro lado de la línea la señal de fin de llamada—. ¡Yo también te echo de menos! ¡Muchísimo!

Luego volví a marcar varias veces el número de mi hermano. Este se empecinaba en no coger el teléfono. El sol entraba a raudales en el interior de la garita, el polvo se arremolinaba en el aire como en un agua revuelta por peces. Miré por la ventana, y sentí cómo las vísceras calientes del mes de junio descendían sobre el asfalto y entraban en contacto con todo ser vivo que pasaba por allí. ¿Cómo debía proceder a partir de ahora? Podía bajar de nuevo al valle en busca de amigos y conocidos a los que no había visto en años, hablar con ellos, preguntarles sobre su vida. También podría hacer autostop y largarme hoy mismo de aquí, irme todo lo lejos que pudiera y dejar atrás ese lugar infernal con sus miles de rayos solares y recuerdos que me obstruían los pulmones y me cegaban la vista. Naturalmente, lo más fácil sería vender el negocio. Y luego repartir el dinero entre los socios. Dudo que mi hermano se lo tomara a mal. Y en caso de que así fuera, ¿qué cambiaría? Tampoco es que me dejara muchas opciones para elegir. Claro que también podía quedarme un tiempo con Kocha, mientras hiciera calor y los lucios picaran, fingiendo que quería ayudar a repostar camiones. Pero tarde o temprano, tendría que vérmelas con el papeleo, los impuestos y toda esa basura que he intentado evitar toda mi vida. Ahora, a la luz de los últimos acontecimientos, haber registrado la empresa a mi nombre resultaba extravagante y poco sensato. Mi hermano, que, a diferencia de mí, siempre lo tenía todo calculado, debió de haber previsto las consecuencias; yo no acababa de entender qué necesidad había por su parte de dejarme en la estacada. Y lo más importante: ¿por qué desapareció sin avisar ni dejar ninguna explicación? Era como si me hubiera dicho: «Haz lo que te dé la gana; si quieres, véndelo todo y no te compliques más la vida. Y si no quieres vender el negocio, puedes donarlo a los pobres o a algún orfanato, y que sean ellos los que se

encarguen de repostar a todos aquellos vaqueros. O simplemente prende fuego a esa garita junto con el certificado de registro mercantil y vuelve a casa donde te esperan tus fieles amigos y un empleo interesante». Pero no había dejado ninguna orden. Simplemente se marchó sin despedirse como un turista de un hotel. Hizo que me arrastrara a estos cerros quemados por el sol, donde, desde que era niño, siempre me había sentido inseguro, desde la infancia hasta aquel maravilloso día de otoño en que mis padres y yo finalmente escapamos, después de que mi padre, un militar retirado de un ejército insignificante, obtuviera una vivienda cerca de Járkiv. Nosotros nos marchamos. Y mi hermano se quedó, negándose a acompañarnos. Ni quiso oír hablar del asunto. Había dicho desde el principio que él se quedaba y jamás nos perdonó del todo que nos fuéramos. Si bien nunca lo dijo abiertamente, yo siempre noté su desaprobación, especialmente hacia nuestros padres, que acabaron abandonando aquel valle de sol, arena y moreras. Él se quedó, se atrincheró en aquellos cerros y fue abriendo fuego en todas direcciones, luchando valientemente para proteger su tierra. Su empecinamiento me resultaba incomprensible, esa era la diferencia entre nosotros dos. Mientras él se aferraba hasta el final a aquel erial, yo no vacilaba en renunciar al vacío con tal de librarme de él. A fin de cuentas, la vida acabó disponiendo las cosas a su manera. Mi hermano estaba ahora en Ámsterdam y yo me había quedado atrapado en aquel cerro con vistas al fin del mundo, cuya visión obviamente me disgustaba.

Kocha estaba exhausto. Sentado en la catapulta, intentaba defenderse perezosamente del asedio de un camionero, un viejo conocido suyo, que, con no menos pereza, trataba de animarlo a que siguiera trabajando, es decir, repostar un camión antes de emprender un largo recorrido. Salí de la garita y fui a reemplazar al viejo en su puesto de combate. El sol, que olía a bencina, colgaba en lo alto como una pera de gasóleo.

El trabajo disipó mi confusión al darle un sentido a mi rutina. Si te mantienes ocupado piensas menos en los pasillos del futuro que, de una forma u otra, habrás de recorrer. Ayudé a mis socios, trajinando hasta el atardecer bajo el cielo anaranjado de junio. Al anochecer, Kocha trajo unas conservas, lio un par de porros y se puso mis auriculares. Nos sentamos bajo las ramas del manzano, relajados y en silencio, sintiendo en la piel cómo el calor remitía y el fresco ascendía poco a poco desde el lado del río. Cuando hubo oscurecido, El Traumas empezó a prepararse para marcharse. Se aseó en un lavamanos de plástico amarillo y se echó colonia. Luego, se puso su

elegante camisa blanca y se marchó al valle, al encuentro de las luces eléctricas doradas y las sombras violetas de los callejones de la ciudad, donde lo esperaban sus amantes, abriendo las ventanas a la noche fresca y negra.

El aire nocturno y la suave hierba hicieron que el sueño fuese profundo y regular como el caudal de un viejo arroyo. La piel, abrasada por el sol durante el día, se enfriaba al amanecer, si bien las sábanas seguían reteniendo el calor corporal durante mucho tiempo. Por la mañana, Kocha me despertó con sus chanzas, antes de preparar el desayuno y enviarme a lavar los dientes. Aquello me recordó algún tipo de excursión escolar. Había perdido toda noción del tiempo. Yo en unas vacaciones inesperadas, una visita a una gasolinera, y ahora estaba deambulando, desconcertado, por estas pequeñas colinas, enredado entre la hierba y la chatarra, donde se cobijaban los pájaros del campo. Mientras tanto, El Traumas siguió tratándome con el mismo recelo, aunque sin demasiada dureza. La tarde del miércoles volvió con el balón. Colocó dos latas de pintura, que sacó del taller, a modo de portería, hizo que me pusiera de portero y practicó durante un buen rato los chutes con la zurda. Algunos de los conductores que venían por la gasolinera, me reconocieron, y me saludaron y me preguntaron cómo estaba, cuánto tiempo iba a quedarme y dónde estaba mi hermano. Yo evitaba respuestas directas, y les aseguraba que no había razones para preocuparse, siendo consciente de que no estaba siendo sincero. En todo caso, era asunto mío.

El jueves a mediodía llegó Olga con su escúter, llevando una gran cesta de mimbre al hombro. La cesta se balanceaba constantemente hacia delante, golpeando contra la rueda y obstaculizando la conducción. En una maniobra temeraria, Olga acababa de adelantar un camión, había salido de la carretera y tras alcanzar a toda velocidad la gasolinera, giró bruscamente hasta detenerse delante de nosotros. Kocha y yo estábamos descansando en las butacas, tratando de ahuyentar a las avispas, que nos incordiaban revoloteando a nuestro alrededor, confundidas por el olor a tabaco y colonia. Olga saltó del escúter y nos saludó con un movimiento de cabeza.

—¿Todavía por aquí? —me preguntó.

—Sí. He decidido tomarme unas vacaciones, sin que me las paguen.

—Comprendo. ¿Cómo les va a tus amigos?

—¿A cuáles?

—A los del jeep.

—¡Ah, esos! De maravilla. Son buena gente.

—¿En serio? —dijo Olga, algo desconcertada.

—Me pusieron música y quieren que seamos amigos.

—¿Y?

—¿La música? Una mierda.

—¿Y lo de ser amigos?

—Me lo estoy pensando —confesé.

—Ya —soltó Olga fríamente—. Toma, Kocha, es para ti —dijo, entregándole la cesta al viejo y encaminándose hacia el garaje para ver a El Traumas.

Kocha apenas tuvo tiempo de darle las gracias.

Dentro de la cesta había pan fresco y una botella de plástico de Coca-Cola llena de leche. Kocha partió con entusiasmo un trozo de pan e hincó sus dientes en él; eran fuertes y amarillos como los de un perro viejo. Me ofreció la botella de leche. La rechacé. Los laterales pintados de blanco del escúter relucían al sol, y se calentaban deprisa. El valle estaba sumido en la quietud; los pájaros iban y venían entre los árboles, en busca de lugares más frescos.

Más tarde, Olga salió del garaje. Detrás de ella salió El Traumas vestido con su ropa de trabajo, resoplando y enjugándose el cuello con un pañuelo blanco como la nieve. En una mano sostenía unos papeles que, según parecía, Olga le acababa de entregar. Los agitaba, irritado, tratando de explicarle algo a ella. Olga, sin embargo, no le hacía ni caso.

—Shura —le imploró—, ¿qué quieres que haga?

El Traumas estrujó los papeles, los metió en un bolsillo de su chaqueta y agitando los puños desapareció en el garaje.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Nada —se limitó a decir Olga. Se subió al escúter, lo puso en marcha y se quedó quieta unos segundos antes de apagar de nuevo el motor—. Herman —dijo, dirigiéndose a mí—, ¿tienes trabajo en este momento?

—Trabajo tengo —respondí, algo desconcertado—. Pero justo ahora tengo una pausa para comer.

—Vamos a nadar al río —propuso ella—. Kocha —dijo, dirigiéndose al viejo—, ¿tienes alguna objeción?

Kocha asintió, dando un gran sorbo de leche.

—Entonces ¿qué?, ¿vienes? —preguntó Olga bajándose de nuevo del escúter y encaminándose colina abajo. No pude hacer más que levantarme y seguirla.

Ella caminaba delante de mí, mientras buscaba el sendero que serpenteaba entre zarzas y moras verdes a través de una pendiente que descendía de forma abrupta. Las briznas de hierba se le metían dentro de las deportivas; mariposas y avispas levantaban el vuelo, despegándose de los tallos, espantadas por sus andares. Lagartijas de color esmeralda salían con rapidez de debajo de sus pies. Yo apenas era capaz de seguir sus pasos, extenuado de correr a través del aire

abrasador. La vegetación era cada vez más espesa. Sólo podíamos ver el valle a través de los huecos que había entre las ramas. Cuando el sendero se interrumpía, Olga seguía avanzando a paso ligero, campo a través. Al final, perdí el equilibrio y fui rodando cuesta abajo, aplastando los arbustos de ajenjo amargo y maldiciendo el cruel destino.

—Eh, ¿qué te ha pasado? —me gritó Olga desde abajo—. ¿Estás bien?

—Sí —respondí malhumorado.

No me gustó que ella se hubiera dado cuenta de lo cansado que estaba, de mi torpe caída, mi incapacidad de seguir el ritmo que ella se había propuesto marcar desde el principio. «Anda, ven —pensé—, échame una mano. Por algo será que me has arrastrado contigo al interior de esta selva. Anda, ven a mi lado.»

Pero ella ni siquiera se había parado a considerar acudir en mi ayuda. Se había detenido, allí abajo, oculta por la maleza y acalorada a causa de la carrera. Podía sentirla, así que tuve que levantarme, vaciar la arena de mis bolsillos y seguir adelante, siguiendo el sonido de su respiración. Después de encontrarla, reanudamos la marcha en silencio. El río no estaba, en realidad, tan cerca de la gasolinera. Habría sido más fácil ir por la carretera, pero Olga se empecinó en continuar sorteando los árboles y arbustos, abriéndose paso a través de la maleza, salvando de un salto los socavones y las madrigueras. De pronto, el sendero descendió abruptamente hacia el río. Olga dio un paso y comenzó a deslizarse ágilmente por la pendiente de piedra caliza hasta llegar suavemente al agua. La seguí obedientemente e hice lo mismo. Al pie de la orilla, había una pequeña extensión de arena rodeada de juncos.

—No me mires —me dijo Olga—. No llevo bañador.

—Ya lo veo.

Se quitó su vestido largo debajo del cual sólo llevaba unas bragas blancas, y entró en el agua. Intenté darme la vuelta para no mirarla, pero no me dio tiempo.

—Tampoco sé nadar —dijo permaneciendo de pie en el agua, que le llegaba hasta el cuello.

—Yo tampoco —dije antes de quitarme mi traje de conductor de tanque y acercarme hasta donde ella estaba.

El agua estaba caliente. Las colinas calcáreas que reflejaban los rayos de sol, la habían caldeado. No resultaba muy apetecible moverse dentro de aquella sopa. Olga empezó diciendo:

—Hace mucho tiempo trabajé de monitora en unos campamentos de verano, a unos cuarenta kilómetros de aquí. Y todos los días, junto con una compañera, tuve que sacar a los pioneros[6] del agua.

—¿Después de que se ahogaran? —pregunté, algo confundido.

—Qué va, de ahogarse nada. Eran unos pioneros que estaban muy vivos. Lo que hacían era nadar hasta los juncos y esconderse allí durante todo el día. Sabían que mi compañera y yo no sabíamos nadar. ¿Te imaginas la responsabilidad con la que teníamos que cargar?

—Me la imagino. Mis amigos y yo, de niños, pescamos con dinamita en este río.

—¿Aquí hay peces?

—No, pero los dinamitábamos de todas formas.

—Ya veo —dijo Olga. Las gotas de agua sobre su pelo rojo brillaban bajo una luz cobriza; las arrugas debajo de los ojos habían desaparecido al entrar en contacto con el agua tibia.

—¿Tienes muchos amigos aquí?

—Sí, muchos —respondí, vacilante—. Muchos amigos de la infancia.

—¿Qué tienen de especial los amigos de la infancia?

—Que se acuerdan de muchas cosas.

—Herman, tienes complejos.

—Tengo muchos complejos. Por ejemplo, no sé nadar.

—Yo tampoco —dijo Olga endureciendo el tono—. Eso, sin embargo, no hace que me sienta acomplejada.

—Y así que podrías ahogarte, pero no te sentirás acomplejada por ello.

—No voy a ahogarme —dijo Olga, convencida—. Es imposible que una se ahogue en el río en el que lleva nadando toda la vida.

—Quizá tengas razón. Pero yo, en cambio, llevo mucho tiempo sin nadar en él.

Los zapateros se deslizaban por la superficie del agua como pescadores que caminaran por el río helado y gris en invierno.

—¿Cuál es tu plan entonces? —preguntó Olga—. Me refiero a la gasolinera.

—No lo sé todavía. Voy a esperar. Tiempo tengo. Mientras tanto, quizá regrese mi hermano.

—Entiendo. ¿Y cuánto tiempo piensas esperar?

—No lo sé. El verano es largo.

—Que lo sepas, Herman —dijo de repente, espantando a las avispas que revoloteaban sobre su cabeza—. Puedes contar conmigo si quieres.

—De acuerdo —dije.

—Pero no te lo tomes a mal, son sólo negocios, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Entonces ¿por qué me miras otra vez así? Si ya te he dicho que no llevo bañador.

La corriente arrastraba algunas ramas y sacudía las algas negras

que crecían en el fondo arenoso del río. Las moscas, suspendidas en el aire a ras de la corriente, se pegaban a su superficie viscosa. Las aguas del río espeso y lento del atardecer no fluían, tan sólo perduraban.

Más tarde, fuimos hasta la orilla y nos dispusimos a vestirnos. Olga me pidió de nuevo que no la mirara. Con un movimiento imperceptible, se quitó las bragas mojadas y estrujándolas con la mano se puso el vestido. Camino de vuelta, ascendimos por los acantilados calcáreos, siguiendo el sol de la tarde que ya se había ocultado detrás de los cerros. Olga iba delante, apretando con fuerza las bragas con la mano izquierda. El vestido se había adherido a su cuerpo mojado, así que yo procuraba no mirarla. Cuando llegamos a la gasolinera, le pidió a Kocha que le devolviera la cesta vacía para guardar en ella disimuladamente las bragas. Luego hizo un aparte con El Traumas, y le habló en susurros. Este, cuando la escuchó, me dirigió una mirada de reproche. Olga subió al escúter y se esfumó en el aire del atardecer, dejando una sensación de que su visita no había sido más que un espejismo.

Más tarde, Kocha me habló de sus mujeres con su voz ronca, de sus malicias, y de su ternura, por las que las amaba tanto. Nuestra comida enlatada se había acabado, así que le di a Kocha algo de dinero para que fuera a comprar algo. Se montó en una vieja bici marca Ukraína y se fue al valle. Yo me quedé sentado en la butaca, contemplando cómo una corriente de luces rojas se deslizaban por la carretera. El polvo y el crepúsculo ensombrecían el aire, el cielo fue adquiriendo el color y la consistencia de una salsa de tomate.

Aquellos fueron unos días extraños. De pronto, me encontré rodeado de viejos amigos y de personas desconocidas, que, tanto unos como otros, me miraban con recelo y estaban expectantes, a la espera de que yo tomara alguna decisión. Era como si todos permanecieran al acecho, pendientes de lo que yo fuera a decir y de cómo fuera a actuar a partir de ahora. Su actitud no dejaba de inquietarme. Yo estaba acostumbrado a asumir la responsabilidad de mis propias acciones, sin embargo, ahora se trataba de otro tipo de responsabilidad que se me exigía que yo asumiera y que me cayó encima como unos parientes lejanos que se presentan sin avisar. No habría estado bien escurrir el bulto. Hasta entonces, yo había vivido mi propia vida, resolviendo yo solo mis propios problemas y tratando de no dar, salvo si no era estrictamente necesario, mi número de teléfono a personas extrañas. Y ahora, de pronto, me encontraba en medio de toda aquella gente que no iba a dejarme marchar así como así, de que me correspondía a mí resolver la situación. ¡Vaya problema!, y además, para colmo, me moría de ganas por comer una pizza caliente.

Al día siguiente, viernes, hacia el atardecer, recibimos la visita de un extraño individuo, quien enseguida se fijó en mí y yo en él, si debo ser sincero. Llegó con un viejo UAZ,[7] el tipo de vehículo que los agrónomos y los agentes del orden solían utilizar. Llegó del norte e iba de camino a la ciudad. Como yo, vestía un pantalón del ejército y una camiseta de camuflaje. Llevaba una gorra parecida a la de las SS, miraba a todo el mundo con aire suspicaz e inquisitivo. Estrechó la mano a Kocha sin mediar palabra e hizo un saludo militar a El Traumas, antes de acompañarlo al garaje. Cuando reparó en que yo llevaba una chaqueta de Bundeswehr, me saludó.

—Es una buena chaqueta —dijo.

—No está mal —asentí.

—La tela es de buena calidad. ¿Eres Herman?

—Sí.

—¿Koroliov? ¿El hermano de Yuri?

—El mismo.

—Puede que no me recuerdes. Hice negocios con tu hermano.

—Parece que todo el mundo en este lugar hizo negocios con mi hermano —añadí un tanto molesto.

—Tu hermano y yo teníamos una relación especial —dijo poniendo énfasis en la palabra «especial»—. Yo lo abastecía de combustible para aviones que él, luego, revendía a algunos agricultores en Polonia.

—¿De dónde sacabas el combustible?

—Del aeródromo.

—¿Trabajas en el aeródromo?

—Trabajo en lo que queda de él. Soy Ernst —dijo tendiéndome la mano.

—¿Qué nombre es ese?

—No es un nombre sino un apodo.

—¿Y cómo te llamas en realidad?

—Llámame Ernst. Ya estoy acostumbrado. ¿Qué estudiaste tú?

—Historia.

Su expresión cambió por completo. Me miró de arriba abajo, me cogió delicadamente del brazo y me condujo lejos de donde se encontraban Kocha y El Traumas, para sorpresa de ambos.

—No te lo vas a creer, Herman —dijo sin soltar mi brazo y a medida que íbamos alejándonos de la gasolinera—. Yo también estudié Historia. Trabajo en el aeródromo de casualidad. ¿Dónde estudiaste?

—En la Universidad de Járkiv.

—¿En la facultad de Historia?

—Eso es.

—¿Dónde hiciste las prácticas?

—En la región de Járkiv, cómo no.
—¿Excavaciones?
—Excavaciones.
—¿Y qué puedes decirme de la Calavera?
—¿Qué calavera?
—Calavera. *Totenkopf*. Una de las unidades de las SS.
—Bueno… —vacilé—. No puedo decir nada bueno.
—Escúchame, Herman —dijo presionándome el brazo hasta que me dolió—. Tienes que venir a visitarme al aeródromo. Te haré abrir los ojos.
—¿Para ver qué?
—Todo. Tú no entiendes nada.
—¿Y tú entiendes?
—Yo sí, Herman. Yo he excavado en todas partes, desde aquí hasta Donbás. Así que te espero el lunes, ¿de acuerdo?
—De acuerdo —dije.
—¿Sabrás llegar hasta allí?
—Eso creo.
—Estupendo.
Dio media vuelta con decisión y se encaminó hacia el UAZ. Antes de subir a su vehículo, se acercó hasta Kocha y le pagó la gasolina.
—¡Hasta el lunes! —gritó a modo de despedida, mientras el UAZ levantaba una polvareda a medida que se alejaba. Luego fui a hablar con Kocha.
—¿Quién es ese? —le pregunté.
—Ernst Thälmann —respondió Kocha—, el mejor amigo de los pioneros alemanes.
—¿Qué clase de nombre es ese?
—Es un nombre cualquiera —dijo Kocha, echándose a reír—. El tipo ejerce de mecánico en el aeródromo. Es el homónimo del famoso líder comunista alemán.
—Me suena.
—Aquí todo el mundo se conoce —soltó Kocha.
—Creo recordar que hará cosa de veinte años nos vendía bajo mano alcohol de grano, que robaba del almacén del aeródromo.
—Ya sabía yo que lo conocías —confirmó Kocha.
—¿Y por qué se hace llamar Ernst?
—Ha excavado en medio valle, está buscando tanques alemanes.
—¿Tanques?
—Sí.
—¿Por qué los busca?
—No lo sé —confesó Kocha—. Tal vez sea una cuestión de autoestima. Dice que en la zona todavía hay varios tanques alemanes enterrados. Por eso los está buscando. En su casa tiene toda una

colección de objetos relacionados con la Wehrmacht: ametralladoras, proyectiles, medallas. Aunque no es fascista —aclaró Kocha—. Por eso se hace llamar Ernst Thälmann.[8]

—Ahora entiendo.

—Un tanque alemán vale mucha pasta —intervino El Traumas—. Pero no conseguirá desenterrar uno solo.

—¿Por qué? —pregunté sin entender demasiado.

—Her —dijo El Traumas molesto—, un tanque no es como un saco de patatas, estamos hablando de sesenta toneladas de acero. ¿Cómo crees que podrá desenterrarlo? ¿Con una pala? Bueno, ya basta de cháchara, volvamos al trabajo.

El Traumas, irritado como siempre, dio media vuelta y desapareció en el interior del garaje. Lo seguí. «Desde luego —pensé—, sesenta toneladas no son un saco de patatas.»

Descubrí que el trabajo físico podía darme, si no placer, al menos la sensación de haber cumplido con mi deber. La última vez que había experimentado algo similar fue en tercer grado, cuando nos llevaron a recoger manzanas en un sovjós.[9] Allí, nos afanábamos en coger las pesadas frutas caídas de los árboles, que habían quedado ocultas entre la fría hierba de septiembre. El sábado, la cantidad de vehículos que venían a la gasolinera era mayor de la habitual. Se dirigían al norte, a Járkiv. Kocha contaba alegremente el dinero y, a la vez, le preocupaba que las reservas de combustible se acabaran antes de la llegada del camión cisterna, que no estaba prevista hasta la semana siguiente.

A mediodía, cuando el movimiento de coches había cesado y el sol se encontraba en el zénit, me quité las pesadas manoplas, avisé a Kocha de que me tomaba una hora libre y me dirigí hacia la colina en dirección contraria a la carretera. Ni siquiera sabía adónde iba. Probablemente sólo necesitaba descansar de todo aquel ajetreo, disfrutar de aquel paisaje bucólico, por así decirlo. Después de descender el cerro hacia un barranco poco profundo, volví a subir la cuesta y pronto llegué a unos maizales infinitos que se extendían hasta el horizonte, e incluso más allá. No había ningún camino a la vista, así que avancé campo a través, tratando de mantener el sol a mis espaldas para que no me cegara. Las mazorcas aún sin madurar y la tierra seca teñían el paisaje de negro. Podían verse pequeños hoyos aquí y allá sobre el suelo. El terreno parecía un campo de golf en el que a alguien se le hubiera ocurrido de pronto plantar maíz. De repente, a unos doscientos metros, divisé una figura: estaba inmóvil, escuchando el silencio que reinaba en el ambiente. No conseguí distinguir quién era, y pensé que quizá allí, en medio de aquellos maizales y extensiones infinitas de tierra negra, nuestra presencia pudiera resultar un tanto extraña, aparte de sospechosa. Cuando conseguí acercarme hasta

donde se encontraba, vi que era Katia. Con aquel calor sofocante, el mono tejano que llevaba le debía de dificultar bastante los movimientos. Debajo del mono, llevaba una camiseta amarillo chillón. Calzaba las mismas sandalias que la otra vez. Ella también había advertido mi presencia. Permaneció inmóvil, esperando a que yo me acercara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté a modo de saludo.

—¿Y tú? —dijo, sin mostrar sorpresa alguna.

—Te estaba buscando.

—No me digas —dijo con frialdad y desconfianza.

—Hola —le dije, tendiéndole la mano.

Dudó un instante y luego me tendió la suya. Incluso esbozó una sonrisa, aunque parecía más irónica que amigable.

—Entonces ¿qué haces por aquí?

—Estoy buscando a *Pájmutova*.[10]

—¿A quién? —pregunté, desconcertado.

—A *Pájmutova*. Mi perra pastor. No para de escaparse, suele venir aquí, a los campos.

—Ya volverá. Los perros son inteligentes.

—Mi perra es muy vieja —comentó Katia, preocupada—. Tiene esclerosis. Un par de veces llegó a la carretera. Luego me costó dar con ella. Menos mal que todo el mundo de por aquí la conoce.

—Deberías atarla entonces, para que no se escape.

Pero Katia ya se había desentendido de mí. Me dio la espalda y se puso a llamar a gritos a la perra.

—*¡Pájmutova!* —gritaba en medio de los campos solitarios—. *¡Pájmutova-a-a-a!*

Y entonces se oyó un sonido extraño, que fue aumentando cada vez más y cortaba el silencio como un rompehielos abriéndose paso a través de un río helado. Katia se puso alerta y levantó la vista. Un objeto sin identificar se deslizaba por el cielo. Venía en nuestra dirección. Reparé en que era un Antónov AN-2, «el avión del maíz». Katia se abalanzó sobre mí, y al querer tirarme de la manga se precipitó al suelo. Me caí encima de ella. «Vaya», pensé. Katia me habló en susurros:

—Quédate quieto, no te muevas. Y cúbreme. Llevo una camiseta amarilla, pueden verme desde arriba.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Los maiceros.

—¿Ese avión es suyo?

—Sí. Es mejor pasar desapercibidos. No les gusta que nadie entre en su territorio. Podemos tener problemas.

—¡Anda ya! —exclamé, intentando levantarme.

Pero Katia tiró de mí con fuerza y gritó realmente asustada:

—¡No te muevas, te he dicho!

Puse mi cabeza sobre su hombro. El suelo debajo de su melena estaba seco y lleno de grietas; pude ver cómo las hormigas iban y venían, corriendo por los tallos de maíz. Katia tenía tierra entre sus cabellos negros. Sus ojos de color terroso parecían querer mimetizarse con el entorno para pasar desapercibida. Mientras tanto, la avioneta se aproximaba, emitiendo un zumbido exasperante y amenazador, y me dispuse a arropar a Katia, presioné mi cuerpo contra ella como si fuese hierba donde poder ocultarme. Contuvo la respiración y, de pronto, me metió la mano debajo de la camiseta.

—Estás sudado —dijo sorprendida.

—Es por el calor.

—No te muevas —repitió.

—Este maldito mono —dije, tratando de desabrocharle las hebillas de los tirantes para meter mi mano debajo de su camiseta, pero los botones no cedían, por mucho que lo intentara.

Me puse nervioso y me irrité, mientras ella, con unos movimientos livianos y actitud un tanto absorta, me acariciaba la piel, sin mirarme. Sólo estaba atenta al ruido del avión, que, de pronto, proyectó una sombra por encima de nuestros cuerpos. Su ruido ensordecedor fue alejándose, deprisa, mientras dejaba tras de sí una estela de humo, gases y vacío. En un momento, conseguí desabrochar uno de los botones del mono de Katia, pero ella, en cuanto se percató de que el peligro ya había pasado, retiró su mano de debajo de mi camiseta y me apartó dándome un leve empujón.

—Bueno, ya basta —dijo, incorporándose.

—Espera —añadí, perplejo—. ¿Adónde vas?

—Levántate.

—Espera, no te vayas.

—Ya basta —repitió en tono tranquilo y abrochándose el botón que tanto esfuerzo me había costado desabrochar.

«Mierda», pensé.

De pronto, oí unos jadeos por encima de mi cabeza. Cuando me incorporé, vi que era la perra. Ni siquiera la había visto venir. Y ahora *Pájmutova*, la vieja perra de Katia, estaba quieta a mi lado y me miraba con auténtica sorpresa, como si se preguntara: ¿qué quieres de nosotras? Y yo no sabía qué responder.

—Ya es suficiente, vámonos —dijo Katia, poniéndose en marcha en dirección a la torre de telecomunicaciones, que se erguía detrás del horizonte. *Pájmutova*, contenta, echó a correr detrás de su dueña. Me levanté del suelo, me sacudí el polvo de la ropa y, decepcionado, las seguí con la cabeza gacha.

«Cabronas», pensé.

Por el camino, Katia no dijo palabra. A lo sumo, farfulló algo

ininteligible, sin prestarme atención y dirigiéndose a *Pájmutova*, frustrando de esa forma todos mis intentos de poder iniciar una conversación con ella. Cuando llegamos al portón de la torre, se detuvo y me tendió la mano.

—Gracias —le dije—. Perdona si te he molestado.

—No pasa nada —respondió, con calma—. Está todo bien. No te metas en los maizales.

—¿Por qué tienes tanto miedo de esos?

—No les tengo miedo —respondió—. Lo que pasa es que los conozco. Adiós, me voy.

—Espera —la retuve—. ¿Qué haces esta noche?

—¿Esta noche? Hacer mis deberes. Mañana por la mañana también —añadió.

La perra olfateó mis zapatos a modo de despedida y siguió a Katia hacia la casa.

«*A hard day's night*», pensé.

Cuando llegué, El Traumas me miró con suspicacia, como si ya lo supiera todo, pero no dijo nada. Antes de marcharse a casa, me dijo:

—A ver, Herman —dijo con una voz sorda, pero en tono de confianza—. Mañana te necesitaremos.

—¿Quiénes? —pregunté a la defensiva.

—Ya lo verás —dijo El Traumas, saliéndose por la tangente—. Pasaremos a buscarte sobre las once. Estate listo. Se trata de un asunto serio. ¿Podemos contar contigo?

—Claro que sí, Shura, faltaría más.

—Lo sabía —concluyó El Traumas antes de coger el coche y marcharse en dirección a la carretera.

«Allá vamos —me dije—. Y no digas después que te ha cogido por sorpresa.»

5

Reflexioné mucho sobre la situación. ¿Cómo era posible que hubieran acabado por meterme en medio de sus disputas territoriales? ¿Qué estaba haciendo yo allí? ¿Por qué no me había ido todavía? Y lo que era más importante: ¿qué estaría tramando El Traumas? Conociéndolo como lo conocía, y dada su relación con la realidad, podía esperarse cualquier cosa de él. Pero aun así, ¿hasta dónde estaba dispuesto a llegar? Si, como yo pensaba, se trataba del negocio, ¿hasta dónde era capaz de llegar para defenderlo? ¿Y qué papel me tenía reservado? Traté de imaginar lo que me esperaba al día siguiente. ¿Conseguiría sobrevivir o debía largarme ahora mismo? Nadie podía garantizarme que el asunto no acabara con derramamiento de sangre, puesto que todos ellos estaban dispuestos a llegar hasta el final, tanto El Traumas como los pilotos del Antónov. Eran demasiado obstinados como para resolver ciertas cuestiones sin dejar cadáveres de por medio. Tenía la sensación de haber retrocedido en el tiempo, a mis años escolares, cuando vivía próximo al mundo de los adultos, que me resultaba tan cercano como la habitación de al lado, como si alguien abriera la puerta y fuera posible ver todo lo que allí sucedía. Si bien nada de lo que veía era de mi agrado, en realidad, la puerta abierta también a mí me comprometía, en cierto modo. Ese tipo de pensamientos dificultan la espera porque los problemas que plantean exigen una solución inmediata. En mi caso, además, no dependía sólo de mí el solucionarlos. De hecho, poder contar con tus compañeros de armas sería un factor decisivo. Si los había, ¿dónde estaban y quiénes eran?, me preguntaba. Envuelto en la oscuridad, podía sentir el aliento acechante y el latido ardiente de unos corazones valientes. La noche rezumaba calor como una calle recién asfaltada. Ya no quedaba tiempo ni paciencia que gastar antes de que despuntara el nuevo día. Probablemente, aquella fue mi única oportunidad real en que debía haber decidido si me quedaba o me marchaba. Y me dormí, dejando pasar la ocasión.

Me desperté temprano, y me di cuenta de que había desperdiciado mi oportunidad de poder regresar y de que todas las vías para una retirada honrosa estaban cortadas. Me parecía imposible salir a esa luz

del sol que inundaba la habitación y dejar atrás ese lugar. Podía haberlo hecho la noche anterior, pero ahora ya era tarde. Cuando tomé conciencia de ello, me sentí aliviado. Me levanté, tratando de no despertar a Kocha. Después de enfundarme mis pantalones de conductor de tanque, saqué de debajo de la cama un par de botas militares, gastadas aunque resistentes. Pensé que aquel calzado era el más adecuado para la ocasión, en vistas de un posible enfrentamiento sangriento. Luego me puse una camiseta y salí afuera. Encontré una barra de hierro entre un montón de chatarra, ponderé su peso con la mano. «Es justo lo que necesito», pensé, ya listo para enfrentarme a lo desconocido.

Sin embargo, lo desconocido tardaba en hacer acto de presencia. Después de pasar dos horas sentado en la butaca tostándome al sol, empecé a tener hambre y sueño, pero era conveniente no pensar en la comida antes de entrar en combate. Y fue con ese humor que me dejé vencer por el delicioso sueño matinal.

De pronto, a unos pocos metros de donde me hallaba, una corriente de aire de origen desconocido abrió un hueco en la atmósfera, desde donde se escapaba una mezcla de brisa caliente y un aplastante calor ardiente. Su calor devoró mi sueño y, por un momento, creí que había conseguido huir, hacer un acopio de fuerzas y escabullirme, y volver a mi vida de siempre. Incluso, después de despertarme, seguí notando, aún unos instantes, cómo perduraba aquel efecto luminoso y adormecedor de hallarme en el camino, y cómo, frente a mí, llameaba el fuego y volaban las cenizas, provocándome una sensación deliciosa y amenazante al mismo tiempo. Aún sin abrir los ojos, adiviné qué era aquello que tenía delante y que exhalaba su aliento infernal. Estaba frente a mí, junto a la butaca sobre la que me había quedado dormido. Era un autocar Ikarus, pesado y caliente como el aire en agosto. Su olor era inconfundible. Así deben de oler los muertos después de resucitar. El Ikarus estaba estacionado con el motor apagado, el cristal de las ventanillas era oscuro; era imposible ver lo que ocurría en su interior, aunque algo ocurría. Oí voces apagadas que sonaban y una respiración nerviosa. Así que me incorporé bruscamente e intenté mirar en su interior. Las puertas se abrieron de repente y apareció El Traumas. Vestía la camiseta blanca y celeste de la selección argentina. Miró con sorpresa mis botas militares.

—¿Te ocurre algo? ¿Así es como piensas ir, sin cambiarte? —me preguntó.

—Claro —dije ocultando la barra de hierro detrás de la espalda.

—Y esa barra que llevas, ¿para qué es? —preguntó El Traumas sin salir de su asombro—. ¿Es para espantar a los perros?

—No, la llevo porque sí —dije, confundido, y arrojé la barra a la

maleza.

—Vaya, vaya —se limitó a decir El Traumas antes de apartarse e indicarme con la cabeza que subiera al autocar—. Vamos, sube.

Subí el escalón. Saludé al conductor, que me devolvió el saludo con indiferencia. Eché un vistazo al interior del autocar. Estaba en penumbra, en un primer momento ni siquiera pude distinguir quiénes eran los que estaban allí. Me detuve, indeciso. Busqué a El Traumas con la mirada y fijé de nuevo la vista en el fondo sombrío del autocar, saludando con un tímido ademán de mano a sus pasajeros anónimos. Mi gesto provocó una repentina explosión de júbilo, un estallido de gritos de alegría recorrió el interior del vehículo, hasta que alguien dijo:

—¡Hola, Her, cabronazo!

—¡Hola! —intervino el resto de voces—. ¡Hola, cabronazo!

Incrédulo, esbocé una tímida sonrisa, sin comprender del todo lo que allí estaba ocurriendo. Entonces, El Traumas me empujó ligeramente y caí directamente en los brazos de mis amigos cuyos rostros, por fin, reconocía.

Allí estaban todos: Sasha *Anaconda*, al que le faltaba un ojo; Andriuja *Michael Jackson*, que lucía las cúpulas de una iglesia tatuadas en tinta azul en el pecho; Simón *Polla Negra*, a quien habían arrancado una oreja a mordiscos, y habían cercenado los dedos de la mano derecha para luego volverlos a coser; Dímych *El Revisor*, con los párpados tatuados; los tres hermanos Balaláeshnikov, con un solo teléfono móvil para los tres; Kolia *Pierna y media*, con su pelo ralo teñido de rubio y un bigotito al estilo de Hitler; Iván Petróvich *El Pienso compuesto*, con el cráneo deforme a causa de varias fracturas; Karp *La Sierra*, con una sierra radial en las manos; Vasia *El Revoltoso*, con los puños vendados. También vi a Guesha *Acordeón*, a Siriozha *El Violador*, a Zhora *Panoli* y a Gogui *El Ortodoxo*. En definitiva, allí estaba el equipo de oro del Fertilizador-91 al completo, un conjunto de ensueño, que en su momento había arrasado equipos rivales de aquí hasta Donbás, llegando a conquistar incluso la Copa Regional. Todos ellos eran los deportistas de élite de este valle bañado por el sol. Y ahora estaban sentados delante de mí, mientras que me daban unas palmadas amistosas en el hombro, me revolvían el pelo en un gesto de cariño, y reían contentos en la penumbra, enseñando el oro y el acero de sus dientes.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunté tras la primera oleada de euforia.

Por un instante guardaron silencio. A continuación, mis amigos, tras intercambiar unas miradas de complicidad, echaron a reír a carcajadas, sin disimular siquiera lo graciosa que les resultaba mi expresión de perplejidad.

—¡Her! —gritó Gogui *El Ortodoxo*—. ¡Her, amigo! ¡Eres gracioso!

—¡Eres gracioso, Her! —lo secundaron los hermanos Balaláeshnikov, recostados sobre los asientos desvencijados—. ¡Eres gracioso, hermano!

El resto no se quedó atrás, dándome palmadas en la espalda. Sasha *Anaconda* incluso se atragantó con el humo de su cigarrillo Camel. Siriozha *El Violador* lloraba de risa sobre el pecho de Vasia *El Revoltoso*, algo que a este no parecía causarle demasiada gracia. También Zhora *Panoli* se desternillaba, señalándome con el dedo. Por su parte, Karp *La Sierra* sonreía, blandiendo su sierra radial como prueba de su espíritu combativo. En un momento dado, El Traumas se me acercó por detrás y me puso la mano sobre el hombro. El alboroto cesó.

—¿Qué día es hoy, Herman? —me preguntó.

Alguien estalló de nuevo en una carcajada, pero tras ser golpeado cerró la boca.

—Domingo —dije sin terminar de entender adónde pretendían llegar.

—Exacto, Herman, es domingo —confirmó El Traumas—. ¿Y qué pasa el domingo? —me preguntó, escrutando con la mirada a los presentes.

—¡PARTIDO! —soltaron todos ellos a coro y, de nuevo, volvieron a armar jaleo.

—¿Lo has entendido? —me preguntó El Traumas.

—Sí —dije, pero seguía sin entender—. Creía que ya no jugabais partidos.

—Lo cierto es que ya no jugamos —explicó El Traumas—. Pero hoy, Herman, es una ocasión especial. Hoy sí vamos a jugar, vamos a jugar contra los GASISTAS.

El equipo al completo reaccionó prorrumpiendo en un rugido de entusiasmo.

—Así que adelante, hermano —dijo El Traumas, propinándome un leve empujón—. Toma asiento. Hoy vamos a necesitarte.

Recorrí el pasillo, encontré un asiento libre, me senté y miré alrededor. Mientras tanto, nos pusimos en camino y, tras sortear innumerables baches, el autocar alcanzó por fin la carretera, pero sin saber qué camino debía tomar, el conductor frenó.

—¡Eh, compadre! —le gritó Vasia *El Revoltoso*—. ¡Pon algo de música, anda!

—¡Eso, compadre, pon música! —lo secundaron con regocijo los hermanos Balaláeshnikov.

—¡Vamos, amigo! —voceó a su vez Gogui—. ¡Venga esa música!

El resto del equipo se sumó a la petición. El conductor, molesto, los miró por encima del hombro, lo que provocó que fuera bombardeado

por una avalancha de camisetas viejas y rotas y calcetines de fútbol acartonados por el sudor, hasta que no pudo más y puso a todo volumen unos *riff* brutales, los de los AC/DC del 1981: *Well, I'm back in black*, «estoy de vuelta a ninguna parte, he vuelto a nacer después de morir, más cerca de Dios y del demonio», corearon los que viajaban al fondo de aquel autocar que parecía un horno. El Ikarus aceleró bruscamente. Por el impulso los jugadores se dejaron caer en sus asientos, mientras se esforzaban, encantados, por ensordecer con sus coros la música que reventaba los altavoces. Empezaron a cambiarse, quitándose sus chalecos y suéters a rayas y poniéndose sus camisetas con números impresos en la espalda que iban sacando de unas grandes bolsas de deporte; hurgaban en ellas, en busca de pantalones cortos negros, vendas para sujetar los calcetines y el protector de espinillas —el equipo al completo—, moviéndose en la oscuridad, golpeándose con las cabezas y cayendo sobre sus asientos todas las veces que el autocar traqueteaba por los baches.

—Escuchad, ¿tenemos equipo para Her? —alzó Ravzán la voz, el menor de los Balaláeshnikov.

—Es verdad, Her necesita uno.

El resto de compañeros se acordó de mí, volviendo a hurgar en las bolsas.

Zhora *Panoli* me lanzó una camiseta, húmeda como las sábanas de un coche cama. Andriuja *Michael Jackson* se quitó el pantalón, debajo del cual llevaba otro igual, y me lo entregó como si se estuviera desprendiendo de lo más preciado que tenía. Sasha *Anaconda*, haciendo brillar su único ojo, cogió un par de calcetines completamente nuevos y me los tendió. «¡Vamos, Her —gritaron todos—, ¡cámbiate ya! ¡Hoy toca meterles caña a los gasistas, hasta dejarlos reventados!» Me quité mi armadura de conductor de tanque y me puse el equipo. La camiseta me iba grande; el pantalón me otorgaba el aspecto de un recluta que está realizando un curso de instrucción básica, si bien me tenía sin cuidado. Sin embargo, algo faltaba. Sentía que aún no estaba del todo equipado para jugar el partido mientras miraba debajo del asiento, tratando en vano de encontrar la solución a las dudas que me asaltaban.

—¡Muchachos! —dijo de nuevo Ravzán—. ¡El tipo va descalzo!

—¡Maldita sea tu estampa! —asintieron los muchachos—. ¡Joder! ¡Dejadle unas botas! ¡Que alguien le deje un par de botas! —se decían unos a otros.

Pero a nadie, ni siquiera a Sasha *Anaconda*, a Simón *Polla Negra* o a Andriuja *Michael Jackson*, quien acababa de dejar el único pantalón corto que le quedaba al mayor de los hermanos Balaláeshnikov, le sobraba un par de botas. Un clima de decepción se instaló en el ambiente: la idea de contar conmigo perdía de pronto todo el sentido

si yo no tenía botas para jugar. No podía jugar con las botas militares que llevaba. Miré a El Traumas e hice un gesto de resignación, como si quisiera disculparme por mi falta de previsión. El resto del equipo, expectante, también miraba a El Traumas como si esperaran que este obrara un milagro, con la esperanza de poder alimentarlos a todos con sólo cinco panes y un par de botas mágicas que nos asegurarían la victoria. El Traumas comprendió la gravedad del asunto y, consciente de que de ello dependería el espíritu de lucha y la competitividad del equipo, se agachó sobre el asiento y sacó de debajo su gastado maletín, esos que en los ochenta solían llevar los escolares, los ingenieros y los profesores de instrucción militar. Lo apoyó sobre su rodilla alzada, haciendo equilibrio entre los asientos, y después de abrirlo despacio, extrajo de su interior su viejo par de botas Adidas de repuesto que había utilizado quince años atrás. El equipo se quedó mirando, embelesado, las Adidas: ¡eran las legendarias botas del mismísimo Traumas! Remendadas con hilo de pescar y de un color indeterminado, les faltaban dos tacos y olían a hierba cuyo aroma había penetrado en su cuero raído. El Traumas me las tendió y dijo:

—Toma, Her, son para ti.

El equipo expresó su apoyo al capitán, prorrumpiendo en un rugido de camaradería. Cogí las botas y regresé a mi asiento.

El autocar avanzaba veloz por la carretera. A la luz de los rayos del sol que penetraban punzantes dentro del vehículo, mis compañeros tenían la mirada ávida y la piel azulada como el cuerpo de un ahogado. Mientras los hermanos Balaláeshnikov se estaban cambiando, me fijé en sus tatuajes. Ravzán, el menor de los tres, tenía una cabeza de gato tatuada en el hombro izquierdo; en el muslo derecho, una mujer que ardía en la hoguera, y en el izquierdo, una especie de demonio sonriente atravesado por un cuchillo afilado. El gato tatuado, que se suponía fiero e independiente, parecía inofensivo, probablemente porque, con el paso del tiempo, Ravzán había engordado, por lo que la imagen del felino se ensanchó y se extendió por todo el hombro. La mujer de la hoguera guardaba un parecido con la profesora de química que Ravzán y yo habíamos tenido en el colegio. El hermano mediano de los Balaláeshnikov, Shamil, lucía, alineadas debajo del pezón izquierdo, varias estrellas, como si de una etiqueta de coñac se tratara. Un poco más abajo de las estrellas, una inscripción en letras góticas rezaba: «No hay otro Dios más que Alá». El hermano mayor, Baruj, tenía la piel completamente tatuada con imágenes de estrellas, cruces y crucifijos. En su vientre, un águila con una maleta en el pico desplegaba las alas, simbolizando la propensión de Baruj a fugarse de los lugares de reclusión. La maleta se parecía vagamente al maletín que llevaba El Traumas. Al observar los cuerpos de mis compañeros de equipo, pude distinguir en sus carnes castigadas

por la vida y por los golpes de sus rivales, numerosas imágenes similares, que se perfilaban suavemente a la resplandeciente luz del sol. En sus espaldas, pechos y omóplatos, podían observarse calaveras y hoces, rostros de mujeres y combinaciones de cifras incomprensibles, esqueletos y efigies de la Virgen, maldiciones y citas elevadas. En ese sentido, el más austero era Simón *Polla Negra*, en cuyo pecho y espalda podía leerse respectivamente: «Adolf Hitler es mi Dios» y «Ladrón en ley es el rey».

Poco a poco el ambiente se fue serenando. El equipo parecía ir tomando conciencia de la inminente batalla. Todos se preguntaban si estaban en condiciones de volver a hacerlo: superarse a sí mismos, darlo todo, saber sufrir y joder a los gasistas. Mientras tanto, el conductor había aminorado la marcha, tomado un desvío a la izquierda y abandonado la carretera principal para enfilar una pista asfaltada en malas condiciones, que conducía a las colinas cercanas. Miré por la ventanilla, tratando de reconocer aquel terreno que me resultaba familiar. ¿Cuándo había estado allí por última vez? Quince años atrás, en primavera, hicimos juntos el mismo viaje, con la diferencia de que, en aquel entonces, mis compañeros no parecían unos zombis con las extremidades tatuadas y éramos más jóvenes, además, aunque no menos duros. ¿Cuántas veces habíamos recorrido esa carretera, dando vueltas entre los cerros hacia aquella remota y maldita región poblada por los gasistas? ¿Cuánto llevaban allí como exploradores polares acurrucados sobre un banco de hielo?

Llegaron a finales de los ochenta a raíz del hallazgo de un yacimiento de gas natural que había en la tierra negra, la zona más árida de aquel territorio, donde la carretera asfaltada se extinguía y con ella el poder de los sóviets. Procedentes de algún lugar de los Cárpatos, fueron enviados allí para establecer una colonia cuya misión consistía en atrincherarse en la zona y proceder a la explotación del yacimiento para el beneficio de la patria socialista. Llegaron formando una larga caravana, a la manera de los gitanos: venían del noroeste, después de cruzar el Dniéper a la altura de Kremenchuk. Al principio se alojaron en casetas de obra que habían sido remolcadas hasta allí por unas grúas pesadas de color gris que había proporcionado el ejército. También trajeron consigo una cocina de campaña. Tan pronto como se encontraron en medio de aquella llanura infinita, los gasistas cayeron en un estado de estupor debido a la enormidad de aquellas extensiones de tierras negras y a la falta de fauna que había en ellas. Ya no estaban en los Cárpatos, desde luego. Sin embargo, tuvieron que quedarse porque el país necesitaba gas. Pero el gas que iban a extraer se les escapaba como una legión de muyahidines que los atrajera hacia el corazón de la estepa, dulce y azul, para burlarse de ellos y sin

dejarse atrapar. A principios de los años noventa, la prospección se detuvo por un tiempo. Más tarde, alguien de la nueva administración ucraniana lograría privatizar el negocio de la extracción, impidiendo de ese modo que la colonia de gasistas se mantuviera intacta. Desde el principio, los lugareños se mostraron recelosos con los chicos del gas. Cuando estos se desplazaban con sus remolcadores a la capital de provincia para abastecerse de pan o ir al cine, los locales les tendían emboscadas, les pegaban con saña y los expulsaban a empellones de las pistas de baile. Con todo, hay que reconocerles a los muchachos del gas el mérito de haber sabido adaptarse rápidamente a las nuevas condiciones de vida. Cuando iban a la ciudad, lo hacían en grupo, logrando mantenerse firmes en sus peleas periódicas con los lugareños. En varias ocasiones, los gánsteres locales consideraron la posibilidad de prender fuego a las torres de perforación y a las casetas de obra donde se alojaban los muchachos, pero la policía municipal consiguió disuadirlos de su propósito, argumentando que esos chicos del gas tenían relación directa con el ministerio, con sede en Kíiv.

Por otro lado, los gasistas formaron, nada más llegar, un equipo de fútbol. Entre las torres de perforación, en medio de los campos abrasados por el sol, acondicionaron un campo, goleando a todo equipo que se presentaba allí para enfrentarse a ellos. Su juego era duro y apasionado, nadie se atrevía desafiarles. Nadie excepto nosotros. Jugábamos contra ellos de igual a igual, y si perdíamos en su territorio, tomábamos la revancha en casa. Nuestra rivalidad trascendía el marco de lo estrictamente deportivo. Era una cuestión de principios. Los gasistas, cuando venían a nuestra ciudad, al volante de sus remolcadores embarrados, lo hacían como quien va a una operación de castigo, con la intención de arrasar con todo cuanto encontraran a su paso, estaban tan acostumbrados a derrotar al contrincante, que si este presentaba cualquier resistencia se largaban corriendo del estadio para acabar desvaneciéndose en la bruma azul de la estepa poblada de fantasmas y de gas natural. A veces, durante los partidos, surgía alguna pelea. Cuando eso sucedía, representantes del ministerio con sede en Kíiv llamaban por teléfono a los responsables de nuestro gobierno regional y les armaban una buena bronca. Paulatinamente, los gasistas se habían asilvestrado y casi no se dejaban ver fuera de su reducto. Al principio, recibían entregas periódicas de películas y libros de la biblioteca (solían liar sus cigarrillos con el papel de estos últimos). Más tarde, después de que el negocio del gas cambiara de manos, un helicóptero los abastecería de conservas y de prensa amarilla para que, de alguna manera, siguieran manteniendo alta la moral. La mayoría de ellos acabaría habituándose a la soledad y a la monotonía del paisaje. A fin de cuentas, ya no tenían un hogar adonde poder volver porque del nirvana, como es

fácil adivinar, no hay retorno posible. No tenía ni idea del tipo de vida que habían tenido a lo largo del tiempo transcurrido desde que me fui de casa. Para mi sorpresa, todo parecía repetirse, retroceder hacia ninguna parte, hacia la nada, hacia el vacío.

Un enorme sol rojo y amarillento se arrastraba sobre nuestras cabezas, por encima del autocar, rebasando la colina más cercana para desplazarse luego hacia el oeste, arrastrando sus rayos como algas mar adentro. Ya eran casi las tres de la tarde. Viajamos lentamente por caminos de tierra a través de campos verdes, tratando de vislumbrar en la lejanía las torres de perforación. En principio, el conductor conocía bien la ruta. Y como el terreno nos resultaba familiar, nos habíamos despreocupado acerca de dónde nos encontrábamos y de la dirección que habíamos tomado. El conductor conducía, resuelto, el vehículo recalentado, subiendo otra colina más, abriéndose paso a través de la hierba fresca y espesa, sorteando baches y matojos. El calor iba en aumento. El polvo entraba por las ventanillas abiertas y se asentaba sobre las cabezas rasuradas de mis compañeros. El chófer estaba cada vez más irritado y nervioso mientras conducía aprisa por aquellos caminos color esmeralda. El vehículo parecía extraviado en medio de toda aquella inmensidad que se desplegaba ante nosotros sin presagiar nada bueno. El sol cegaba la vista; las aves se posaban sobre el techo del autocar cuando este se detenía en un cruce. Pero las torres no aparecían. En un momento dado, El Traumas, de pie junto al conductor, comenzó a dirigirlo. Pero eso tampoco ayudó. Parecíamos avanzar a través de un terreno que carecía de toda perspectiva, sin horizonte, sin coordenadas. Allí sólo había hierba y maíz, polvo y gas, ese gas que tanto se habían obstinado en encontrar nuestros rivales. Sentado entre mis camaradas somnolientos, en medio de un silencio profundo, yo notaba la presencia de aquel gas, en algún lugar allá abajo de los terrenos circundantes, mientras me imaginaba cómo iba llenando todas las grietas y hendiduras, fluyendo a través de canales subterráneos e irrumpiendo a medianoche en la superficie, sentía cómo se inflamaba abrasando el aire igual que el alcohol abrasa la garganta. El gas es lo único que anclaba ese lugar en el vasto vacío que nos rodea, contribuye a mantener ese equilibrio frágil que nos rodea. Eso pensaba yo —iba pensando yo, el gas como agua de manantial busca salir a la superficie abriéndose paso a través de los estratos por los conductos de los viejos pozos y de las madrigueras de los zorros.

Al atardecer, el conductor detuvo el vehículo en medio de una extensión del valle plano, y se negó a proseguir. El Traumas no le insistió para que siguiera. Era preciso echar un vistazo para averiguar

dónde nos encontrábamos. El equipo, perezoso y resignado, fue bajando del microondas incandescente en el que se había convertido el Ikarus. Los hermanos Balaláeshnikov sacaron una botella de dos litros de Coca-Cola llena de alcohol de grano. Yo miré preocupado a El Traumas. Si ahora se ponían a beber corríamos el riesgo de no llegar en condiciones al partido. Pero El Traumas me censuró con la mirada y fue el primero en echar un trago. Mis amigos se habían echado en la hierba, y no tenían ganas de hablar. El conductor se guardó de bajar del coche, en cierto modo se sentía culpable de que nos hubiéramos perdido. El ambiente era calmo y caluroso, aunque, poco a poco, el bochorno fue remitiendo. El sol se alejaba cada vez más, consiguiendo que nuestras sombras se alargaran y rezumaran tristeza. Las golondrinas revoloteaban a nuestro alrededor, sobrevolando nuestro campamento improvisado. Los Balaláeshnikov sacaron otra botella de alcohol. Me acerqué a El Traumas.

—Shura —le rogué—, hazme de apoyo.

Al principio no entendió a qué me refería, pero pronto cayó en la cuenta. Se acercó al Ikarus, apoyó las manos en él, me encaramé a su espalda, coloqué los pies sobre sus hombros y me agarré al retrovisor.

—Con cuidado, joder —gruñó El Traumas.

Como mi amigo era corto de estatura, tuve que saltar para alcanzar el techo. Apoyé la pierna en el retrovisor, hice fuerza con los brazos y me encaramé al techo del autocar. Así es como debe de sentirse un pez vivo al que arrojan sobre una sartén caliente. La euforia de haber sobrevivido al viaje se ve rápidamente eclipsada por un cierto malestar. El techo, cubierto por una gruesa capa de polvo, ardía. Me puse en pie.

—Eh, Her —me gritó Ravzán desde abajo—, espera, que subo.

—Yo también —se apuntó Shamil.

—Y yo —se entusiasmó Baruj.

Los tres se incorporaron de un salto, abandonando su lecho de hierba tibia, y treparon con destreza, como lagartijas, hacia el techo. Al instante, nos apostábamos los cuatro allí arriba, oteando el horizonte en busca de alguna pista.

La luz, larga y ardiente, caía, torcida, desde el oeste, abrasando la hierba y los tallos de maíz. Nuestras sombras se expandían bajo el sol de la tarde como manchas de grasa sobre papel de envolver. El cielo se iluminaba como el agua de un acuario. Una bruma velaba la línea del horizonte como el agua evaporada de unos acuíferos invisibles. Era difícil distinguir algo allí: los rayos del sol atravesaban el aire tembloroso, y difuminaban por completo la visión. Sin embargo, los ojos poco a poco fueron adaptándose hasta distinguir, tras los destellos de la luz solar, un fondo azul claro y opaco, teñido por la oscuridad de la noche. Desde la distancia, aquella imagen parecía una enorme masa

de luz concentrada y hecha materia. La luz se amontonaba y crecía en volumen, apuntalada desde abajo con unos soportes de aspecto extraño que atravesaban el aire en vertical.

—¿Qué es eso? —preguntó Shamil.

—Son las torres —aventuré yo.

—Son las torres, seguro —asintió Baruj, y rio contento.

Cuando por fin llegamos, era tarde. El sol ya se había ocultado detrás de las plantaciones de maíz. El aire, aún caliente, fluía hacia el cielo. Los gasistas, cansados de esperarnos, nos habían otorgado una derrota técnica y después de encender unas hogueras en medio del campo, estaban cocinando un guiso en unos calderos de grandes dimensiones. A sus espaldas, se erguían las altas torres de perforación. Los remolcadores embarrados y las casetas de obra se alineaban a lo largo del perímetro del campo. En los alrededores, merodeaban algunos perros y ovejas, que de vez en cuando se acercaban al fuego y comían de las manos de los gasistas. El atardecer era sereno. Las llamas de las hogueras se volvían totalmente invisibles a la luz del sol vespertino. Los gasistas parecían tártaros mongoles que estuvieran descansando después de conquistar las torres de gas ruso de Kíiv. En cuanto vieron llegar nuestro autocar, que acabó estacionado entre los remolcadores, los chicos del gas se pusieron en guardia, despegaron sus traseros del suelo y, expectantes, aguardaron en silencio. Casi todos ellos eran de baja estatura, llevaban el pelo muy corto y, la mayoría, iba con el torso desnudo y con pantalones de chándal. Muchos de ellos lucían dientes de oro; algunos llevaban un crucifijo colgando del cuello, pero ninguno tenía tatuajes, al menos a simple vista. Nos miraban con hostilidad y desconfianza.

—Y bien: ya hemos llegado —anunció El Traumas, bajando el primero del autocar con el maletín en las manos.

Salimos en tropel detrás de él y fuimos caminando por el campo, manteniéndonos juntos. Los chicos del gas vinieron a nuestro encuentro. Al final nos encontramos cara a cara. Ellos fruncían el ceño y escupían en la hierba. Nosotros cerrábamos y abríamos los puños en una especie de calentamiento, haciendo crujir los nudillos. Los perros, rabiosos, ladraban, frenéticos. Finalmente, el jefe de los chicos del gas, un tipo patizambo con dientes de oro, camiseta blanca y pantalón de chándal azul, se hartó y gritó a los perros: «¡Fuera!». Y estos trotaron, temerosos, hacia los remolcadores. Se hizo el silencio.

—Hola, gorristas —los saludó El Traumas.

—Somos gasistas —lo corrigió, molesto, el capataz.

—La misma mierda —intervino Andriuja *Michael Jackson*. El resto de nuestro equipo asintió al unísono con la cabeza, como si dijeran «en realidad, es la misma mierda».

—Habéis llegado tarde —nos reprochó el jefe.

—¿Y qué? —dijo El Traumas.

—¡Se os ha declarado perdedores por derrota técnica! —anunció un tipo con gafas y cicatrices en el torso, seguramente era el contable.

—¿Y quién lo ha declarado, si se puede saber? —preguntó El Traumas.

—La Federación —informó, desafiante, el contable.

—¿Qué Federación? —preguntó El Traumas con tono burlón—. ¿La de los holgazanes acaso?

—La de los chicos del gas —lo corrigió el jefe.

Nuestro equipo se rio de buena gana. Cuando la risa cesó, el jefe habló de nuevo:

—Shura —dijo, dirigiéndose a El Traumas—, no me jodas, habéis llegado tarde.

—¿Y entonces qué? ¿No jugaréis el partido? —dijo El Traumas sin dar el brazo a torcer.

—Deberéis cargar con una derrota técnica —dijo el jefe, aunque esa vez menos convencido.

—Vamos al grano —dijo El Traumas, desafiándolo—. ¿Vais a jugar al final o es que estáis cagados de miedo de jugar contra nosotros?

—¡No, no tenemos miedo! —replicó irritado el jefe.

Estaba claro que El Traumas sabía perfectamente cómo ponerlo nervioso.

—¡Eso, no tenemos miedo! —añadió el contable.

—Entonces juguemos —concluyó El Traumas.

El jefe volvió con sus muchachos. Formaron un corro y se pusieron a deliberar en susurros, agachando sus cabezas rasuradas. Después el jefe se dirigió de nuevo a nosotros:

—De acuerdo —dijo—. Jugaremos contra vosotros. No tenemos miedo. ¡Pero que conste que habéis llegado tarde!

—En ese caso, tienes que presentar una queja formal ante la Federación —le espetó El Traumas.

Con eso, las partes se dieron por satisfechas.

Los chicos del gas apagaron su hoguera, retiraron los calderos llenos de carne de cordero y se prepararon para la batalla. Nuestro conductor asumió el papel de árbitro. Los muchachos del gas eran doce en total, como los apóstoles de Cristo. El contable, que no podía jugar a causa de su miopía, se quedó en el banquillo. Los chicos se diseminaron por el campo, ocupando cada uno su posición. El jefe se enfundó unos guantes de mujer y asumió su posición en la portería. El Traumas, sin desprenderse de su maletín, nos reunió para aleccionarnos.

—Vamos a ver —dijo—. Todo el mundo a darlo todo. ¿Entendido?

—Entendido, Shura —respondió por todos Vasia *El Revoltoso*.

—Entendido —corroboraron los hermanos Balaláeshnikov.

—Entendido —añadí yo.

El Traumas puso de portero a Simón *Polla Negra*, que era alto y flaco. Este llegó corriendo a la portería, dio un salto y se colgó del travesaño. A los Balaláeshnikov les tocó formar en defensa. El resto de los jugadores, ocuparon sus posiciones habituales. A mí me tocó compartir la delantera con El Traumas. Karp *La Sierra* y Vasia *El Revoltoso*, que se quedaron fuera del once inicial, se fueron decepcionados detrás de nuestra portería donde estaba el resto de los suplentes. Mientras Karp agitaba, amenazante, su sierra radial, Vasia se tumbó en la cálida hierba y, despreocupado, se quedó adormilado, con el maletín de El Traumas por almohada. Ambos capitanes se reunieron en el centro del campo; el chófer que hacía de árbitro, daba vueltas alrededor de ellos, sujetando una pesada y vieja pelota de cuero.

—Vamos a ver, Shura —comenzó diciendo, expeditivo, el jefe—. En el campo, nada de peleas. Guarda tus quejas para después del partido.

—Como tú digas, como tú digas —dijo El Traumas.

Los últimos destellos de sol se desvanecían. Había que darse prisa. Y empezamos.

El partido no fue bien desde el principio. Los muchachos del gas, probablemente por haber comido cordero, se movían con dificultad y no atacaban. En nuestras filas, los Balaláeshnikov, por alguna razón, se pusieron nerviosos y fueron fallando un balón tras otro, además se estorbaban mutuamente y discutían con el árbitro. En el minuto cinco de partido, Ravzán volvió a fallar un balón y Shamil, su hermano, le propinó un golpe en la cabeza. El árbitro tocó el silbato y no se le ocurrió nada mejor que pitar una falta en nuestra contra. Incluso quiso expulsar a Shamil por su conducta antideportiva, pero Ravzán salió en su defensa, alegando que era un asunto de familia, y le recomendó al árbitro que se mantuviera apartado de ambos. Uno de los chicos del gas chutó la falta, el balón se deslizó por la hierba espesa y entró en la red sin que Simón pudiera hacer nada para detenerlo. Los muchachos estaban pletóricos, los perros ladraron y las ovejas balaron. Sin embargo, su euforia duró poco, en la siguiente jugada, El Traumas corrió con el balón hacia el centro del campo y de un puntapié lo metió en la portería que defendía el jefe. Este se lanzó para detener el balón, pero llegó tarde y con torpeza, y acabó atrapado en la red como un enorme siluro, por lo que tuvimos que sacarlo de allí entre los jugadores de ambos equipos. Se volvió a sacar desde el centro del campo. Los chicos del gas se empeñaban en no adelantar sus líneas. Nuestro equipo optó por el juego posicional: tan pronto como uno de nuestros contrincantes recibía la pelota, le hacíamos una falta e

íbamos corriendo al árbitro para protestar. El tipo era algo cegato y, debido a la oscuridad, ni siquiera veía el balón, así que acababa creyéndose lo que los jugadores le iban diciendo. Pronto, El Traumas marcó otro gol. Fue algo inesperado: uno de los chicos del gas lo había confundido en la oscuridad con uno de los suyos, cediéndole el balón. Para Shura, marcar desde veinte metros fue una cuestión de orgullo. Nos pusimos por delante. Sin embargo, los chicos del gas, por fin, se activaron y se lanzaron al ataque, dejando solo a su portero, alrededor de cuya portería balaban tristes y hambrientas las ovejas. El Traumas se anotó su tercer gol en el curso de un contraataque vertiginoso. Llegó hasta nuestra portería, arrebató el balón a los gasistas y, después de conducirlo por todo el campo, regateó en velocidad al portero y llevado por su impulso corrió directamente hacia el rebaño de ovejas. Por desgracia, en la jugada siguiente, Ravzán y Shamil derribaron en el área a tres gasistas a la vez, y el árbitro pitó penalti. El equipo rival marcó. Aunque El Traumas estaba cabreadísimo con los Balaláeshnikov, se empecinó en mantenerlos en el campo. En general, parecía que todo el equipo le resultaba un estorbo. Antes de que acabara el primer tiempo, marcó todavía dos goles más, y los gasistas hicieron otros tantos. Los comentaristas suelen referirse a ese tipo de partidos como los que el público disfruta de verdad. Y era cierto, el contable, el único público allí presente, estaba visiblemente entusiasmado con el espectáculo. Durante el descanso, los anfitriones acercaron sus remolcadores aún más al campo de juego, dejando los motores en marcha y los faros encendidos que, como unos potentes focos de plató, iluminaron el campo. En la oscuridad, se veían brillar los ojos de los perros y los cristales de las gafas del contable. El Traumas nos ordenó que nos agrupáramos alrededor de él, se puso en cuclillas y abrió su maletín. Sacó una botella de alcohol, que fue pasando de jugador a jugador, hasta completar el círculo. Todos miramos con admiración a nuestro capitán.

—A por todas, muchachos, a por todas —no dejaba de repetir El Traumas.

Los jugadores asentían con la cabeza mientras iban pasándose la botella de alcohol, cortesía del capitán, y daban un trago. Los Balaláeshnikov hicieron un aparte, estaban discutiendo sobre algo, aunque no sabíamos sobre qué discutían exactamente.

El segundo tiempo no supuso ningún cambio en la dinámica del partido. Siriozha *El Violador*, que sustituyó a Anaconda, trató de calmar los ánimos de los Balaláeshnikov, les gritaba, los animaba para que se internaran en el campo contrario, les pedía que estuviesen más atentos, se metía en su posición y se interpuso en su camino. Cuando intentaba despejar el balón, Siriozha acabó estrellándolo en nuestra propia portería. Después de eso, pidió ser sustituido. Fue reemplazado

por Karp *La Sierra* pero su contribución al juego del equipo tampoco fue significativa. El partido iba evolucionando hacia un final lógico: los gasistas se replegaron hacia su campo, ya que, visto lo visto, se conformaban plenamente con un empate, mientras que a nuestro equipo le faltaban fuerzas y no pudo obtener una ventaja decisiva. El Traumas intentaba como podía romper en solitario la defensa contraria, aunque en un campo minado como aquel, eso resultaba una tarea imposible. El tiempo reglamentario del partido ya debía de haberse agotado, pero como el cegato del árbitro no conseguía entendérselas con el cronómetro, prolongó el partido unos buenos cinco minutos más. Nuestros jugadores ya miraban en dirección al autocar, cuya silueta oscura se perfilaba a lo lejos, mientras sopesaban qué posibilidades tenían de salir de allí sanos y salvos. Incluso a El Traumas se lo veía resignado a aceptar el empate. En esas, nuestro portero lanzó el balón hacia el campo contrario. Y Andriuja *Michael Jackson* se hizo con él, sorteó a dos gasistas y avanzó hacia la portería y, cuando estaba a punto de encarar la portería, uno de los rivales consiguió, en el último momento, sacar la pelota a córner. Ambos equipos se agruparon en el área. Incluso vino Simón desde la portería, quitándose los guantes de portero. El Traumas era el encargado de lanzar el córner. Le pegó a la pelota con su pierna mala que, trazando una trayectoria imposible, voló en dirección al área, rebotó en uno de los chicos del gas y luego en otro, que se lo pasó al jefe. Este, a su vez, intentó despejarlo desesperadamente con el pie, y el balón voló como un obús antes de rebotar en mi cabeza y entrar en la red. Yo ni siquiera me percaté de lo sucedido porque estaba de espaldas a la portería. Fue el gol de la victoria. Los gasistas, exhaustos, se dejaron caer, impotentes, sobre el césped. El jefe, su portero, se enjugaba el sudor y las lágrimas. Mis compañeros me sacaron a hombros, atravesando todo el campo en dirección al banquillo. El árbitro se nos había adelantado a la carrera, temiendo la ira de los chicos del gas. El Traumas, con una sonrisa de satisfacción en los labios, cojeaba detrás, cerrando la procesión. Le seguían los perros, que lanzaban aullidos de pena hacia los cielos oscuros, que ni siquiera los faros de los remolcadores conseguían penetrar.

La alegría desbordaba nuestros corazones, la alegría y un sentimiento de justicia. Todo sucedió como tenía que suceder, nadie pudo haber dudado nunca de la victoria final, aquel viaje necesariamente debía acabar en un triunfo, así que nadie estaba especialmente sorprendido por la victoria. Yo estrechaba las manos de mis compañeros, eufórico por aquella aventura que había tenido un final tan feliz. Sin embargo, a pesar de los muchos años que habían pasado, las cosas parecían ser como antes y retomaban su curso natural. Eso me calmaba y me excitaba al mismo tiempo, por fin podía

disfrutar de lo que había echado tanto de menos durante todos estos años, prácticamente desde el último partido que habíamos jugado juntos: la alegría del reconocimiento y la alegría del regreso. Y mientras reflexionaba sobre todas esas cosas, vi de soslayo que los gasistas, ya algo recuperados de su derrota, se habían levantado del césped y se dirigían ahora lenta pero inexorablemente hacia nosotros. Todo apuntaba a que no tenían ninguna intención de dejarnos marchar tan fácilmente. Alguien de nuestro equipo se percató de mi mirada y también reparó en que el adversario se estaba aproximando. Las felicitaciones cesaron. Nos dirigimos al encuentro de nuestros rivales. Ambos equipos se enfrentaron. «Era previsible que todo acabara de esa manera», pensé. Incluso el contable se había unido al grupo rival. El hombre parecía caminar a tientas, puesto que se había quitado las gafas para que no se las rompieran durante la pelea. En un momento dado, los muchachos del gas detuvieron su avance, respirando con dificultad. Nosotros también nos detuvimos. La luz que proyectaban los faros de los remolcadores nos daba directamente en los ojos, haciendo que nuestras figuras parecieran transparentes, casi invisibles, como si fuéramos fantasmas parados en medio del campo a punto de ajustar cuentas entre ellos. A veces, las fundas metálicas de los dientes y las cadenas con los crucifijos destellaban a la luz de los faros. El jefe dio un paso adelante.

—Shura —dijo, dirigiéndose a El Traumas—, ese último gol no cuenta.

—¿Me quieres joder? —le preguntó El Traumas articulando con claridad cada palabra.

—El tiempo del partido ya había acabado —explicó el contable.

—Eh, tú, burro —le espetó Andriuja *Michael Jackson*—, voy a hacer que te coman las ovejas.

—No provoques, hermano —lo advirtió con aspereza el jefe—. Ha sido fuera de tiempo.

—¿Fuera de tiempo? —repitió El Traumas que no se daba por enterado.

—Sí, fuera de tiempo —repitieron los chicos del gas.

—De acuerdo —dijo El Traumas, sacando de la nada unos nudillos de acero.

El resto de nuestro equipo también empezó a armarse con puños americanos, *nunchakus* y bates de beisbol. Los gasistas, a su vez, blandieron palos, cinturones del ejército con hebillas reforzadas con plomo, y ladrillos, que hasta entonces tenían escondidos detrás de la espalda. Estaba comenzando algo así como la prórroga.

De repente, dos de los Balaláeshnikov, Ravzán y Shamil, dieron un paso al frente.

—¡Pero qué hostias! —exclamó Ravzán—. ¿Fuera de tiempo,

dices? Si marcamos fuera de tiempo fue en la primera parte.

—No, no lo hicimos, al menos en la primera parte —lo corrigió por sorpresa su propio hermano.

—¿Qué quieres decir con que no lo hicimos? —se sorprendió Ravzán.

—Y una mierda —dijo Shamil, manteniéndose en sus trece.

—Hermano —dijo Ravzán, inquietándose—, ¿qué tonterías estás diciendo? Si tú ni estabas allí. Yo, en cambio, vi con mis propios ojos que fue un gol fuera de tiempo clarísimo.

—Qué va —insistió Shamil.

—Hermano, cállate ya, ¿quieres?

—No hubo ningún fuera de tiempo —insistía Shamil.

—Pero ¿qué mierda estás diciendo? —dijo Ravzán encarándose a su hermano—. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

Mientras tanto, nadie se atrevía a intervenir.

—¿Qué coño me va a pasar? —respondió, desafiante, Shamil.

—¿De qué vas? —preguntó Ravzán, irritado.

—¿Y tú? —dijo Shamil.

—¡Serás imbécil! —gritó Ravzán, asestándole un puñetazo en la mandíbula.

Shamil cayó, pero enseguida se puso en pie, le quitó a alguien el bate de beisbol y lo arrojó contra su hermano. Ravzán tuvo tiempo de agacharse y esquivarlo, el bate por poco le rozó la oreja. Ravzán gritó y se abalanzó contra su oponente. Consiguió asestarle otro golpe antes de empezar a molerle a puñetazos, pero Shamil se escabulló deprisa, se colocó encima de su adversario y empezó a golpearlo. De pronto, Baruj se abrió paso entre los allí presentes, separó a patadas a sus dos hermanos, los agarró por la camisa, los zarandeó e hizo que entrechocaran sus cabezas, los derribó y luego la emprendió a golpes con ambos. Al principio, Shamil y Ravzán se limitaron a esquivar los golpes, pero pronto se recobraron de la sorpresa, agarraron a Baruj de las piernas y lo derribaron. Se colocaron a horcajadas encima de él y entre los dos le dieron una buena tunda. No obstante, Baruj, se escurrió como una culebra, logró sustraerse al peso de sus cuerpos, les hizo una llave de cabeza y los aplanó como si fueran dos sacos de patatas. Cinco minutos después, los tres yacían exhaustos sobre el césped, escupiendo babas de sangre. Los chicos del gas, sin salir de su asombro, contemplaban el espectáculo. Estaban inmóviles y callados, estaban demasiado asustados para mover un músculo. Finalmente, el jefe le dijo a El Traumas con tiento:

—Oye, Shura. —Su voz sonó seca y asustada—. ¿Qué carajo pasa con vosotros? Largaos de una vez.

—¿Y qué pasa con el último gol? —preguntó El Traumas por si acaso.

—Cuenta —aseguró el jefe—. Cuenta.

Salimos a la carretera en medio de la oscuridad. La luna salió a nuestro encuentro y su luz amarillenta entró en el interior del autocar, iluminando los rostros de mis compañeros; la mayoría de ellos dormían. En la penumbra, sus ojos parecían hundidos y oscuros; sus pómulos más afilados y sus cabezas se balanceaban, resignadas. Cuando llegamos a la gasolinera, el conductor se detuvo. Agité la mano a modo de despedida, pero como todos estaban durmiendo, ninguno me devolvió el saludo. El Traumas fue el único que se acercó y me estrechó la mano. Pero no dijo nada. Bajé del vehículo. La puerta se cerró detrás de mí. El autocar arrancó despacio y pronto desapareció tras la arboleda.

6

Ernst me llamó, y antes de que yo pudiera saber quién estaba al otro lado de la línea, me preguntó cuándo podría ir a verlo. Traté de posponer nuestro encuentro, alegando que estaba ocupado, que el día que me proponía tenía una reunión importante con un cliente muy especial, y que, además, no me sentía demasiado bien. Le propuse quedar otro día. Y Ernst, tras escucharme sin interrumpirme, apostilló:

—Herman, a veces uno no sabe a qué está renunciando. Por eso a veces es mejor no renunciar a nada. ¿Me comprendes?

—Te comprendo —asentí.

—¿A qué hora te espero entonces?

—A las dos —dije.

—A la una y media —concluyó Ernst, y colgó.

Fui al garaje y se lo dije a El Traumas. Él me escuchó, y luego se mosqueó como siempre. Me dijo que en lugar de echarle una mano, me dedicaba a hacer tonterías y a andar por ahí con todo tipo de gilipollas. Además, me dijo que no pensaba llevarme con su coche a ninguna parte y que sentara la cabeza de una vez por todas.

—¡Joder, Herman! —me gritó—. ¿Realmente quieres involucrarte en eso del jodido tanque alemán?, piénsalo.

—Lo utilizaré como segadora —le respondí, irritado—. ¿Qué pasa? ¿Eres un tacaño y no quieres llevarme para no gastar gasolina?

—No, no soy un tacaño —respondió El Traumas, y, ofendido, se quitó las manoplas sucias y salió del taller con la intención de coger el coche.

Circulamos en silencio. Después de descender al valle, cruzamos el puente y entramos en la ciudad. De vez en cuando, El Traumas saludaba con la cabeza a las mujeres con las que nos encontrábamos en el camino y que él conocía, igual que ellas a él. Pasamos delante de la estación de autobuses y luego por delante de un silo, antes de llegar a un paso a nivel. Allí, Shura detuvo el coche y me dijo:

—Hasta aquí puedo llegar, a partir de aquí tendrás que ir solo. No quiero que me vean.

—¿Por qué?

—Allí hay una mujer a la que conozco —me explicó El Traumas—. Ella cree que estoy en Polonia. Le dije que me marchaba por negocios,

¿comprendes? No quiero que me descubra. Puedes ir caminando, está cerca.

—Lo sé —dije, cerrando la puerta del vehículo.

Más allá de las barriadas del extrarradio, comenzaban los terrenos con casas aisladas que, a su vez, daban paso a campos de cultivo. Allí cada vez había menos gente, pero abundaban los animales. Las vacas pastaban, amarradas con gruesas cuerdas fijadas al suelo como zepelines. El camino que conducía desde la carretera hasta el aeródromo, estaba totalmente cubierto de maleza. La herrumbre había penetrado en el portón de la entrada. Dos estrellas de metal negro colgaban como dos planetas muertos sobre sendos batientes. Me acerqué al portón y lo empujé hasta que cedió, rechinando pesadamente. Detrás vi a Ernst. Según parece, me había visto llegar por el camino, y ahora me estaba esperando equipado de la cabeza a los pies. Lucía un uniforme de bombero británico con una camiseta negra del ejército debajo y pantalones cortos, vaqueros, ceñido con un cinto de la Wehrmacht en cuya hebilla estaba grabado «*Got Mitt Uns*» (o lo que es lo mismo, «Dios está con nosotros»). Unas zapatillas deportivas completaban el conjunto. Ernst parecía un fan de los Iron Maiden. Vino a mí y me estrechó la mano en silencio.

—Me alegro de que hayas venido —dijo.

—Sabes una cosa, habría sido mejor posponer nuestro encuentro —dije pretendiendo que entendiera lo mucho que me había costado llegar hasta allí.

—El tiempo pasa, Herman, el tiempo pasa —sentenció «Ernst Thälmann»—. Nadie sabe cuánto te queda todavía.

—¿Qué quieres decir con eso? —dije, desconcertado.

—Quiero decir que uno no debe dejar de entrar por la puerta que le están abriendo —sentenció, con aire pensativo, antes de entrar en el recinto del aeródromo.

Lo seguí. Después de pasar por delante de un garaje y de la casita, donde estaba la oficina, llegamos a un edificio de grandes dimensiones, que parecía un hangar. Delante, crecía la maleza. Algo más allá, se extendía la pista de aterrizaje, desierta como una carretera al amanecer. En todas partes, el abandono era visible. En medio de aquel escenario, el mismo Ernst parecía un desertor que, tras haber abandonado su unidad, se ocultaba en un almacén de víveres para evitar ser llevado ante un tribunal de guerra. Abrió la puerta metálica del «hangar» y me invitó a entrar. Se trataba de la antigua cantina que, a todas luces, había sido utilizada antaño por el personal del aeródromo. Me imaginé cómo los intrépidos pilotos —ases de la aviación agrícola—, después de regresar de una peligrosísima misión en la que habían sobrevolado un vasto mar de maíz, se tomaban un descanso en este lugar, donde los esperaban los fieles mecánicos, los

sabios controladores de vuelo y un vaso de *kompot*[11] tibio. La amplia sala estaba atestada de mesas viejas y sillas metálicas. En las paredes, colgaban carteles propagandísticos que glorificaban el poderío invencible de la fuerza aérea del Ejército Rojo a la vez que explicaban a la población civil la importancia de la fumigación en tiempos de paz. Poco o nada había cambiado allí durante los últimos veinte años. Mi chaqueta de Bundeswehr y el uniforme de bombero británico de Ernst eran quizá la única novedad.

Ernst me invitó a sentarme a una de las mesas. Sacó una garrafa metálica de diez litros, la puso en el suelo y se sentó enfrente. Luego, sacó del bolsillo dos vasos de cristal tallado, cuyo fondo estaba marcado con pintura roja. Los colocó sobre la mesa. Miré el fondo de mi vaso y vi que llevaba pintado un siete. El de Ernst tenía un doce. Ernst alzó la garrafa, la destapó y llenó los vasos de vino tinto.

—Este vino —dijo mientras me tendía el vaso— lo hago yo. —Dijo, entrechocando el suyo con el mío—. Las uvas que empleo crecen aquí mismo. Se podría decir que es todo lo que queda de la aviación soviética.

—Memoria eterna —dije, brindando y apurando la copa.

El vino estaba caliente y tenía un sabor picante.

—¡Qué te voy a contar, Herman! —Ernst también apuró su copa y volvió a llenar los vasos—. Posiblemente, es lo peor que podía haber pasado. Sin la aviación no puede haber democracia. Los aviones constituyen la base de la sociedad civil.

Propuse brindar por ello. Ernst no se negó. Visto desde fuera, alguien podría pensar que estábamos bebiendo gasolina.

—¿Cómo le va a Shura? —se interesó Ernst tras una pausa, mientras seguía sirviendo vino.

Yo no sabía qué responderle. Obviamente, se dio cuenta de que su pregunta me había incomodado, así que trató de buscar un tema de conversación menos comprometido.

—Shura está bien —respondí al final—. Sigue jugando al fútbol.

—¿Al fútbol? —exclamó, asombrado—. ¿Todavía juega?

—Sí, y el resto del equipo también. Ayer ganamos a los muchachos del gas.

—¿Quiénes son el resto?

—Bueno, toda esa gente con quien yo jugaba antes: Anaconda, el Revisor, Andriuja *Michael Jackson*. —Ernst me miró incrédulo—. Los hermanos Balaláeshnikov también —añadí, algo menos convencido.

—¿Los Balaláeshnikov? —inquirió Ernst—. ¿Esos que se quemaron hace unos años en un incendio en el interior del cine, que era de su propiedad?

—¿Cómo que se quemaron? Si ayer jugué con ellos al fútbol.

—En principio —dijo Ernst—, el hecho de que se quemaran en un

incendio no tiene por qué impedir que siguieran jugando al fútbol. ¿Cómo está Shura entonces? —volvió a preguntar.

—Está bien —contesté—. No quería dejarme venir aquí. Dijo que esa idea tuya de buscar tanques alemanes era un delirio.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Eso es lo que me ha dicho.

—¿Y lo de los tanques también?

—También.

—Uhmm —dijo Ernst, apesadumbrado—. Shura es impulsivo —añadió finalmente—. Ese es su carácter. No puede concentrarse demasiado tiempo en una sola cosa. Con las mujeres le pasa lo mismo, ¿lo sabías? —me preguntó.

—No tengo ninguna duda.

—Pero lo que no sabías seguramente es que fue Shura quien, hace unos años, me ayudó a exhumar a tres granaderos alemanes —me confesó de pronto.

—¿Qué quieres decir con exhumar?

—Bueno… —vaciló Ernst sin saber cómo explicármelo mejor—, desde un vacío negro como la boca del lobo. Yo los encontré con la ayuda de un detector de metales. Tenían fundas metálicas en los dientes, esa fue la clave. Debo decir que Shura se ofreció a echarme una mano enseguida. Puede que estuviera interesado en encontrar *reichsmarks*. Pero ¿qué marcos imperiales podían llevar encima unos simples granaderos?

—¿Y cómo acabó la historia?

—¿Quieres saberlo? —Ernst volvió a servir vino de la garrafa—. Acabó mal. Porque, según parece, aparte de exhumar los restos, volvimos a enterrarlos. La fosa no estaba señalizada ni nada, y eso que llevaban enterrados allí desde la época de la guerra. Así que fui denunciado por haber profanado una tumba militar. Faltó poco para que me empapelaran. Pero la hebilla —enseñó su cinto— la sigo llevando. Será por eso que Shura, desde entonces, se muestra escéptico al respecto —dijo Ernst, dando otro sorbo de vino. Me apresuré a emularlo. Luego dije:

—Está claro. ¿Y ahora qué? ¿De verdad pretendes desenterrar un tanque?

Ernst, inquisitivo, me escrutó con la mirada. Me sentí incómodo.

—Herman —dijo—, ¿qué harías si de pronto tuvieses mucho dinero? ¿Un millón, por ejemplo? —añadió mostrándose generoso.

—¿Un millón?

—¡Uhhh!

—¿De marcos imperiales?

—De dólares americanos.

—Me compraría una casa. En África.

—¿Para qué quieres una casa en África?

—Siempre he querido vivir en un lugar donde no haya racismo.

—Entiendo —asintió Ernst—. ¿Y yo sabes lo que haría?

—¿Qué?

—Me compraría un avión. Y restablecería el tráfico aéreo.

—¿Para qué? —pregunté sin entender.

—Porque yo sí podría vivir en una ciudad donde hubiese racismo, pero no, en cambio, en una ciudad que no tuviera aviación.

—¿Acaso es tan importante?

—¿Sabes lo que pasa? —Ernst tenía que inclinar la garrafa cada vez más para poder seguir sirviendo vino—. El transporte aéreo en sí no es lo importante. En general, si no hubiese sido por mí, todo eso —señaló con la mano alrededor— ya lo habrían privatizado tiempo atrás. Habrían retirado el asfalto y en su lugar habrían plantado maíz. ¡Todo eso (piénsalo bien, Herman) lo habrían convertido en una plantación de maíz!

—¿Y por qué no lo han hecho todavía?

—Porque el aeródromo sigue siendo de propiedad estatal. Pero créeme, tan pronto como me despidan, todos estos terrenos pasarán a manos privadas. Porque a esos tipos no les importa nada salvo su negocio del maíz, ¿entiendes? —Ernst estaba visiblemente achispado, articulaba palabras de forma poco clara, aunque enfatizaba lo que decía—. Si esos todavía necesitan aviones, es sólo para mantener los cultivos. La aviación en sí les trae sin cuidado, Herman. Para mí, en cambio, es una vocación. Ya de niño soñaba con volar. Llenaba las libretas con dibujos de aviones que pasaban allí, en lo alto del cielo, por encima de nosotros. Haz memoria, Herman, cuando éramos pequeños, todos queríamos ser aviadores, ¡soñábamos con volar y alcanzar los cielos! En aquella época, a todos nos bautizaron con nombres de astronautas!

—Y tú el primero, Ernst Thälmann.

—Sea como sea… —dijo haciendo caso omiso a mi comentario—. ¿Qué fue de nuestros sueños? ¿Quién nos arrebató las esperanzas? ¡Porque nos las quitaron! ¿A santo de qué nos acabaron encerrando en ese patio trasero? —preguntó Ernst moviendo, nervioso, la cabeza. Guardó silencio. Yo también me callé, sin saber qué decir. Luego dijo —: Para mí es una cuestión de principios. Quiero recuperar el transporte aéreo para esta ciudad en la que todos han resultado ser unos cobardes y unos capullos que se dejan someter por cualquier imbécil. Podría decirse que se trata del proyecto de toda mi vida.

—De acuerdo —dije, tratando de expresarle mi apoyo—. ¿Y para qué quieres encontrar el tanque entonces?

—Herman, ¿hiciste la carrera de Historia?

—Sí.

—Dime entonces cuántos tanques Tiger llegó a fabricar el Tercer Reich.

—¿De qué modelo?

—Da igual.

—Alrededor de mil quinientas unidades.

—Mil trescientas cincuenta y cinco unidades, para ser exactos. ¿Crees que son muchas?

—Son más bien pocas —dije después de pensarlo.

—Muy pocas —confirmó Ernst—. ¿Y sabes cuántas de ellas se han conservado hasta nuestros días?

—Unas cien —solté al azar.

—Seis unidades en total, Herman, seis. ¿Y cuánto crees que costaría un tanque Tiger de estos hoy en día?

—¿Un millón?

—Sí, un millón, por lo menos.

—¿Y tú sabes dónde puede encontrarse uno? —pregunté tratando de disimular mis dudas.

—No lo sé —respondió Ernst—. Pero tiene que estar en algún lugar, estoy seguro. Noto su presencia. Y el día que lo encuentre, que se jodan todos esos empresarios chatarreros que van por los koljoses comprando morralla. Vendieron los aviones para chatarra, los muy canallas —dijo, llenando las copas de nuevo.

Sólo entonces me di cuenta de lo borracho que estaba Ernst. Por eso no quise discutir con él. «Recuperar el transporte aéreo, ¿por qué no?, pensé. No era un mal proyecto para alguien que tenía que vivir en la antigua cantina para pilotos.

—Descuida, Herman —dijo Ernst—. El tiempo juega a nuestro favor. Y por otro lado, ya sabes que la historia no nos enseña nada. ¿Te puedes imaginar lo que es una guerra de tanques? La gran migración de pueblos, eso es lo que es. Imagina a todos aquellos jóvenes mecánicos alemanes para los que ir a la guerra fue la primera oportunidad de marcharse lejos de casa. Pongamos que uno nace y se cría en una pequeña ciudad germana donde va a la iglesia y al colegio, se enamora por primera vez, sigue la política, al menos para saber quién es el canciller. Luego comienza la guerra y lo reclutan. Después de una formación, se convierte en un conductor de tanques. Entonces parte en dirección este y va avanzando cada vez más lejos: cruza fronteras y conquista ciudades extranjeras, aniquilando maquinaria y destruyendo contingentes de tropas enemigas. No obstante, las ciudades y los paisajes que ve en el extranjero, no son tan diferentes de los de su país natal. Tampoco las personas lo son a fin de cuentas, si se descarta a gitanos y a comunistas. Son semejantes a sus compatriotas: las mujeres son bellas y los niños, espontáneos y despreocupados. De modo que va conquistando las capitales de los

países invadidos sin pensar demasiado en el futuro ni en dónde amanecerá al día siguiente. Y de esa forma, cruza Checoslovaquia, luego Polonia y, al final, llega hasta aquí, al país del socialismo avanzado. Al principio todo va sobre ruedas: guerra relámpago, el genio estratégico de los generales, el rápido avance hacia el este. Cruza el Dniéper, más o menos sin problemas. Y entonces empieza lo peor. De repente, se encuentra con un territorio despoblado, sin urbanizar, falto de infraestructuras. Ni siquiera hay carreteras. Y cuanto más lejos avanza hacia el este, más inquieto se siente. Una vez que llega aquí —Ernst hizo un amplio ademán con la mano—, simplemente se espanta porque enseguida, detrás de la última valla, tan sólo a trescientos metros de la vía férrea, su idea de lo que es la guerra, Europa y la naturaleza del paisaje, se desvanece y comienza un vacío infinito, sin contenido ni forma ni connotación, un vacío de los de verdad, sin solución de continuidad, en el que no hay nada a lo que aferrarse. Y al otro lado de ese vacío se encuentra Stalingrado. Eso es una guerra de tanques —concluyó Ernst y, por descuido, volcó la garrafa.

Cuando me acompañó hasta el portón, estaba anocheciendo. Aunque a duras penas se mantenía en pie, era consciente de que le había salido bien la jugada de seducirme a fuerza de vino y de contarme sus historias de tanques, sin mencionar su breve digresión sobre el vacío, que se abrió camino en mi corazón y sólo era cuestión de tiempo que madurara y diera su fruto. Antes de cerrar el portón, Ernst me dio unas palmaditas en la espalda a modo de despedida. Al salir, eché un vistazo alrededor, el camino que conducía hasta la carretera no se veía en la oscuridad; las estrellas metálicas del portón habían sido engullidas por la negrura de la noche. De pronto, un haz de luz me cegó la vista, y me obligó a cubrirme los ojos con la mano. Algo más allá, estaba el jeep negro estacionado. Me dirigí hacia allí. La borrachera me provocaba una alegre sensación de peligro, la misma que experimenta alguien que se monta en una noria, consciente de que si acaba vomitando a causa del mareo, a nadie se le ocurrirá reprenderlo, porque está en un parque de atracciones. Me acerqué al jeep, abrí la puerta trasera y me metí dentro sin pedir permiso. La expresión de Nikoláich, que estaba recostado en un amplio asiento, fue de asombro. Sin embargo, enseguida se recompuso, esbozando una sonrisa de satisfacción.

—¡Herman! —se dirigió a mí con tono amable.

No dejé que continuara, estrechando su cuerpo menudo en un abrazo fraternal y fingiendo con efusividad que estaba encantado de volver a verlo. El vino me estaba haciendo efecto.

Esa vez, el desconcierto de Nikoláich fue mayúsculo. Tal vez se había imaginado un encuentro distinto, sin barreras, una conversación

larga, pero mi actitud lo había desconcertado.

—Lo estábamos esperando —dijo por fin—. ¿Vamos? —me preguntó, apartándose de mí mientras se acomodaba en un rincón del asiento.

—Vamos —accedí despreocupado.

—¡La puerta! —rugió Kolia desde el asiento del conductor.

—¡Vete a la mierda! —le repliqué con el mismo tono de despreocupación.

Se hizo el silencio. Mientras Nikoláich se encogía en su asiento, Kolia se quedó resoplando detrás del volante. Yo, por mi lado, sonreía con amabilidad, tratando de fingir lo contento que estaba por el reencuentro.

—¡Kolia! —exclamó Nikoláich, perdiendo la paciencia.

Kolia se bajó del coche sin mediar palabra, rodeó el jeep y, cerró de golpe la puerta también en silencio. Luego volvió al volante y puso el vehículo en marcha. Después de llegar a la carretera principal, nos dirigimos a la ciudad. Era una buena señal, por el momento no había ningún plan por su parte de querer enterrarme en un maizal.

—¿Cómo le va? —me preguntó Nikoláich.

—Muy bien —respondí—. Ayer ganamos el partido a los chicos del gas.

—¿De verdad? —El otro frunció el ceño—. ¿Cuándo piensa regresar a su casa?

—No lo sé todavía. Quiero quedarme un tiempo más aquí.

—¿En serio?

—Sí. Tengo que solucionar algunos trámites burocráticos.

—¿De verdad? —Nikoláich se esforzaba por adoptar un tono amable—. ¿Para qué quiere hacerlo, Herman? Yo que usted regresaría a casa.

—Nikoláich, ¿a usted le pegaban de niño? —le pregunté de sopetón.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Nikoláich algo a la defensiva.

—Es que usted tiene una constitución que…, bueno, el suyo no es un cuerpo de luchador, que digamos. ¿Me comprende? ¿Qué número calza?

—Un treinta y nueve —dijo Nikoláich, poniéndose nervioso—. A mí no me pegaba nadie —aclaró—. Siempre supe llegar a un acuerdo con todo el mundo.

—Pues a mí sí, me dieron una paliza en un par de ocasiones —confesé—. Me pegaron en grupo. Yo también pegué a algunos. Aun así, recuerdo aquellas peleas sin resentimiento alguno. ¿Sabe por qué? Porque no tiene nada de humillante pelearte con alguien y que te aticen. Eso sí, siempre que pelees, hazlo a cara descubierta. ¿Qué tiene de humillante? ¿Me comprende usted?

—Sí, lo comprendo —dijo Nikoláich—. ¿Qué pretende decir con esto? ¿No quiere llegar a un acuerdo con nosotros?

—No.

El jeep se detuvo en el paso a nivel: los rieles resplandecían bajo la luz de la luna.

—¡Kolia! —gritó Nikoláich de repente.

Kolia se detuvo en seco y apagó el motor. El coche se quedó inmóvil justo en medio de las vías. De la garita de vigilancia, salió corriendo un tipo con chaleco reflectante y se acercó hasta el jeep. Kolia bajó la ventanilla y le dijo algo: el tipo volvió, cabizbajo, por donde había venido.

—Herman —dijo Nikoláich con frialdad, tratando de recordar el discurso amenazador que, probablemente, había preparado para la ocasión—. Soy empresario y estoy acostumbrado a tratar con todo tipo de gente. Aun así, el tipo de gente con la que menos me gusta tratar es aquella…

Los semáforos junto a la garita parpadearon indicando que un convoy se aproximaba. Luego, bajaron las barreras y cerraron el paso al jeep en ambas direcciones. Kolia soltó un silbido de sorpresa; Nikoláich se inquietó, pero mantuvo la compostura y continuó:

—… que no sabe llegar a un acuerdo. ¿Entiende lo que estoy tratando de decirle, Herman?

—No exactamente —repuse.

—Lo que quiero decir…

—Nikoláich —lo interrumpió Kolia.

—El hecho es que… —prosiguió Nikoláich, tratando de ignorarlo.

—Nikoláich —le insistió Kolia con un tono rotundo.

—Kolia, váyase a la mierda —dijo Nikoláich, irritado—. ¿En qué estábamos? —preguntó, dirigiéndose de nuevo a mí y retomando el hilo de la conversación—. Lo que pretendo decirle es que…

—¿Me disculpa? —lo interrumpí.

Llevaba un buen rato sintiéndome mal. El vino en mi estómago pugnaba por salir como el gas natural desde las profundidades del *chernozem*. Mientras estaba escuchando a Nikoláich, procuré contener mi malestar, pero cada vez me iba sintiendo peor.

—¿Qué le pasa? —preguntó Nikoláich aún más irritado, y con un tono de voz aún más contundente.

—Un segundo, por favor. —Me disculpé, abrí la portezuela y saqué bruscamente medio cuerpo afuera.

Vomité enseguida. Después de recobrar con dificultad el aliento, me quedé como estaba, con medio cuerpo fuera del vehículo, por si volvía a tener arcadas.

Mientras, Kolia no dejaba de maldecirme y de soltar improperios. Nikoláich, me miraba, algo tenso, y escrutaba la oscuridad de la que

en cualquier momento podía aparecer el expreso de Moscú, mientras parecía repasar mentalmente algunas frases que había ensayado para la entrevista. Una vez que me hube recobrado, me dejé caer, exhausto, sobre el asiento de cuero y cerré la puerta.

—A lo que iba, Herman —continuó Nikoláich, con algo de premura —. Soy hombre de negocios…

—¡Un segundo! —grité, abrí bruscamente la puerta y volví a sacar medio cuerpo afuera.

—¡Me cago en tu madre! —vociferó desesperado Kolia mientras Nikoláich se encogía como un erizo.

Me dejé caer de nuevo sobre el asiento, respirando con dificultad y echándole a Nikoláich un aliento a uvas silvestres. Desde la izquierda, envuelto en la bruma azul del anochecer, se aproximaba el tren. Se hallaba todavía a varios centenares de metros de donde estábamos nosotros. Sus luces relucían en la oscuridad, dándole un aire de fiesta.

—¡A la mierda! —gritó Kolia. Arrancó el motor y pisó el acelerador: el jeep salió a la carrera, sorteando milagrosamente la barrera que estaba bajada, y circuló veloz por el asfalto.

Después de que el coche se alejara unos metros de la vía, Kolia frenó de nuevo y se volvió hacia nosotros.

—¡Nikoláich! ¡Deshazte de ese maricón de mierda! ¡Sácalo de aquí! ¡Nikoláich! —gritaba.

—Puedo irme yo mismo —dije, y bajé del coche. Pero antes me dirigí a Nikoláich y le dije—: Creo que esta no es la manera de que podamos llegar a un acuerdo. Así no se hacen las cosas. Hasta la vista.

Antes de cerrar la puerta, eché de nuevo a aquellos dos el aliento a uva.

7

Pese a que por la mañana mi aspecto no dejaba lugar a dudas de que había estado bebiendo y, aunque mis ojos reflejaban toda la farsa de lo que era el vino casero, a pesar de que mi pelo y mi ropa olían a vid silvestre, Kocha se abstuvo de hacerme ningún comentario. Temeroso como un gato que llega a una casa ajena y husmea los olores nuevos, caminaba despacio, espantando las avispas que revoloteaban sobre mi cabeza como gaviotas sobrevolando un petrolero siniestrado. Además, preparó un té. No había dejado de farfullar algo acerca de su exesposa durante todo el tiempo, más para sí mismo que a mí. Como aquella historia lo seguía inquietando, tampoco dejaba de inquietarme a mí.

—Son las mujeres, las malditas mujeres. —Su voz crujía como un altavoz que se acopla—. La culpa es de ellas, Her, te lo digo yo.

—¿De qué mujeres me hablas? —le pregunté algo confundido—. ¿Qué tienen que ver las mujeres? —dije, intentando que entrara en razón, pero Kocha, apenado, se limitó a encogerse de hombros mientras bebía su té negro como petróleo.

—Sé lo que está pasando —Kocha seguía en sus trece—. Entiendo lo que te pasa, Her, ellas tienen la culpa.

Yo iba quitándome las avispas que se me enredaban en el pelo y las ponía en la palma de la mano; luego levantaban el vuelo. Kocha seguía con su rollo.

—¿Tú la conociste? ¿Conociste a mi exesposa?

—Sí, una chica morena y alegre.

—Cierto —dijo Kocha ronqueando, contento—. La misma. Es cinco años más joven que yo, jamás lo habría pensado. Cuando la conocí, ella sabía hacer unas cosas que ni se me hubiese pasado por la cabeza que una chica de diecisiete años supiera hacer. ¡Maldita sea!, ella sabía moverse en la cama, ya lo creo.

—¿Dónde la conociste?

—En un campo deportivo —dijo Kocha después de hacer memoria —. Fue en verano. Ella vino a la ciudad para matricularse en la escuela de Medicina. Justo allí, al lado de la escuela, fue donde me la crucé por primera vez. Esas chicas del sur siempre lucen la piel del mismo color, no se broncean, ¿lo sabías?

—¿Acaso ella es del sur?

—Es georgiana —dijo Kocha—. Tenía una melena negra y unas piernas larguísimas.

—De eso me acuerdo —corroboré.

—Y cuando empezó a ir a clase, en la escuela de Medicina, quiero decir, siempre llevaba bata blanca. ¿A ti, Herman, te ponen las médicas?

—Qué va, el personal médico a mí me da miedo.

—A mí sí que me ponen —confesó Kocha—. La vez que estuve hospitalizado, me ponían a cien… Pero te quiero hablar de Tamara. Ahora te lo voy a contar todo, colega.

De hecho, no acabó por contarme gran cosa. Yo me acordaría de más detalles después, mientras recordaba la conversación y me asombraba por la capacidad que tiene la memoria de almacenar tanta y tan diversa información y por lo difícil que era recuperarla luego. Querría saber cómo funciona ese mecanismo. ¿Qué fue lo que Kocha me había contado en realidad? Mencionó la ropa, la ropa de ella. Sus piernas largas, su piel morena, aunque no bronceada, su ropa. ¿Sin broncear, por qué? ¿A qué se refería? De pronto me acordé. Ella tenía un vestido negro, ninguna otra en la ciudad llevaba uno igual. Cuando la veíamos pasar con aquel vestido, a todos los chavales de nuestro barrio dormitorio nos daba un vuelco el corazón. En efecto, ese vestido suyo era tan negro que su piel parecía clara en comparación. Ahora bien, era imposible que nos fijáramos entonces en esos detalles debido a nuestra corta edad. Kocha, a diferencia de nosotros, la veía íntegra, con y sin ropa. Si no él, ¿quién era capaz de hablar con conocimiento de causa sobre el color de la piel de Tamara? De pronto, me acordé claramente de aquella tarde, cuando era adolescente, de arena tibia, roja por la caída de las hojas de las moreras, que cubría las aceras. Kocha agarraba a dos azeríes por el pelo y los lanzaba contra la valla de una casa privada en la parte trasera de los talleres de reparación. Justo al lado, el muro de una fábrica se extendía interminable, y algo más allá del lugar de los hechos, de pie, nos encontrábamos nosotros, mirando sin intervenir porque era a Kocha a quien le correspondía ajustarles las cuentas a los insolentes. Mientras, Tamara, que también estaba allí, le reprochaba algo a Kocha con estridencia y nerviosismo, tratando de detenerlo. Le intentaba explicar a gritos que nadie le había metido mano. Los azeríes también gritaban, jurando que no la habían tocado, pero Kocha seguía destrozando la valla con sus cuerpos, hasta que Tamara salió corriendo y desapareció en la oscuridad. Kocha echó a correr tras ella. Nosotros desinfectamos las heridas de los azeríes con vodka porque sabíamos que, en realidad, no le habían puesto una mano encima.

—¿Sabes? —dijo Kocha, devolviéndome a la realidad—. Cuando la

conocí, colega, sólo tenía diecisiete años, pero te diré que ni en los burdeles…

—Pero ¿has estado en muchos burdeles? —le pregunté, incrédulo.

—Vamos, Her. Hice la mili en los paracaidistas. No había una sola mujer que se nos resistiera.

—Entiendo.

—Durante tres años repartí y recibí unas cuantas hostias por su culpa —continuó Kocha—. No se la podía dejar sola, créeme.

—Te creo.

—Luego ella decidió huir. De todos modos, su familia no le daba su autorización para que se casara conmigo. La gente de las montañas tiene sus propios códigos, colega.

—Entonces ¿consiguió huir?

—Y una mierda —dijo Kocha, contento—. Me enteré de su plan y subí al mismo tren que ella. Incluso compré el billete para estar en el mismo vagón. Durante una semana recorrimos juntos todas las estaciones de aquí hasta Rostov. Varias veces intentó escapar, pero logré retenerla. Dormíamos en las terminales, nos emborrachábamos con champán en los vagones restaurante, nos peleábamos hasta hacernos sangre, ver para creer. —Kocha rememoraba, tendido en el sofá, aquellos días gloriosos, mirando de vez en cuando por la ventana de la caseta—. Hasta que al final decidió volver conmigo. Así es la vida. El problema eran sus padres. Me odiaban. Pero entonces les dijimos que ella estaba embarazada, imagínate. Y al final se dieron por vencidos y nos dieron el beneplácito para que nos casáramos.

—Y ¿estaba embarazada de verdad?

—No, qué va. Yo no quería que se quedara preñada.

—¿Y eso?

—Me preocupaba que el bebé no fuera mío. Es que ella hacía cada cosa, colega…

Kocha se quedó callado un momento, como si soñara, antes de proseguir:

—De todas formas, no funcionó. Sus padres vinieron a la boda y se quedaron a vivir con nosotros. Eso lo jodió todo. Son gitanos, en una palabra.

—¿Gitanos? —pregunté, sin entender.

—Eso, gitanos.

—¿Y qué tuvieron que ver con eso?

—Todo —dijo Kocha sin molestarse en dar explicaciones—. Toda la culpa es de las mujeres, ¿o es que crees que no me doy cuenta de lo que te está pasando, colega?

—Bueno, ya vale con eso —dije, poniéndome algo a la defensiva.

—Yo me doy cuenta de todo, Herman, de todo.

Algo le llamó la atención mientras miraba por la ventana, y Kocha

salió de la caseta.

«¿A qué se refería con aquellas cosas que dijo Kocha que ella hacía?», pensé. Qué podían tener de especial, quiero decir. El sol entraba a raudales en el interior de la caseta. La manta sobre la que yo estaba echado era áspera y cálida como la arena de la calle que se seca y endurece después de la lluvia. Estaba tumbado con los ojos cerrados en el cuarto vacío, sintiendo cómo se balanceaban los árboles del parque; el crepúsculo lila que se adhería al follaje mojado; los destellos dorados sobre el ventanal de la atalaya de la estación de bomberos; y la plata afilada y dispersa de los cristales rotos, desparramada dentro de los platos de verduras, aunque eso no era todo. Antes había ocurrido algo más, algo que no había acabado precisamente en nada. ¿Qué era? ¿Qué era lo que Kocha aún recordaba cuando los demás ya lo habían olvidado? Había otra entrada en aquel restaurante, una puerta, a través de la cocina, que salía directamente al parque, donde los árboles mojados te rodeaban, cautelosos, y había que prestar atención para no cortarte, porque el césped estaba sembrado de cristales rotos, aunque nadie lo tenía en cuenta: la sangre, caliente, fluía a borbotones por las arterias invisibles en el aire frío de la noche. De quién sería la sangre que acabaría derramándose, esa era la cuestión. Al comienzo de la celebración, no recuerdo por qué, salí a la calle por aquella puerta lateral. Creo que fui a esperar a alguien, pero ¿a quién? Estaba completamente oscuro, y nadie me vio salir. Y de pronto, distinguí, en medio del aire húmedo del anochecer, el resplandor de la piel de Tamara, pese a que ella ni siquiera se había quitado el vestido. Estaba con dos hombres. Se lo montaba con ambos a la vez, frente a uno y de espaldas al otro. Lo que más me impresionó fue que llevara puesto el vestido, que, al parecer, no le estorbaba en absoluto. No conseguí identificar a los dos hombres, pero ninguno era Kocha, de eso estaba seguro, además era impensable que Kocha hiciera una cosa así. Al cabo de un rato, ella alzó la cabeza y pidió un cigarrillo. La llama del mechero con el que lo encendió arrojó demasiada luz sobre la escena: abrí la puerta con disimulo y entré de nuevo en el restaurante. Cuando regresaba a la sala, tropecé con Kocha, sombrío y rabioso. Al mirarme, me di cuenta de que él ya lo sabía todo. Y cuando la oscuridad se iluminó por la luz eléctrica, estalló en cientos de esquirlas plateadas y el aire irrumpió en el local mezclándose con el olor a alcohol, y entonces supe que aquello no acabaría así como así.

—Si ya te lo decía —dijo Kocha, preocupado, mientras entraba corriendo en la caseta—. Anda, coge el teléfono, ella te está llamando.

—Herman —oí, pegando la oreja al auricular recalentado por el sol —. ¿Cómo estás?

—Bien —dije, tratando de que mi voz sonara convincente. Resultó

forzado—. Ayer me reuní con nuestros competidores. Tuvimos una charla.

—Ya. —Sin duda eso no era una novedad para Olga—. No sé de qué hablasteis, Herman, pero creo que ahora mismo están tratando de dañar tu negocio.

—¡Ahora voy! —exclamé, tras colgarme mis auriculares al cuello y echar a correr hacia la carretera.

Habían estacionado el jeep junto a la oficina. Kolia estaba al volante, mirándome, como si no nos hubiésemos separado desde el día anterior. Lo saludé con la mano y entré en la oficina. Olga estaba sentada detrás del escritorio, con sus gafas de sol de montura amarilla. Vestía un pantalón vaquero roto y una camiseta estampada con unas consignas políticas sin determinar en lengua polaca. De debajo de la camiseta, sobresalía un sujetador color naranja. Frente a ella, había dos mujeres gruesas, enfundadas en unos vestidos que seguramente les hacían pasar calor. Lucían sendas permanentes, que sobrecargaban sus cabezas. Aunque tenían una edad provecta, no parecían haber perdido el ímpetu juvenil, por así decirlo, conscientes, las muy perras, de que sólo la alegría y la inclusión proceden del trabajo colectivo. Ahora respiraban con dificultad ese aire tórrido, abanicándose, como dos damas hispanas, con sendos libros de contabilidad. La permanente de una de ellas tenía reflejos cenicientos; unos pendientes de bronce macizo, semejantes a los galones que lucen los generales en sus uniformes, colgaban de sus orejas. Un grueso collar de cuentas de coral ceñía su cuello. El cuerpo, fofo, flácido y desmadejado por el bochorno, se mostraba ceñido con un vestido antiguo, de tonos oscuros, cuya tela se tensaba con la presión de las formas, marcándolas. Las piernas, torneadas y poderosas, se afirmaban sobre los pies calzados con pantuflas. Mientras sostenía con una mano un libro de contabilidad, con la otra blandía un lápiz que, de vez en cuando, se lo clavaba en la permanente a modo de peineta. Su compañera, también exhausta por el calor, lucía, orgullosa, un peinado minuciosamente compuesto, de color cobre industrial, con matices rojos por la luz del sol. Fijados en sus orejas, llevaba sendos voluminosos pendientes de color esmeralda, que despedían destellos: piezas de aspecto similar se utilizan para hacer los mosaicos que decoran algunas paradas de autobús. Aunque no llevaba ningún collar, su cuello estaba formado de varios pliegues generosos, que ocultaban gotas de agrio sudor femenino parecidas a piedras de ámbar. Un *sarafán* de tela abigarrada cortado al estilo soviético, con estampados de flores y plantas tropicales, concentrados a la altura del hígado, completaba el cuadro. También calzaba pantuflas. Esa mujer, a diferencia de la otra, era más enérgica. Con gesto nervioso, no dejaba

de contonear sus hombros prominentes, lo cual hacía que la tela de su *sarafán* se tensara en unos puntos determinados para destensarse en otros, lo mismo que un velamen a merced de un viento intermitente. Al entrar, ambas me miraron a la vez, con hostilidad. Saludé a todo el mundo e interrogué con la mirada a Olga. Esta hizo las presentaciones pertinentes: las mujeres, aunque a regañadientes, accedieron a decir sus nombres. La de los cabellos cenicientos se llamaba Ángela Petrovna. Tenía la voz grave, una expresión indolente y una mirada turbia y desesperada. La del pelo cobrizo hablaba con nerviosismo, articulando las palabras de forma poco clara, como si tuviera la garganta obstruida de rocalla. Dijo que se llamaba «Bgalinda Bguiódorobna», lo cual, obviamente, venía a significar «Galina Fiódorovna», o algo así. Yo la bauticé enseguida como Brunilda Petrovna. De hecho, mi conciencia era reticente a llamarla de otra forma que no fuese aquella. Ciertamente, ¿por qué «Petrovna» y no «Fiódorovna»? Será porque ambas mujeres guardaban entre sí cierto parecido imposible de describir, como si fuesen hermanas de madres distintas. Aunque las dos aparentaban ser mujeres con experiencia, no parecía que ninguna quisiera compartir dicha experiencia con nadie.

—Qué bien que hayas venido. —Olga fingió que se alegraba de verme—. Llevamos rato esperándote.

—He venido en autoestop —me excusé ante las mujeres que estaban allí presentes.

Estas me miraron, imperturbables.

Mientras Ángela Petrovna manoseaba el lápiz, Brunilda Petrovna hinchaba el cuello como una cobra desafiante.

Olga me explicó brevemente el intríngulis de la cuestión. Hasta donde pude saber, el problema radicaba en que ambas Petrovnas no se habían podido jubilar cuando les correspondía hacerlo. Como dos plañideras, mensajeras de la muerte, vinieron a la oficina cargadas de malas noticias, anunciando el crecimiento imparable de las tasas de interés junto con el aumento de las tarifas de los servicios públicos. Traté de llegar al fondo del asunto, pero me costaba hacerme una idea de lo que se traían entre manos. Ángela y Brunilda Petrovna me azoraban, sumiendo mi alma en la pesadumbre y la melancolía. De todo lo que dijeron, pude sacar en claro que venían en representación de Hacienda y de la Seguridad Social, del Control de Sanidad y de la Unión de Veteranos de Guerra, del Sindicato Independiente de Pequeños Empresarios y, por último, del Fondo de Vivienda. Parece ser que mi pequeña empresa privada tenía problemas de todo tipo con el fisco y hacía tiempo que estaba endeudada irremediablemente con el Estado; así que lo mejor que podía hacer era suicidarme no sin antes haber liquidado el negocio y transferido mis módicos beneficios a la cuenta de los pensionistas. La que habló sobre todo fue Ángela

Petrovna, confundiéndome con vocablos abstrusos, propios de la jerga administrativa. Brunilda Petrovna, a su vez, lamía, nerviosa, dentro de la boca las piedrecitas de colores de su deficiente dicción, introduciendo de vez en cuando en su discurso mutaciones lingüísticas del tipo de «judilados» o «situación sagnitaria», sin mencionar ya el inefable «autogambierno teyitayial», de manera que me costaba entender adónde pretendía llegar. Olga estuvo un buen rato tratando de hacerlas entrar en razón: les enseñó unos papeles, que sacó de un cajón de su escritorio, en un intento de demostrar que la situación de la empresa no era tan desesperada como ellas creían, y les aseguró que teníamos todos los papeles en regla y que, por lo tanto, no existía base legal alguna que justificara mi repentina marcha del mundo de los vivos. Las Petrovnas, por su parte, se limitaban a rebatir con una obstinación indolente los argumentos de Olga, sirviéndose de los libros de contabilidad a modo de un espantamoscas, mientras evocaban ciertas enmiendas a la ley, citaban fragmentos de distintos decretos y señalaban las supuestas incongruencias que presentaban las declaraciones tributarias. Todos los intentos de Olga por rebajar la presión ejercida por aquellas dos hispanas tórridas, aturdidas por el bochorno, resultaron en vano. Las mujeres no hacían sino crecerse aún más con sus propios chillidos, demostrando un notable conocimiento del Código Penal y de la contabilidad. Llegó un momento que Olga ya no supo qué decir; las hispanas se quedaron al acecho, lanzándole unas miradas ardientes e incisivas. Me dio la impresión de que las tres esperaban que yo interviniera. Comprendí que tenía que decirles algo.

—Disculpen —dije en un tono conciliador, consiguiendo que mi voz adquiriera un tono cautivador, impropio de mí—. ¿No es mejor resolver todo este asunto de manera amistosa? Aquí todos somos adultos. ¿Están de acuerdo?

La mujer «cenicienta» entornó los ojos mientras me dirigía una mirada asesina. La mujer de pelo cobrizo me acribilló con los rayos de su ojos de veterana.

—¿A qué se refiere usted? —La cenicienta articuló despacio, con tono de profesora en un examen.

—¿Qué quieres decir? —dijo la primera.

—Herman… —dijo Olga, intentando frenarme.

—Bueno, no sé… —vacilé, algo turbado y sorprendido por la reacción general—. Habrá algún modo de llegar a un acuerdo, digo yo. De forma amistosa —reiteré.

—Pero, qué se ha creído —soltó Ángela Petrovna, irritada, mientras iba levantando el tono de su voz grave, como si empujara una roca cuesta arriba por una montaña. Brunilda le daba la razón, moviendo nerviosa la cabeza—. ¿Qué se ha creído? ¿Es así como se hacen las cosas ALLÁ ARRIBA de donde viene? ¿Esa es la manera de

hablar ALLÁ ARRIBA? —Finalmente, la roca de su voz se precipitó rauda cuesta abajo, aplastando cuanto encontraba a su paso—. ¡No se confunda! ¿Cree que bromeamos? ¡AQUÍ no vale todo! ¡No está usted en su casa! Olga Mijáilovna —dijo dirigiéndose a Olga—, ¡me tiene usted perpleja!

Ambas mujeres se pusieron en pie, me soltaron con desprecio un «hasta la vista» y desaparecieron tras la puerta, no sin antes prometer que volverían al día siguiente.

Me invadió una sensación desagradable.

—Creo que se han sentido humilladas —observó Olga mientras repasaba unos papeles.

—¿Eso puede perjudicarnos?

—¡Claro! —dijo Olga, seria—. Si esas brujas llegan a pillarte en la calle, podría ser un problema.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que pueden acusarte de acoso sexual. Vamos, piensa un poco —dijo Olga, y guardó los papeles en el cajón del escritorio—. En pocas palabras, tenemos una inspección: esas dos viejas arpías no dejarán de venir aquí todos los días para exigirme que liquide tu negocio.

—¿Y tú qué harás?

—Soy tu contable, Herman. Tengo que justificar mi sueldo, así que no te preocupes.

—No es una casualidad que hayan venido hoy.

—¿Tú crees? —Olga se quitó las gafas y me miró de pies a cabeza. Su mirada denotaba cierto cansancio.

—Ayer hablé con su representante —dije.

—¿Con quién en concreto?

—Con un tal Nikolái Nikoláich, un tipo bajito. Es su representante.

—¿Bajito? —reiteró Olga.

—Sí.

—¿Un mierda?

—Exacto.

—Es su informático.

—¿Cómo?

—Trabaja de informático para ellos, les repara los ordenadores.

—¡No me lo puedo creer!

—Lo que oyes. Por lo visto no te toman muy en serio. Yo en tu lugar haría una reflexión al respecto.

—Un informático, vaya, quién lo iba a decir. Parecía una persona decente.

—En todo caso, esto no resuelve nuestro problema.

—Entonces ¿cuál es exactamente el problema? —pregunté.

—Ahora te lo explicaré.

De entre todo el montón de problemas legales que afectaban a la empresa, el más acuciante era que no teníamos ninguna copia del acta de la reunión de la asociación de trabajadores de la terminal petrolera, según pude entender, a la que había pertenecido la que ahora era la gasolinera de mi propiedad. Por lo visto, mi hermano jamás se preocupó de las cuestiones burocráticas. No iba con su carácter. Solía llevar sus asuntos recurriendo a acuerdos o a los puños, así que no era de extrañar que no tuviera los papeles en regla. Estaba claro que las dos mujeres antes de ser infiltradas en la retaguardia enemiga, fueron aleccionadas al respecto y no parecían actuar sin motivo. Si, según me aseguró Olga, los informes y las declaraciones fiscales estaban al día, la cuestión de las licencias era realmente espinosa. De modo que teníamos que actuar con premura. Lo que debíamos hacer al respecto, no lo sabía.

—Es muy sencillo —dijo Olga, tratando de despejar mis dudas—. Hay que contactar con el antiguo director de la terminal (un hombre de honor de nuestra ciudad, por cierto) y convencerlo de que firme una copia de aquella maldita acta. —Y a continuación se dispuso a llamar por teléfono para contactar con el director.

Me acerqué hasta la ventana y miré afuera. El jeep seguía allí, con sus ventanas tintadas a medio bajar. Y —¡Oh, sorpresa!— puedo jurar que vi a Kolia y a Brunilda Petrovna besarse apasionadamente en los asientos delanteros, mientras Ángela Petrovna, sentada atrás, los señalaba a los dos con su lápiz de punta afilada.

Después de realizar varias llamadas, Olga pudo comprobar, por fin, que las cosas no eran tan fáciles de arreglar como podía parecer a primera vista. El ciudadano de honor, con el que necesitábamos ponernos en contacto, no residía en la ciudad, sino que, por prescripción médica, estaba ingresado en un sanatorio, a orillas de unos lagos de agua salada, a varias decenas de kilómetros de aquí. Tampoco se sabía bien cuál era su estado de salud, qué tipo de tratamiento recibía. En definitiva, no sabíamos muy bien dónde nos metíamos. Me acordé entonces de la voz grave de Nikolái Nikoláich, el día anterior, que era un simple informático, así como de las miradas hostiles que recientemente me habían dirigido las dos veteranas, y, de pronto, me sentí tan desmoralizado y asqueado que quizá, por primera vez, sentí auténticos deseos de regresar a casa, a la oficina, a mi trabajo administrativo, a mi rutina como funcionario del partido, gris como un terrón de azúcar mojado. No obstante, recuperé la compostura con rapidez.

—Entonces ¿vamos para allá? —propuso Olga.

—¿Adónde? —dije, sin entender.

—Al balneario, para visitar al exdirector, ¿adónde si no?

—¿Es preciso que vaya contigo?

—En realidad, no —reconoció Olga—, aunque en este caso en concreto sería mejor que vinieras.

—Me siento un auténtico capitalista: tengo intereses que proteger y me siento como George Soros.

—No digas tonterías —me interrumpió Olga, poniéndose en pie y disponiéndose a marcharse.

La carretera fluía por entre verdes colinas y valles bañados por el sol. El asfalto estaba en muy mal estado, así que avanzábamos con mucha cautela. Yo ceñía la cintura de Olga, para impedir que su camiseta se hinchara con el viento, aunque ella parecía no darse cuenta. De vez en cuando pasábamos por un bar de carretera, donde había estacionados unos camiones negros y polvorientos, en cuyas cabinas dormían niños y prostitutas exhaustos por el calor. Mientras conducía su escúter, Olga miraba a su alrededor con expresión severa y concentrada. Sólo se detuvo una vez para preguntar qué camino debíamos tomar. La prostituta a la que se dirigió ni siquiera se dignó a bajarse del camión, se limitó a señalar la dirección con el pie desnudo. Mientras subíamos otra de las colinas, Olga detuvo el vehículo y miró en dirección al sur. «Puede que llueva», dijo, preocupada, antes de reemprender la marcha.

Un poco más tarde, comenzamos a ver bosques de pinos.

El director recibía tratamiento en un sanatorio en estado ruinoso, castigado por el paso del tiempo. Según afirmaba Olga, lo retenían allí contra su voluntad porque lo que el anciano quería realmente era seguir siendo un miembro productivo de la sociedad. Según Olga, tenía un historial heroico, y fama de ser un cascarrabias, de modo que era posible que el anciano no nos lo fuera a poner fácil. Eso me inquietó, pero no podíamos hacer nada.

El sanatorio estaba rodeado de un bosque, alrededor del cual se extendían unos lagos de agua salada en los que iban a nadar los humillados y ofendidos.[12] Después de atravesar el portón de la entrada, llegamos al pabellón principal. Olga aparcó su escúter y se encaminó hacia el edificio. La seguí de mala gana mientras observaba a los pacientes. Había algo inquietante en ellos: miraban con suspicacia, formaban corros y murmuraban mientras nos señalaban con sus dedos largos y delgados. Los lagos salados apestaban a limo y azufre. La recepcionista del sanatorio reconoció a Olga y le informó de que ese día Ignat Yúrovich no estaba de humor. Desde la mañana, venía dando guerra: apenas había desayunado, había hecho una escena a la hora del almuerzo, rehusó ir al baño, igual que el día anterior y que anteayer; vamos, que nos llevaba de cabeza. Después de sugerirnos que anduviéramos con tiento y evitáramos darle la espalda

al viejo, la de la recepción nos deseó buena suerte y cerró la ventanilla.

Olga empezó a caminar por los pasillos del sanatorio y yo traté de seguirla mientras observaba de reojo a los internos que se asomaban a las puertas de las salas de tratamientos. De las paredes, colgaban carteles propagandísticos con extraños consejos que advertían a no excederse con el sol, a cómo prevenir hipotermias a la hora del baño y a renunciar al sexo sin anticonceptivos. La práctica del sexo sin anticonceptivos era algo contrario a la voluntad divina, un pecado castigado con la excomunión y posterior lapidación en las reuniones del Partido. En definitiva, después de observar aquellos carteles se le quitaban a uno las ganas de practicar sexo, sin importar cuándo ni con quién.

La habitación de Ignat Yúrovich se hallaba en la primera planta. Después de llamar con determinación a la puerta, Olga la abrió y entró. Hice acopio de valor y entré tras ella.

—¡Buenos días, Ignat Yúrovich, buenos días, querido! —exclamó Olga acercándose al viejo que estaba sentado en la cama, cerca de la ventana y le estampó un sonoro beso en su calva reluciente.

—Muy buenas, Ólechka, muy buenas, hijita. —Ignat Yúrovich extendió sus labios babosos para alcanzar su mejilla. Nada más verme, me echó una mirada de suspicacia—. ¿Quién es este que viene contigo?

—Es Herman —dijo Olga—, es empresario.

—Buenos días —saludé sin moverme de la puerta.

—¿Empresario? —preguntó con desconfianza Ignat Yúrovich—. ¡Bah! A tomar por saco con el empresario. Cuéntame, quiero saber cómo te van las cosas —dijo, volviéndose hacia Olga.

Olga empezó a hablarle de los amigos que tenían en común, y le puso al corriente de la situación de los mercados de valores y de las operaciones bursátiles. Yo, mientras tanto, aprovechaba para observar al viejo. Ignat Yúrovich era apuesto y parecía animoso. Echaba un vistazo a su alrededor con mirada maliciosa. Unos rizos canosos salpicaban su generosa calva; sus cejas pobladas coronaban su rostro y le otorgaban un aspecto desafiante; su nariz era un poco ganchuda y, mientras hablaba, su dentadura postiza crujía en alguna parte de su cráneo. En las solapas de la americana lucía varias medallas al mérito en el trabajo y de congresista sindical. Estaba recostado sobre la cama, que estaba sin hacer, con el traje puesto y la camisa blanca almidonada. Calzaba unas chancletas de goma, que contrastaban con todas aquellas medallas de trabajador ejemplar. Tanto el traje marrón como las insignias le conferían un cierto parecido con William Burroughs si este hubiera sido miembro de la Unión de Escritores de la URSS. Junto al director jubilado, sobre un taburete pintado

toscamente de azul, estaba sentada una sanitaria corpulenta y pechugona a quien Ignat Yúrovich llamaba Natasha y a la que mortificaba de forma expresa, sin que la presencia de extraños lo impidiera. Natasha, por su parte, todo hay que decirlo, respetaba escrupulosamente la jerarquía del Partido: con mucha paciencia, le servía al viejo ron en una taza metálica, llenaba de tabaco su pipa repujada en plata, espantaba las mariposas que se posaban sobre su calva, le hacía friegas en sus piernas decrépitas con perfume francés y le quitaba de las manos las revistas pornográficas. Y todas aquellas cosas las hacía sin pronunciar palabra ni mirar siquiera en nuestra dirección. En la habitación había dos internos más. Uno era un tipo gordinflón y de respiración agitada, ocupaba la cama de enfrente de la de Ignat Yúrovich. Observaba a su ilustre vecino con expresión anonadada, los ojos salidos de las órbitas, como si le desconcertaran el descaro y la impunidad con que aquel se comportaba. Vestía de forma modesta, un pijama a rayas de hospital y unos calcetines de fútbol. En las manos sostenía un periódico, desde el que de vez en cuando lanzaba una mirada de soslayo no carente de interés a Natasha. El otro interno ocupaba la cama más cercana a la puerta de entrada. Como no daba señales de vida, parecía más bien muerto. Por el olor que desprendía, supuse que habría fallecido tres días antes, aunque bien podía ser que me equivocara.

Desde el pasillo, podían oírse unos pasos furtivos y susurros sospechosos. Alguien parecía estar pegando el oído a la puerta de la habitación y haberse quedado quieto para averiguar lo que estábamos hablando. De hecho, desde el momento en que me vi entre las paredes de aquel sanatorio, no dejé de sentir una gran inquietud, y estaba dispuesto a escaparme lo antes posible.

Olga se esforzaba por encauzar la conversación hacia nuestros asuntos. Se quejaba del acoso de los reyes del maíz, hablaba de las viejas hispanas y de la corrupción de las élites políticas. Sin embargo, Ignat Yúrovich no quería darse por enterado: aparentaba no haber oído o entendido bien lo que Olga le decía. Sorbía tranquilamente su ron de pirata mientras pellizcaba ferozmente a Natasha y se agarraba unas chuflas, cuyo efecto podía verse reflejado en sus ojos, que se volvían vivarachos y rosáceos como los de un perro en una foto de mala calidad.

—Ignat Yúrovich —dijo Olga, perdió finalmente la paciencia—, se lo pido por favor, hágalo por mí.

—¿Por ti? —El viejo la miró sorprendido—. Pero si es a él, al empresario —me señaló—, a quien le interesa.

—Tiene toda la razón, Ignat Yúrovich —me apresuré a intervenir para decir algo—. Yo también se lo ruego, haga el favor.

—¿Qué diablos? —El viejo, al parecer, me estaba provocando a

propósito—. ¿Qué quieres que haga por ti, hijo?

—Ignat Yúrovich —dije, acercándome—. Usted conoce a mi hermano.

—¿Y qué? —El viejo no daba el brazo a torcer.

Olga apretó los labios, descorazonada. Natasha, a hurtadillas, puso a salvo la taza con ron. Yo continué hablando:

—Como usted había trabajado con mi hermano, creí que tal vez me ayudaría también a mí.

—¿Y por qué querría ayudarte, hijo? —Ignat Yúrovich sacó del bolsillo de la americana unas gafas viejas con montura de carey, se las colocó y me miró con atención.

—Bueno, en cierta manera estamos juntos en el negocio, ¿no es así?

—Eres tú, hijo, quien estás en el negocio —me interrumpió el viejo —, yo no. Yo sólo tengo un cargo de responsabilidad, ¿me entiendes?

—Entiendo.

—Yo, para que sepas, soy pensionista meritorio honorífico. Aparte de funcionario del Partido desde 1952: ¿sabes lo que eso significa?

—Más o menos.

—Y tú me dices que «tú y yo estamos en el negocio», venga ya. —El viejo se calmó. Descubrió de repente la taza de ron y se la bebió de un solo sorbo. Luego se dejó caer, contento, sobre las almohadas y miró, relajado, a Olga.

No tardé en comprender que las cosas se me estaban poniendo difíciles. Tenía que hacer algo.

—Ignat Yúrovich —dije, acercándome el viejo y sentándome en su cama. No se lo esperaba y, temeroso, encogió las piernas—. Si me concede cinco minutos, se lo explicaré, ¿de acuerdo?

—A ver —dijo el viejo, apartándose de mí y apoyándose en la pared mientras se llevaba la taza vacía contra el pecho.

—¿Puedo tomarme un trago? —dije, extendiendo la mano en busca de la taza. Ignat Yúrovich pareció ablandarse—. Sírvame un poco —dije tendiéndole la taza a Natasha. Después de interrogar al viejo con la mirada, me sirvió ron de una botella oscura. Me lo bebí de un trago. Cuando el líquido pasó por el esófago formó allí un nudo semejante a una bola de pelo. Me costó esfuerzo poder tragármelo. Luego le hablé al viejo, reclinando mi cuerpo hacia él en un gesto de confidencia:

—Ignat Yúrovich, permítame que le cuente algo, y luego nos marcharemos. Es cierto que hace poco que estoy en el negocio. Quiero decir que acabo de incorporarme a ese puesto de responsabilidad. Tampoco tengo experiencia, para serle sincero. A fin de cuentas, ni siquiera puedo afirmar que ese trabajo me guste. Todo ese asunto de la gasolina es tóxico, bien lo sabe usted. ¿Adónde quiero llegar con

esto? Si de mí dependiera, hace tiempo que lo habría dejado y me habría ido de aquí lo más lejos que pudiera, ¿me entiende?

El viejo asentía con la cabeza.

—A pesar de que no soy el único implicado en eso, tengo que arreglarlo yo. Me gustará más o menos, las cosas son así. Y resulta que se trata de algo importante, pero que yo todavía no lo percibo con claridad, porque le miro, Ignat Yúrovich, y me doy cuenta de que hay algo en todo ese asunto que no puedo dejar pasar.

Ignat Yúrovich hizo crujir su mandíbula.

—Comprendo que no le gusto. Más aún, sería capaz de entender, en caso de que realmente quisiera hacerlo, claro está, las razones de esa estúpida desconfianza que muestra para conmigo, Ignat Yúrovich. No soy un hombre de negocios, no tengo experiencia, usted ni siquiera me conoce, además no puedo presumir de antigüedad en las filas del Partido, pero, qué diablos, Ignat Yúrovich, ¿acaso es realmente imprescindible poseer semejante currículo para evitar cagarla en una situación crítica? ¿De veras es necesario?, dígamelo.

—Devuélveme la taza —dijo en voz baja y como única respuesta Ignat Yúrovich.

—¿Cómo? —dije, desconcertado.

—Te estoy diciendo que me devuelvas la taza —repitió el viejo.

Le tendí la taza, la cogió, la guardó debajo de la almohada y se quitó pensativo las gafas.

—Pareces un tipo decente —dijo tras una pausa—. Te seré sincero, creo que te he subestimado. De acuerdo. —Se frotó las manos, satisfecho, y sus ojos maliciosos resplandecieron de nuevo—. Te voy a ayudar.

—Gracias.

Sin embargo, antes de que yo soltara un suspiro de alivio, Ignat Yúrovich añadió:

—Te ayudaré, pero con una condición. Tienes que jugar conmigo una partida de *skrakli*.

—¿Una partida de qué? —pregunté sin entender.

—De *skrakli* —repitió Ignat Yúrovich, mientras observaba, contento, mi desconcierto—. Me refiero a *gorodkí,*[13] el juego favorito de Pávlov y de Tolstói. ¿Qué opinión tienes de Tolstói? ¿Te gusta?

—Sí, me gusta.

—Estupendo. Si me ganas, te ayudaré. En caso de que pierdas, ve con Dios y déjame seguir con el tratamiento.

—¿Y no me podría ayudar sin tener que jugar esa partida? —pregunté.

—No, hijo —dijo Ignat Yúrovich adquiriendo un tono severo—. No hay forma de saltarnos esa partida.

Miré a Olga, que levantó la mirada, resignada. Detrás de ella se

asomaba el rostro malicioso del interno que antes había estado leyendo el diario. En el otro rincón de la habitación, iba descomponiéndose el otro. Tenía que elegir. «Dichosos *skrakli*», pensé. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a poder conmigo aquel vejestorio? Yo tenía el entusiasmo y la juventud de mi parte, y él sólo podía presumir de la disciplina del Partido. Decidí correr el riesgo.

—De acuerdo —dije—. Si quiere jugar a los *skrakli*, jugaremos. Espero que no me time, ¿eh?

—Hijo, ¿crees que sería capaz de eso? —aseguró diligente Ignat Yúrovich. Luego saltó y se puso a correr por la habitación—. *¡Skrakli!* —gritó entusiasmado—. *¡Skrakli!*

Su actitud cambió de repente. No quedaba ni rastro de su reciente nerviosismo e inseguridad. Se desperezó y se puso en tensión como un perro de presa. Luego, sacó de debajo de la cama de su compañero exánime un par de zapatos de golf y una gorra negra de beisbol con las letras blancas NY.

—*¡Skrakli!* —gritó de nuevo antes de abrir la puerta de una patada con sus chancletas de goma—. ¡Que el deporte dirima nuestras diferencias!

Cuando la puerta se abrió de par en par, los internos, que aparentemente habían estado espiando nuestra conversación desde el pasillo, salieron en tropel al encuentro de Ignat Yúrovich. Estaban deseosos de diversiones, que, como cabía suponer, allí escaseaban. No cabía ninguna duda de que todos ellos apostaban por la victoria de Ignat Yúrovich, que era su favorito. Yo, en cambio, no recibí más que unas miradas burlonas y escépticas. Toda aquella bulliciosa manada, enfundada en batas de hospital y trajes de chándal, lucían condecoraciones de guerra. Los había incluso que aún llevaban guerreras desgastadas por los combates de antaño. Los hombres con muletas mostraban sus dientes amarillos y roídos. Las mujeres, algunas con los brazos escayolados, sonreían con sus bocas pintarrajeadas, parecían unas payasas asesinas. Y toda aquella masa de dolencias crónicas se desplazó hasta el jardín, que se hallaba detrás de los antiguos pabellones, donde, entre unos manzanos, había una extensión de tierra firme bastante amplia. Olga, Natasha y yo nos apresuramos a llevar hasta allí a los internos achacosos. Natasha llevaba en una mano un inhalador para Ignat Yúrovich y en la otra, dos bates reforzados con hierro, que el viejo y yo íbamos a utilizar para dirimir nuestras diferencias. Rápidamente, mi arrojo y mi espíritu combativo se esfumaron. Olga me miraba, preocupada, aunque no decía nada para no asustarme, supongo.

Cuando llegamos al jardín, Ignat Yúrovich ya estaba haciendo ejercicios de precalentamiento entre los manzanos: flexionando una pierna, la llevaba ágilmente detrás de la cabeza y contorsionaba el

cuerpo, tendido sobre la espesa hierba, demostrando una flexibilidad felina. Para qué mentir, me dio miedo. Hay que decir que yo jamás había jugado a los *skrakli*: todo lo que sabía de aquel juego era que, Tolstói y Pávlov aparte, Lenin era aficionado a él, lo que, para ser sincero, no acrecentaba mi optimismo.

Ocupamos nuestras posiciones. Ignat Yúrovich, Olga, Natasha y yo nos apostamos detrás de la línea de juego. El grupo de apoyo, mientras tanto, se distribuyó por el jardín, recogiendo las piezas y colocándolas en el orden correcto. Ignat Yúrovich se acercó a Natasha y le pidió unos caramelos acidulados. Se los metió en su boca de hierro, los trituró con sus mandíbulas de munición AP[14] y procedió a explicar las reglas del juego.

—Escúchame bien, hijo —comenzó blandiendo el bastón—. Es muy sencillo. Jugamos quince figuras. El primero en batirlas todas, gana. El que pierda, tendrá que vérselas con Hacienda.

—¡Necesito que me conceda algo de ventaja! —le pedí.

—¡Ni hablar! —respondió Ignat Yúrovich, poniéndose en posición —. ¡Figura número uno, «el cañón»! —gritó en dirección a los manzanos.

Allí, el grupo de apoyo se puso en movimiento: los carcamales correteaban como ratas mientras disponían las piezas, formando la figura solicitada.

—Adelante, hijo, buena suerte —dijo Ignat Yúrovich, dándome su bendición.

Cogí el bate. «De acuerdo —pensé—, ahora veremos quién sale ganador.»

Tras mi primer lanzamiento, el bate se clavó en la arena a medio camino del blanco, provocando gritos de júbilo por parte del público, que creía oler un triunfo rápido de su favorito. Así que arrojé el segundo bate apuntando hacia donde sonaron las voces: el palo voló por el aire e impactó de lleno en la nuca de uno de aquellos carcamales. Este soltó un gruñido y cayó de bruces en la arena. Sus compañeros se lo llevaron a rastras bajo los manzanos mientras me lanzaban miradas de odio.

—Bueno —opinó con rotundidad Ignat Yúrovich—. No está nada mal para empezar.

Con un movimiento audaz, lanzó el bate. Este describió en el aire una parábola sorprendente antes de caer en picado, haciendo estragos «el cañón». Con el segundo lanzamiento, realizado a media distancia como premio al acierto del primero, el cañón quedó totalmente arrasado.

El viejo lanzó a Natasha una mirada triunfante y gritó al cielo de junio:

—¡Figura número dos, «la horquilla»!

«La horquilla» fue dispuesta sin dilación. A partir de ese momento, el juego siguió la misma dinámica: mientras mis lanzamientos no hacían sino espantar a los internos, desmochar los manzanos y obligar a los veteranos a peinar la hierba en busca de mis misiles errados, Ignat Yúrovich abatía fácilmente todas sus figuras, cada vez con mayor vehemencia. De vez en cuando, Natasha le prestaba asistencia, haciéndole inhalar ciertos aromas extraños, que volvían firme su mano y le afinaban la puntería. Algo debía de contener aquel inhalador, una especie de elixir de la eterna juventud o algún otro estimulante, que hacía al honorable veterano abatir, entre subidón y subidón, las figuras con la misma facilidad que si se tratara de las gallinas del vecino en su jardín. Yo, en cambio, por mucho que lo intentaba, me esforzaba y me cabreaba, no era capaz de hacer nada: los bates que lanzaba daban en cualquier parte menos en el blanco. Rápidamente, perdí la primera ronda con un resultado humillante.

—¡Segunda ronda! ¡Segunda ronda! —tarareó con alegría Ignat Yúrovich.

Los internos lesionados se entusiasmaron haciendo eco de aquel canto triunfal, y procedieron a recomponer las figuras.

Me acerqué a Olga, que suspiraba afligida, escondiendo la mirada.

—Herman, para ser un Soros, juegas fatal a los *skrakli* —comentó.

No supe qué responderle y volví a coger el bate.

La segunda ronda la perdí incluso de forma más rápida. El viejo, triunfante, saltaba de alegría. El público compartía su regocijo, cerrando filas alrededor de él y lanzándole vivas. Cabizbajo, me acerqué hasta Ignat Yúrovich, que estaba secándose el sudor con una toalla con una imagen de Mickey Mouse, mientras se esforzaba en ingerir unas píldoras alargadas color verde esmeralda.

—Y bien, hijo… —dijo, guiñándome un ojo—. Hemos jugado limpio, ¿verdad?

—Así es —Me vi obligado a admitir.

—Cuando quieras, ven otra vez a visitarme.

La multitud, regocijada, volvió a alborotarse. Después de estrecharle la mano, vieja y curtida por años de servicio del Partido, di media vuelta para marcharme.

—Eh, tú, empresario de mierda —gritó de pronto Ignat Yúrovich —, ¿qué te pasa? ¿O es que piensas irte así sin más? ¿Y qué hay de tu negocio?

—Perdí la apuesta.

—Ven aquí —me ordenó Ignat Yúrovich—. ¿Qué es eso que llevas encima?

—Unos auriculares —respondí sin comprender adónde quería llegar.

—¿Funcionan o los llevas porque sí?

—Funcionan.

—Hagamos un trato —propuso repentinamente el viejo con un entusiasmo propio de un chiquillo—. Tú me das los auriculares y yo te ayudo.

Me quité los auriculares, saqué el reproductor y se lo entregué al viejo. Este calibró su peso con la mano y luego me miró.

—¿Qué pasa, hijo? —me preguntó—. ¿Por qué renuncias a lo que es tuyo tan fácilmente?

—Porque usted me lo ha pedido —dije, sorprendido.

—Y si te pido que me la chupes, ¿lo harías? —preguntó Ignat Yúrovich.

No supe qué contestar. El viejo se estaba ensañando conmigo.

—Toma —dijo, devolviéndome el reproductor—. Debes luchar por aquello que te pertenece por derecho. Si no, acabarás sin los auriculares, sin el negocio y sin el reconocimiento de los méritos al servicio del Partido. ¿Entendido?

—Entendido —dije tratando de no mirar a Olga.

—Entonces ven conmigo —concluyó Ignat Yúrovich, fatigado—. Los papeles están en mi habitación, así que vamos allí para salvar ese maldito negocio.

8

La lluvia se fusionaba con el crepúsculo y las trombas de agua, como hilos gruesos, se mezclaban en el aire. Era como si cabalgáramos por el fondo del río, sumido de pronto en la oscuridad. Y dentro de aquel río espeso, se movían rayos y sombras, habitantes invisibles emergían del cieno y nos observaban de cerca como pescadores ahogados. La lluvia era cálida como el agua del río. El escúter, zarandeado por las aguas, estuvo varias veces a punto de salirse de la carretera. Al final, Olga se detuvo e inspeccionó el lugar, desconcertada. «Tenemos que esperar a que pare de llover», gritó. El agua le anegó el rostro, así que no podía oír casi nada de lo que decía, aunque sí adiviné sus intenciones: había que buscar un lugar donde guarecernos, puesto que era imposible seguir avanzando ni tampoco volver atrás. «¿Dónde vamos?», le grité a modo de respuesta. Ella se quedó pensando. «Aquí cerca la carretera hace una curva, podemos intentar buscar un refugio por allí», me dijo y reanudamos la marcha, yendo en contra de las aguas y espantando a los fantasmas de aquella riada. De vez en cuando, el escúter se quedaba atascado. Olga, a través de sus gafas de sol, casi no veía la carretera, por lo que avanzábamos prácticamente a ciegas. No obstante, consiguió dar con el desvío que buscábamos, y conseguimos llegar a una pista forestal: una carretera estrecha y asfaltada, cubierta por la maleza, que serpenteaba entre los pinos. Al adentrarnos en el bosque, la maleza fue enredándose en las ruedas del escúter y nos impedía avanzar, pero Olga parecía conocer bien el camino, conducía con seguridad, sorteando arbustos y socavones del suelo. Poco tiempo después, nos detuvimos delante de un portón de hierro oscuro.

Me precipité a abrir la puerta, que era sólo una hoja de metal sujeta con alambre, y Olga arrastró el escúter hacia dentro. La lluvia lo inundaba todo, el agua nos llegaba hasta el tobillo. A todas luces, aquello era un antiguo campamento de verano, más allá había unas destartaladas instalaciones metálicas, golpeadas por la lluvia. A la derecha, había un terreno con los restos de un monumento de la época comunista. Detrás de aquellas ruinas, se erguían altos los pinos, y por encima de estos, una cortina de agua caía cubriéndolo todo. Apoyamos el escúter en el muro de uno de los edificios. No era la

primera vez que Olga visitaba aquel lugar. Rápidamente corrió hasta el edificio vecino, que parecía más grande que el resto. Luego, caminó a lo largo del muro, antes de doblar la esquina. Allí había otra entrada, con una puerta casi oculta tras unas plantas mojadas. Olga se inclinó sobre el candado, lo manipuló, y la puerta se abrió de golpe. Entramos corriendo. Tuve la sensación de haberme metido dentro de una caja de galletas vacía, una caja de hojalata, que unos niños aporrearan alegremente con palos. La lluvia golpeaba con fuerza las paredes metálicas del edificio, sacudiéndolo. Ni siquiera notábamos nuestra propia respiración, pendientes como estábamos de aquel golpeteo húmedo que no cesaba. Después de recorrer un pasillo, llegamos a una estancia amplia. Había unas estanterías con libros viejos. La pared de enfrente estaba cubierta de dibujos infantiles. En los alféizares de las ventanas había macetas con plantas muertas. En medio de la habitación había un sofá hecho jirones.

—Esta es la sala Lenin —dijo Olga, acercándose hasta las estanterías de libros. Se quedó buscando en ellas un buen rato, pero, al parecer, no encontró ningún libro que atrajera su atención.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Trabajé aquí algunos veranos —explicó Olga—. En esta sala celebrábamos juntas y reuniones. Recuerdo que nadie hacía uso de la biblioteca. Oye —dijo—, hay que hacer algo con la ropa, la mía está empapada. ¿Te importaría que la tendiera?

—Podría dejarte sola, aunque preferiría quedarme.

—Si te quedas, no me mires, ¿de acuerdo?

—Y entonces ¿dónde miro?

—Está bien, maldita sea, mira donde te dé la gana —dijo Olga—, pero compórtate.

Se quitó la camiseta y la dejó sobre el alféizar de la ventana, junto a sus vaqueros. Dejó las gafas encima del pantalón. Se quedó en ropa interior, de color naranja, mirándome disgustada.

—Vamos a ver —dijo—. Entiendo que toda esta situación puede parecer extraña, pero tú también podrías tender tu ropa. No tenemos nada que hacer. Hay que esperar a que pare la lluvia.

—¿Aquí no hay guardias de seguridad? —pregunté.

—En principio, debería haberlos —respondió—. Pero con este tiempo no tienen nada que hacer aquí: ahora estarán en la ciudad, lo más seguro. Así que no tengas miedo.

—Yo no tengo miedo.

Sin embargo, decidí no quitarme la ropa, quién sabe cómo se lo habría tomado de haberme visto desnudo. Me tumbé en el sofá, que cedió entre crujidos bajo mi peso. Me recosté, envuelto en la penumbra, tratando de captar el sonido armonioso de la lluvia que se asemejaba al runrún de los motores de un viejo barco. Después de dar

varias vueltas por la habitación y examinar los dibujos infantiles, Olga sacó de alguna parte un montón de revistas para jóvenes y se tumbó a mi lado. En medio de la oscuridad espesa y entremezclada con el aire húmedo, resultaba difícil distinguir las letras, así que Olga se limitó a mirar las ilustraciones en color. Me volví hacia ella y me puse a mirarlas también. Olga, al darse cuenta de mi interés, se demoraba en cada página el tiempo suficiente para que yo pudiera verlas bien.

—Cuando trabajaba aquí —me explicó—, leíamos estas revistas en voz alta antes de dormir.

—¿Por qué no has vuelto a trabajar con niños?

—No lo sé, porque no se ha dado, supongo. No me gustaban los pioneros. Eran muy malos.

—¿En serio?

—Sí, aunque quizá no sea de buena pedagoga decir eso.

—Quizá.

—Y a ti, de niño, ¿te mandaban a campamentos? —me preguntó por sorpresa—. Me refiero a los de pioneros —precisó.

—No, me costaba adaptarme en los colectivos. Por eso, a mis profesores nunca les caí bien.

—Entonces, esto no te va a interesar —dijo Olga arrojando las revistas al suelo.

—Sí que me interesa. Yo, por ejemplo, me acuerdo a menudo de las clases de alemán. Eso de enseñar alemán en el cole era una extravagancia del sistema educativo soviético. Tenía una especie de *pathos* antifascista insano, desde mi punto de vista. En el cuarto o quinto grado, recuerdo, nos entregaban en la clase unos juegos de postales con vistas de ciudades, de las que se vendían colecciones enteras en oficinas de correos, ¿no te acuerdas?

—No, no me acuerdo —dijo Olga.

—Pues las vendían. Postales, pongamos, con vistas de Voroshilovgrado, esa ciudad que ya ni existe.[15] En varias ocasiones, tuve que hacer en clase una exposición sobre ella en alemán. Interesante, ¿verdad?

—Mucho.

—Por lo general, eran postales de edificios administrativos o monumentos. Bueno, ¿qué monumentos podía haber en Voroshilovgrado? Uno a Voroshílov,[16] quizá. A decir verdad, ya no me acuerdo. Así que tenía que describir en alemán la imagen que había en la postal. ¿Y qué imagen podía haber en una postal como aquella? Un monumento rodeado de un parterre. ¿Qué más? Algún transeúnte, seguro. Un trolebús que pasaba en segundo plano. O ni eso. Entonces, tenías un problema porque no había nada más que describir. También podía haber un sol brillando, por qué no. O nieve. El monumento a Voroshílov podía ser ecuestre o no. Si no había caballo, mal. Porque

un caballo daba mucho para hablar. Una vez que comenzabas la descripción, ¿qué podías explicar, sobre lo que no habías visto jamás? Entonces no quedaba otra que inventarse cosas. Podías comenzar la explicación hablando del monumento en sí, de la persona a la que estaba dedicado. Luego pasabas necesariamente a describir a los transeúntes que habían sido captados al azar por la cámara. ¿Qué más? Una señora, pongamos, con jersey amarillo y vestido negro. En las manos lleva un bolso, cómo no. Pongamos, también una barra de pan. Luego, cuando ya habías agotado el tema de los transeúntes, podías forzar unas cuantas palabras hablando sobre el tiempo. Pero lo que más me llama la atención es la impostura de todo aquel conjunto, ¿entiendes lo que quiero decir? Las postales, las descripciones, el idioma, el vocabulario compuesto por unas pocas decenas de palabras, la pronunciación, los intentos de tomarle el pelo a la pobre profesora. Desde entonces no soporto el alemán. Ni he estado nunca en Voroshilovgrado; además, ya no existe.

—¿Por qué me has contado todo eso? —preguntó Olga.

—¿Cómo que por qué? —dije, sorprendido—. Fíjate, toda esa historia con mi hermano me hace recordar aquellas clases de alemán. Es decir, me enseñan una imagen y me piden que hable sobre lo que veo. Y a mí, Olga, no me gusta hablar sobre lo que no conozco. Todas esas imágenes me desagradan. No me gusta que me arrinconen contra la pared y me obliguen a jugar según las reglas de otros. Porque las reglas sólo tienen sentido si las respetas. Y tan pronto como te olvidas de ellas, ya no le debes nada a nadie y no tienes por qué inventarte toda una serie de tonterías sobre cosas que no conoces y que, en definitiva, no te importan lo más mínimo. Y entonces, puedes arreglártelas perfectamente sin todas esas invenciones absurdas ni reglas impuestas. Y como tampoco lo que pretenden mostrarte existe, no hay nada de qué hablar. No es más que una forma de utilizarte. Sobre una base perfectamente legal. Prácticamente como en la escuela. Lo que pasa es que hace mucho que somos adultos, pero nos siguen tratando como a unos niños, es decir, como personas cortas de entendimiento, mentirosas e irracionales, a los que hay que coaccionar constantemente para obtener, si hace falta a golpes, las respuestas correctas.

—¿Cómo que nada existe? —preguntó Olga—. Tú existes, ¿verdad? Yo también existo.

—Cierto —dije—. Yo existo. Pero Voroshilovgrado no existe. Y eso hay que tenerlo en cuenta.

—A los pioneros de los campamentos les pasaba algo parecido —dijo Olga y, sin que me diera cuenta, se quedó dormida.

La lluvia no tenía visos de cesar pronto, seguía golpeando la caja

de hojalata de la sala Lenin, rellenando la oscuridad con un repiqueteo monótono. Hacía cada vez más frío entre aquellas paredes húmedas del campamento de pioneros. Mi ropa, empapada y pesada, me arrastraba hacia el fondo como a un buzo. Allí abajo, donde la lluvia cesaba y comenzaba la negrura, espesa como la tinta, aún hacía más frío, y por mucho que yo trataba de ignorarlo, no conseguía entrar en calor. Olga también tiritaba mientras dormía a mi lado con su ropa interior naranja. Su piel brillaba. Cuando la toqué, la noté blanda y fresca como el agua del río. «Lo más importante —pensé— es que no se despierte.»

Toqué su pelo mojado y nuevamente sentí como si mis manos penetraran en la superficie de un río, apacible y denso. Me esforzaba en llegar hasta el fondo para pescar conchas, temeroso de clavarme anzuelos dejados por otros. Tenía los ojos cerrados y sus párpados eran traslúcidos como la capa de hielo bajo la cual se vislumbran las sombras lóbregas de los ahogados y las algas verde oscuro que los remolinos de su cuerpo acuoso desplazaban hacia al sur, hacia su corazón. Y mientras buceaba en busca de aquellas algas verdes, tocaba con cuidado su suave mejilla y la piel era especialmente fina y sombreada, como una tela de araña desgarrada por el viento. Susurraba en sueños algo ininteligible; sus labios se movían de forma imperceptible, como si hablara consigo misma, haciéndose preguntas que no quería responder. Las líneas luminosas de sus clavículas clareaban en la oscuridad como rocas marinas desgastadas por el agua. Al tocarlas, trataba de sentir el movimiento de las algas en el fondo y notaba cómo latía su corazón, regular y sosegadamente, como un girasol que buscara al sol suspendido en medio de un cielo lluvioso. Deslicé con cuidado mi mano hacia abajo, rozando ligeramente sus pechos para que no se le cortara la respiración. Su piel era tersa y elástica como la tela de las banderas navales que ondean al viento, señalando la dirección en que se mueven las aves y las nubes. Luego, guiado por la sangre que fluía por sus capilares, toqué sus piernas, sus rodillas frágiles de porcelana, y sus pantorrillas etéreas, llegué a las uñas de sus pies como fragmentos de porcelana, y luego ascendí lentamente a la superficie como si mis manos estuvieran llenas de arena del fondo del río. Y de pronto ella se volvió hacia mí sin abrir los ojos y me deslizó con cuidado la mano por debajo de la camiseta, tocándome como si tocara el aire. Rodeados de la oscuridad y del agua que caía del cielo, nos abrazamos tímidamente como adolescentes. Mientras ella seguía hablando consigo misma, yo trataba de no inmiscuirme, de no importunarla: «Déjala hablar», pensé mientras le tocaba de nuevo los pechos. Después ella me quitó la camiseta mientras seguía susurrando, apretándose contra mi cuerpo, como si leyera sobre mi piel ciertas señales que sólo ella era capaz de

descifrar. No recuerdo que nadie hubiese prestado antes tanta atención a mi propia piel. Ella la examinó con calma y esmero, como si buscara rastros de antiguos pinchazos o quemaduras, que se habían curado hacía mucho tiempo, pero que aún causaban dolor. Incluso llegué a pensar que se había confundido de persona, que me confundía con otro con quien realmente quería hablar. Y cuando se inclinó sobre mí, traté de atraerla. Se escabulló con facilidad y apareció en algún lugar detrás de mí, mientras se inclinaba y me decía:

—Escucha —me dijo, sin llamarme por mi nombre—. Mientras sólo nos toquemos, no cruzaremos la línea. Así está bien, ¿entiendes?

—¿Qué línea? —pregunté, sin entender a qué se refería.

—La línea roja —aclaró ella—. Que todo siga como hasta ahora. Pero si empezamos a besarnos, bueno, ya me entiendes, entonces eso lo echará todo a perder.

—¿Todo? —pregunté incrédulo.

—Sí, todo —corroboró Olga—. Así que es mejor que duermas.

Y después de levantarse de un salto del sofá, salió fuera.

Yo seguía acostado en la oscuridad sin poder conciliar el sueño, mientras miraba las grietas del techo y escuchaba el ruido de la lluvia al otro lado de la pared, sintiendo cómo los árboles cercaban el edificio, no acertaba a comprender adónde había ido Olga. Eché la cabeza hacia atrás, podía ver el cielo y la tierra al revés, y en esa posición observé la pared cubierta de dibujos. Sobre su fondo blanco, parecían oscuros y misteriosos. Los niños que los habían hecho, habrían utilizado principalmente acuarela: los trazos eran gruesos, pesados, como si los pintaran con sangre de vaca o arcilla de colores. Me fijé en los dibujos y me di cuenta de que el orden en que estaban colgados no era aleatorio: formaban series coherentes o representaban fragmentos de historias, como un retablo, solo que pintados con acuarela. En los dibujos de la parte superior aparecían unos hombres extraños, armados y con máscaras de animales. Destruían ciudades enteras, talaban grandes árboles y ahorcaban unas mascotas, colgándolas de los balcones. A los comerciantes, les cortaban las orejas y les sacaban los ojos. Procedían de zonas desérticas, montados sobre unos elefantes de combate, animales pesados que escupían fuego y estaban provistos de unas alas plegadas, como las de los murciélagos. En otras secuencias de imágenes, unas mujeres encendían hogueras a las que arrojaban juguetes y la ropa de los difuntos, y también se marcaban las unas a las otras unos símbolos extraños, que flameaban en la oscuridad, atrayendo a garzas y lechuzas. Las mujeres escogían a la más bella y después de introducirla en una jaula grande, la sumergían en el río, hasta que la jaula se posaba en el fondo, rodeada de tritones y demonios de agua a los que la mujer enjaulada les

cantaba canciones y enseñaba trucos con los naipes. También había dibujos hechos con barro azul, que representaban a una mujer que paría una niña bicéfala, y que nada más nacer se lanzaba a hablar. Lo hacía en dos lenguas a la vez, pero como nadie era capaz de entenderla, acabaron por enviar a la niña a una tierra lejana, para que pudiera encontrar allí a alguien que consiguiera entenderla. Y cuando la niña llegó allí, se desataron terribles plagas: las aves caían muertas del cielo, las serpientes salían agonizantes de sus madrigueras, los hombres perdían la razón cuando escuchaban a la niña hablar, y las mujeres, después de arrojarse al río, se dejaban arrastrar por la corriente, llevando sobre sus cabezas hatillos de ropa y libros eclesiásticos. El último dibujo de la serie representaba un funeral: una especie de cortejo fúnebre, niños y ancianos acarreaban dos féretros abiertos y vacíos, mientras discutían sobre cuál de los dos ataúdes tenían que enterrar. Los acompañaban garzas y bueyes. Por encima de sus cabezas, en lo alto del cielo, orbitaban los astros siguiendo trayectorias insólitas. Los niños, incapaces de decidir cuál de los dos féretros tenían que enterrar, arrojaban un buey enorme y cansado a la fosa y lo cubrían de tierra, espesa y viscosa como crema de cacahuete. El animal quedaba semienterrado, como un tanque alemán. Desde el interior de sus fauces, surgían signos ignotos, que los niños no eran capaces de descifrar porque eran analfabetos y no podían leerlos. Con sus palas, se quedaron allí junto a la fosa, escuchando a los animales que trataban de decirles algo importante y siniestro.

Los dibujos me inquietaron, así que me levanté y fui a buscar a Olga. En cuanto abrí la puerta me acribilló la lluvia. Traté de llamarla a gritos, pero enseguida desistí. ¿Dónde se había metido? Tras doblar la esquina, me dirigí al edificio contiguo. Al acercarme hasta el portón de la entrada, la vi: estaba en medio del patio de juegos, contorsionándose de forma extraña bajo la lluvia. Con los brazos en alto, como si quisiera atrapar las gotas con las manos, mostraba su rostro a la lluvia. La llamé pero no me oyó. Entonces comprendí que trataba de entrar en calor con el agua del chaparrón, puesto que en el exterior hacía menos frío que en la fría y metálica sala Lenin. Si Olga había salido, era sólo para poder entrar en calor. Era su manera de calentarse, exponiendo la piel helada a los chorros de agua tibia. Parecía no darse cuenta de mi presencia mientras pisaba los charcos, sacudiéndose los escalofríos de su cuerpo. Tenía los ojos cerrados, como si fuera una sonámbula. Había que llevársela de allí antes de que cruzara el portón y desapareciera en el bosque, de lo contrario, cómo iba a encontrarla a la mañana siguiente. Me acerqué sin hacer ruido y la tomé de la mano. Abrió los ojos y me miró. En la oscuridad, sus ojos tenían el color del barro azul con el que los pioneros habían

dibujado aquellos monstruos. Se quedó observándome durante un tiempo, antes de soltarme la mano y encaminarse hacia los edificios.

—¿Vas a intentar dormir un poco? —preguntó volviéndose hacia mí.

—Sí, claro —dije, tratando de aguantar su mirada plácida y arcillosa.

—Y deja de mirarme de esa manera, ¿quieres?

Dormimos muy mal, obviamente.

A la mañana siguiente, el sol ahuyentó las brumas que la lluvia había dejado a su paso, los charcos humeaban como cámaras frigoríficas abiertas; los pájaros bebían agua de las hojas de color verde oscuro. Olga estrujaba y sacudía su camiseta mojada mientras evitaba mi mirada. Yo tampoco estaba de buen humor, me abrumaban las dudas y me carcomía la culpa. «¿Tal vez hice algo mal? ¿Tal vez deberíamos haber hecho el amor? Pero ¿con qué fin?», me atormentaba. En pocas palabras, me sentía como un chaval que no estuvo a la altura cuando tuvo la oportunidad.

—Herman, espero que no te hayas tomado a mal lo de ayer —dijo Olga con frialdad.

—No, en absoluto —la tranquilicé—. Me gustaron aquellas revistas ilustradas.

—Me alegro —comentó distraída—. Me alegro.

Y se encaminó hacia la puerta.

—Te has dejado las gafas —le advertí.

—Puedes quedártelas —respondió sin volverse siquiera.

Fue lo que hice.

Pronto el bosque desapareció. A nuestro alrededor se extendía una amplia llanura bajo una bruma que formaba un vacío profundo y etéreo, que se elevaba de debajo de nuestros pies y se expandía hacia el este y el sur. En su expansión, iba absorbiendo las gotas de agua y los parches de verdor, la hierba verde colmada de luz, que abarca la tierra y los lagos, los cielos y los yacimientos de gas, cuyas vetas doradas, iluminadas desde el subsuelo, sobresalían aquella mañana como venas en la piel de la patria. Hacia el sur, más allá de las nubes rosadas del amanecer, al otro lado de aquel vacío matinal, se dibujaba nítidamente en el aire el pórtico etéreo y engañoso de la Voroshilovgrado celestial.

Cuando llegué a la gasolinera, reinaban la alarma y la confusión. El Traumas, con la cabeza gacha entre las manos, se sentaba en la butaca, absorto en sus pensamientos. Junto a él, tumbado sobre la catapulta, se encontraba Kocha, que lanzaba a su alrededor miradas

recelosas. A su lado, se había acomodado en el suelo un tipejo con camiseta de marine chamuscada. Se cubría los hombros con la manta que yo habría utilizado para dormir. Miraba espantado, escondiendo una y otra vez la cabeza debajo de la manta. No muy lejos de allí se encontraba Katia, aterrada, que sujetaba a *Pájmutova* por el collar, que también estaba asustada. La perra se frotaba contra sus piernas desnudas y su pantalón corto de tela tejana. A los cinco se los veía decaídos. Se notaba que me estaban esperando, aunque tan pronto como llegué, escondieron la mirada y guardaron silencio, tensos y expectantes ante lo que yo pudiera decir.

—¿Qué ha pasado aquí? —dije, con tono de preocupación.

—Una desgracia, colega —gimió Kocha.

El tipejo de la camiseta de marine empezó a agitarse en el suelo, irritado, como si hubiera recordado algo molesto.

—¡A tomar por saco con este negocio! —El Traumas perdió de repente los papeles, se levantó de la butaca y desapareció dentro del garaje.

—¡Me podéis decir de una vez qué es lo que pasa! —insistí.

—Han prendido fuego a nuestro camión cisterna, Her —dijo Kocha —. Y Petróvich también se ha quemado.

Petróvich sacó la cabeza de debajo de la manta y se apresuró a asentir.

—Cuando se detuvo, no muy lejos de aquí, le metieron dos bombas incendiarias dentro de la cabina. Por poco lo queman vivo —dijo Kocha, dándole cariñosamente una palmada en el hombro a Petróvich —. Menos mal que Katia lo pudo ver a tiempo y nos avisó, de lo contrario, hubieran hecho un kebab de nuestro Petróvich.

—Estaba paseando a *Pájmutova* —explicó Katia horrorizada—. Justo en la carretera.

—¿Avisasteis a la policía?

—Lo hicimos, claro —asintió Kocha—. Pero ¿qué esperas que haga la policía? Aunque todo el mundo sabe quién lo hizo, no hay manera de probarlo.

—Pero Petróvich sí los vio.

—Petróvich se cagaría de miedo si tuviese que testificar contra ellos —comentó Kocha con expresión bonachona—. ¿Verdad, Petróvich?

Petróvich, resignado, asintió con la cabeza y arrastrando los pies se fue detrás de la garita, envolviéndose en la manta como en un capote.

—Kocha, ¿qué quieres decir con eso de que han quemado el camión? —le pregunté sin salir de mi asombro.

—Pues, que lo han quemado. No es la primera vez. Menos mal que no pegaron fuego a la gasolinera.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé, Her —dijo Kocha con franqueza—. Quizá deberíamos cerrar.

—¿Y eso por qué?

—Porque si esto sigue así, nos acabarán quemando a todos, colega. Si no les importó quemar a Petróvich, imagínate lo que pueden hacer. Y eso que Petróvich lleva veinte años currando de camionero por la zona.

—No pienso cerrar —anuncié.

—Tú mismo —dijo Kocha y apretó los dientes.

—¿Estás conmigo?

—Ya veremos —respondió de mala gana—. Yo ya no estoy para estos trotes.

—¿Y qué hay de la gasolina ahora?

—Tenemos que comprar otra remesa.

—¿Y la pasta para pagarla?

—Pasta no hay, Her, ni veo cómo conseguirla.

Al parecer Kocha había pasado otra noche sin dormir porque, mientras hablábamos, se iba quedando dormido. Fui a ver a El Traumas, que estaba igual de confundido y compartía la opinión de que era mejor cerrar la gasolinera. Por lo menos, durante un tiempo. Si los maiceros habían llegado a prender fuego al camión cisterna, lo más seguro es que eso sólo era el comienzo, no solían dejar las cosas a medias. Como la policía, seguramente, no iba a mover un dedo, a todas luces, no movería un dedo ni tampoco la opinión pública que, por lo que parecía, estaba de nuestro lado. Todo este asunto tenía muy mala pinta.

—¿Y si no cerramos? —pregunté.

—Podríamos no hacerlo —respondió El Traumas—. ¿O es que crees que les tengo miedo? A mí me la suda. Pero si tú te vas mañana, ¿nosotros qué haremos? Quizá nos quemen vivos, a Kocha y a mí, una noche de estas, mientras dormimos.

—¿De dónde has sacado eso de que me voy a ir? —dije, ofendido.

—De tu vida —dijo El Traumas—, de tu vida profesional, quiero decir.

—¿Y qué sabes tú de mi vida profesional?

—Herman —repuso con paciencia El Traumas—, deja de tomarme el pelo, ¿quieres? Para ti es fácil hablar, porque siempre tendrás donde poder volver. Nosotros, en cambio, ¿qué vamos a hacer?

—Shura —dije yo, intentando tomarme bien las cosas y escogiendo cuidadosamente las palabras—. Te propongo lo siguiente: ni yo me voy a ir a ninguna parte ni vamos a cerrar la gasolinera.

—¿No te vas?

—No me voy.

—Bueno, no sé. Hoy dices que no te vas y mañana, a saber.

—Shura, si digo que no me voy, es que no me voy.

—No sé, no sé. —El Traumas seguía dudando.

—Y con la gasolina, ¿qué vamos a hacer?

—La gasolina hay que volver a comprarla, y no hay dinero. Por la gasolina que se quemó con el camión no nos darán ninguna compensación, ni lo sueñes.

—Hagamos lo siguiente —dije tras una reflexión—. Yo pondré dinero de mi propio bolsillo para comprar gasolina y, una vez amortizado, lo recuperaré.

—¿Tienes pasta?

—Tengo, pero poca —añadí.

—Como quieras —aceptó Shura.

Le pedí el móvil y marqué el número de Lólek.

—¡Lólek! —grité al auricular al oír en el otro extremo de la línea su respiración que denotaba cabreo—. ¿Cómo estáis por ahí?

—¡Her! —A mi amigo se le notaba un tanto el nerviosismo—. Ya te vale. Así no se hacen las cosas. ¿Cuándo piensas volver?

—Lólek —le interrumpí—, ¡escúchame! Tengo un problema.

—¿Te vas a casar?

—No, de momento. Pero necesito mi dinero.

—¿Para qué?

—Lólek, tengo problemas con el negocio.

—¿Tienes un negocio?

—Es de mi hermano, ya te lo conté.

—¿Y entonces?

—En pocas palabras, necesito mi pasta. ¿Me la podrás traer?

—Her, ¿te das cuenta de lo que me estás pidiendo? No puedo dejarlo todo para llevarte tu dinero.

—Me hace mucha falta —rogué—. Si no lo consigo, tendré más problemas. Anda, Lólek, échame una mano una última vez.

—Her, ¿para qué quieres tu dinero?

—Ya te lo he dicho.

—No sé… ven y hablamos del asunto como amigos que somos.

—Tú lo has dicho: somos amigos. ¿Cuándo podrás traerme el dinero?

—Para qué quieres ese dinero, no termino de entenderlo. —insistió Lólek.

—Me han quemado el camión cisterna lleno de gasolina, no tengo pasta para volver a comprar combustible. Anda, Lólek, mueve el culo y vente a echarme una mano, que soy tu amigo.

—Bueno, no sé. —Lólek dudaba—. Tengo que hablar con mis jefes. Hoy no podré ir, eso seguro. Tal vez dentro de un par de días.

—Ven, hermano, ven —grité al auricular—. Si no, me quemarán a mí también. ¿Sabes dónde lo tengo escondido? —pregunté.

—Sí —afirmó Lólek, descorazonado—. En Hegel.

—Exacto. En el segundo tomo.

—Lo sé, lo sé —dijo Lólek, y colgó.

—¿Con quién hablabas? —preguntó El Traumas, que había escuchado toda la conversación.

—Con un compañero del Partido —dije, devolviéndole el móvil.

—¿Elimino el número? —me preguntó.

—Puedes hacerlo si quieres, pero esos tipos pueden encontrar a cualquiera.

El Traumas cogió un martillo y se puso a doblar un trozo de metal. Salí fuera y miré el cielo. Era profundo y estaba nublado. Las nubes, pesadas, cargadas de lluvia como los camiones cisterna cargados de gasolina.

9

Ese día, todas las conversaciones, de un modo u otro, terminaban en el incendio que había destruido al camión. Mandamos a Katia y a su perra a casa, y le prohibimos que saliera del recinto de la torre de telecomunicaciones. Me sentía todo un empresario, y en mi fuero interno me alegraba de que las cosas hubieran ido de ese modo. A partir de ahora ya nadie podría decirme: «Hermano, aquí sobras, anda, sal del medio». Al fin y al cabo, el camión quemado me pertenecía. Además, había decidido invertir los pocos ahorros que tenía en ese negocio, y aquello afectaba a mi propio bolsillo. Kocha, después de recobrarse de su ataque matinal de apatía, se quedó apoltronado en la catapulta, fumando un porro tras otro, mientras escuchaba música en mi MP3 y contaba anécdotas sobre la implantación y posterior desarrollo de la pequeña empresa en la región. Cuando en la gasolinera aparecía algún cliente potencial, se lo quitaba de encima enseguida. Petróvich nos hizo compañía, fumaba un cigarrillo tras otro mientras se desinfectaba las quemaduras con alcohol. Parece que esa fue la causa de que acabara borracho, porque antes de la hora de comer estaba ya como una cuba. Sobre las tres de la tarde, El Traumas llamó a la ambulancia, que se llevó a Petróvich a casa, a descansar. Así eran las cosas en esa zona. Y me quedé sentado escuchando a Kocha que, al tener un oyente agradecido, se explayó acerca de una banda de delincuentes particularmente dura que había perpetrado diversos atracos en la carretera diez años atrás.

—Es verdad que los conocía a todos, eran buena gente —decía Kocha mientras le daba caladas al porro, por lo que su voz sonaba ronca y viscosa—. Eran muchachos sencillos, de clase trabajadora, ya te digo. Fumaban mucho, eso sí, y aquello costaba pasta, ya me entiendes. Una vez, se hicieron con una partida de kaláshnikov, con la intención de revenderlos, pero hubo una crisis económica nacional que conllevó una devaluación de la moneda del país, lo que imposibilitó cualquier negocio de reventa. Entonces ¿qué se supone que debían hacer con aquellas armas? ¿Tirarlas a la basura? Ni hablar. Lo que hicieron fue asaltar a mano armada los autobuses de pasajeros que venían de Járkiv. Dos de ellos compraban el billete y subían al autobús. El resto, a bordo de un coche robado, preparaban una

emboscaba en una salida de la carretera, muy cerca de aquí. Robaban vehículos viejos, para poder deshacerse de ellos después. Eran tipos legales, ya te digo. Eso sí, iban pasados de hierba, tú ya me entiendes, colega. Llevaban esos ridículos pasamontañas, con unas aberturas para los ojos. Entonces, detenían el autobús, se ponían los pasamontañas y procedían a desvalijar a los pasajeros, quitándoles todo lo que llevaban encima. Para despistar, «robaban» también a sus compinches que viajaban en el bus.

—¿Para qué necesitaban a aquellos compinches? —pregunté sin entenderlo.

—Para que luego estos pudieran hacer declaraciones falsas ante el juez —explicó Kocha—. Declaraban contradiciéndose a propósito, decían cualquier tontería, para así confundir a la policía, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Pero como era invierno —prosiguió Kocha—, nunca se quitaban aquellos pasamontañas absurdos. Los utilizaban en el trabajo, y eso bastó para incriminarlos. Hasta entonces, habían conseguido asaltar tres autobuses, la hostia. —Kocha miró, abstraído, hacia la carretera donde estarían merodeando los fantasmas de sus colegas, aquellos asaltantes originarios de Rostov, con unas bolsas de deporte atestadas de billetes y saludaban a Kocha con la cabeza como si fuera un viejo amigo.

Decidimos montar guardia durante la noche junto a los surtidores de gasolina en previsión de un ataque incendiario.

—Como te digo, colega —dijo Kocha—. No les costaría nada quemarlos. Yo, para que lo sepas, no pienso dormir, estúpido no soy, no quiero que me achicharren, eso tenlo por seguro, colega.

Ya había bajado en bicicleta hasta el valle y había regresado con unas cuantas botellas de oporto. Acomodado sobre la catapulta, puso la bebida al alcance de la mano y aseguró que no lo sorprenderían dormido para maniatarlo o achicharrarlo, puesto que él era un antiguo paracaidista y sabía cómo darles su merecido a aquellos novatos cabrones.

—No tengas miedo —me decía mientras me pasaba la botella de oporto—. Yo, si se da el caso, puedo manejar tanto una navaja como unos *nunchakus*.

Al atardecer, Kocha encendió una hoguera cerca de los surtidores. Intenté detenerlo, pero me gritó, excitado, que él ya sabía lo que tenía que hacer. Trajo dos bidones metálicos vacíos, los rellenó de periódicos viejos y les prendió fuego. Los periódicos no ardían, pero sí se consumían, echando una humareda apestosa. El Traumas vino corriendo, reprendió a Kocha y me pidió que les echara agua a los bidones. Antes de marcharse a casa, El Traumas trató de convencer a

Kocha de que se acostara, pero este se empecinó en quedarse donde estaba, y se comportó de forma petulante e incoherente; tan pronto increpaba a El Traumas, llamándole «viejo maricón», como intentaba besarlo. Finalmente, El Traumas lo dejó estar y se marchó a la ciudad, lanzándole miradas de rabia. Kocha lo maldecía mientras soplaba besos al aire y bebía a morro de la botella. Me senté a su lado, disponiéndome a pasar una noche larga de insomnio. A las diez en punto, sin embargo, Kocha se quedó dormido, y todos mis intentos por despertarlo fueron en vano. Lo llevé en brazos, como si fuera un niño, a la caseta. Me encerré con él y me dormí despreocupado. «Si nos prenden fuego —pensé mientras me dormía—, podrán identificar mi cuerpo por los auriculares. Y el de Kocha, por los tatuajes de paracaidistas», pensé cuando ya estaba a punto de dejarme vencer por el sueño.

El Traumas me despertó a la mañana siguiente. Inclinado sobre mí observaba mi penoso aspecto. Kocha no estaba. Según mi reloj eran las siete de la mañana.

—¿Dónde está Kocha? —pregunté sorprendido.

—Y yo qué sé —dijo El Traumas.

—¿Y tú por qué madrugas tanto? —pregunté poniéndome de pie, tambaleándome.

Yo llevaba las gafas de sol con la montura amarilla de Olga. Había dormido con las gafas puestas. Quizá fue por eso que no soñé con nada. Me las quité y las guardé en el bolsillo de la cazadora junto con el reproductor y los auriculares.

—No he conseguido pegar ojo en toda la noche —dijo Shura.

—¿Estabas preocupado?

—De preocupado, nada —dijo, cabreado—. Estuve con una amiga, en mi casa —puntualizó—. Antes del amanecer me dio por venir a la gasolinera. «No vayan a quemarla entera, esos dos idiotas», pensé. Le dije a mi amiga que se fuera, y la eché de mi casa. Todo por culpa vuestra, Herman —añadió y escupió en el suelo—. Y si me preguntaras por qué coño lo hice, no sabría qué responderte.

Entonces sonó su teléfono. El Traumas, sorprendido, lo cogió.

—Hola —dijo—. Ah, eres tú. ¿Dónde estás? ¿Cómo? —preguntó—. ¿Para qué? Bueno, vale. Es para ti —dijo, tendiéndome el teléfono.

Lo cogí igual de sorprendido.

—¿Hola? —pregunté.

—Soy yo, colega. —Era Kocha, que estaba afónico—. Tuve un mal presentimiento.

—¿Dónde estás?

—Mamá… —dijo Kocha.

—¿Qué pasa con mamá?

—Mamá ha muerto.

—¿Ha muerto tu madre? —pregunté.

—La mía, no, qué va —explicó Kocha—. La de Tamara. Me llamó ayer noche.

—¿Y por qué te avisaron a ti? —pregunté sin entender—. ¿Quién eres, el juez de instrucción?

—Colega —dijo Kocha, apenado—, ella era como una madre para mí. Y ahora está aquí, muerta. Y todos sus parientes, esos gitanos, ya están aquí —dijo, susurrando en un tono airado—. Llegaron todos anoche, ya te digo. Tamara está destrozada, ya sabes, esa gente del Cáucaso se lo toman a su manera. En definitiva, aquí hay un lío que no veas… —concluyó Kocha, dramático.

—Ahora mismo vamos para allá —dije—. ¿Necesitas que te llevemos algo?

—El traje —pidió Kocha—. Es que estoy aquí como si estuviera en un quirófano, sólo con la bata.

—Kocha está muy afectado —le comenté a El Traumas mientras íbamos a la ciudad, al antiguo apartamento de Kocha. Yo cargaba con su traje azul oscuro—. Y para Tamara es un golpe duro.

—¿Y por qué? —preguntó El Traumas.

—¿Cómo que por qué? —pregunté, algo desconcertado—. Era su madre.

—¿Madre de quién?

—De Tamara —aclaré—, de la exesposa de Kocha.

—¡Joder, Herman! —exclamó El Traumas, perdiendo los estribos —. La exesposa de Kocha se llama Tamila.

—¿Y Tamara? —pregunté, perplejo.

—Tamara es la prima hermana de Tamila.

—¿Es georgiana?

—Es gitana, de Rostov.

—¿Gitana? Kocha me dijo que su familia era del Cáucaso.

—Es que para Kocha el Cáucaso comienza cerca de Rostov —ironizó El Traumas—. Ese listillo estuvo liado con las dos: con Tamila y con Tamara. E incluso creo que a veces incluso las confundía. Por eso las familias de ambas no lo tragaban. Y ahora viene llorando: mamá, mamá…

No supe qué responderle. Y El Traumas no tenía nada más que añadir. Así fue como llegamos.

Junto al portal del edificio, los familiares de la fallecida parecían más bien serbios que georgianos. Los hombres lucían trajes negros y camisas de colores chillones: azul, amarillo, rosa. Las mujeres, también de negro, sostenían en las manos unos rosarios cuyas cuentas

repasaban una por una con la misma concentración que si teclearan mensajes en el móvil. Los niños, con trajecitos negros y el pelo mojado y repeinado, correteaban alrededor. Allí estaba Ernst, con el uniforme de gala de la policía austríaca y botas militares rusas lustradas para la ocasión. Entre los presentes también estaba Nikolái Nikoláich, con una cartera de piel negra, que colgaba de una cadena de su muñeca. Entre las mujeres, destacaban por su volumen las dos tórridas damas hispanas, con sendas coronas de flores en las manos, una de la central sindical y otra de la asociación de afectados por el accidente nuclear de Chernóbil. Ernst me saludó con aire solemne. Nikoláich se apresuró en hacer lo propio, agitando su cabeza de pájaro. Las hispanas fingieron, deliberadamente, no haberme visto. Shura, ceñudo, entró en el portal, abriéndose paso entre los parientes serbio-georgianos. En el rellano de la escalera, entre la tercera y la cuarta planta, unas chicas fumaban marihuana sin ningún disimulo. Llegamos a la cuarta planta. La puerta del apartamento estaba abierta. Entramos.

Dentro, podía escucharse un rumor ahogado de voces que rezumaba cierto nerviosismo, como si se estuviera celebrando una boda apañada. Unas mujeres de pelo negro iban y venían por los pasillos, trajinando con platos y botellas. Los hombres llevaban y traían sillas, palas y hachas. Los niños estaban en medio, estorbando, correteaban con caramelos de menta y cabezas de gallo cercenadas en sus manos. Pasamos a la cocina. Allí, sobre un taburete desvencijado, estaba sentado Kocha, con una camiseta blanca larga y un pantalón negro del ejército. A su alrededor, unas mujeres trataban de complacerle. Era obvio que aquella gente lo apreciaba y respetaba. Lo rodeaban y cariñosamente le llamaban *gadjo*.[17] Kocha, a su vez, discutía sin entusiasmo con todo el mundo, les levantaba la voz a las mujeres, daba órdenes y contaba chistes. Parecía que fuese él el jefe. Al vernos, nos saludó de forma afectuosa si bien un tanto comedida, y nos llevó al cuarto de baño, donde nos susurró.

—Joder —dijo—, qué desgracia, maldita sea. ¡Ay, madre, madre, ¿acaso no le dije yo en su momento que se estaba haciendo mayor? Pero no quiso escucharme, qué va. ¿Acaso podía esperar de ella otra cosa? —se dijo a sí mismo—. No había manera de que volviera de ese bar suyo a casa antes de medianoche.

—¿Trabajaba en un bar? —pregunté.

—¿Trabajar? —Kocha se mostró sorprendido—. Trabajar no forma parte de nuestras costumbres, colega. La gente se dedica a cuidar de los padres, no van a trabajar, para nada.

Una vez que se puso el traje que le había traído, Kocha empezó a parecerse a un granjero que tenía que ir a la corte.

—Vayamos a ver a mamá —dijo, atusándose el pelo sobre las entradas de su cabeza medio calva—. Hay que hacerle compañía a la

viejecita.

La madre de Tamara yacía en la sala de estar, sobre unos taburetes que hacían las veces de lecho mortuorio. Lucía ropa de gala: chaquetilla gris y falda negra. Calzaba unos zapatos de charol rojos con tacón alto. Su rostro había sido maquillado con esmero; la expresión de la cara era de una completa satisfacción. Lo único que deslucía la solemnidad de la escena era su mandíbula inferior que, de vez en cuando, se caía hacia abajo. Cuando eso pasaba, alguno de los familiares allí presentes se la recomponía con cuidado, como si se dispusiera a accionar una máquina de picar billetes. Al lado de la difunta, había dos mujeres de una belleza algo ajada, vestidas de negro con medias y zapatos del mismo color. Una lucía en los dedos de las manos numerosas sortijas; la otra varios collares y crucifijos de oro en el cuello. Aquellas dos hermosuras un tanto mustias tenían un gesto hierático, se sentaban con las piernas cruzadas y miraban a su alrededor con expresión fría y atenta.

—¿Quiénes son esas dos? —pregunté a El Traumas en voz baja.

—La de la izquierda es Tamara y la otra Tamila —explicó Shura.

—No soy capaz de distinguirlas.

—Y no eres el único. —En eso, El Traumas estaba de acuerdo conmigo.

Tamara, cada cierto tiempo, se sacaba de la manga unos pañuelos, como si fueran naipes marcados, y se enjugaba con ellos afanosamente sus ojos secos, procurando que no se le corriera el rímel. Tamila consultaba de vez en cuando sus relojes de oro: llevaba dos, uno en cada muñeca. Kocha iba deambulando por las habitaciones. En cuanto se acercaba hasta donde estaban Tamara y Tamila, estas salían de su letargo y, apenadas, reclinaban las cabezas en el hombro de Kocha. Sus penas, sin embargo, no impedían que le dieran de forma simultánea unas palmadas enérgicas en la cadera y en la espalda. Mientras tanto, el resto de las mujeres se había dedicado a traer, desde las otras habitaciones, distintos efectos personales de la difunta y los colocaban con sumo cuidado alrededor del lecho mortuorio que habían improvisado. En su cabecera, había una cafetera y un equipo de música de fabricación japonesa. A los pies del lecho, habían expuesto varios pares de zapatos. El cuerpo mismo de la difunta estaba rodeado de lámparas, de prendas de ropa y de distintas imágenes bordadas en las que aparecían representados Tarás Shevchenko[18] y Jesucristo. En las manos, le habían colocado una polvera y un secador de pelo. Kocha, solícito, le llenó los bolsillos de la chaquetilla de medallas y monedas. Tamara y Tamila le lanzaban a Kocha miradas apenadas, sin dejar de repetir: «*Gadjo, oh, gadjo*». Nos quedamos allí de pie durante un rato, antes de que Kocha nos condujera a la escalera. En aquel momento llegó Ernst, que traía un

bidón metálico. Alguien sacó una taza. A Kocha le sirvieron primero. Con gesto decisivo, cogió la taza, miró a los que estaban allí presentes, que de pronto se habían quedado en silencio, y dijo:

—Llevan desde el 91 sin hacer reformas en este piso. Y aun así se conserva bastante bien. —Y de un trago, se bebió el vino.

Todos asintieron con la cabeza, aprobando lo que Kocha acababa de decir y expresándole su pésame. Algo más tarde, a modo de coche fúnebre, llegó una ambulancia. Un hombre joven, vestido con un traje negro y una carpeta bajo el brazo, bajó del vehículo.

—Ha llegado el cura —anunciaron.

Todos se apresuraron para ir a recibirlo. Una vez el sacerdote subió la escalera, le pidieron que les diera su bendición. El religioso bendijo pacientemente a todos cuantos lo desearon. Luego le ofrecieron una taza llena de vino, la persignó cuidadosamente y la vació de un solo trago, echando la cabeza hacia atrás con gesto infantil.

—¿Dónde está mamá? —preguntó a Kocha.

Kocha lo cogió del brazo y lo acompañó hasta el piso. Por el camino, el cura distribuyó unas fotocopias.

—¿Qué son esos papeles? —le pregunté a Ernst, que estaba sirviendo lo que quedaba del vino.

—La letra del himno. Descarga letras de internet y las imprime.

—¿Qué clase de himno? ¿Esta gente es católica?

—No, son Shtundistas[19] —dijo escueto Ernst, y después de coger una fotocopia, subió las escaleras detrás del cura.

Las personas que había en el piso no cabían todas en la sala de estar donde se estaba velando a la difunta. Parientes lejanos, compañeros de trabajo y representantes oficiales tuvieron que apiñarse en el pasillo, en el cuarto de baño y en la escalera, ocupando las dos plantas inferiores al piso. Cuando terminó de distribuir la letra del himno, el sacerdote explicó brevemente cómo debían proceder y, sin perder el tiempo en lloriqueos innecesarios, arrancó a cantar con una voz aguda. Los primeros en acompañarlo fueron los familiares de la difunta, seguidos por los representantes oficiales y luego por los vecinos y compañeros que habían acudido allí por casualidad. En la calle, apareció una orquesta de bodas y funerales equipada con trompeta, tambor y un violín. Afinó en el tono de los que cantaban y se puso a acompañarlos, tocando antes para quienes vivían en las primeras plantas del edificio que para la propia difunta. El sacerdote era el que entonaba con especial acierto, a diferencia de Kocha, que, de vez en cuando, soltaba algún que otro gallo.

«Cuando el Señor te coja de la mano —decía la letra—, y te lleve por el camino de las baldosas amarillas, cuando nos abandones y nos dejes solos en ese asombroso país donde el clima y los servicios públicos sólo nos causan problemas, cuando se vuelvan amarillentas

las fotos en las que tú, joven y bella, posas durante unas vacaciones en algún lugar de Gurzuf,[20] entonces te despediremos, con toda nuestra amada familia presente, incluyendo yernos, nueras y demás parientes.

»Vestiremos nuestras mejores galas dominicales, reunidos solemnemente como en el día de las elecciones, ¡y glorificaremos a Jesucristo, nuestro Señor, por los siglos de los siglos, para que te coja de la mano firmemente y no te desvíes a ningún lugar equivocado camino de la morada de nuestro Padre celestial!

»¡Gloria a nuestra Patria libre![21] —entonaron el estribillo—. ¡Gloria a nuestra Jerusalén celestial, baluarte de la amistad entre los pueblos!

»¡La palabra de Jesucristo, fuerza invisible, *sare manusha de tabora yavena, romano zakona pripjenela sare len te priles*!

»Y cuando te presentes ante nuestro Señor, con tu traje nuevo y tus contactos y prestigio dentro de la comunidad, cuando beses Sus manos dulces adornadas con sortijas de oro y tatuajes, el Salvador te dirá: ahora estás en tu casa, Masha, aquí no hay extraños, relájate, *nalache manusha pjendle, so roma duzhavale; lache manusha pjendle so ame* los ruiseñores.»

El coro entonó:

«Viva la Romanistán, tierra hermosa y libre, a salvo de la influencia perniciosa de las corporaciones trasnacionales, *sare manushede kokale parne, rat loli*.

»Libre entre libres, igual entre iguales, reconocida por la comunidad internacional y por la comisión especial de la OSCE, comité sobre el patrimonio espiritual y cultural de los pueblos minoritarios de Europa, el Señor te sostiene en sus brazos, así que escucha el latir cálido de Su corazón.»

Cuando terminaron de cantar el himno, procedieron a entonar otros cantos religiosos que ya conocían. Fue al son de esos cánticos y de los solos desacompasados pero enérgicos del violín cuando cargaron el cadáver de mamá en brazos y lo sacaron del piso con los pies por delante.[22] Los más allegados fueron los encargados de llevar los efectos personales de la difunta, los demás, según me explicó Ernst, tenían prohibido tocarlos. Introdujeron el cuerpo de mamá en la ambulancia, que estaba estacionada delante del portal. Tamara, Tamila y Kocha, en compañía de los tres músicos de la orquesta, subieron al vehículo. El resto de familiares, amigos y conocidos se desplazaron en sus propios coches al cementerio. Para transportar a los más necesitados, se les puso a su disposición un tractor con remolque, en el que llegaron a caber dos decenas de gitanos georgianos. El cortejo fúnebre se puso en marcha. Al salir del edificio junto con el resto, me di cuenta de que Kocha estaba como una cuba y que aquello iba a tener consecuencias. Una vez en el cementerio, cuando bajó de la ambulancia, estaba aún más colocado. Con gritos,

no dejaba de exigirles a los músicos que tocaran una polka y luego se empecinó en convencer al de la ambulancia para que transportara el cadáver de mamá hasta el pie mismo de la tumba, con la promesa de que le pagaría un extra. El viejo cementerio se hallaba en un pinar. Los árboles rodeaban las hileras de tumbas, por lo que había muy poco espacio libre, así que tuvimos que abrirnos paso a través de los pinos como partisanos entre las lápidas hasta el foso recién excavado. El hoyo era muy amplio. Los sepultureros habían reforzado las paredes con ladrillos y revestido cuidadosamente el fondo con tablas de madera. Después de bajar allí el cuerpo de mamá, procedieron a trasladar sus efectos personales a la tumba. Sobre una de las paredes del foso consiguieron fijar, de forma incomprensible, los retratos de Tarás Shevchenko y de Jesucristo. Mientras intentaba abrirse paso a empellones a través de los familiares de la difunta allí reunidos, Kocha no dejó de darles indicaciones, de regañarlos, de arrebatarles piezas de la vajilla de las manos, con la intención de poder colocarlas él mismo en la tumba, hasta que acabó por trastabillar y caer al foso con la cafetera en las manos. Lo ayudaron a ponerse de pie y trataron de sacarlo de la tumba, pero él se resistió, deseoso de estar más cerca de mamá.

—Lo importante es que no lo olviden allí dentro —comentó preocupado El Traumas mientras contemplaba el espectáculo.

Cuando el hoyo estaba tan lleno de objetos y de flores que ni siquiera se podía ver el cadáver en el fondo, el sacerdote se acercó hasta la tumba y pronunció el siguiente discurso:

—¿Para qué querer ir allí donde nadie te espera? ¿Para qué huir de los que te aman? Si ni siquiera sois capaces de protegeros ni de proteger a vuestros allegados, ¿con qué derecho murmuráis contra el destino? ¿Acaso os habéis esforzado por emprender algo, antes de levantar las manos y rendiros? ¿Cómo podríais mirar a los ojos de los que os precedieron y ahora tienen sus esperanzas depositadas en vosotros? ¿Qué responderéis ante quienes os siguen los pasos? Vuestra vida acontece todos los días. No es sino el amor el que justifica todos los errores y todos los empeños. No es en la fuerza sino en la justicia en la que se ha de basar la economía. Y si no sentís todo lo que es vivo, ¿qué sentido tiene que vengáis a despediros de los muertos? Masha vivió una vida larga y heroica, marcada por la lucha diaria en aras de la felicidad de su pueblo, de su familia, de sus amistades y de sus compañeros de trabajo. Su persistente lucha por promover el bien y la igualdad, acrecienta la estima que le tenemos, al mismo tiempo que ennoblece su camino espiritual y sus denodados esfuerzos por construir un mañana mejor. Los ideales de la hermandad, de la honestidad y de la *romanipé*, que ella, haciendo valer su propia experiencia de vida, no dejó de predicar, deben servir de modelo a las

nuevas generaciones, que toman el relevo a las anteriores en la eterna lucha por un futuro mejor. En ese sentido, Masha es una combatiente y trabajadora que nos debe servir de aliciente para seguir trabajando de forma infatigablemente heroica, para perfeccionar nuestras propias habilidades profesionales y lograr una completa sintonía con las vibraciones positivas, si bien imperceptibles, que nos envía nuestro Señor a modo de recompensa por todos nuestros años de privaciones y de discriminación social.

—¡Amén! —resonó de forma unánime en medio del pinar.

Aunque yo no conocía a la difunta personalmente, tuve la impresión de que el sacerdote, en su discurso, había trazado una imagen un tanto idealizada de ella. Muchos de los que allí lo escuchaban parecían invisibles, de pie, detrás de los pinos; se podría pensar que su audiencia estaba compuesta de árboles.

—Y por último —dijo el cura tras una reflexión—. ¿Qué lección podríamos extraer todos nosotros de su muerte? Esta nos enseña que debemos recordar todo lo que hemos vivido y lo que han vivido nuestros seres cercanos. Eso es lo importante. Porque si nos acordamos de todas esas cosas, no nos será tan fácil marchar. Eso es todo. —Calló y todos volvieron a cantar.

Y antes de que los asistentes terminaran de entonar otro himno, que hablaba de los caminos que recorremos de la mano del Señor y de los males sociales que padecemos y por los que seremos recompensados con creces, los nubarrones negros del día anterior aparecieron de pronto en lo alto del cielo y, repentinamente, cayó un chaparrón. Todo el mundo salió en desbandada; protegidos del agua bajo los altos pinos desnudos, fueron sorteando o saltando por encima las viejas lápidas hundidas en el suelo arenoso, hasta alcanzar los coches que estaban estacionados en la explanada asfaltada delante del cementerio. La tromba de agua, mientras tanto, había inundado el foso con el cadáver de Masha en el fondo; parecía que toda el agua confluyera allí dentro, amenazando con anegar por completo la sepultura y convertir todo el cementerio en un lago. En esas, Kocha salió del hoyo todo lo rápido que pudo y echó a correr detrás del resto. Yo también empecé a correr para llegar hasta el coche que El Traumas tenía estacionado en la explanada; pero tomé otro camino y me desvié en una dirección equivocada, por seguir a quien no debía. No tardé en perderme entre los pinos, mientras corría tragando agua y hundiendo los pies en la arena mojada. En un determinado momento, me detuve junto a unas tumbas para recobrar el aliento. Observé las inscripciones que había en las lápidas. Al principio, no di crédito a lo que estaba viendo. Luego las examiné de cerca, los nombres de los hermanos Balaláeshnikov estaban grabados a cincel. Y los retratos de los tres. Encharcados por la lluvia, me observaban como unos

tiburones desde el fondo del mar. Eran ellos, de eso no cabía duda. «Balaláeshnikov Baruj Salmánovich —leí sobre la losa— 1968-1999.» La imagen de Baruj aparecía rodeada de distintos signos sagrados, tales como estrellas de David, medias lunas doradas, pentagramas, coronas, alas de pájaro, tallos de rosa y revólveres antiguos. La lápida de al lado rezaba: «Balaláeshnikov Shamil Salmánovich, 1972-1999». Su retrato estaba adornado con caracteres árabes; en la parte inferior, el cuadro se completaba con representaciones del nacimiento, escenas de caza y de la misa. La siguiente tumba, como era de prever, pertenecía a «Balaláeshnikov Ravzán Salmánovich, 1974-1999». Sobre la losa, debajo del retrato del difunto, había el retrato de una mujer de gesto apesadumbrado, pelo suelto y vestido corto. La mujer aparecía sentada en la orilla de un río, bajo un pequeño abedul, mientras suspiraba desconsolada, se supone que por Ravzán. Consternado y abatido, eché a correr para escapar de aquel lugar macabro, tratando de encontrar el camino de vuelta y de hacer memoria. No obstante, a medida que corría, mi desespero iba en aumento: tropecé sucesivamente con la tumba de Sasha *Anaconda* en la que aparecían representados unos jinetes impetuosos; con la sepultura de Andriuja *Michael Jackson* adornada con una columna de mármol y letras doradas; con las pesadas lápidas de granito con los nombres y apellidos de Simón *Polla Negra* y de Dímych *El Revisor*, de Kolia *Pierna y Media* y de Iván Petróvich *El Pienso Compuesto*. Vi también las estatuas esculpidas en yeso, no muy voluminosas pero elegantes, de Karp *La Sierra*, representado con una sierra radial, igualmente de yeso, en la mano, y de Vasia *El Revoltoso*, con dos cipreses plantados a ambos lados de la tumba; también, las sepulturas de Guesha *Acordeón* y de Siriozha *El Violador*. Luego, tras abrirme paso a través de la maleza, el panteón adornado con cruces de Gogui *El Ortodoxo*. Finalmente, conseguí alcanzar la parte asfaltada, cruzando justo por delante del coche de El Traumas, que en modo alguno se mostró sorprendido de verme allí sino todo lo contrario. Detuvo el vehículo y esperó pacientemente a que yo subiera. Antes de que le confesara mi descubrimiento, se anticipó con severidad:

—¿Dónde andabas metido? Ha llamado Olga, preguntando por ti. Está preocupada. Me ha preguntado sobre unas gafas.

—¿Gafas?

—Sí, unas gafas. Me ha pedido que te diga que vayas con cuidado. Pero ¿no te das cuenta de lo que está pasando?

Sin duda, me daba perfecta cuenta de que algo no iba bien, me acordé, entre otras cosas, del camión quemado. Intuí que el camión no era más que el principio de algo. Estaba inquieto y extrañamente excitado, lo que provocó que mi corazón acusara por fin aquellas dulces y extrañas vibraciones que, según las afirmaciones del

sacerdote, henchían el cielo. De repente pude sentirlos a todos ellos: a los músicos de la orquesta, cuyos viejos instrumentos sonaban estridentes y desafinados; a aquellos hombres vestidos con traje negro que, con la ayuda de una grúa, estaban sellando la tumba de la difunta con bloques de cemento para evitar que nadie pudiera saquear la última morada de la comadre Masha, destacada líder comunitaria, y se llevara la cafetera de la marca Siemens de su propiedad. Pude sentir también a las dos damas hispanas, que lloraban desconsoladas mientras se estrechaban con fuerza las manos. Y sentí de igual modo a ambas primas, Tamara y Tamila, que se habían quedado caladas hasta los huesos, con la ropa adherida delicadamente a sus hombros. Podía sentir a Kocha con sus gritos roncos y silbantes de borracho que trataba de convencer al de la ambulancia para que lo acercara hasta el mismo portal de la casa. Sentí a los niños con sus caramelos de menta; advertí lo ligeros y despreocupados que se sentían mientras corrían al son de los himnos bajo aquella lluvia que los mantenía a salvo de cualquier muerte y de todo mal. Aquel sentimiento mío, tan dichoso como terrible, me impulsaba hacia delante, al encuentro de las personas que se apiñaban ahora en el piso de Kocha. Los que no cabían, se congregaban en la escalera. Nadie quería marcharse; además, los familiares de Masha no dejaban que se marchase nadie.

—Lo importante —me advirtió El Traumas— es que no te tomes demasiado a pecho nada de lo que allí veas. Porque vete a saber lo que verás.

Mientras subíamos la escalera, recibí una llamada de Olga. Se interesó por mis cosas y me aconsejó que me cuidara. Por alguna razón, no quiso venir con nosotros. La comida había desbordado el piso, y se extendía hasta la escalera: allí corrían botellas de vino y platos de verduras. Todo el mundo hablaba a gritos, se interrumpía mutuamente y rememoraba a voz en cuello los hechos de la vida laboral de la difunta. En el tramo de la escalera entre la tercera y la cuarta planta, concurría la orquesta. Tan pronto como llegamos allí, el trompetista me hizo una seña con la cabeza y se puso a tocar algo de Parker, que juzgué un presentimiento funesto. A duras penas, seguimos abriéndonos paso a través de la multitud, hasta que justo delante de la puerta del piso de Kocha, una mano ligera y hábil cazó a Shura. Era una mujer de mediana edad, con un trasero exuberante, que arrastró a mi compañero escaleras arriba, pero antes, Shura tuvo tiempo aún de volverse hacia mí y tratar de advertirme de algo a grito pelado. No lo pude oír, puesto que ya había entrado en el piso, que estaba a reventar. En la sala de estar, sentados a la mesa, se congregaban los familiares más allegados y los invitados de honor. Reparé en la calva de Kocha, que estaba sentado más cerca de la puerta, junto a Tamara y Tamila. Me dirigí hacia allí, pisando a los

niños y apartando a empellones a las abuelas cegatas. Kocha, al verme, soltó un grito de alegría:

—¡Her! ¡Colega! ¡Menos mal! —dijo, haciendo sonar todos los silbidos internos de su voz—. Esta es —comenzó las presentaciones— Tamárochka, la hijita de la difunta, aquí la tienes. Y esta otra es Tamílochka, mi primita. Ay, Her, si supieras lo complicadas que son las cosas en una familia numerosa.

Tamara y Tamila me miraban desafiantes, sin disimular su interés por mi persona. Kocha, mientras tanto, daba vueltas alrededor de la mesa, antes de cederme el sitio y desaparecer entre la multitud. Enseguida, Tamara y Tamila se dispusieron a atenderme. Me servían vino a dos manos mientras vigilaban atentamente que yo bebiera en vez de hablar. Como tampoco tenía muy claro qué decirles, me limité a beber y a brindar en silencio por el eterno reposo del alma de la difunta. Era incapaz de distinguir a Tamara de Tamila, pero pensé que quizá había visto a Tamila en el centro, junto a una tienda, la semana pasada y que lucía entonces un vestido rojo corto. ¿Habría sido ella?

Poco a poco, la fiesta comenzó a desdibujarse. Al mismo tiempo que uno se iba, otro llegaba para brindar por el amor y la fidelidad. El sacerdote dijo algo sobre la intolerancia interracial, algo que acabó provocando una larga discusión con Ernst. El cuerpo inconsciente de Kocha fue trasladado de la cocina a la habitación de al lado. Tamila y Tamara, al percatarse de ello, entraron definitivamente en shock. Sus ojos se anegaron en una melancolía amarga y oscura. Quedé prendado de aquella melancolía mientras me acordaba de cosas que, en su momento, me había empeñado en olvidar. No dejaba de llegar gente, era difícil saber de dónde venían ni cómo podían caber entre aquellas paredes. Cerca de la medianoche, aturdido por el vocerío y los cánticos, me disculpé y fui a buscar un lugar donde poder orinar. El retrete estaba ocupado por unas señoras entradas en años, que estaban fumando en unas pesadas pipas de arcilla. Una de ellas, incluso, me ofreció su pipa. La cogí y le di una calada. La pipa estaba caliente como el corazón de un corredor de fondo. Después se la devolví y proseguí mi periplo.

—¿Dónde puedo orinar por aquí? —pregunté en el pasillo a un tipo con chubasquero de goma que estaba bebiendo a morro brandy moldavo.

—Ven conmigo —dijo sin más. Me rodeó los hombros con el brazo y me arrastró hacia la escalera.

Llegamos al piso de al lado. El tipo abrió la puerta con facilidad y me empujó hacia dentro.

—La puerta del lavabo está a la izquierda —gritó a mis espaldas—. Sólo que la luz no funciona.

Mientras recorría el pasillo a tientas, tropecé con algo cálido, me

agaché para mirar más de cerca y distinguí a los músicos bajo la luz de la luna, que dormían en el suelo. Junto a ellos estaba el tambor que les había servido de mesa, sobre el que se amontonaban botellas y rebanadas de pan. Palpé la puerta del lavabo y entré. En la parte de arriba había un ventanuco que parecía dar a la cocina, la luz de la luna, amarilla y resplandeciente, penetraba a través de él. Mis ojos tardaron un tiempo en adaptarse a la penumbra, poco a poco fui distinguiendo los objetos. Era un cuarto de baño completo. Después de orinar, me acerqué a la bañera, que estaba llena de agua fría, hice un cuenco con las manos, tome agua y hundí el rostro en ella. Me sentí mejor. En el fondo de la bañera, se amontonaban botellas de cristal oscuro y transparente llenas de alcohol, centelleaban a la luz de la luna como carpas moviendo sus aletas etílicas. Ya era hora de que saliera de allí para irme a casa. De pronto la puerta se entreabrió y una sombra, apenas visible, se deslizó en su interior. Se trataba de una mujer, pero era imposible distinguir quién era. Se acercó hasta mí con cautela antes de tocarme la cara y hundir la mano en mi pelo. Se acercó aún más y chupó mi boca con sus labios pintados y cálidos. El sabor de su lápiz labial no hacía más que intensificar los fluidos del vino que impregnaba su aliento. Me besaba con avidez, aunque con cálculo, iba con cautela, pero sin demorarse. Me metió las manos debajo de la ropa, rasgándome la piel con sus uñas. Una vez que me hubo desnudado con habilidad, me empujó para que me sentara en el borde de la bañera, me dio la espalda y se puso encima de mí, tras levantarse las faldas con soltura. Fue placentero y también doloroso. Me costó penetrarla, aunque se estremecía a cada embate mío, no dejó de moverse, lanzando jadeos cada vez más profundos, como si sus pulmones estuvieran en algún lugar subterráneo, allí donde no alcanza la luz del sol y el oxígeno escasea. Le tocaba la cara, sintiendo cómo eran de cálidos sus labios al tacto, le presionaba la garganta hasta que dejaba de respirar por completo, lo que no impedía que siguiera moviéndose. Y cuando le toqué los dedos, mientras tiraba de ellos hacia mí, me rasgué contra algo. Adiviné que se trataba de alguna sortija, llevaba muchas en ambas manos, casi en todos los dedos; resplandecían con una luz amarilla, lacerándome la piel cuando apretaba sus manos en las mías. De pronto, se quedó quieta, se bajó el vestido y se escurrió hábilmente sin hacer ruido por la puerta hacia el pasillo. Yo no sabía si seguirla o quedarme donde estaba. Antes de que tomara ninguna decisión al respecto, la puerta se abrió de nuevo y la sombra movediza volvió a deslizarse en su interior. En esa ocasión, tomé yo la iniciativa, la sujeté y la incliné sobre el borde de la bañera. Soltó un grito ahogado, era la primera vez que pude oír su voz. Sonaba ronca y desconfiada. Me apresuré a levantarle el vestido, palpando su ropa interior, que no llevaba. La penetré con facilidad,

notando su cuerpo ardiente. Inclinada sobre la bañera, se quedó observando en la penumbra las botellas negras y verdes que rodaban por la brusquedad de nuestros movimientos. Por su postura parecía que estuviera allí lavándose el pelo, o intentando pescar un pez con las manos. Y yo trataba de atraparla. En todo momento, no dejó de lanzar voces, con un tono agudo de sorpresa, a medida que se agachaba cada vez más sobre el agua, sumergiendo en ella su larga cabellera, que olía a pino y tabaco. Y cuando las cosas estaban por llegar a su fin, extendí la mano, en un intento de rescatar su cabellera del agua para que no acabara ahogada, recogió el pelo con la mano y lo tiró hacia atrás. Nuestros dedos entrechocaron. En ese momento me di cuenta de que no llevaba sortijas. Le cogí la otra mano para cerciorarme, pero tampoco en esa las llevaba. En cambio, llevaba dos relojes. Notó mi tensión y trató de escabullirse, pero la sujeté del cuello, obligándola a agacharse de nuevo sobre el agua de la bañera mientras yo acababa con la faena, tocando con la mano sobre su cogote numerosas cadenas y collares, que se habían quedado entrelazados sin remedio.

Después de recobrar el aliento y serenarse, me rozó la mejilla con los labios y desapareció, saliendo por la puerta, en el fondo del pasillo. Me quedé en el cuarto de baño un rato más y luego salí. Al acercarme hasta la puerta del piso, me asomé a la escalera, igual que antes estaba repleta de gente. Nadie se fijó en mí. De pronto, de la otra puerta, salió Kocha por sorpresa, dándome un buen susto. Me agarró de la mano con fuerza y me arrastró escalera abajo. Me dejé llevar mientras pensaba en cómo se lo iba a contar. Una vez en la calle, Kocha se detuvo.

—Kocha —dije, tratando de buscar las palabras adecuadas—. Te quería decir…

—Descuida, colega —siseó enérgico mi amigo—. No te preocupes. Vete a casa, tranquilo, si te quedas, morirás bebiendo. Anda, vete, nos veremos mañana.

—Te quería decir…

—Déjalo estar, colega —respondió Kocha—. ¿Qué me vas a decir que yo no sepa? Vete a casa ya. Como no te vayas ahora mismo, esos mamones borrachos no te dejarán marchar.

—Está bien, está bien. —Le hice caso—. Te lo agradezco. Es una pena lo que le ha pasado a Masha.

—Mamá está fenomenal —dijo con llaneza y gravedad—. Mamá ya está pisando el camino de las baldosas amarillas. A ver quién la coge ahora —añadió antes de desaparecer dentro del portal.

Di media vuelta y me encaminé a casa. Bajo mis pasos, el suelo de arenisca estaba húmedo. Los bloques de pisos se erguían oscuros, como impregnados de tinte negro. Caminé tratando de recordar

aquella noche después del partido. Cada vez estaban más claras las cosas que me venían a la mente. Me acordé de las voces femeninas que, un tanto histéricas y suplicantes, trataron de disuadirme de que fuera a alguna parte, insistiéndome de que me quedara donde estaba, de que procurara no adentrarme en aquellas tinieblas, iluminadas desde dentro por el aire electrizado del anochecer. Me acordé de Tamara, salió corriendo de alguna parte para interponerse en el camino de Kocha, negándose en rotundo a dejarlo pasar. Me acordé del disimulo con que trataba de recomponerse el vestido mientras me observaba con mirada escrutadora y malhumorada, cómo me di cuenta enseguida de que lo sabía todo, aunque ni siquiera parecía temer que yo me fuera a chivar a Kocha de lo que yo había visto. El hecho de que Tamara ni siquiera se sintiera incómoda conmigo era lo que más me dolía. Estaba enfadada con ella, pero me sería imposible contárselo todo a Kocha. Y lo más importante, me acordé de aquella luz amarilla y espesa con que las farolas iluminaban unas siluetas movedizas y nerviosas, que se hablaban a gritos, intentando tomar una decisión. ¿Quiénes estaban allí? Recordé con claridad a mi hermano y a Kocha, y también a alguien más que ahora no recuerdo. Kocha trataba de convencer a mi hermano de que soltara la navaja, pero mi hermano estaba allí, de pie, en un estado de estupor que parecía que no estuviera escuchando, mientras se limitaba a limpiar con la manga la hoja ensangrentada. De pronto, me acordé del resto, Kocha consiguió arrebatarle finalmente la navaja y, por ello, se cortó la mano; luego la arrojó lejos, en la oscuridad. Después me acordé de cómo Kocha fue escoltado por dos policías y de cómo Tamara les salió al paso, intentando detenerlos y rogándoles a gritos que lo soltaran porque no había tenido nada que ver. Y lo último que me vino a la memoria fue la imagen de ella, después de que se hubieran llevado a Kocha; se quedó allí de pie, junto a unos cristales rotos, con la cabeza entre las manos. Sus dedos ensortijados despedían resplandores plateados desde el interior de su espesa cabellera. Y una vez que hube recordado todo aquello, reparé en que el cielo empezaba a clarear y que las moreras a mi alrededor iban sorbiendo la oscuridad como si de un refresco negro se tratara.

10

—¡Dónde estabas, eh, dónde estabas! —gritó Katia, vestida con un chubasquero largo y un pantalón ancho de deporte, de pie, junto a la catapulta—. ¡La han matado!

—Pero ¿a quién han matado? —pregunté, sin entender nada.

—¡A *Pájmutova*! ¡La han colgado!

No se movía del sitio, como si tuviera miedo a salir de la neblina que había descendido sobre la gasolinera. Todo en la zona parecía disolverse en aquel aire húmedo. Yo me acercaba a pie por la carretera y cuando estuve frente a los surtidores Katia se puso a gritar. Y antes de esto, yo regresaba de la ciudad y estaba subiendo la colina mientras buscaba algún coche que pudiera acercarme hasta el desvío de la gasolinera. Cuando salí de la ciudad, empezó a clarear, el crepúsculo se desplomó hacia el valle, como el limo se deposita en el fondo del río. Pero el promontorio de la gasolinera quedaba envuelto por una bruma opaca, y no vi a Katia hasta que no estuve frente a ella; se tapaba la boca con las manos y gritaba histérica mientras me miraba con incredulidad y espanto, como si hubiese sido yo quien hubiera ahorcado a su perra.

—¿Dónde está? —le pregunté.

Katia no dejaba de gritar, con ojos asustados. La zarandeé en un intento de hacerla entrar en razón.

—¿Me estás escuchando? ¿Dónde está?

—Allí —dijo, señalando con la mano un punto vago a su espalda.

La aparté de un empujón y me adentré en la niebla. Pero allí no se veía nada. Detrás de la catapulta, se extendía el muro de ladrillo de la oficina, en cuya parte posterior sólo podía distinguir unos árboles y una parte de la caseta.

—¿Dónde está? Muéstramela —le dije a Katia.

—Está ahí —volvió a decir Katia, desconcertada, señalando con el dedo hacia arriba.

Me di la vuelta, y ahí estaba, encima de mi cabeza, *Pájmutova* colgaba del asta envuelta por la niebla. Vista desde abajo, parecía una bandera que hubieran izado con motivo de la fiesta nacional. Me acerqué hasta el asta y comencé a desenrollar el cable metálico del que habían colgado al animal. Estaba anudado a conciencia, tardé en

conseguir aflojar el nudo y me lastimé los dedos con el metal mojado. Después de descolgar con cuidado a la perra, me incliné sobre ella. Katia gimoteaba, aterrada, a mi espalda. Deshice el lazo. El cable había comprimido el cuello del animal hasta hacerlo sangrar y aparecía cubierto de pelos ensangrentados. Después de liberar la cabeza de *Pájmutova*, deposité con cuidado su cuerpo sobre el asfalto. Katia no se atrevía a acercarse: se quedó donde estaba, mirando horrorizada el cuerpo sin vida del animal.

—¿Cómo la has encontrado?

—Ayer por la noche se escapó —empezó a contar Katia—. Estuve buscándola hasta muy tarde. Fui varias veces a la carretera. Y luego se me ocurrió echar un vistazo a la gasolinera porque a ella le gustaba venir por aquí. Cuando llegué, la perra no estaba. Ni vosotros tampoco. Decidí quedarme y esperar. Me senté sobre esa cosa —dijo, señalando la catapulta—. No podía ver nada por culpa de la niebla. Me quedé dormida. Cuando abrí los ojos, la vi. Pensé que era un sueño.

De nuevo, rompió a llorar. La abracé, sentí que estaba toda empapada bajo del chubasquero. Traté de consolarla, pero sólo lloraba y gemía mientras apoyaba su cabeza contra mi hombro.

—Tendríamos que llevarla a alguna parte —dije finalmente—. Hay que enterrarla.

Katia retrocedió obedientemente y, sollozando, esperó a que yo cargara la perra en brazos. *Pájmutova* no pesaba tanto como me había imaginado, su avanzada edad parecía haberla consumido. La llevé con cuidado en dirección a la caseta. Katia, sin decir palabra, fue detrás de mí. Después de rodear la caseta, enfilé el sendero hacia el lugar donde la hierba era más fresca y espesa. Dejé a *Pájmutova* en el suelo. Rodeada de hierba fresca, la perra tenía un aspecto casi de felicidad. Katia no dejaba de llorar, la abracé de nuevo y la llevé hasta la caseta. Abrí la puerta y entré, ella entró detrás de mí. Le dije que se sentara en el sofá y me dispuse a preparar un té.

El té dulce y espeso le quemó la garganta y le empañó la visión, le abrasó desde la garganta hasta el corazón, y se puso a llorar con más angustia todavía. Dejó la taza en el suelo y rodeándome el cuello con los brazos, empezó a besarme. El chubasquero, que aún llevaba puesto, le limitaba los movimientos, otorgándole un aspecto cómico y torpe, así que nos esforzamos los dos para quitárselo, pero por descuido volcó la taza de té y el líquido se desparramó por el suelo, despidiendo un vaho espeso, áspero, con olor a menta. Pese a mi empecinamiento, tardé en quitarle toda la ropa que llevaba puesta. Sus calcetines eran de distinto color. Tal vez se había vestido apresuradamente para salir a buscar a la perra, que ahora estaría trotando por el camino de las baldosas amarillas en pos de Jesucristo y

de Masha. Luego, como ella volvía a estar colgada de mi cuello, me costó lo mío desprenderme de sus brazos para poder quitarme la ropa. Cuando por fin me dejó, su rostro adoptó una expresión seria. Se entregó con afán a esa actividad novedosa para ella, aunque procedió con calma y de forma concienzuda, pero sin implicarse a fondo, cumplió como una estudiante a la que le interesa antes el profesor que la asignatura. Descubrí que tenía un tatuaje en la pantorrilla, es extraño que no me hubiera dado cuenta antes, apenas se veía, era como si la lluvia lo hubiera borrado. Consiguió ponerse a horcajadas, encima de mí, y fue saltando, despreocupada, sobre mi cuerpo, moviendo el sofá, que, a fuerza de las sacudidas, iba liberando un olor a podredumbre mezclado con fragancias de amor. De vez en cuando, parecía acordarse de algo y entonces se dejaba caer sobre mi pecho para volver a llorar, aunque esa vez su llanto revelaba cierta satisfacción, sin intermitencias ni lamentaciones. Cuando terminó, usó mi camiseta sudada para enjugar sus lágrimas.

—Ahora seguro que me voy a ir de aquí —comentó, y se puso a registrar mis bolsillos.

—¿Qué buscas? —pregunté, sorprendido.

—¿Tienes tabaco?

Como no encontró cigarrillos, sacó del bolsillo de mi chaqueta las gafas de sol con montura amarilla, se las puso y reclinó la cabeza sobre la almohada, mirando el techo.

Ya era de día. Hacía tiempo que la mañana había empezado su andadura, la niebla retrocedió hasta el río, el día prometía ser seco y soleado. Nuestras ropas yacían amontonadas en el suelo y el cuarto olía a té frío.

—¿Y adónde piensas marcharte? —pregunté.

—A Odesa —respondió Katia—. A la costa.

—¿Y qué harás allí?

—Me matricularé en la universidad.

—¿Qué quieres hacer cuándo acabes? —le pregunté como si fuera su hermano mayor.

—Prostituta —dijo Katia, riéndose—. ¿Qué preguntas son esas? Y tú, ¿cuándo piensas irte?

—Nunca.

—¿Y qué harás?

—Poner un asador. Es un negocio seguro. ¿Por qué no te quedas conmigo? —le propuse—. Nos casaríamos.

—Eres tonto —dijo Katia, riéndose de nuevo—. Aquí te acabarán quemando, si no hoy, mañana. O te colgarán. Como a *Pájmutova*. —Al evocar a la perra lloró de nuevo.

—Vamos, no llores —dije, tratando de consolarla—. De todas

formas, no puedo ver tus lágrimas tras esas gafas.

—Mejor que no las veas —me respondió. Y, después de colocar la cabeza en mi hombro, se quedó dormida.

«¡Qué pena que se vaya! —pensé—. Aunque sería mucho peor que se quedara.»

El sol estaba en su zénit, el ambiente se había vuelto bochornoso y somnoliento, pero yo no conseguía conciliar el sueño como si, inconscientemente, me resistiera a dormir mientras trataba de permanecer en pie el mayor tiempo posible, a la espera de que se produjera un punto de inflexión. Y, en efecto, llegó ese punto de inflexión. Alguien apareció junto a los surtidores, lo oí claramente aunque no me imaginaba quién podría ser. Me vino a la cabeza que debería ir a buscar un bate de beisbol para defender la inviolabilidad de la propiedad privada. Pero una extraña apatía se apoderó de mí, no tenía ganas de hacer nada, ni de defenderme, ni de abrirle la cabeza a alguien como tampoco poner en riesgo la mía. «Si ha llegado la hora de mi muerte —pensé—, trataré de acordarme de este momento.» Desde la calle, llegó el eco de unos pasos. La puerta se abrió y apareció Olga. Se quedó durante un momento apostada en el umbral mientras trataba de adaptar la vista al sol cegador que inundaba el cuarto. Al reparar en Katia, que dormía a mi lado, se quedó estupefacta. Luego, con un movimiento rápido y algo brusco, se llevó la mano a la cabeza para arreglarse el pelo antes de atravesar la habitación y sentarse en el sofá de enfrente. Ni siquiera me dio tiempo a levantarme o a decirle algo: «Vaya —pensé—, por qué todo tiene que salir tan mal, es todavía peor que morir».

—Hola —saludó Olga, procurando hablar en tono despreocupado —. ¿Qué hacéis?

—Está durmiendo —contesté—. ¿Llamaste ayer?

—Varias veces —respondió, cada vez más nerviosa.

—Deja que la despierte —propuse—. La mandaré a casa y luego hablamos tú y yo de lo que tenemos que hablar.

—Herman —dijo Olga sin saber qué hacer con las manos—. Eres un auténtico cabrón. ¿Por qué vas a despertarla?

—Tenemos que hablar, ¿no?

—¿Qué te hace pensar que…?

—Bueno, ¿por qué has venido entonces?

—He venido para asegurarme de que todavía no os han quemado. Trabajo para ti, por si lo has olvidado. Aunque, por lo que veo, aquí estáis muy bien. Así que me voy —dijo, levantándose bruscamente del sofá y dirigiéndose hacia la salida. De pronto se detuvo, dio media vuelta y se acercó hasta mí—. Por cierto —dijo como si de repente se acordara de algo—, devuélveme las gafas.

Después de habérselas quitado con mucho cuidado a Katia para no despertarla, salió corriendo de la caseta, dando un portazo. Katia ni se movió. Me levanté de un salto y me puse el uniforme de conductor de tanque y salí corriendo detrás de Olga.

—Olga —la llamé mientras intentaba alcanzarla—. Olga, espera, por favor. Tenemos que hablar.

—De acuerdo —dijo—. Pero que sea en la oficina y en mi horario de trabajo. Anda —dijo, señalando mi clavícula—, ella te ha mordido. Me sorprendes.

Se montó en el escúter y salió a la carrera, levantando tras de sí una nube de polvo caliente.

El entierro de *Pájmutova* fue aquella misma tarde. Kocha y yo habíamos cavado con ahínco una fosa junto a unos arbustos de frambuesa. El Traumas apañó con unos trozos de hierro una estela de forma extraña, que se asemejaba más a una antena de televisión que a un girasol, como afirmaba él. Nos costó lo nuestro cavar la fosa, el suelo estaba duro, tuvimos que seccionar las raíces, tan resistentes como cables subterráneos, y extraer las piedras contra las que las palas chocaban constantemente. Katia había permanecido de pie a nuestro lado, en silencio. *Pájmutova* yacía a sus pies como solía hacer cuando estaba viva; de vez en cuando, Katia se agachaba para acariciarla. La tierra se desprendía en trozos pesados dentro de la fosa, se resistía a las palas como si la hubieran prensado, se pegaba a las suelas de los zapatos, costaba mucho esfuerzo quitársela de encima. Las raíces seccionadas eran recias y elásticas; las piedras extraídas de la fosa se secaban rápidamente al sol. Metido en el hoyo hasta la cintura, me quedé observando de cerca todas aquellas piedras y hierbajos que se desprendían rodando hacia el fondo, y la capa de arena amarilla y de barro blanco cavados por las palas. El olor intenso y dulzón del barro me hizo pensar en que había alcanzado algo muy valioso, como si siempre lo hubiera presentido pero que jamás se me hubiese ocurrido que se encontraba bajo la superficie. Depositamos a *Pájmutova* en el fondo del hoyo con mucho cuidado. «El segundo entierro en lo que va de día», pensé mientras cubría el cadáver con tierra. Luego, El Traumas colocó encima del túmulo «la antena», y el funeral podía darse por concluido.

Katia se quedó un rato más junto a la sepultura, antes de despedirse de todo el mundo y salir corriendo hacia su casa. Mientras se alejaba, sostenía con las manos el chubasquero como si fuera una cometa.

Al anochecer, unos parientes de Kocha llegaron en un destartalado Mercedes blanco procedentes de la ciudad. La ventanilla trasera del

coche estaba cubierta con un plástico transparente sujeto con cinta adhesiva. Iban siete personas dentro del vehículo. Si bien ya se les había pasado la borrachera después del funeral, no se habían cambiado de ropa, llevaban los mismos trajes negros y camisas de colores del día anterior. Sólo se habían quitado las corbatas, que colgaban de sus bolsillos, como sogas. Hablaban a gritos y utilizaban muchas palabras incomprensibles. A Kocha seguían llamándolo «*gadjo*» mientras trataban de mantenerlo alejado del Mercedes cuando este hizo reiterados intentos de subir tan pronto como llegaron. A El Traumas lo trataron de forma cortés y un tanto zalamera, le estrecharon la mano y le dieron tres besos conforme la tradición cristiana ortodoxa. Después llegó mi turno: Kocha y El Traumas se quedaron a un lado, sin intervenir. Me saludaron uno por uno, con un apretón de manos breve, pero enérgico.

—Queremos que lo sepas, Herman —dijo Pasha, su jefe—. Un amigo de nuestra mamá es nuestro amigo.

—¿A quién te refieres? —pregunté sin entender de quién me estaba hablando.

—Ayer asististe al funeral de nuestra mamá —explicó Pasha—. Tamara nos habló de ti.

«Genial —pensé—, ahora estos tipos me rebanarán la garganta.»

—Ella nos dijo que necesitabas ayuda.

—¿Ayuda?

—Herman. —El segundo del jefe, un tipo gordo y calvo, apodado Bormann, dio un paso hacia delante—. Lo sabemos todo.

—¿Todo? —dije, aguardando el momento en que aquellos tipos iban a cortarme en pedazos.

—Sí, lo sabemos todo —corroboró Bormann—. Lo del camión cisterna y todo eso. Lo que te queremos decir es que puedes contar con nosotros siempre y cuando te haga falta. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Así que no le tengas miedo a nadie —prosiguió Bormann—. Cuando necesites algo, ya sabes dónde nos puedes encontrar.

—Ahora la pelota está en tu tejado —agregó Pasha—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí. Os lo agradezco.

—No hay de qué, hermano —dijo Pasha, tendiéndome la mano—. Y no te arredres.

Los demás también me estrecharon la mano. Con El Traumas intercambiaron unos besos. Después de despachar a Kocha, ordenándole que bajara del capó, pusieron en marcha el Mercedes y partieron en dirección a la ciudad. Al llegar a la carretera, se cruzaron con un Volkswagen negro que venía a toda velocidad hacia la gasolinera.

—¿Y ese coche? —preguntó El Traumas, disgustado.

—Es para mí —respondí.

El Traumas miró ceñudo a Kocha y se encaminó hacia el garaje. Kocha se quedó a mi lado, observando, intrigado, a los recién llegados. El Volkswagen se detuvo junto a los surtidores. Del coche bajaron Lólek y Bólek, mirando ansiosamente y estirando las piernas después de un largo viaje. No tenían prisa por abrazarme, se quedaron observándome a cierta distancia, probablemente a la espera de que fuera yo el primero en hablar. Mientras Bólek se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo de color gris, Lólek, con gesto nervioso, trataba de ajustarse las gafas.

—¡Hola! —exclamé—. Qué bien que hayáis venido.

—Hola, Herman —dijo Bólek, visiblemente preocupado.

—Hola —añadió Lólek, evitando mirarme.

—Herman —comenzó Bólek—. Tenemos que hablar.

—Adelante —accedí.

—No quiero gente extraña —dijo Bólek, señalando a Kocha con un movimiento de cabeza.

—Ese no se entera de nada —les aseguré—. Es georgiano.

—De acuerdo —dijo Bólek, inquietándose—. Y bien, Her, ¿cómo te va por aquí?

—Es un puto desastre.

—¿Un puto desastre? —dijo Bólek, sorprendido.

—Sí, así es. Me han quemado un camión cisterna y han colgado a la perra.

—¿Tienes perra? —preguntó Lólek, asombrado.

—Ya no —aclaré—. La hemos enterrado Kocha y yo —dije, señalando con la cabeza al viejo. Este asintió.

—Herman. —Se notaba que a Bólek le costaba escoger las palabras adecuadas, era evidente que la presencia de Kocha lo incomodaba—. En pocas palabras, venimos a buscarte. Tenemos un montón de trabajo. Y ya es hora de que vuelvas.

—Amigos —dije tras una pausa—. Ya sé que sois buenos amigos y todo eso. Pero no me iré con vosotros.

—¿Cómo que no vendrás? —preguntó Bólek, sin comprender.

—Pues eso, que no me voy a ir.

—¿Y el trabajo? —preguntó Bólek.

—Pongamos que he dimitido por causas personales.

—Herman —Bólek se puso más nervioso todavía—. ¿Qué pretendes? Vámonos a casa. Este negocio no va contigo.

—Me han quemado el camión cisterna. Y han colgado a la perra. No tiene nada que ver con el negocio.

—Escucha, Herman —dijo Bólek, irritado—. Así no se hacen las cosas. Nos dejas tirados.

—¿Habéis traído el dinero? —lo interrumpí.

—¿Cómo? —dijo Bólek, que estaba desconcertado.

—Te estoy preguntando si habéis traído el dinero. Liosha, ¿por qué no me contestas?

—Herman, el asunto del dinero no es tan sencillo —apuntó Bólek.

—Herman —intervino Lólek—, teníamos intención de decírtelo.

—¿Decirme el qué?

—En resumen —continuó Bólek—. Te cogimos el dinero prestado, teníamos que pagar una deuda con urgencia y no teníamos un duro, Her. Así que cogimos tu dinero. Tienes que venir con nosotros, por eso. Y el dinero te lo devolveremos.

—Te lo devolveremos, Her, palabra —prometió Lólek.

—¿Os habéis pulido mi dinero?, ¿es eso? —Yo no salía de mi asombro.

—¡Herman, te lo devolveremos! —gritó Bólek, un tanto nervioso.

—Her —intervino Lólek—. ¡Te doy mi palabra!

—¡Lo importante es que vengas con nosotros! —insistió Bólek.

—Os acabo de decir que me quedo.

—No nos iremos sin que vengas con nosotros —anunció Bólek, intentando ser enfático.

—Escuchadme bien, capullos —dijo Kocha, alzando la voz para la sorpresa de todos—. ¿Acaso no habéis oído lo que os ha dicho el jefe? ¡Largo de aquí! —Kocha sacó de un bolsillo de la americana un destornillador con punta afilada y procedió a limpiarse las uñas—. Es lo que yo haría en vuestro lugar, vamos.

La palabra «jefe» no le gustó nada a Bólek. No podía apartar la mirada del destornillador con que Kocha se estaba limpiando las uñas. Al final, Bólek dio media vuelta y sin decir palabra se encaminó hacia el coche. Lólek no se movía del sitio. Después de una pausa, dijo:

—Herman, descuida, te lo devolveré todo.

—Muy bien —contesté—, de acuerdo.

—De verdad, no te preocupes.

—Está bien.

—¿De verdad no quieres venir con nosotros? —Su voz sonó esperanzada.

—Déjalo, no me voy a ir a ninguna parte. Aquí estoy en mi sitio. Toma esto. —dije, sacando del bolsillo el reproductor con los auriculares y tendiéndoselos a Lólek—. Un recuerdo para ti.

—¿En serio? —se sorprendió Lólek—. Entonces ¿cómo podrás escuchar música?

—Yo ya he escuchado todo lo que quería escuchar —lo tranquilicé —. Cógelo. Para escuchar la música que realmente te gusta y no tener que prestar tus auriculares a otros. Y ahora largaos de una vez.

Lólek me estrechó la mano con fuerza y se encaminó hacia el

coche.

—Liosha —le llamé mientras se alejaba.

—¿Qué? —dijo Lólek, volviéndose hacia mí.

—¿Tienes tarifa plana?

—Sí.

—¿Me dejas hacer una llamada?

Lólek retrocedió y me dejó su móvil. Marqué el número de mi hermano. Al principio pensé que nadie iba a contestar, pero, de pronto, oí un chasquido seguido de una voz de mujer.

—¡Eh! —dijo la voz—, ¿cómo te va por allí?

—¿A mí?

—A ti, a quién si no. ¿Cómo te van las cosas en general?

—En general, bien —respondí—. ¿Y tú quién eres?

—¿A quién estás llamando?

—A mi hermano.

—Bueno, no soy tu hermano. ¿Qué querías?

—Quería hablar con él.

—Habla conmigo entonces —dijo la mujer, riéndose—. ¿Quieres que te cuente una historia?

—¿Estás seguro de tener tarifa plana? —pregunté a Lólek para cerciorarme.

Este asintió con la cabeza. Entonces le dije a la mujer:

—Cuéntamela.

—De pequeña tenía miedo a las alturas. Los aviones siempre me habían dado pánico. Y cuando fui una persona adulta, decidí superar ese miedo. Para eso, me subí a un avión tras otro, sin parar.

—¿Y entonces?

—Nada. Sigo teniendo miedo a las alturas, pero, a cambio, he podido ver mundo.

—¿Y cómo te va ahora?

—Bien —contestó la mujer—. Al final, me di cuenta de que no era cuestión de miedo. Simplemente, sólo tenía que tomarme las cosas con calma, y a partir de entonces todo me fue bien. Tú también tienes que tomarte las cosas con calma. ¿Me has entendido?

—Sí, te he entendido.

—Hasta la vista, pues —dijo la mujer, soltando una risa antes de colgar.

—Toma. —Le devolví el móvil a Lólek.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí, muy bien. Todo bien.

—Kocha, ¿te acuerdas del año noventa? —pregunté—. ¿De la pelea en el parque junto al restaurante?

—¿Fue en el noventa? —preguntó, dudoso.

—Sí, en el mes de junio.

—Pues no —dijo Kocha después de reflexionar—. No recuerdo ninguna pelea. En junio del noventa estuve con Tamara en Gurzuf. Allí sí que tuve una pelea, colega. En la playa. Fue dejarla sola un segundo e imagínate…

Por la noche, los cielos parecen campos negros. El aire, parecido al *chernozem*, hierve de movimientos y semillas. El espacio infinito que se despliega en las alturas parece seguir su propio ritmo, sus propias leyes. El cielo entraña estrellas y constelaciones al igual que la tierra piedras y raíces. En el cielo, los planetas; en el interior de la tierra, los muertos. La lluvia brota del cielo como los ríos brotan de la tierra. En cuanto cae, la lluvia fluye hacia el sur y llena los océanos. El cielo cambia sin cesar, refulge y se apaga, empapándose y calentándose. Consumida por los árboles y las plantas, la tierra yace como ganado olvidado por su propietario bajo los cielos llanos. Si uno elige el lugar adecuado, puede llegar a percibir todo esto a la vez: cómo las raíces se entrelazan, los ríos fluyen, los océanos se llenan de agua y los planetas se mueven en el firmamento, los vivos transitan por este mundo y los muertos por el del más allá.

SEGUNDA PARTE

1

El sacerdote contemplaba el cielo matinal cuando tres hombres aparecieron abriéndose paso a través del maizal, cuyos tallos amarillos entrechocaban con el viento como perchas dentro de un armario vacío. Tardó en distinguir quiénes se acercaban entre los espesos cultivos, sólo fue capaz de advertir el breve resplandor de una chaqueta negra, el crujido de unos brotes bajo las pisadas y su aliento que se elevaba en vapor sobre las plantas. De pronto, aparecieron en el camino mientras a su paso aplastaban las hojas color arena y quebraban la escarcha del amanecer. Eran tres: dos adultos y un adolescente. El que iba a la cabeza, lucía un anorak del A. C. Milan que le llegaba hasta la rodilla. Los colores rojo y negro del club destacaban bajo aquel sol mortecino de octubre. Llevaba el pelo largo y estaba sin afeitar. Su mirada era desafiante y vivaz. Calzaba un par de toscas botas militares de caña alta. El que le seguía era achaparrado y barrigón y vestía un mono blanco de trabajo manchado de pintura amarilla; tenía el pelo cano, cortado a cepillo, y calzaba un par de zapatillas Nike de fabricación china. El adolescente era el más cutre de los tres. Vestía pantalones vaqueros de Dolce&Gabbana, chaqueta negra brillante con quemaduras de cigarrillo, zapatos de punta cuadrada y, unos auriculares Koss sobre la cabeza, probablemente todo falso. Al vernos, los tres tipos se dirigieron hacia nosotros sin haberse puesto de acuerdo previamente. Miré al sacerdote de soslayo. Su rostro traslucía una cierta inquietud que trataba de disimular. Sólo intentaba mantener la calma. Empecé a hurgar en los bolsillos, pero me acordé de que la ropa que llevaba puesta no era mía. Y, de repente, palpé en el bolsillo derecho de la americana el destornillador de Kocha. Con las yemas de los dedos, noté que estaba afilado. «El Señor cuida de mí», pensé, y sonreí al sacerdote. Este, sin embargo, observaba a aquellos tres extraños con preocupación. Y no le faltaban razones para ello: el alto iba armado con una escopeta de caza y el barrigudo blandía con destreza, y sin disimular siquiera, una especie de machete. El adolescente era el único que no sostenía nada, pero tenía las manos en los bolsillos, así que lo único que uno podía preguntarse es qué escondía en ellos. La distancia entre ellos y nosotros iba reduciéndose. De repente, se quitó la escopeta del

hombro, la amartilló y disparó una descarga al cielo. Luego vino hacia nosotros, separando los brazos. El sol matinal brillaba detrás de su hombro. Octubre era seco como la pólvora. El hombre de la escopeta se detuvo, bajó los brazos y gritó alegremente al cura:

—¡Padre!

El sacerdote hizo todo lo posible por mantener la compostura.

—Soy Tólik —dijo el tipo con la chaqueta del Milan, corriendo a abrazar al cura.

El sacerdote se mostró sereno mientras lo abrazaba y, acto seguido, el *rossoneri* se volvió hacia mí mostrando las mismas intenciones.

—Soy Tólik —repitió, al tiempo que me apretujaba con cordialidad.

—Soy Herman —dije, liberándome de su abrazo.

—¿Eres Herman? —se sorprendió el *rossoneri*—. ¿El hermano de Yúrik?

—El mismo.

El tipo se echó a reír. Luego, se acordó de sus compañeros y se dispuso a presentárnoslos.

—Este es Gosha —dijo, señalando al barrigudo—. Nos ha guiado por un atajo. Venimos en plan rancheros —aclaró Tólik señalando el machete—, nos ha ido abriendo camino. Y este es Siriozha, el hijo de Gosha. Es estudiante de EFP, va a ser ingeniero, bueno, quizá.

Siriozha, sin quitarse los auriculares, nos saludó con la mano. Gosha le estrechó larga y cordialmente la mano al sacerdote.

—Atravesamos los campos a propósito —explicó Tólik al cura—. Para interceptaros. Es mejor desviarse porque se corre el riesgo de toparse con los granjeros. Y estamos en guerra con ellos.

—¿Por qué estáis en guerra? —pregunté.

—¿Cómo que por qué? —se asombró Tólik—. Por las zonas de influencia. A decir verdad, es habitual que invadamos su territorio, necesitamos guardar la mercancía en algún sitio —se excusó—. Sus campos nos sirven de escondite. El capitalismo, en una palabra. De todos modos nos están esperando ahí fuera —dijo Tólik mirando a lo lejos.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que el tipo tenía un ojo de cristal. Sería por eso que su mirada me había resultado tan misteriosa. Tólik volvió a reírse, parecía un tipo alegre y jovial; alegre y jovial, pese a ello, el hecho de vivir en una zona de guerra no lo deprimía.

—¿Y bien? —Tólik miró de soslayo al barrigudo—. ¿Hacemos una llamada antes de irnos?

El tipo achaparrado me tendió su machete y empezó a hurgar en los bolsillos de su mono que parecían no tener fondo. A medida que iba sacando objetos inverosímiles, nos los tendía a Tólik y a mí para que se los sostuviéramos mientras él seguía buscando. A mí me

tocaron dos manzanas rojas otoñales y a Tólik, un puñado de bujías del coche. Por sorpresa, el barrigudo sacó una granada de mano pintada con laca de uñas, que también me entregó a mí. Del otro bolsillo, extrajo unos casetes viejos y estropeados que dio a Tólik, cuyo ojo de cristal centelleó alegremente. Por fin, después de rebuscar por debajo de la rodilla, el barrigudo encontró un viejo modelo Sony Ericsson con antena corta, la desplegó y encendió el aparato. Tras varios intentos fallidos de establecer la conexión, se volvió hacia nosotros, decepcionado.

—¡Aquí no hay cobertura! —exclamó desesperado—. Hace falta ir a un lugar más elevado.

—Estamos en una hondonada —explicó Tólik—. Es preciso ir a un lugar más elevado —repitió—. Aunque lo mejor es que demos un rodeo, no está muy lejos.

Gosha recuperó sus juguetes y los distribuyó por los bolsillos de su mono. Limpió la granada con la manga y, con la misma dejadez, la guardó en un bolsillo. Luego agarró el machete. Los tres tipos aguardaron, como a la espera de algo.

—¿Y bien? —El tuerto se impacientó—. ¿Nos vamos o qué?

—¿Y con qué vais a ir? —preguntó el sacerdote, sorprendido.

—¿Cómo que con qué? —Tólik soltó una carcajada—. Iremos con vuestro coche, cabemos todos.

Seva, nuestro conductor, quien hasta entonces había permanecido sentado en el interior del vehículo mientras nos observaba a través de sus gafas de sol, se las quitó, perplejo, al ver cómo nos metíamos todo el grupo en su viejo Volga blanco, al que la herrumbre parecía haber hecho estragos. El cura se acomodó en el asiento del copiloto. El tuerto quiso compartirlo con él, desplazándolo con tiento pero con insistencia hacia Seva, antes de conseguir cerrar la puerta tras de sí. El abultado anorak de Tólik los envolvió a ambos como si se tratara de un airbag. Gosha y su hijo se sentaron atrás. Al ver que había una mujer ya sentada, le presentaron sus disculpas. Yo subí el último y Siriozha tuvo que sentarse en mis rodillas. Incluso podía oír la música que se escapaba de sus auriculares, pero no me gustaba. Seva se volvió a poner las gafas y dirigió una mirada interrogante al sacerdote. Este liberó la mano de la chaqueta *rossoneri* y le hizo una seña, como diciendo: ¡Adelante! El Volga tembló y rodó por la pista de tierra. En algunos tramos, el maíz crecía tan cerca de la vía que rozaba los costados del vehículo. Tólik se encargó de indicar el camino, agitando los brazos como alas. El coche avanzaba lentamente cuesta arriba en dirección al lugar donde debía de haber cobertura y presumiblemente nos estarían esperando los granjeros. De golpe, Tólik señaló con la mano hacia la izquierda. Seva frenó e interrogó con la mirada a su pasajero tuerto, que insistía con la mano en girar a la izquierda. El

chófer giró el volante y nos zambullimos en la espesura crepitante del maizal, que brillaba al sol, cegándonos la vista. Allí había un sendero, apenas perceptible para el ojo inexperto, que atravesaba el corazón de la jungla de maíz, y nos permitía evitar miradas indiscretas. Íbamos despacio, arrancando hojas y escuchando los ruidos aislados que se dejaban oír en el interior de aquella selva bañada por el sol. El Volga avanzaba a trompicones; en su interior, flotaba una espesa nube de polvo solar que se agitaba cada vez que el coche pasaba un bache.

Después de alcanzar unos campos segados, cruzamos una franja de terreno en barbecho y circulamos por una carretera adoquinada. En los alrededores no se veía un alma, la escarcha se derretía entre la hierba y el sol se elevaba cada vez más alto. El viaje parecía no tener fin, posiblemente, el tuerto quería asegurarse de que nadie pudiera seguir nuestro rastro, a saber. De pronto, los campos terminaron abruptamente y fuimos a parar a una amplia depresión, que se extendía hacia el este. A partir de aquel punto, el camino descendía bruscamente, en el fondo del barranco podía contemplarse una decena de edificios idénticos, de dos plantas, que parecían haber sido construidos en los años ochenta, probablemente. Ese conjunto de casas terminaba en unos grandes almacenes seguidos de jardines y, más allá, se extendían prados amarillos hasta el horizonte. Lejos, hacia el este, podía distinguirse una especie de presa o un enorme muro que se extendía a lo largo del horizonte. Tenía una forma bien definida, aunque no conseguía ver de qué se trataba en realidad.

—¿Qué es aquello? —pregunté al barrigudo.

—La frontera rusa —contestó escueto. Y volvió a callar para seguir sumido en sus pensamientos.

Seva apagó el motor y descendimos la colina. La pista estaba destrozada como el espinazo de un perro atropellado por un camión. Después de bajar hasta el fondo del valle, el vehículo se detuvo en una pequeña explanada. A un lado, podía contemplarse una construcción bastante amplia con tejado de pizarra y columnas falsas. Sobre la escalinata del edificio, se congregaba un grupo de lugareños, cerca de cuarenta personas, que parecía que nos estuvieran esperando.

Enseguida me di cuenta que se trataba de una reunión festiva. Los hombres, en su mayoría, lucían trajes oscuros baratos, corbatas de colores inverosímiles y zapatos lustrados. La vestimenta de las mujeres era más variopinta: unas con vestidos, otras con conjuntos de blusa blanca y falda negra, las más jóvenes llevaban vaqueros adornados con pedrería. Algunas mujeres llevaban abrigos o cazadoras de cuero sobre los hombros, otras incluso impermeables, pese a que el aire otoñal era templado por el sol; además, aquí, en ese valle, el tiempo era tan cálido y agradable como en la costa sur de Crimea. Nuestra llegada provocó una algarabía. Bajamos del coche, e intentamos

recomponer nuestras ropas arrugadas por el viaje. Delante iban Tólik con su chaqueta *rossoneri* y el sacerdote con una americana negra y una carpeta debajo del brazo. Los seguía Seva, también con traje, aunque desteñido y de aspecto sospechoso, y gafas de sol. Detrás de ellos, íbamos nosotros: Siriozha, con las letras D y G bordadas en los bolsillos traseros de su pantalón vaquero; yo, con un traje azul tornasolado que me otorgaba un aspecto de estrella de la escena pop soviética de los años setenta; Gosha, con su mono blanco de trabajo manchado de pintura, y, por último, Tamara, que observaba su nuevo entorno con ansiedad. Llevaba un jersey color cereza oscuro y una falda larga; tan pronto como pisó el suelo arenoso, los tacones de sus zapatos se hundieron en él. Todos nos encaminamos hacia el gentío.

Los lugareños estaban contentos de nuestra llegada. Un tipo bajito con un pañuelo de colores por corbata, al parecer su jefe, bajó la escalinata de inmediato para besar largamente al sacerdote según una costumbre que yo desconocía. Se besaron cinco veces. Todo hacía pensar que eran viejos amigos y que tenían cosas importantes de qué hablar. Aun así, lo primero que hizo el jefe fue invitarnos a entrar, con el pretexto de que no disponíamos de mucho tiempo y que había que hacerlo todo rápido y bien.

—Ya hablaremos después —añadió antes de subir la escalinata.

El sacerdote lo siguió. La muchedumbre, en un gesto de pleitesía, les abrió paso. El siguiente en subir la escalera fue el conductor, que lo hizo deprisa. Detrás de él, subió Tamara, quien me dirigió una mirada de preocupación. Me volví hacia Gosha y Siriozha.

—¿No entráis? —les pregunté.

—Necesito pasar antes por casa —dijo Gosha sin moverse y escondiéndose el machete detrás de la espalda—. Tengo que cambiarme, hoy hay fiesta.

—¿Y tú? —le grité a Siriozha.

Se limitó a saludarme con un gesto de indiferencia, sin haber llegado probablemente a oír mi pregunta. Los lugareños, mientras tanto, habían abarrotado el interior del edificio. Subí los escalones.

El pasillo sombrío del vestíbulo olía a fresco. Era la sede del ayuntamiento o algo parecido. Al final del pasillo se veían varias puertas, donde se agrupaba la multitud. Las puertas conducían a una sala de actos, bastante amplia por lo poco numerosa que era aquella comunidad, decorada de forma modesta: un estrado forrado con tela roja estaba presidido por el retrato de Vladímir Ilyich.[23] Antes de que lo quitaran, aquel retrato debía de haber estado colgado allí durante mucho tiempo, porque había dejado su marca en la tela. Ahora en su lugar colgaba un crucifijo, como si alguien hubiese puesto una gruesa cruz al marxismo-leninismo. La sala estaba provista de bancos de madera, que formaban filas bien ordenadas. Una parte de nuestro

grupo se hallaba ya en el estrado; el jefe, con su pañuelo de colores, deambulaba por allí mientras les explicaba algo con gestos enérgicos. Los lugareños se fueron acomodando sobre los bancos. Tólik vino a mi encuentro.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta? —me preguntó.

—¿Es vuestra casa del pueblo o algo así? —le devolví la pregunta.

Se quitó su pesada chaqueta, dejando al descubierto su camiseta a rayas azul y blanca. Apoyó con cuidado la escopeta en el banco más próximo.

—Es la iglesia —aclaró.

—¿En serio? —pregunté sin dar crédito.

—De veras, es nuestra iglesia, además de la casa del pueblo. Combinamos ambas cosas, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Nuestra fe nos lo permite —me aseguró.

—Claro, claro.

—El sacerdote está al corriente.

—Ya.

—Hablo en serio.

—De acuerdo, no te preocupes.

El sacerdote me llamó desde el escenario. Me abrí paso hacia el estrado. Estaba concentrado impartiendo órdenes precisas. Seva ya tenía lista una bolsa de cuero con todo lo imprescindible; Tamara se arregló el pelo y se situó detrás de aquellos dos sin decir una palabra.

—Her, ¿estás listo? —me preguntó el cura.

—Estoy listo. ¿Empezamos?

—Por supuesto —dijo con seguridad—. Para eso hemos venido, para eso hemos venido.

Tres meses de mucho sol. Teníamos arena en la ropa y entre los dientes. Y un silencio que ralentizaba nuestra sangre y oscurecía nuestros sueños de tal manera que se topaban unos con otros, haciendo que el despertar fuera un proceso largo e incómodo. El pan negro y el té verde marcaban el tiempo y estructuraban el espacio; restos de azúcar en el fondo de los bolsillos y sobre las sábanas; el olor a hierba y al gasóleo de las máquinas; las discusiones de buena mañana; la regularidad de la lluvia cayendo lentamente como los obreros de una fábrica tras una jornada de trabajo extenuante, sorteando a duras penas las latas de conserva vacías. Escuchábamos las emisoras de radio fronterizas que transmitían noticias de ambos países, anunciando alternativamente los días despejados y la llegada de precipitaciones. Unas voces femeninas informaban de las oleadas de calor que azotaban lugares lejanos e inalcanzables, se quejaban del bochorno y del ruido de la ciudad, soñaban con viajes y con el frío.

Desde aquí, todo resultaba ilusorio y embriagador, escuchábamos con avidez su leve respiración, las risas que se intercambiaban, deseábamos poder mirarles directamente a los ojos. El verano era tan denso que resultaba imposible escapar. Todas las noches, después del trabajo y de cerrar la garita, nos dejábamos caer sobre los sofás y escuchábamos la radio que Kocha había comprado a algún camionero. A veces me quedaba dormido con la música que ponían a petición de los oyentes, para despertarme luego sobresaltado por las largas y tristes conversaciones entre predicadores radiofónicos. Estos sonaban especialmente convincentes a primera hora de la mañana, cuando me sentía ligero y ya no tenía sueño. Al alba, solían disertar sobre los beneficios del ayuno y citaban libros de profetas, interrumpiendo sus arengas únicamente para dar el pronóstico del tiempo, lo que hacía que aquellos sermones pareciesen más íntegros y comprensibles. Fueron tres meses de buen dormir, de buen comer y de un buen estado emocional. Si bien siempre había intuido que a veces era conveniente cambiar de ambiente, de oficio, de nombre, de apellido y de color de pelo, era la primera vez que tenía ocasión de experimentarlo en mi propia piel. El pelo se me había aclarado por el sol y había crecido. En julio empecé a peinármelo hacia atrás, y en agosto Kocha me lo cortó con sus preciadas tijeras alemanas, un trofeo de guerra. Mi ropa estaba toda manchada y apestaba a gasolina y a vino; tuve que comprarme varias camisetas negras del ejército y un par de pantalones de innumerables bolsillos para guardar todos aquellos tornillos, llaves y bombillas que se cruzaban en mi camino. No tengo claro si fue el cambio de oficio o la presencia de aquellas personas serias a mi lado lo que consiguió que me volviera más sensato y me sintiera más seguro de mí mismo. El aire fresco enfría la cabeza y abraza el corazón. Me reencontré con todas mis antiguas amistades, con todos mis antiguos amores, con todos mis exprofesores y con todos mis enemigos de antaño. Si bien mis viejas amistades se alegraban sinceramente de mi vuelta, no iban más allá. Mis antiguos amores me presentaron a sus hijos, recordándome que el correr imperceptible del tiempo nos vuelve más sabios, si bien esta nueva sabiduría no está exenta de celulitis. Mis antiguos profesores acudían a mí para pedirme consejos, a diferencia de mis exenemigos que sólo se acercaban a mí para mendigarme dinero, da igual la cantidad, y poder seguir con sus vidas inútiles. La vida es cruel, pero justa. Bueno, a veces, es simplemente cruel.

Los fines de semana, El Traumas y yo nos dedicábamos a darle al balón. Montones de alumnos de formación profesional venían de la ciudad para tener el honor de compartir equipo con el más célebre goleador barrigón de nuestra época. En la gasolinera había mucho trabajo, pero yo ya estaba acostumbrado. Olga y yo no nos

hablábamos. Mis antiguos amigos, Lólek y Bólek, no habían vuelto a aparecer. Les perdoné la deuda. Los familiares gitanos de Kocha me dieron suficiente dinero para seguir adelante. No había vuelto a llamar a mi hermano. De noche soñaba con aviones.

Con el paso del tiempo, sorprendentemente mis preocupaciones por la gasolinera acabaron desvaneciéndose. Al principio, me sentía agobiado, temía que los incendios y las muertes continuaran, así que traté de recabar apoyos entre las personas que conocía en la ciudad. Pero como la situación parecía haberse calmado, me sugirieron que abordara los problemas a medida que fueran surgiendo. Poco a poco me tranquilicé y empecé a tomar las cosas según venían, pese a que El Traumas me iba advirtiendo de que nada de aquello iba a solucionarse por sí mismo y que acabarían por retorcerle el cuello a alguien. «Puede que tenga razón —pensaba yo—, puede que la tenga.»

Con la llegada del otoño, todo volvió a activarse y a ponerse en movimiento, caravanas de camiones habían comenzado a poner rumbo al norte, transportando los frutos de la cosecha a los mercados locales. Septiembre fue un mes suave y dorado. El sol del mediodía permanecía suspendido unos instantes sobre la gasolinera para bajar veloz y desplazarse hacia el oeste e iluminar el camino a los transportistas de verduras. De vez en cuando, venía Ernst y le explicaba a El Traumas las diferencias tácticas de un combate de tanques en condiciones nocturnas y diurnas. El Traumas no tardaba en enojarse con él, lo dejaba con la palabra en la boca y desaparecía dentro del taller donde se ponía a desguazar cualquier chasis. De vez en cuando, cuando el calor aflojaba, el sacerdote, con el que había hecho amistad en el entierro de mamá, venía a verme en bicicleta. Manteníamos largas conversaciones. A veces, se quedaba hasta tarde, y, entonces, escuchábamos en la radio programas de predicadores, que residían en ciudades lejanas y que, como nosotros, parecían no tener nada mejor que hacer para amenizar aquellas noches tan oscuras y colmadas de abatimiento. En ocasiones, el cura traía libros. Un día, al ver que yo tenía discos de Charlie Parker, me preguntó si era aficionado al jazz. En su siguiente visita me trajo una vieja monografía sobre el surgimiento del jazz en Nueva Orleans. Durante un tiempo, el sacerdote hizo reiterados intentos de ilustrarme en el shtundismo, pero en vistas de mi absoluto desprecio por los símbolos de la fe, me dejó en paz. Los miembros del clan familiar de Kocha ya me consideraban de los suyos. También venían de vez en cuando y me hacían partícipe de los asuntos de la comunidad. En un par de ocasiones, Kocha y yo asistimos a sus oficios religiosos, pero nunca nos quedamos hasta el final. Todas las veces Kocha me arrastraba hasta la cocina con el fin de saquear las reservas de vino. Otras veces, venía Tamara, me saludaba con una cierta reserva, como si quisiera

decirme algo y no encontrara las palabras adecuadas para ello. Yo, por mi parte, no tenía ningún interés en preguntarle nada. Hay ciertas cosas de la que es mejor mantenerse alejado, como las intimidades ajenas, en ese caso.

Después de esos meses de tanto sol y sombra, de tormentas de arena y de una generosa vegetación marchita, llegó octubre. Las mañanas siguieron siendo soleadas, aunque frías. Todos los días se pronosticaban ciclones. Me levantaba a regañadientes, salía al exterior y me lavaba la cara en el lavamanos, aterido. La pasta de dientes se había helado en el interior del tubo. Por la mañana, una niebla gélida envolvía la gasolinera y apenas dejaba entrever algunos árboles. El otoño se imponía, había que empezar a prepararse para la llegada de los meses de oscuridad y de nieve.

Fue en esa época cuando los acontecimientos se desencadenaron. Todo comenzó porque el sacerdote tenía que desplazarse a algún lugar cerca de la frontera para celebrar la boda entre dos de los miembros de su congregación. Como tenía que ir Dios sabe dónde, se decidió que lo mejor es que fuera acompañado. La comunidad le proporcionó un Volga blanco destartalado con chófer y le pidió a Tamara que los acompañara con el fin de dar una mayor representatividad a la comitiva. Se contaba también con la participación de Kocha, quien debía ayudar al cura durante el oficio religioso y de velar por la seguridad. Así que unos días antes de la partida, un viejo conocido de Kocha, con quien en su momento estuvo en la cárcel, vino a vernos a la gasolinera. Ambos amigos celebraron su reencuentro, bebiendo vino y cantando canciones carcelarias hasta bien entrada la noche, sin hacer demasiado caso de la pérfida noche otoñal y de su glacial aliento. A la mañana siguiente, Kocha prácticamente había perdido la voz, mientras que su antiguo compañero de celda, que se había ofrecido para bajar al valle con la bicicleta a buscar algunas medicinas, se esfumó sin dejar rastro, con la bicicleta, por cierto. Kocha, desesperado, no pudo hacer más que quedarse tumbado en el sofá, sorbiendo un té caliente, mezclado con generosas dosis de alcohol. Así que tuve que ser yo quien lo reemplazara en el cortejo nupcial. Cosas que pasan en una familia numerosa.

—¿Es necesario que vaya? No tengo ni idea de qué va eso, ni falta hace que te lo diga.

—Her —protestó Kocha, enfermo, con su voz ronca—. No tienes que hacer nada, allí se encargarán de todo, así que no te preocupes. Todo lo que tendrás que hacer es acompañarlos. Eso es todo. —Estaba afónico, su voz estaba muerta como una batería descargada. El viejo no hablaba, farfullaba—. Yo no puedo, ¿o es que no ves que no soy capaz?

—Pero ¿para qué ibas a ir tú? —pregunté, sin comprender.

—A ver cómo te lo explico. No está bien que sólo vayan gitanos. Tiene que haber una persona «normal», por si la cosa se complica.

—¿Es que esa gente tiene algún problema con los gitanos?

—El problema que tienen, Her, es que son unos salvajes. No se fían ni de ellos mismos. Sólo les faltaba que les cayeran encima unos gitanos. Si no fuera por la familia, no te habría pedido ese favor. Eres como uno más para nosotros. Lo que sí te pido es que te pongas mi traje. Pareces un prisionero de guerra con esa ropa que llevas. Vamos, Her, tienes que agarrar al toro por los cuernos.

—Explícame al menos qué clase de gente es —le insistí.

—Son contrabandistas —explicó Kocha—. Allí, todos viven del contrabando. La frontera está justo ahí. Así es como viven, a salto de mata.

—¿Y no los pillan?

—Claro que los pillan. Mientras pillan a unos, sueltan a otros.

—¿Y qué tienen que ver con la comunidad de aquí?

—Hacen negocios con los nuestros. Estos les envían remesas de sanitarios de fabricación china, ellos pasan la mercancía a través de la frontera, la descargan en Rostov y la vuelven a cargar para despacharla con destino a China, haciendo pasar aquellos sanitarios por unos de fabricación italiana. Recuerda, Her, los negocios y la fe van de la mano.

—Está claro.

—Además, a veces asisten a nuestros servicios, se llevan libros, donan dinero a la iglesia, pero no se trata sólo de eso.

—¿Qué quieres decir?

—Si no es a esa pobre gente, ¿a quién entonces habría que llevar la palabra del Señor? No se trata de otra cosa.

—Y… ¿Qué tipo de credo predica el cura?

—Ninguno. El suyo propio, en todo caso. Lo que verdaderamente cuenta es que estés en paz contigo mismo. Y tengas los pies calientes —dijo Kocha, arropándose con la manta.

Vinieron a recogerme el sábado por la mañana temprano. Me puse el traje azul de Kocha, me calcé mis botas militares gastadas y subí al Volga. Si en ese momento alguien me hubiese anticipado cómo acabaría aquel viaje, yo, con toda probabilidad, me lo habría tomado con una actitud más precavida; sin embargo, ¿quién podía haber previsto las consecuencias? Si no agarras el toro por los cuernos, realmente no piensas en las consecuencias de tus acciones.

Cantaban como se canta el himno nacional en unos Juegos Olímpicos, con entusiasmo y al unísono, aunque sin mucho acierto. Muchos desafinaban, pero la alegría de sus voces compensaba con creces sus carencias musicales. Recordé el canto en el funeral de la

madre de Tamara, entonces todo el mundo entonó de forma parecida unas loas a la vida, dando las gracias al cielo por su cariño y rogando a Dios por sus prójimos. Y cuando el sacerdote, de pie sobre el estrado, comenzaba una nueva estrofa, los miembros de la congregación lo seguían con facilidad, cantando alabanzas al Creador. Tamara y el conductor se sintieron inspirados para alzar también sus voces en un canto de gratitud al Señor. Yo, por mi parte, me sentía como un jugador de la selección olímpica de fútbol de algún país tercermundista cantando el himno nacional, abría la boca para cazar al vuelo el comienzo de una palabra antes de vocalizarla, escupiendo con énfasis la terminación. Cuando se entonaban palabras como «piadosos» o «ardiente», mi voz también se dejaba oír dentro del coro general. Los novios estaban en la primera fila, entre el tuerto de Tólik, a la derecha, y el jefe de la comunidad, a la izquierda.

Las frases que entonaban, les calentaban la garganta y cuando las modulaban irradiaban calor como un lanzallamas. Se deshacían en alabanzas hacia las pendientes doradas de Sión, ocultas en el verdor de los bosques bajo el azur gélido del cielo. «¡Oh, Sión! —invocaban—, Sión dorada, el arca de nuestras pasiones, el carbón de nuestros atardeceres. Nos hemos acercado a ti cuarenta veces multiplicados por cuarenta años, nuestra Sión invisible; vamos en trenes, en barcazas, vadeamos ríos, atravesamos líneas de demarcación. Y tú sigues igual de lejana e inalcanzable, ¡Oh, Sión!, no te dejas atrapar ni acoges a las tribus de Israel. Mil aves nos sobrevuelan para guiarnos hacia ti, Sión. Mil peces nos siguen para encontrar el abrigo de tu dulce sombra. Lagartijas y arañas, perros y ciervos siguen los senderos de nuestra fe. Los leones de Judea, con rastas y estrellas sobre la cabeza, protegen nuestro descanso nocturno. Las lechuzas se adentran en las sombras, extraviándose en un viaje infinito. ¿Cuánto tiempo habremos de permanecer todavía en este cautiverio? ¿Cuánto tiempo tenemos que seguir todavía el curso de los ríos que fluyen hacia el sur, allí donde Tú estás? Los malvados granjeros nos expulsan como zorros de sus campos. Las lluvias azules anegan nuestras viviendas y nuestros enseres. Pero, los leones color púrpura de nuestro coraje nos conducen hacia delante, abriéndose paso a través de las lluvias de plata oscura. Los leones de la dicha y de la sabiduría cargan sobre su cuerpo a nuestros hijos somnolientos. Y mezclado con nosotros, camina anónimo el rey de reyes de los peces y las bestias, a quien conoceremos cuando pongamos el pie en Tus preciosas colinas. En alguna parte, él está buscando cómo salir de este desierto, sorteando los obstáculos mientras recorre los caminos nocturnos de la desesperanza, para finalmente llegar a Ti. Aves verdes y amarillas lo alzan en el aire, le apartan el pelo para que pueda contemplar los valles sumidos en la sombra y el silencio. Ballenas de color marrón

rojizo le dan abrigo bajo sus fauces. Ahí está, tocando el tambor mientras atrae a las aves y las bestias para enseñarles el valor de la paciencia y perspicacia. Todo aquel que lo escuche, sabrá que, de aquí en adelante, los caminos serán firmes y frescas las hierbas. Todo aquel que escuche sus enseñanzas, cantará, al son frenético de los tambores, himnos a tu advenimiento, ¡Oh Sión! Es preciso ir a un lugar donde uno sea bienvenido y evitar caminos equivocados. Es preciso no olvidar cuál es nuestra misión divina y a la gente que te ama, ¡Sión!»

Después de cantar todos los cánticos, de que el cura hubiera dado un sermón largo y piadoso, los feligreses, partido el pan y consumido el vino, se dispusieron para el banquete de bodas. Nosotros también fuimos invitados. Recorrimos la única calle de aquel extraño lugar, que estaba formado por casas idénticas. Los contrabandistas llevaban una vida muy singular, era como si se hubieran asentado permanentemente en una estación de tren: sus patios y tejados, sus remolques y sus porches estaban abarrotados de mercancía empaquetada en cajas de cartón y bolsas de deporte. Oscuras cortinas y papel de aluminio cubrían las ventanas, como si se preservaran de un inminente ataque aéreo. Tólik caminaba a mi lado, con la escopeta al hombro. Me explicó que tenían mucho trabajo estos días, que sus ocupaciones los obligaban a estar activos, algo a lo que ya se habían habituado, metidos como estaban en el negocio. La comida se sirvió en el jardín, bajo unos árboles. Había manzanas rojas esparcidas entre la hierba, las temblorosas telarañas envolvían las ramas, el tiempo era ventoso y soleado. Al cura, como invitado de honor, lo sentaron junto a los novios. Al otro lado se sentó el tipo con el pañuelo de colores. De vez en cuando, ambos brindaban por los novios y exhortaban a los allí presentes a ser trabajadores honrados y a pagar sus impuestos. Tólik, el tuerto, me mantuvo entretenido; más tarde Gosha se unió a nosotros, ataviado con una camisa roja. En general, los traficantes resultaron ser gente sencilla y hospitalaria, que decían sentir preferencia por la cocina mediterránea, a pesar de que acabaron mezclando limonada con brandy moldavo. Pensé que aquello era lo correcto: reunirse todos para celebrar una boda o acudir a un funeral; tenía algo de secular y positivo que el cura compartiera mesa con el resto, que todos pudieran bailar con la novia y que al novio lo besaran, emocionados, en los labios con amor fraternal, o al amigo, cuya intervención fuera decisiva para librarles de pronto de un sinfín de problemas.

Los recién casados recibieron un montón de regalos, en su mayoría electrodomésticos de marca Bosch. Tólik explicó que unos días antes habían recibido una partida de ellos, que había sido enviada desde la región transcarpática por unos socios que fabricaban allí distintos

enseres para la casa y la huerta, que etiquetaban con el logo de Bosch debido a algún tejemaneje. Esa misma noche, la remesa sería destinada al Cáucaso Norte, donde los artículos Bosch gozaban de gran popularidad; según parece, allí cualquiera almacenaba numerosos cortacéspedes y motosierras de esa marca mientras, depositadas en las bodegas, esperaban su hora, en no menor número, neveras y microondas sin desempaquetar. Así que los recién casados fueron obsequiados con sendos taladros y cortasetos, varias tijeras eléctricas e incluso un par de láseres de obra con sus respectivos trípodes. Yo expresé mis dudas acerca de su utilidad para un matrimonio en ciernes, pero Tólik me aseguró que el novio, que también estaba metido en el negocio del contrabando, acabaría revendiéndoselos a algunos osetios o inguses y, con el dinero obtenido de la venta, financiaría la construcción de una casa de ladrillo propia.

Pronto empezó a anochecer. Desde una casa vecina, extendieron un cable y pronto las oscuras ramas de los manzanos fueron iluminadas por una suave luz eléctrica. Tólik y Gosha se despidieron; cada uno de ellos le dio al novio un buen beso, estrechándole la mano a la novia, dándole las buenas noches al sacerdote y tratando con ternura a Tamara. El cura había decidido quedarse a pasar la noche en compañía de los contrabandistas, la mayoría de los cuales estaban borrachos, pese a comportarse de manera pacífica y amistosa.

—¿Adónde vais? —le pregunté a Tólik.

—A trabajar —respondió, señalando con la mano en dirección al este, donde las sombras se acumulaban y algunas estrellas de octubre resplandecían con su luz azulada.

—¿Qué te parece si voy con vosotros? —me ofrecí.

—Ven —accedió Tólik—. Sólo que no verás nada, está muy oscuro ahí fuera.

—No importa —dije.

Tardamos un buen rato en cruzar los campos oscuros de manzanos, pisando la hierba seca envuelta en telarañas. Tólik y Gosha avanzaban con seguridad, conversando en voz baja. Si me rezagaba, no me apremiaban sino que me esperaban pacientemente. Finalmente, alcanzamos la pradera desierta. Las nubes habían cubierto el cielo, estaba tan oscuro como si el aire se hubiese impregnado de brea. Tólik y Gosha tomaron un sendero y se alejaban cada vez más, adentrándose en la noche. Yo los perdía de vista mientras sólo percibía el eco de sus pasos y sus voces quedas, que se multiplicaban dando la impresión de que era todo un grupo de personas quienes caminaban allí delante. Mientras me movía en la oscuridad, me esforcé en recordar el camino, si bien inútilmente, para poder retroceder en caso de que la situación lo exigiera. Pensé que conseguiría volver de todos modos, aunque de

momento lo importante era no quedarme rezagado, solo, en medio de aquella fresca negrura fronteriza. La oscuridad delante de mí se volvía cada vez más densa, como si la brea que impregnara la atmósfera hubiera llegado a solidificarse.

—Ten cuidado —me advirtió Tólik, antes de que el terreno empezara a ascender.

Tal vez se tratara del terraplén que habíamos avistado el día anterior. Después de subir la cuesta detrás de ambos contrabandistas, me di cuenta de que estábamos encima del talud de una vía férrea.

—¿Es una vía de tren? —pregunté para asegurarme.

—Sí —respondió el tuerto.

—¿De dónde viene?

—De ninguna parte —contestó.

—¿Cómo que de ninguna parte? Tiene que venir de algún lado.

—Pues, no, no es así. La construyeron en caso de guerra. Pero empezaron a construirla desde la mitad, para luego ir extendiéndola en ambas direcciones, pero no lo consiguieron, la dejaron a medias.

—Entonces ¿nadie circula por aquí?

—Nosotros —aclaró Tólik—. Ahora por aquí pasa la frontera. Ese territorio —dijo, señalando con la mano hacia la izquierda— es nuestro, y aquel —añadió, indicando con la cabeza hacia la oscuridad —, es el suyo.

Estábamos de pie sobre la vía, contemplando las tinieblas.

—¿Y por qué no la desmontáis? —le pregunté al tuerto—. Y la vendes como chatarra.

—Estas vías mantienen nuestro negocio —explicó—. Los guardias fronterizos patrullan con unos UAZ. Una vez que consigues cruzar la vía con la mercancía, ya no te persiguen porque sus vehículos acabarían atascados en las traviesas, ¿entiendes?

—Entiendo. Sólo que no se ve nada.

—*Bro* —rio Tólik—. Son las condiciones ideales para un contrabandista. Gosha, díselo.

Probablemente, Gosha asintiera con la cabeza en la oscuridad, pero no llegué a verlo.

—Y vosotros, ¿cómo hacéis para orientaros sin nada de luz? —pregunté, expresando mis dudas.

—*Bro* —dijo Tólik, poniendo la mano sobre mi hombro—. Escucha tu corazón y no se te escapará nada. Ya vale, Herman —dijo de pronto —. Vuelve a casa, nosotros seguiremos solos.

—¿Volver a casa solo? No sabré encontrar el camino.

—Quien busca, encuentra —sentenció Tólik—. Es peligroso que sigas con nosotros, podrían dispararte. Además, este negocio no va contigo, *Bro*. Hasta luego —dijo, tras golpearme con el puño en el hombro y desaparecer en la oscuridad.

Gosha me estrechó la mano y también desapareció. Me quedé plantado en medio de aquella vía muerta, que no iba a ninguna parte. Las únicas instrucciones que había recibido era que escuchara mi corazón. Y mi corazón me decía que tardaría lo mío en salir de allí y que seguir a aquel par de furtivos aficionados, con sólo tres ojos para los dos, no era una buena idea. Y con más motivo, me decía el corazón, «te metiste en este lío, ahora sal de él». Así que pensé que lo mejor sería quedarme donde estaba hasta que amaneciera. Y eso fue lo que hice. El viento del este soplaba ráfagas de humo. Las nubes se habían desplazado pesadamente y ahora se dirigían hacia el oeste, cruzando la frontera. Pronto, una luna roja y redonda abrió un hueco en la oscuridad, bañando los alrededores con una luz radiante y extendiendo largas sombras a lo largo del valle. Eché un vistazo a mi alrededor y, por fin, reconocí el terreno. Hacía un rato que oía voces y pasos apagados. Ahora, mientras observaba la pradera iluminada por la luna, vi una caravana de camiones cisterna que avanzaba, rumbo al oeste, en dirección a la frontera. Al frente iba un viejo Lada de color oscuro, embarrado con esmero a modo de camuflaje. En su interior, viajaban cuatro hombres ataviados con chaquetas negras y gorros del mismo color. El copiloto iba armado con un kaláshnikov. Los camiones cisterna también eran oscuros, cubiertos de lonas de color cenagoso y redes de camuflaje; de lejos, parecían elefantes que vinieran del corazón de algún territorio desértico, transportando en sus entrañas objetos preciados y reservas de combustible. La caravana se extendía en la distancia, su cola se perdía a lo lejos, resultaba difícil de divisar tras las zarzas y las colinas que poblaban el valle. En dirección a la frontera, podía apreciarse ya cierto movimiento, que indicaba que estaban esperando la caravana; varias figuras humanas iban y venían por el terraplén junto a unos camiones, que estaban estacionados en el lado ucraniano de la frontera. Las figuras descendieron por el talud y descargaron de los camiones tablones y estructuras de madera, que arrastraron luego hasta la vía férrea, para construir con ellos una pasarela. Se notaba que eran expertos en lo que estaban haciendo; de vez en cuando se oía una breve orden, tras la cual alguien corría hacia el otro lado de la vía para acarrear otro tablón a sus espaldas. Cuando el Lada de la avanzadilla llegó al talud, ya habían terminado de construir la pasarela. El vehículo subió con cuidado aquella rampa improvisada, las sombras humanas fueron hacia él y lo rodearon, para luego empujarlo hacia arriba. Con el mismo cuidado, el Lada pasó al otro lado del terraplén. Los camiones cisterna siguieron su ejemplo. Algunos de ellos lograron cruzar la pasarela sin problema, otros tuvieron que frenar, pero, en ese caso, los empujaban o los remolcaban si hacía falta. El paso de los camiones a través de las vías duró mucho tiempo, hasta que, poco a poco, todos

acabaron al otro lado del talud. Desde lo alto de la colina, toda la escena parecía una extraña maniobra de un campamento militar, una columna de tanques que se detiene a cubierto de noche, temerosa de que el enemigo la descubra. Los conductores de los camiones cisterna, los pasajeros del Lada, los constructores de la pasarela y demás camioneros formaban ahora un corro, de pie o sentados sobre los capós de los vehículos, recostados entre las ruedas o subidos al techo de las cabinas, para no perder detalle de lo que pudiera ocurrir. Una vez reunidos, empezaron a discutir, hablaban a gritos, tratando de imponer sus argumentos a los demás. Un grupo pequeño discutía con más fervor, agitaban las manos y se agarraban de los jerséis, amenazando con rompérselos. Otro grupo, que se mostraba más contenido y concentrado, se enfrentó a ellos. El resto permanecía a la espera, sin saber a cuál de los dos bandos unirse. No tenía ni idea de cuál pudiera ser el objeto de la discusión, apenas podía oír lo que estaban diciendo. De pronto, uno de los hombres que guardaban silencio, con un movimiento rápido, sacó del bolsillo de su chaqueta una escopeta de cañón recortado y disparó una descarga al aire. Me agaché de forma involuntaria y entonces fui testigo de algo insólito. Las estrellas negras brillaban en el cielo, perforando el aire espeso e inflamando la hierba seca. Las aves se ocultaron entre las hojas, buscando calor y cobijo, a salvo de las voces desconocidas. Los animales cruzaban la frontera, observando, temerosos, el valle colmado de bruma, donde numerosas sombras se movían repentinamente y, tras sortear la alta barrera del terraplén, se desplazaban hacia la tierra extranjera como personas corriendo hacia el mar de verano. Las serpientes se deslizaban por los rieles relucientes a la luz de la luna, enroscándose en ellos y ocultándose luego en madrigueras que encontraban a su paso. Las arañas corrían por la arena, dirigiéndose hacia lo alto, al otro lado de la luz lunar. Zorros rojos, mostrando sus dientes amenazantes, se acercaban a las vías, el último lugar que los separaba de la tierra ignota. Mientras, los cuervos revoloteaban en lo alto, formando círculos, como si dudaran de abandonar sus cielos, igual que gitanos de abandonar el andén. Vi cómo las raíces se abrían paso obstinadamente a través de la tierra reseca por el sol de verano, tratando de alcanzar el agua que se escondía en las profundidades como el magma. Vi los reflejos plateados de los acuíferos que se perfilaban finamente y cercaban los cuerpos de los muertos que fueron enterrados allí, quién sabe cuándo ni por quién; atravesaban el *chernozem*, moviéndose hacia lo oscuro y desconocido. Vi el corazón negro que late en el fondo del valle, dando vida a cuanto había alrededor, y cómo la leche fresca del gas natural se acumulaba en sus nidos y canales subterráneos, se solidificaba y alimentaba las raíces secas, por las que corrían el ímpetu y la fuerza,

doblando los vástagos en dirección contraria al viento. Una ráfaga de aire me golpeó en pleno rostro; después de reponerme, pude observar cierta confusión en las filas de los contrabandistas. Tres hombres con chaquetas largas habían agarrado por los brazos y las piernas al tipo más gritón del grupo, y lo condujeron al camión cisterna más próximo. Allí, se lo pasaron a otros dos que estaban arriba en el tanque y que le ataron las manos con unas cuerdas. El apresado intentó liberarse, pero lo redujeron con facilidad y, tras abrir la escotilla de la cisterna, lo arrojaron, maniatado como estaba, en su interior. Cerraron la escotilla y saltaron al suelo. No di crédito a lo que acababa de ver. «Por qué lo han hecho —pensé—, se va a ahogar.» Me lo imaginé durante unos instantes chapoteando en aquel espeso líquido azul de gasóleo, como en el vientre de una ballena, intentando hacer fuerza con los pies contra las paredes metálicas de la cisterna. Luego, ambos grupos se dispersaron con rapidez. Las discusiones habían cesado; al parecer, el conflicto estaba resuelto. El conductor del Lada sacó una potente linterna de tráfico y se dirigió a los camiones estacionados mientras iluminaba las colinas circundantes, tratando de detectar alguna presencia extraña. Un potente haz de luz iba recorriendo lentamente la hierba en mi dirección. Cuando ya estaba ascendiendo el terraplén y venía hacia mí, mi instinto me dijo: «¡Al suelo! ¡Ya!», y me dejé caer directamente sobre las traviesas de la vía. El haz de luz se deslizó por encima de mi cabeza y siguió su recorrido; el conductor dio media vuelta y desapareció detrás de los camiones. «¡Largo de aquí, ahora!», fue lo que me dictó de nuevo el instinto. Los camiones cisterna arrancaron sus motores y se marcharon hacia el oeste. Me puse en pie, descendí el terraplén y con el cuerpo ligeramente encorvado eché a andar hacia las lejanas luces de los edificios. Una vez que sentí que el peligro había pasado, me volví para mirar. El viento desplazaba los nubarrones en el cielo, tan pesados como bolsas llenas de monedas, que lentamente habían cubierto el horizonte. De repente, la luz desapareció. La oscuridad había vuelto a asentarse sobre la hierba como el cieno sobre el fondo del río, igual que una madre apaga la luz al salir del dormitorio de sus hijos.

2

Astros nocturnos y hierbas doradas: una mañana como esa, el aire se seca y se endurece como las sábanas húmedas por la escarcha. Desde muy temprano, todo el mundo andaba apresurado, nadie nos prestaba atención. Los hombres preparaban sus jeeps igual que los pescadores aparejaban sus botes, antes de la siguiente salida a las aguas del este, ricas en peces. Las mujeres se acercaban al sacerdote para susurrarle algunas palabras tiernas en su oído, y este, entre risas, les regalaba salmos impresos, lápices y trozos de papel en los que había escrito su número de teléfono. Seva parecía cansado. Como no había estado practicando ayuno precisamente pese a las exhortaciones del sacerdote, hoy todo era contrición y obediencia. Tamara me saludó un tanto nerviosa y me interrogó un buen rato sobre dónde me había metido, con quién había estado y por qué había permitido que se preocupara todo el mundo. Le respondí que, a pesar de que había pasado la noche anterior no se sabía dónde ni con quién, en ningún momento había dejado de pensar en ella. Si bien no parecía enfadada, estaba disgustada conmigo, subió al coche en silencio y dio un portazo, lo cual hizo que la capa de herrumbre que salpicaba la carrocería se desprendiera como la nieve de las ramas de un abeto invernal. Era hora de marcharse. Y el jefe del colectivo de contrabandistas, un aliado nuestro, quiso despedirse de nosotros. Cuando estábamos ya de pie junto al Volga, con Seva al volante y calentando el motor, salieron los recién casados de la casa vecina, y se dirigieron a nosotros. Estaban muy contentos de haber tenido la oportunidad de darnos las gracias por la recepción del día anterior. De hecho, él sacó de los bolsillos de su pantalón de bodas dos botellas de champán rellenas de coñac casero, las puso sobre el capó y nos invitó a beber. Yo rechacé la invitación y subí al coche junto a Tamara. Seva, en cambio, se sumó a la fiesta, dejando el coche en marcha para mantener la ficción de la despedida y del viaje. El cura se tomó aquel retraso con alegría, los contrabandistas le caían bien, tal vez porque le hacían caso y no paraban de llenar su copa. El recién casado sacó del mismo pantalón una navaja de fabricación casera y unas enormes cebollas, las colocó sobre el capó y empezó a cortarlas a destajo. En cierto momento aplicó un exceso de fuerza, llegando a atravesar el

capó del vehículo con la navaja. El conductor lo contemplaba embelesado, sin mediar palabra, limitándose a dirigir miradas ansiosas a la botella de coñac casero.

—¿Y bien? ¿Cuándo nos vamos? —preguntó con voz cansada Tamara.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Tengo ganas de llegar a casa, Her —respondió con un suspiro—. A mi casa.

—Pronto nos iremos —dije, tratando de tranquilizarla.

—¿Cómo te va la vida? —me sorprendió con la pregunta.

—Bien —contesté—. ¿Y a ti?

—A mí también.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Sólo por curiosidad —explicó—. Quiero saber cómo estás allá arriba.

—No sé qué decirte. No puedo quejarme, supongo.

—Es bueno saberlo —dijo Tamara, y se volvió hacia la ventanilla.

Más o menos salimos una hora más tarde.

Seva se metió en una arboleda. Había dicho que conocía el camino y nos llevaría a casa sin problemas. Para salir del valle, enfiló una larga cuesta. El Volga se calaba y patinaba; entonces, nuestros socios del lugar rodearon aquel trasto y trataron de empujarlo. Cuando por fin conseguimos salir del valle, el coche comenzó a brincar por un camino de tierra cubierto de ladrillos rojos y duros como raíces de pinos. Pronto Seva se detuvo.

—¿Era por aquí donde teníamos que girar? —preguntó.

—Eso parece —le contesté mientras Tamara lanzaba un suspiro nervioso.

El cura hizo un gesto indulgente con la mano, como diciendo: «Todo lo que ocurre es voluntad de Dios, así que ve por donde te dé la santa gana, hijo, en todo caso, cuando vayan a recoger la cosecha, no dejarán de dar con nosotros». Y eso fue lo que Seva hizo. Tomó un sendero sospechoso que se perdía entre los maizales, dio gas y avanzó a través de él. Hojas secas golpeaban el parachoques, se enroscaban en los limpiacristales y se metían por las ventanillas bajadas. Los tallos de maíz se partían con un crujido desolador. Un tibio olor a muerte penetraba en el interior del vehículo. Al meternos en uno de los baches, el coche dio una sacudida que hizo que la mano de Tamara se posara sobre la mía, aunque no tardó en retirarla; tal vez, demasiado aprisa. Intenté cogerla de la mano, pero se escabulló, resolutiva, y se apartó de mí. Y así viajamos durante mucho tiempo, despacio y sin el menor atisbo de esperanza, tal y como se suele viajar a través de los maizales.

Aun así, logramos no extraviarnos. Seva, por pura casualidad o

quizá porque realmente conocía el camino, consiguió abrirse paso a través de la dorada selva, y así pudimos dar con la carretera. Eso sí, ya en ella, no supimos qué dirección tomar. Tras pensárnoslo, escogimos girar a la derecha, intentando orientarnos por el sol. Todos callábamos, mientras Tamara suspiraba cada vez más apenada. El sacerdote se ocupó del transistor, que se ahogaba en aquella cuenca por falta de ondas como un buzo al que le falta el oxígeno. Seva, al ver que el cura no conseguía sacarle provecho al aparato, se inclinó hacia él para echarle una mano, olvidándose por completo de la carretera; tan sólo muy de vez en cuando le echaba un vistazo con gesto relajado. En cierto momento, pegó un frenazo en seco, reaccionando a un movimiento repentino. Llevado por la inercia, me golpeé contra el asiento de delante. El sacerdote se deslizó bajo el asiento. Tamara soltó un grito desgarrador por encima de mí. Tólik estaba en medio de la calzada, con su chaqueta *rossoneri* y una mano vendada, sonriéndonos como un viejo amigo.

—¿Qué pasa, Herman? ¿Os habéis dormido? —preguntó chistoso después de que me apeara del coche y me acercara hasta él.

Mis compañeros de viaje seguían en el interior del vehículo, Tamara sollozaba por el susto; Seva callaba, flemático, y el cura susurraba ciertos salmos antiguos dedicados a los submarinistas y a los aviadores.

—Tólik —le dije, mientras veía cómo el sol se reflejaba en su ojo de cristal—. ¿Qué haces aquí plantado en medio de la carretera? ¡Serás imbécil! Podíamos haberte atropellado.

Tólik se limitó a soltar una risa despectiva. Tenía hebras de maíz enganchadas en el pelo; la mano vendada le sangraba.

—¿Qué te pasa en la mano?

—Nada —dijo, quitándole importancia—. Ayer, cuando disparé la escopeta recortada, el hierro reventó. Regresé esta mañana cuando ya os habíais marchado. Me vendé la mano y salí detrás de vosotros.

—Pero ¿por qué?

—Oye, Herman, la cosa es que…, bueno, tenemos que hablar.

—¿Por qué no me has llamado?

—¡Es que no hay cobertura, joder! —dijo Tólik impacientándose—. ¿No lo ves?

—¿Qué pasa?

—Ha llamado tu colega, el futbolista.

—¿Shura?

—Sí, ese. Te estaba buscando. Primero la había llamado a ella —dijo, señalando el coche con la cabeza, refiriéndose, por lo visto, a Tamara—, ya que tú no llevas nunca el jodido teléfono. Pero ya os habíais marchado. Entonces llamó a mi móvil, preguntando por ti.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿No le dijiste que llegaríamos esta

noche?

—Se lo dije, Herman. Pero parece que las cosas no están como para que puedas volver allí. Eso fue lo que me dijo.

—¿Dijo que no podía volver?

—Dijo que no volvieras sin antes hablar con él.

—¿Y qué ha pasado?

—No me lo dijo. Lo único que dijo fue que le llamaras para que te lo pudiera contar en persona. Llámale, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije—. ¿Tienes un teléfono a mano?

—Sí, pero aquí no hay cobertura. Volved con nosotros, al pueblo.

—¿Volver con vosotros? —dije con gesto contrariado—. No quiero que esos vuelvan a beber —dije, señalando con la cabeza el coche como Tólik había hecho antes—. No pasa nada, podemos seguir. Cuando lleguemos, llamaré a Shura.

—Tú mismo —Tólik no quiso discutir—. Otra cosa, me pidió que le llamaras cuanto antes. Dijo que tenías problemas.

—¡Maldita sea! ¿Por aquí cerca habrá algún lugar con cobertura?

—Podríais ir a la casa de los granjeros —propuso Tólik tras pensarlo brevemente—. Pero no les digas que vienes de nuestra parte.

—¿Dónde queda eso?

—Allí —dijo, señalando con la mano hacia ninguna parte—. Allí arriba, ya lo veréis.

—¿Podrías llevarnos hasta allí al menos?

—¿Crees que estoy chalado? —dijo, soltando una carcajada—. Anda, lárgate.

—Hasta luego.

Después de estrecharle la mano, regresé al coche.

—Oye —me gritó tras haber dado unos cuantos pasos—. Esto es para ti —dijo, acercándose y poniendo un objeto extraño sobre mi mano.

—¿Qué es esto?

—Unas tijeras eléctricas. De la marca Bosch. Son auténticas, solo que no tienen garantía.

—Gracias. No necesito ninguna garantía. Haré que las bendigan.

—Buena idea —dijo, y después de saludar a todos con la mano, desapareció entre la neblina que flotaba sobre los maizales.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tamara.

—No sé qué deciros —dije, dirigiéndome no tanto a ella como al sacerdote—. En pocas palabras, tengo problemas. Necesito hacer una llamada.

—Hazla —dijo Tamara, tendiéndome su Nokia color de rosa.

—Es que aquí no hay cobertura, esa es la parte del problema.

—¿Es muy urgente? —quiso saber el cura.

—Muy urgente, padre —le aseguré.

—¿Y qué se puede hacer?

—Tenemos que ir a casa de los granjeros.

El sacerdote se quedó pensativo unos instantes.

—De acuerdo —dijo por fin—. Vamos.

Dimos media vuelta y comenzamos a ascender una pendiente. Ahora el sol giraba en dirección contraria.

Un terreno desierto y lóbrego, rajado por las ruedas de tractor; el suelo negro, reseco; el cielo, bajo, desplegado como un mapa de operaciones militares; los garajes, orientados hacia el este como las iglesias, custodiaban el oeste con sus ventanucos negros y enrejados; cosechadoras detenidas; restos de maquinaria agrícola, de color rojo sucio como la carne de res, sin que allí hubiera ningún alma, ningún granjero, nadie. Un perro parecido a un chacal atravesó el suelo negro, husmeando su superficie impregnada en fuel, para desaparecer tras una esquina. Sin embargo, pasados unos instantes, retrocedió, como asustado por alguien; miró a su alrededor y corrió en dirección opuesta. Pensé que, detrás de la esquina, había alguien capaz de espantar a aquel perro lobuno y obligándolo a desviarse de su ruta. Llegamos a una explanada de tierra negra, sucia y quebrada, y nos detuvimos. Seva apagó el motor. El ambiente era silencioso y hostil, como si nos hubiésemos metido en la boca del lobo. Cogí el Nokia de Tamara y lo abrí, y en un instante apareció una silueta ante el vehículo, ni siquiera nos dimos cuenta.

—Allí hay alguien —dijo Tamara, alarmada.

—Serán unos perros —comentó Seva.

El sacerdote estaba callado, arrepentido tal vez de haber accedido a ir a aquel lugar. Miré la pantalla del móvil, en efecto, allí había cobertura. Traté de recordar el número de El Traumas. «Pero —pensé— cómo lo voy a recordar si nunca lo he sabido, no te jode.» Vi de soslayo, otras dos sombras que corrían de un garaje al otro. Al parecer, también Tamara había reparado en ellas.

—Vámonos de aquí —dijo en voz baja.

—Ahora nos iremos, espera un momento —le prometí—. ¿Puedes marcar el número de El Traumas?

Enfrente, detrás de las cosechadoras, había alguien agazapado. Se podía percibir incluso su mirada acechante.

—De acuerdo —dijo Tamara, que me arrebató el Nokia y se puso a buscar el número de El Traumas.

—Allí hay alguien —nos advirtió el cura mientras señalaba con la cabeza el retrovisor—. Anda, ahora ya no hay nadie.

Me volví para mirar, en efecto, allí detrás no había nadie. El perro cruzó de nuevo por la explanada, aunque esta vez ya no volvería.

—¿Y? —le pregunté, impaciente, a Tamara.

—Está sonando —dijo aliviada—. Toma.

Cuando fui a coger el Nokia, hice un movimiento torpe; Tamara se sobresaltó y el teléfono se le escurrió de las manos y fue a parar debajo del asiento. Me agaché rápidamente para cogerlo.

—Her. —Oí de pronto la voz preocupada del sacerdote.

Cogí el móvil y levanté la cabeza de golpe. Todos miraban por el retrovisor. Eché un vistazo, detrás del coche cuatro tipos nos observaban en silencio sin quitarnos el ojo de encima. Cerré con disimulo la tapa del teléfono y lo guardé en el bolsillo. Tamara me tocó el codo, para indicarme que mirara delante: allí había otros tres, que también nos miraban, callados y reconcentrados como si estuviesen leyendo los nombres grabados sobre la lápida de una fosa común. A sus espaldas se apostaba el perro, que, encorvado, mostraba amenazante los dientes. Sólo entonces pude identificar a qué olía aquel lugar. A fuel y a problemas.

Los granjeros, barbudos y fuertes como toros, parecían una pandilla de moteros, se mostraban adustos y malhumorados. Su vestimenta concordaba con su expresión: chándales negros, cazadoras, monos y camisas de cuero, chaquetas tejanas, ropa de camuflaje. Alguno llevaba un pañuelo rojo anudado a la cabeza; otro, unas gafas de sol. Uno de ellos, incluso, llevaba una pelliza raída sobre su cuerpo desnudo. El que encabezaba el grupo blandía, con movimientos pesados, un trozo de tubería de hierro, y acariciaba con sus manazas la superficie dura y oxidada del metal. De pronto, asestó un golpe brusco y contundente en el capó. El Volga sonó como una campanada en Pascua. Seva bajó de un salto del coche, el sacerdote hizo lo mismo dejando la puerta abierta. Tamara clavó las uñas en la manga de mi chaqueta.

—Tranquila —le dije, mientras buscaba el móvil en un bolsillo y la tijera eléctrica Bosch y el viejo destornillador en el otro—. Tranquila.

Seva se encaró a los tres granjeros, tratando de decirles algo. Lo miraron con desdén, como una jauría de depredadores, lo mismo que si aguardaran que les diera motivo suficiente para enterrarlo de inmediato en el fuel negro bajo sus pies.

—Pero ¿qué haces? —le recriminó Seva al granjero que blandía la tubería.

—¿Que hago qué? —le desafió este, limpiándose las manos en el pantalón de cuero.

—¿Por qué coño le tienes que golpear el coche? —Seva trataba de hablar con un tono severo.

—Bueno, si quieres, te puedo golpear a ti —le amenazó el granjero, apuntándolo con su barriga prominente. Los otros dos cerraron filas a su alrededor.

—Esperad un momento —dijo el sacerdote levantando la voz.

Los tres granjeros se quedaron mirándolo.
—¿Qué pasa, hermanos? —continuó en tono conciliador el cura—. Venimos de una boda. Soy sacerdote. Hemos decidido haceros una visita.
—¿Eres cura? —se asombró el granjero vestido de cuero—. ¿De dónde venís?
—De allí —el cura señaló el este—. Del lado de la frontera.
—Si allí ni siquiera hay iglesia —repuso el barrigudo, cambiando de mano la tubería.
—No nos hace falta ninguna iglesia para celebrar una boda —argumentó el cura.
—¿Sois baptistas? —preguntó hosco el de cuero.
—Son shtundistas —le chivó uno de sus compañeros.
Los rostros de los granjeros adoptaron una expresión aún más hostil.
—Bien —dijo el de la tubería—. Vamos a tener una charla con nuestro agrónomo entonces, ya le contaréis a él qué clase de iglesia es la vuestra.
—Escuchad —dijo el sacerdote, tratando de oponer resistencia, aunque de forma suave—. Tenemos que irnos, nos están esperando y, si no volvemos, saldrán a buscarnos.
—Oye, tío —le dijo el tipo de la tubería—. Si salen a buscaros, ya os encontrarán. Y ahora vamos a ver al agrónomo. ¿Entendido?
—Vamos, pues —accedió entre dudas el cura.
—¿Lleváis teléfonos? —quiso saber el barrigudo.
—¿Por qué? —preguntó Seva, sin comprender.
—Dámelo —le ordenó el otro.
—¡Venga ya! —trató de escaquearse Seva.
El granjero barrigón asió la tubería con ambas manos y propinó un breve porrazo en el vientre de Seva, doblándolo como un plegatín. El sacerdote hizo ademán de acudir en su ayuda, pero uno de los granjeros le impidió el paso. Salí del vehículo deprisa hacia ellos; Tamara me siguió. Los cuatro que estaban apostados detrás del coche, nos rodearon al instante. El que estaba más cerca de mí era un granjero joven y bajito, con una cresta punk y una flamante palanca de hierro en las manos. Me detuve, haciendo de escudo entre Tamara y aquellos tipos.
—Dame tu teléfono —le insistió a Seva el granjero barrigudo.
Seva sacó el móvil y se lo entregó sin rechistar. Uno de los granjeros entró en el coche, cogió las llaves y se las guardó en el bolsillo.
—Ahora tú —dijo el gordo al cura, tocándole con un extremo de la tubería—. Dame tu teléfono.
—No llevo —contestó el sacerdote, anonadado.

—¿Y cómo haces entonces para mantenerte en contacto con la parroquia? Regístralos —ordenó al punk mientras nos señalaba a Tamara y a mí.

—Oye, mujer. —El punk alargó presto la mano hacia Tamara—. Dame el teléfono.

Tamara empezó a gritar, aterrada.

—Cálmate —dije, interceptando la mano del punk—. Ella no lleva teléfono.

—Conque vas de tío duro, ¿eh? —soltó el punk, volviéndose hacia mí.

—¿Y tú, de qué vas? —le dije, metiendo la mano en el bolsillo de mi americana azul para agarrar las tijeras eléctricas, regalo de los contrabandistas.

El punk, advirtiendo con el rabillo del ojo cómo cierto objeto punzante me abultaba en el bolsillo, decidió no correr riesgos y rápidamente se amilanó.

—De acuerdo —dijo—. Si ella dice que no lleva teléfono, pues no lo lleva. ¿Y tú?

—¿Quieres registrarme? Adelante —lo desafié.

—A la mierda contigo —contestó el punk—. A ver, Vovets —dijo, dirigiéndose al barrigudo—. Esos dos están limpios.

—¿Y bien? —reaccionó Vovets—. ¿Vamos entonces?

Fue el primero en ponerse en movimiento, tras entregar el móvil de Seva al punk. Los seguimos, abandonando el Volga, que se quedó vacío y con las puertas abiertas de par en par en medio de unos surcos negros y apisonados. Mientras caminaba, rogaba para mis adentros: «Que nadie me llame ahora al Nokia, por favor, que nadie llame». El perro se quedó junto al coche, husmeando sus ruedas, su pelaje relucía al sol de octubre.

Después de dejar atrás los garajes, los remolques y las cosechadoras, llegamos ante un almacén de grandes dimensiones, construido con bloques de hormigón. En medio de la pared lateral, había una puerta. Junto a ella, estaban de pie unos granjeros. Al vernos, se pusieron a hablar entre ellos.

—¿Qué sucede, Vovets? ¿Traes rehenes? —gritó uno, alto y calvo, con una chaqueta de cuero larga.

—Encerrémoslos en el garaje, que se los coman las ratas —propuso otro, de aspecto achaparrado, con gafas y una voluminosa gorra de piel, que parecía un girasol.

—Y a la tía esa, la dejaremos enterrada en el maizal, ¡hasta primavera! —añadió un tercero, con un chaleco de cuero y un par de vaqueros mugrientos.

—Está bien, está bien —les interrumpió Vovets, con tono severo—.

¿Está Grigori Ivánovich?

—Sí —contestó el alto.

—¿Y cómo está? —preguntó Vovets, como si temiera algo.

—Jodido —respondió el achaparrado, el que parecía un girasol.

—Está mal —confirmó el de los vaqueros mugrientos.

—Entonces, dejadnos pasar. —Vovets se abrió camino a empellones, antes de abrir la puerta y franquearnos el paso hacia dentro.

Aquello parecía el cuartel general de los granjeros. El papel de pared, fijado con clavos a los muros de hormigón, se había despegado en muchos puntos y ahora pendía como banderas a media asta. Arrimados a la pared, había unos bancos largos, cubiertos con alfombras raídas y pieles de cabra; en un rincón, se amontonaba ropa de invierno: tabardos y pellizas. El único ventanuco que había allí, dejaba pasar un mínimo de luz del exterior, el almacén estaba iluminado con bombillas eléctricas de un amarillo intenso. Sobre los bancos, había otros granjeros sentados o tumbados, parecían estar aguardando algo, tal vez buenas noticias que nosotros seríamos los encargados de transmitirles. En la pared opuesta a la puerta, había un escritorio colmado de papeles y vajilla desechable, y un tipo sentado sin afeitar, con rasgos bien marcados y una sonrisa extraña y retorcida. Vestía una chaqueta de cuero y un jersey de Armani falso. Otros dos granjeros montaban guardia a su lado, uno lucía gabardina de cuero artificial y el otro, una voluminosa gorra de policía, también de cuero. No era un policía, pues sus puños estaban profusamente cubiertos con tatuajes carcelarios hechos con tinta azul. Al vernos, el tipo que estaba sentado detrás del escritorio hizo un gesto aún más contrariado. Vovets nos ordenó que nos quedáramos junto a la puerta y se acercó al escritorio. Mientras tanto, el resto de los granjeros nos rodeó para impedir que nos escapáramos.

—Grigori Ivánovich —dijo Vovets, blandiendo la tubería—. Los hemos sorprendido junto a los garajes. Dicen que son de la iglesia. Son shtunditas. Nos han dicho que vienen del lado de la frontera.

Grigori Ivánovich no mostró el más mínimo interés ante la novedad.

—Grisha —intervino el granjero de las manos tatuadas—. A estos shtundistas deberíamos liquidarlos y punto. Ya les vale a esos cabrones.

—Qué dices, Grisha —intervino el tipo de la gabardina—. No nos conviene, es demasiado arriesgado. Es mejor que los encerremos en el garaje para ablandarlos, a ver si cantan.

—¿Qué van a cantar, esos? —discrepó el tatuado—. ¿Qué esperas que te digan? Hay que liquidarlos. Y luego quemar el coche.

—Grisha. —El de la gabardina no daba el brazo a torcer—. ¿Qué

mierda es esa de quemar coches? ¿Acaso estamos en un circo? Los encerramos hasta mañana, quizá así hagan memoria.

—Y una mierda —protestó el tatuado.

—Te lo digo yo —se empecinó el de la gabardina.

—Escuchad —dijo el sacerdote dando un paso adelante antes de que un granjero lo agarrara por el pescuezo y lo arrastrara hacia atrás, como diciendo: no te metas donde no te llaman.

—Grigori Ivánovich —dijo de nuevo el granjero armado con la tubería—. Hay que decidir ya qué vamos a hacer con esos, porque si sus compinches salen a buscarlos, acabarán viniendo aquí, eso seguro.

—También los liquidaremos a ellos. —El tipo de los tatuajes apretó los puños, consiguiendo que la tinta de aquellos resaltara con mayor nitidez.

Grigori Ivánovich suspiró profundamente en un lamento de dolor. El de la gabardina, solícito, sacó del cajón del escritorio una botella medio llena. Grigori Ivánovich, intentó beber con el dosificador puesto un poco de alcohol, pero no consiguió tragarse el vodka, debido a que su garganta, incapaz de tragar el líquido en su interior, acabó regurgitándolo. Grigori Ivánovich, frustrado, lanzó un suspiro de pena y después de devolver la botella al tipo de la gabardina, se dejó caer sobre el respaldo de su silla de oficina.

—¿Qué le pasa? —alzó la voz el sacerdote, dirigiéndose a Vovets.

—Está mal —dijo este con frialdad—. ¿No lo ves?

—¿Tiene parálisis?

—Eso tú —soltó Vovets, irritado—. Tiene desencajada la mandíbula, ¿no lo ves? Ayer tropezamos con unos shtundistas de los vuestros, cerca de la frontera. Se llevó una buena hostia con una escopeta recortada.

«Eso me suena», pensé.

—Dejadme que lo vea —dijo el cura, acercándose al escritorio.

Desde atrás, trataron de retenerlo.

—¡Déjame, quieres! —soltó el sacerdote consiguiendo zafarse, pasando delante de Vovets que, sin soltar la tubería, no salía de su asombro. Luego apartó con facilidad al granjero tatuado antes de inclinarse sobre Grigori Ivánovich. Este, aunque desmoralizado, lo miró con dureza.

En vista de aquello, los granjeros abandonaron los bancos y se plantaron alrededor del escritorio, dispuestos a hacer pedazos al cura en el caso de que infligiera el menor daño a su estimado Grigori Ivánovich. Vovets hizo el ademán de apartar al sacerdote, pero Grigori Ivánovich lo desautorizó con un gesto; Vovets no se movió, con la tubería en ristre.

El cura puso la mano sobre la cabeza del herido, se inclinó hacia él y le palpó con cuidado la mandíbula desencajada. Grigori Ivánovich se

agitó, aprensivo. A su vez, Vovets se estremeció.

—¿Así le duele? —preguntó el sacerdote a Grigori Ivánovich. Este gimió temeroso—. Los humanos —prosiguió el cura— ni siquiera somos plenamente conscientes de nuestras propias capacidades físicas. Solemos tomar nuestro cuerpo como algo que nos es dado para siempre. Y, en consecuencia, percibimos cualquier dolencia como una catástrofe irreparable, capaz de arrebatarnos lo más preciado: la paz de espíritu. Mientras tanto, nuestro cuerpo no es sino un instrumento en las manos del Señor con el que este, como con un acordeón, puede crear músicas prodigiosas al tocar las teclas invisibles. ¡Así es!

El cura presionó con un movimiento brusco la mandíbula, encajándola con un chasquido en su sitio. A Grigori Ivánovich ni siquiera le había dado tiempo de decir un «ay».

El sacerdote se hizo a un lado para contemplar satisfecho su obra. Grigori Ivánovich se tocaba incrédulo la mandíbula mientras abría la boca, tragando aire a bocanadas. Los granjeros observaban embelesados al cura y Grigori Ivánovich.

—Escuchad —dijo el sacerdote aprovechando el momento antes de que el hechizo se deshiciera—. Os voy a decir algo. Vosotros, marchaos —se dirigió a nosotros—. Os alcanzaré luego.

—¿Y usted, padre? —se asombró Seva.

—Te estoy diciendo que os alcanzaré luego —insistió el cura—. Coged el coche.

Me volví hacia la puerta. El punk, situado detrás de mí, interrogó con la mirada a Grigori Ivánovich, quien, un tanto apático, asintió con la cabeza, como diciendo: «No os hagáis los duros y dejad que esos se marchen». Aproveché la ocasión y me escabullí por el hueco de la puerta, llevando a Tamara conmigo. Seva hizo ademán de seguirnos; luego, cuando vi cómo los granjeros formaban un círculo estrecho alrededor del sacerdote, quise desistir de mi propósito inicial, pero el cura me miró con tranquilidad y benevolencia, alentándonos a seguir adelante. El punk, entre perplejo e irritado, salió con nosotros al exterior e ignorando las preguntas de los granjeros que se apiñaban en la entrada, nos acompañó hasta el Volga.

El sol se ocultaba detrás de los garajes, el fuel negro, que impregnaba todo el suelo, se reflejaba intensamente bajo sus últimos rayos. Llegamos hasta el coche. Seva levantó el capó abollado para examinar el alcance de los daños. Tamara se acomodó en el vehículo. Yo, a mi vez, ocupé el sitio junto a ella. El punk se quedó al lado de Seva, sin saber cómo proceder ni qué actitud adoptar.

—No le harán daño, ¿verdad? —me preguntó en voz baja Tamara, refiriéndose al sacerdote.

—No temas —le dije—. Todo saldrá bien.

—Gracias por defenderme —continuó—. Me asusté mucho.

—Descuida.

El punk se puso a inspeccionar el capó junto con Seva. Aprovechando la ocasión de haberme quedado fuera de su vista, saqué el móvil, abrí la tapa y marqué el último número que había quedado registrado. Oí la señal.

—Hola —contestó El Traumas.

—Shura, soy yo. —Traté de hablar en voz baja para que el punk no se diera cuenta—. ¿Me oyes?

—¿Herman? —El Traumas había reconocido mi voz—. Habla más fuerte.

—No puedo hablar más alto —dije en susurros—. ¿Qué pasa por allí?

—¡Herman! —gritó El Traumas al auricular—. Te han venido a buscar esta mañana.

—¿Quiénes?

—No lo sé, pero no parecen policías. Van de civil. Han venido esta mañana y me han sometido a un interrogatorio.

—¿Y qué les has dicho?

—Les dije que habías ido a ver a tu hermano y que no sabía cuándo volverías.

—¿Y qué dijeron?

—Que volverían, que necesitaban verte con urgencia. Y luego se marcharon a la ciudad.

—¿Y qué hago ahora?

—Aquí no vengas —dijo El Traumas—. Creo que volverán. Es mejor que desaparezcas durante unos días. Hasta que la situación se calme.

—¿Y adónde se supone que debo ir?

—Maldita sea, Herman, puedes ir adonde quieras, por favor. —El Traumas se impacientó, pero enseguida recuperó la calma, y luego añadió—: Está bien, está bien, lo siento. Vuelve a llamarme luego. Consigue que te acerquen al paso a nivel y desde allí puedes ir a pie hasta la estación, yo estaré esperándote. Te llevaré algo de dinero y tu pasaporte.

—Gracias, Shura.

—Descuida —dijo El Traumas, y colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Tamara.

—Nada, problemas en el trabajo —dije sin más explicaciones.

El tiempo transcurría lento y pesado, como si se obstinara en aferrarse a las cubiertas de los garajes y a la maquinaria agrícola. Había oscurecido, la atmósfera se había enfriado. Estaba a punto de adormecerme cuando vi al perro, que meneaba el rabo en una muestra de lealtad. Lo seguía el sacerdote, con paso resuelto, y luego, a sus espaldas, a los granjeros. Después de llegar junto al coche, el cura se

despidió de ellos con un ademán de la mano. «¡Vámonos!», le ordenó a Seva antes de ocupar el asiento del copiloto. Uno de los granjeros, sin mediar palabra, devolvió a Seva las llaves del coche. Los granjeros estaban algo desconcertados, guardaban silencio y no se movían de su sitio, limitándose a carraspear de vez en cuando.

Seva cerró el capó de golpe y se acercó al punk.

—Devuélveme el móvil —le dijo resuelto.

—¿Cómo? —El punk se impacientó.

—Devuélveme el móvil —le insistió Seva con firmeza.

El punk miró a los suyos. Al no encontrar el apoyo que esperaba, sacó el móvil de Seva de su bolsillo. Seva recuperó el teléfono, se puso al volante, encendió el motor y pisó el acelerador. Después de dar una vuelta de honor alrededor de los granjeros, el vehículo partió lejos de aquel lugar impregnado en fuel.

Cuando ya nos habíamos alejado de allí y los tallos de maíz azotaban de nuevo los laterales del coche, me incliné hacia el sacerdote y le pregunté:

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien —respondió alegremente el cura.

—¿De qué habéis hablado?

—De nada importante —respondió en tono frívolo el cura—. Hablamos de los caminos que nos tocaba en suerte transitar. También sobre la divina providencia que nos guía, pero de lo que más hemos hablado es de reformar el sector agropecuario.

—¡Venga, hombre! De verdad, ¿sobre qué habéis hablado? —insistí.

—Herman, ya lo sabrás a su debido tiempo. —Me dijo el cura, sacando un encendedor Zippo de un bolsillo y, del otro, un pañuelo limpio en el que envolvió cuidadosamente el encendedor y lo volvió a guardar.

Luego se quedó dormido, como si no le importara nada de este mundo.

El aire era negro y pétreo como el carbón. Los faros del coche bañaban la carretera con un grueso haz de luz dorada, deslumbrando los ojos de los zorros que merodeaban por los campos. Sus ojos asustados emitían un breve destello, para luego apagarse llenos de tristeza. Seva no apartaba la mirada de la calzada maltrecha. Para mi sorpresa, Tamara deslizó su mano por mi pierna. La miré, es decir, a Tamara, no a mi pierna ni a su mano sobre esta, pero me daba la espalda mientras miraba por la ventanilla hacia ninguna parte, lo mismo que si no estuviese presente, lo mismo que si no fuese ella siquiera la que compartía aquel coche con nosotros ni que tampoco

fuese suya la mano que ahora trepaba segura por mi cuerpo, venciendo con facilidad la resistencia de la hebilla del cinturón y de los botones de la bragueta, para acabar de deslizarse debajo de mi camiseta, como si tampoco fueran suyas las sortijas, que me abrasaban la barriga a golpe de frío y de peligro, o aquellas uñas largas y afiladas que me rozaban la piel, y me inquietaban y excitaban. Me puse tenso, pero los hombres que iban delante parecían completamente ajenos a Tamara quien, por otro lado, no había olvidado nada, se acordaba de todo, empuñó mi miembro y fue moviendo la mano sin prisa pero sin pausa, impidiendo que exhalara el aire y me relajara; lo asía con fuerza, como si temiera que yo estuviese a punto de escabullirme y darme a la fuga. La oía respirar mientras notaba cómo su mano, temblorosa a causa quizá de la fatiga o de la tensión, no cejaba en aquella labor mecánica, poniendo toda su energía y toda su ternura en la faena que había emprendido. Ni siquiera me miraba, parecía escrutar la oscuridad en el exterior y vislumbrar algo allí. Daba la sensación de encontrarse en dos sitios a la vez, al tiempo que estaba a mi lado, la veía en algún lugar muy lejano y, por esa razón, me resultaba imposible tocarla ni pedirle que no parara ni que cambiara de ritmo. «Ahora no —quise decirle—, un poco más, por favor, ya descansarás luego.» Y cada vez que intentaba decírselo, ella, como si me adivinara la intención, se detenía para recuperar el aliento, expulsando el aire caliente de los pulmones. Esos pocos segundos bastaron para que yo me calmara. Luego habría que volver a empezar continuando con su extenuante acto de amor. Las sortijas en sus dedos estaban calientes, ella gemía de forma apenas audible cuando, de pronto, se volvió hacia mí y me dirigió una mirada larga, dejándome claro que, a partir de ese momento, ya no volvería a detenerse y que, lo quisiera o no, tenía que acabar todo aquello de una vez, porque ¿cuánto tiempo más podríamos aguantar? ¿Cuánto tiempo más podríamos contenernos?; era preciso poner fin a esto, de lo contrario moriríamos de cansancio y de deseo. Y un instante antes de llegar al final, consciente de que había logrado lo que pretendía, puso su mano cuidadosamente sobre mi boca, para que nadie me oyera. Después de eso, ella deslizó su mano húmeda por mi barriga, con un movimiento delicioso e ingrávido, y suspirando con ternura, volvió a mirar por la ventanilla, para observar cómo al caer las estrellas fugaces iluminaban el maíz seco.

3

Hacia la izquierda podía ver las entrañas del depósito, empapadas de una negrura parecida al petróleo. Las farolas penetraban la oscuridad, llenando el aire de chispas que revoloteaban y se iluminaban en el cristal de las ventanas y el metal de la maquinaria. A la derecha, se extendían unas vías de reserva, que formaban un laberinto sin salida, con matojos de hierba, amarillenta por la grasa de las máquinas, y los raíles ennegrecidos por el humo. Estos constituían la línea divisoria tras la cual se erigía el complejo de edificios: el territorio de los delincuentes y de los alcohólicos. Desde allí, llegaba cierta música ensordecedora, mezclada con ladridos de perro y rugidos de locomotora. Un tren de carga, que transportaba carbón de Donbás, pasó en dirección al norte. El aire olía a lluvia y roca mojada, me levanté el cuello de la americana y eché a andar por la vía férrea, tratando de huir del polígono para acercarme a las luces de la estación.

El Traumas dormía plácidamente, con la cabeza hacia atrás, en el interior del buga que estaba aparcado en la plaza de la estación. Corrí rodeando los árboles y, de un salto, subí al vehículo. Shura se despertó y me miró fijamente.

—¿Y ese atuendo? —me preguntó refiriéndose a mi ropa.

—Un traje. Es de Kocha.

—Cámbiate —me aconsejó El Traumas—. Te he traído ropa —dijo, señalando el asiento de atrás—. Aquí tienes tu pasaporte y la pasta. Dentro de una hora sale un tren hacia Donetsk. Es mejor que viajes en tercera clase, suele estar más lleno.

—¿Y dónde voy?

—No lo sé. —El Traumas no tenía respuesta—. Puedes ir hasta la parada final. Una vez en Donetsk, ve a casa de mi hermano. Dile que has venido a comprar un coche. Allí te podrás quedar hasta el fin de semana.

—Shura, pero ¿por qué tengo que esconderme?

—¿Acaso sabes lo que quieren esos tipos?

—No lo sé.

—Pues yo tampoco. Así que vete unos días, así yo también descansaré.

—¿Y Olga? —pregunté, haciendo caso omiso a su última observación—. ¿Quizá ella sepa algo?

—No sabe nada. Se lo he preguntado.

—¿Tal vez habría que avisar a los parientes de Kocha?

—¿Y qué podrían hacer ellos? —preguntó El Traumas—. La cosa va en serio, Herman. O eso creo. Esos tipos no tienen pinta de andarse con chiquitas, si les da por quemar un camión cisterna, lo harán con nosotros dentro.

—De acuerdo —acepté—. Iré en tercera clase. Ahora me cambio.

—Adelante —dijo El Traumas, dándome la espalda.

El aire de octubre se volvió más frío y más denso, de modo que las voces parecían rebotar en la oscuridad, como si esta fuera una superficie invisible, y resonaran en largos ecos antes de desaparecer. Pese a que la voz que sonaba por megafonía no dejaba de emitir anuncios, de informar, de avisar sobre los retrasos, de repetir con insistencia los números de tren, nada de lo que decía aquella voz tenía sentido, era incomprensible: las palabras salían del altavoz, que había en la parte alta de la terminal, y se dispersaban como cacas de pájaro, aquella voz espantaba más que informaba. Yo estaba en el andén al abrigo de la sombra que arrojaba el edificio de la terminal, temiendo entrar en la sala de espera y sin arriesgarme a salir a la luz. A través de los reflectores que perforaban la tela negra de la noche de octubre, observaba desde lejos las siluetas de los operarios que, uno tras otro, iban desapareciendo detrás del paso a nivel, escuchaba aquella jerga ferroviaria y me preguntaba quiénes eran los que habían venido a buscarme con tanta urgencia. ¿Los enviaba mi hermano? Pero ¿por qué no lo dijeron? Y si eran los maiceros, ¿qué querrían? Y entonces sentí cómo la paz en la que yo había vivido instalado durante tanto tiempo se había esfumado de repente. Todo había vuelto a la normalidad, la vida no se dejaba atrapar. «En definitiva, el asunto está tan enredado como esa hierba que crece entre las traviesas de la vía», pensé cuando, por fin, llegó el tren que esperaba.

El vagón estaba semivacío. Los pasajeros eran, en su mayoría, vendedores de poca monta que dormían en el suelo, tendidos sobre unos baúles de lona repletos de valiosa mercancía de fabricación china. Los ejes de los vagones rechinaban como columpios de un parque recreativo. El tren arrancó a trompicones, volviendo a detenerse poco tiempo después como si se acordara de que se había dejado algo. Retrocedió hacia la estación para volver a avanzar de nuevo, arrastrándose y rajando el silencio con sus chirridos. Encontré un lugar tranquilo, entre los baúles y unas cajas con carne refrigerada, que apestaban a muerte, y me acomodé allí. Sentado al lado de la

ventana, pude contemplar la maraña negra de las vías y el cuerpo obeso de la luna, que cruzaba por encima del trazado del ferrocarril de Donetsk. El otoño, impregnado de olor de hortalizas, se desplegaba detrás de la ventana, dejando pasar los trenes de mercancías y de pasajeros, salpicándolos con aromas de verduras maduras o podridas y ahogándolos con vientos cálidos del este. El tren, obstinado, se resistía a avanzar, pero tras dejar atrás el paso a nivel, iluminado por unas luces sofocadas por la oscuridad, aceleró hacia una negrura indescriptible hasta frenar en seco, haciendo sonar su cuerpo de metal y despertando a los ya de por sí inquietos traficantes de animales muertos.

Estaba a punto de dormirme cuando, bajo las luces de las farolas, entramos en una pequeña estación con dos andenes. Se produjo el habitual bullicio de los viajeros. Salí de entre las cajas *mortíferas* y me dirigí a la plataforma del vagón. Me asomé al exterior por una ventana sin cristal y traté de vislumbrar algo en la oscuridad. Vi cómo se acercaba una patrulla de policía. Eran tres: el que iba delante iba armado con un kaláshnikov, los otros dos le cubrían las espaldas. Caminaban con paso resuelto, con cierta premura pero sin perder la calma, como si tuviesen claro adónde tenían que dirigirse y qué tenían que hacer. Una señal acústica atravesó el silencio, anunciando nuestra inminente partida. Los policías se impacientaron, corrieron hacia el vagón más cercano y empezaron a aporrear las puertas cerradas. Las abrieron enseguida y los policías subieron al tren. Intuí que venían por mí y que era a mí a quien estaban esperando en aquella estación dejada de la mano de Dios, alguien les habría dado un chivatazo, o tal vez ellos mismos me habrían seguido la pista, o puede que simplemente se tratara de un golpe de suerte. Una vez que el tren arrancara, no tendría salida. Traté de abrir la puerta, pero no cedió. Encontré el pestillo en la oscuridad, lo deslicé hacia un lado y forcejeé de nuevo. Esa vez lo conseguí. Y salté sobre el asfalto negro del andén. Prácticamente un instante después, el tren se puso en marcha y empezó a moverse, dejándome solo en medio del andén. Cuando hubo pasado el último vagón, advertí, para mi sorpresa, que en la vía de enfrente estaba estacionado otro tren, compuesto sólo de tres vagones, de apariencia oscura y misteriosa. Ningún sonido provenía de allí ni ninguna luz emergía de sus entrañas silenciosas. «Qué extraño —pensé —, ¿quién viaja en un tren como ese?» Y de pronto, reparé en que el convoy del que yo acababa de saltar y que se había alejado de la estación, detenía su marcha. El silencio volvió a hacerse eco de un chirrido de metal. Un instante después, el tren reanudaba despacio la marcha de vuelta a la estación. Entré en pánico. Tenía que desaparecer. De pronto, un haz de luz inundó la oscuridad, faros que abarcaban todo el espacio. El tren entraba de nuevo en la estación. En

ese mismo instante, se oían voces y pasos por todas partes. Tres empleados de la estación llegaron corriendo arrastrando unas pesadas cajas de cartón. Uno de ellos llevaba tres cajas y avanzaba con dificultad, casi le arrancaban los brazos. Los primeros dos saltaron a las vías y corrieron hacia el segundo andén para, desde allí, correr por debajo de los vagones del tren fantasma. El tercero, que no se arriesgó a saltar bajo las ruedas con las tres cajas, se detuvo un segundo y me vio.

—Amigo, échame una mano —me dijo.

Corrí hasta él y le cogí una caja de las manos. Oí un tintineo en su interior. «¡Ah!, lleva alcohol —pensé— champán o vino.» Mientras tanto, el tipo había saltado ya sobre la vía y ahora trataba de encaramarse al andén de enfrente. Salté detrás de él. El convoy que estaba entrando amenazaba con aplastarnos con toda su masa metálica verde y polvorienta, pero conseguimos esquivarlo y echamos a correr por el andén a lo largo de las ventanillas oscuras del tren misterioso, después de haber sorteado todas las trampas y los peligros del Ministerio de Transporte Ferroviario.

La puerta del último vagón estaba abierta. Los dos tipos arrojaron las cajas a bordo y luego subieron ellos. Ayudé a entrar al tercero y luego subí detrás de él, cargando con la caja. Encontré a los tres hombres en el pasillo del vagón en medio de la oscuridad que allí reinaba. La puerta de la cabina del asistente estaba abierta, pero allí no había nadie. Entonces, de entre las sombras apareció un tipo de aspecto duro, con el ceño fruncido y el rostro golpeado. Llevaba un arma guardada en una pistolera, lo más seguro es que se tratara de un guardia de seguridad. Indicó con la cabeza a uno de aquellos hombres para que lo siguiera. El primero de los compartimentos estaba abierto. El guardia entró primero, y nosotros nos abrimos paso tras él y fuimos colocando las cajas sobre las literas de arriba. Yo fui el último en entrar, había muy poco espacio libre allí dentro. Dejé la caja junto a las demás, y me quedé allí sin saber qué hacer. Entonces, retrocedí un paso y volví a la oscuridad del pasillo.

—Cierra la puerta —dijo el guardia de seguridad.

Uno de los hombres cerró con cuidado la puerta en mis narices, dejándome solo en el pasillo. Podía oír voces en el compartimento. Al parecer, ya se habían olvidado de mí. Miré por la ventana y vi el otro convoy estacionado en la vía; percibí algunas sombras que se movían detrás de sus ventanillas, algunas luces brillaban en la oscuridad, el sonido de pasos sordos en las plataformas. Eché a andar por el pasillo del vagón. Aquel era un vagón muy extraño, sin señales de vida. Los compartimentos más próximos estaban abiertos y abarrotados de toda clase de objetos. En uno de ellos, había una impresora sobre la mesilla, además de grapadoras y montones de folios para imprimir

sobre las literas inferiores. En el siguiente compartimento había pilas de periódicos y de revistas cubiertos con una red de camuflaje. El resto de los compartimentos estaban cerrados. Llegué hasta el último y abrí la puerta sin hacer ruido. Entré y me cerré desde dentro. Desde el otro extremo del vagón, se oyeron unas voces; una de ellas era la del guardia. Les estaba preguntando algo a los hombres que habían cargado las cajas. «Quizá les esté preguntando sobre mí», pensé. Oí cómo el guarda avanzaba por el vagón mientras registraba los compartimentos. Cada vez estaba más cerca. «¿Qué hago? —pensé—. ¿Qué hago ahora?» Oí cómo comprobaba que la puerta del compartimento contiguo estuviera cerrada, y lo estaba, como él esperaba encontrarla. Llegó al último compartimento. Tiró de la manilla. La puerta no cedió. Volvió a intentarlo. El compartimento estaba cerrado. Todo en orden, debió de pensar el guarda. Oí cómo se alejaba por el pasillo con sus pasos pesados y firmes. Las voces dejaron de sonar, se hizo el silencio. Me tumbé en la litera de abajo, cerré los ojos y me hundí en el pozo verde de los sueños.

Parecía como si al otro lado de la ventanilla transitaran bestias oscuras cubiertas de pelaje espinoso con luces frontales en sus cabezas de pelo erizado; mientras transitaban, expiraban un vaho tibio nocturno, y asomadas a las ventanillas del vagón, me intimidaban y atemorizaban. De vez en cuando, la luz inundaba las tinieblas, como el yeso fresco rellena un molde y abrasaba los ojos para desaparecer, de inmediato, dejando que la negrura circundante se volviera especialmente espesa como el agua de un estanque. El tren fantasma, al que yo había subido de aquel modo tan extraño, llevaba ya varias horas rodando despacio con rumbo desconocido, alejándome cada vez más de los acontecimientos de los dos últimos días. ¿Qué recordaría de ese viaje? La mezcla de luz y oscuridad, el regusto del aire otoñal, una sensación de roce en mi piel. Sentí como si llevara cien años viajando por aquellas vías, ocultándome en los escondrijos más recónditos de los vagones donde las bestias hambrientas no podían encontrarme. O como si estuviese acurrucado dentro de un armario lleno de ropa, conteniendo la respiración, y, sobre mi cabeza, colgaran abrigos de piel sin desenfundar desde el pasado invierno, y trajes de gala como manchas negras, como cadáveres de vacas en una cámara frigorífica. Me sentía protegido rodeado de los olores que desprendía la ropa colgada de otras personas, que me atraían y atemorizaban a la vez. Las voces y los cánticos resonaban en mi cabeza, volvían y se repetían; todos los salmos que cantaron, todos sus deseos, sus secretos y revelaciones. Todas esas milagrosas personas con todas sus circunstancias personales, ¿por qué tenían que ayudarme, por qué tenían que hacerse cargo de mis problemas? En cualquier caso, a cada

uno de nosotros le toca hacer su propio viaje, mientras va conociendo lugares ignotos y se abre paso a través de las bambalinas de la experiencia personal; y todos aquellos a quienes vayamos encontrándonos por el camino, habrán de quedarse en nuestra memoria, como una voz o una caricia. Aun cuando no logre jamás bajarme de este tren, aun cuando tenga que pasarme el resto de mi vida metido en esta litera como en una trampa extraviada, nadie podrá arrebatarme el recuerdo de lo que he llegado a ver; y sólo con eso me contento.

Los armarios parecían acuarios, en su interior el aire estaba enrarecido, de modo extraño el olor a camisas lavadas y planchadas había desaparecido, abrumado por el olor de los escaparates de las tiendas, como si el hedor de la muerte se impusiera sobre el olor de la vida. Mis mejores recuerdos de infancia son aquellos en que la muerte da paso a la vida. Luego, todo acabó por desaparecer en alguna parte, junto con la ropa vieja y gastada. ¿Y por qué estaría pensando yo en todas esas cosas precisamente ahora, durante ese viaje, que aún me tenía ansioso y excitado? El pasado me deslumbraba, igual que las farolas al otro lado de la ventana, que iluminaban con su luz los rincones más oscuros del vagón. En el pasado, en lo que parecía otra vida, me habían ocurrido muchas cosas diferentes, y es posible que siempre hayan estado ahí, en el fondo de mi mente, mientras trataba de comprender cómo el peligro y la satisfacción formaban un nudo en mi garganta. La mujer que ocupaba mi pensamiento era mayor que yo, aunque antes se diría que yo era mucho más joven que ella: ¿cuántos años tendría entonces, unos catorce? Muy pocos, en definitiva. Pero aun así, alguien debió de haber planeado nuestro itinerario, alguien se aseguró de que yo estuviera en el sitio justo en el momento justo. Ni siquiera recuerdo cómo llegué allí. Fue una casualidad, la vida está llena de casualidades. Me habían enviado con un recado para aquella familia. Tenía que llevarles algo, unos libros quizá, contarles alguna noticia o algo así. Ella estaba clasificando las ropas viejas de sus padres, después de sacarlas del armario y amontonarlas en el suelo en medio de la habitación. Iba y venía, pasando por encima de los vestidos de gala de su madre como si se tratara de la bandera de un enemigo derrotado. Cuando entré, me rogó que esperara. Me senté en el sofá y observé con discreción cómo ella se agachaba sobre las gabardinas y las faldas, sacaba trajes y sombreros del ropero, pisaba con los pies descalzos todo aquel cúmulo centelleante de contornos y olores extraños. Ni siquiera hablamos, pero en el momento de despedirme, me tocó el hombro de un modo extraño, como si tratara de alejarme de ella y de todo aquel desorden extendido con obscenidad en el suelo. Pero entonces no ocurrió nada; ocurrió más

tarde. Desde el principio, yo estaba convencido de que era inevitable que ocurriera algo en algún momento; de lo contrario, ella no habría puesto tanto cuidado en evitar pisar las camisas rojas y amarillas de su padre que estaban en el suelo, ni tampoco sus manos, cuando me tocó el hombro, habrían estado tan calientes. Estarían igual de calientes la próxima vez que coincidimos. Fue a bordo de un autobús nocturno, que no recuerdo de dónde venía ni adónde se dirigía, abarrotado de pasajeros bulliciosos. Estos nunca acababan de calmarse mientras se pasaban alcohol y manzanas, y se interrumpían unos a otros y lanzaban a la noche de verano reniegos y confesiones. Formaban una alegre pandilla de amigos; todos eran de la familia, del mismo barrio dormitorio, todos compartían aquel viaje nocturno de vuelta de una fiesta a través de las luces doradas de los suburbios vespertinos, los pinos, la noche envuelta en negro y el aire fresco, que irrumpía por las escotillas abiertas del techo. Entonces, a mitad de la noche, ella apoyó su cabeza en mi hombro, fingiendo dormir. Una estrategia sencilla la suya que, como otras veces, estaba destinada a acabar en nada. Y qué sorpresa la mía cuando su mano se deslizó repentinamente debajo de mi camisa, sin que ella ni siquiera abriera los ojos para mirarme. Yo reaccioné e intenté introducirle la mano debajo del jersey, pero ella, con un gesto cansado, me obligó a retirarla, dándome a entender quién se iba a encargar de complacer a quién; yo, naturalmente, no tuve objeciones. Era una mujer adulta, al fin y al cabo: piel suave, ojos verdes, mirada inteligente, vestida con vaqueros y jersey; había tenido sus experiencias en el pasado y tenía su futuro, y yo tuve la suerte de quedar atrapado entre los dos. Más tarde, llegué a pensar en que la vida se compone de esas cosas, de los movimientos expertos y apasionados de las mujeres maduras, quienes, al iniciarnos en la edad adulta nos enseñaron a amar y trataron de evitar que unos chavales de barrio dormitorio como nosotros pensáramos que la pugna y la venganza eran lo único que tenía cabida en la vida. Por eso, siempre las defendimos, cuidamos de ellas, preservándolas del envejecimiento y del abandono, y aprendimos a no recular ni desentendernos cuando atravesaban situaciones especialmente difíciles. No sé si la mayoría de nosotros éramos conscientes de todo aquello cuando gozábamos de su devoción; cosas como esas, muchas veces, se suelen tomar a la ligera y se olvidan rápido. Nadie prestó especial atención a sus relaciones con las mujeres; estaban consumidos por la tarea de comprender sus relaciones con la vida y la muerte, sin sospechar siquiera que las mujeres son, en realidad, eso, la vida y la muerte. Tampoco yo lo sabía entonces; sólo alcancé a comprender que me estaban ocurriendo cosas importantes y serias, y que ni las bestias letárgicas con luces sobre sus cabezas, que se asomaban a nuestras ventanas, ni los amigos que de vez en cuando gritaban mi nombre en sueños, ni mi absoluta

inmovilidad e impotencia podrían negar la importancia de aquellas cosas. Lo importante es no moverse, lo importante es no despertar a nadie, lo importante es no despertarla a ella.

Me habría gustado saber en qué andaría Tamara mientras tanto.

Me obligué a levantarme y salir de mi compartimento. El sol apenas conseguía atravesar la espesa niebla que flotaba en el exterior. Recorrí el pasillo, crucé la plataforma y me dirigí al siguiente vagón. La luz me cegó y tuve que protegerme los ojos con la mano.

Había llegado el vagón-restaurante. Había una barra de bar y varios taburetes altos, además de unas mesas, que estaban vacías como el campo en invierno, salvo una, que ocupaban dos tipos, de movimientos parsimoniosos y somnolientos; uno de ellos tenía barba y vestía traje negro; el otro, un jersey del ejército, también negro. Ambos llevaban el pelo cortado a cepillo. Sobre la mesa, había vasos con café y un kaláshnikov con la culata recortada. Sobre uno de los taburetes, junto a la barra, se sentaba otro más, con una chaqueta larga y negra, que también estaba tomando café mientras hojeaba unos diarios. En cuanto me vieron, los tres se pusieron en guardia. Los que estaban sentados a la mesa, se levantaron bruscamente sin quitarme el ojo de encima y, de forma sincronizada, ambos hicieron el gesto de coger el kaláshnikov. Yo, mientras tanto, con la mano detrás de la espalda, intentaba abrir la manilla de la puerta.

—Alto ahí —me ordenó el barbudo quien fue el primero en coger el kaláshnikov—. ¿Y tú quién eres?

Ni siquiera supe qué contestarle.

—¿Cómo has entrado aquí? —me preguntó.

—Yo estaba en el otro vagón —expliqué—. He cogido el tren equivocado.

—Y una mierda —el barbudo no me creyó, y con razón—. Ese es un tren especial, hermano. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, vinimos a cargar unas cajas, y luego me quedé dormido.

—¿Estás borracho?

—¿Yo?, no.

Se miraron, sin saber qué hacer.

—¡Kolia! —llamó de repente el que estaba en la barra.

El barbudo se volvió hacia él.

—Regístralo. —Aquello era una petición más que una orden.

—Levanta las manos —me ordenó Kolia y, después de pasar el kaláshnikov a su compañero, vino hacia mí para cachearme con movimientos expertos.

«Esto me resulta tremendamente familiar —pensé—. Menos mal que me he cambiado de ropa, si no habría resultado difícil explicarles qué estaba pensando hacer con unas tijeras eléctricas Bosch.»

—Está limpio —gritó Kolia, haciéndose a un lado.

—Está bien —dijo el tipo de la barra—. Vosotros dos, escoltas del carajo, a la plataforma. Y tú —dijo, dirigiéndose a mí—, ven aquí.

Me acerqué a la barra, sintiéndome algo más seguro. El tipo me señaló el taburete con la cabeza. Me senté, a la espera de lo que el otro fuera a decirme.

Tenía más o menos la misma edad que yo, el rostro gris y la mirada dura y hostil, como si llevara lentes de contacto teñidos de ira. Su afeitado era tan pulcro que tenía algunos cortes rojos en su cuello. Su pelo, ralo y relamido, estaba limpio y peinado de un modo un tanto chulesco. Me fijé enseguida en su larga chaqueta *rossoneri*, idéntica a la que llevaba el tuerto de Tólik. Sólo que esta era auténtica, algo que saltaba a la vista. Creí entrever, además, que una de sus mangas estaba manchada de rojo. ¿Era sangre o pintura? Debajo de la chaqueta llevaba un traje oscuro y caro, una corbata de tonos apagados y camisa blanca. La prensa que había sobre la barra eran periódicos rusos de finanzas. Cuando terminó lo que estaba leyendo, dobló bruscamente la hoja por la mitad y aplastó con su mano menuda, de uñas cuidadosamente recortadas como las de un cirujano, el periódico contra la barra, dejándolo junto al resto de las revistas. Me llamó la atención lo limpio que tenía el cuello de la camisa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mirándome directamente a los ojos.

—Herman.

—¿Herman? ¿Tienes pasaporte?

Metí la mano en el bolsillo y agradecí mentalmente a El Traumas una vez más.

—Koroliov —pronunció tras reflexionar unos instantes—. Ese apellido me suena. ¿Cómo conseguiste subir al tren? Aquí hay guardias de seguridad.

—No lo sé —contesté—. Después de haber perdido mi tren subí a este. Estaba oscuro, no se veía nada.

—Vaya, vaya —dijo, sin creer una palabra de lo que decía—. ¿No es por negocios entonces?

—¿Cómo dices?

—Bueno, quiero decir que tal vez has venido porque quieres algo de mí.

—¡No!, no quiero nada de ti.

—¿En serio? Todos quieren algo de mí.

—Yo no —dije, rotundo, tratando de parecer convincente—. No quiero nada de ti.

—¿Seguro? —insistió para asegurarse.

—Seguro.

—Menos mal que estaba despierto —dijo tras otra pausa—.

Aquellos dos te habrían tirado del tren en marcha. No consigo dormir —se quejó—. Cada vez que vengo aquí, duermo fatal. No me gusta este lugar. ¿Tú, Herman, dónde vives?

—Cerca de aquí.

—¿Eres de aquí?

—Sí.

—¿Y por qué no te largas a otro sitio?

—¿Para qué?

—Para poder dormir tranquilo —aclaró.

—Pero si duermo bien. Me he pasado la noche durmiendo en el vagón de al lado. Además, tengo un negocio a mi cargo. ¿Adónde podría ir?

—¿Un negocio? —dijo, poniéndose en guardia—. Eso está bien. ¿Estás seguro de que no quieres nada de mí?

—Estoy seguro.

—¿Te apetece tomar algo conmigo? —me preguntó de repente.

—De acuerdo —acepté.

Se bajó del taburete y se fue detrás de la barra. El bar tenía un aspecto desangelado, aparentemente le daban poco uso, había pocas botellas, unos pocos vodkas y vinos tan sólo, aparte de una botella de coñac. Fue la que él escogió. Sacó dos vasos de té de debajo de la barra, con sendos posavasos metálicos de los que se utilizan en los trenes y una cucharilla dentro de cada vaso. Las retiró y sirvió el coñac.

—Nunca tengo tiempo para surtir el bar como Dios manda —se excusó mientras me tendía el vaso—. Cada vez que vuelvo por aquí, me hago la promesa de contratar a un buen barman y de comprar bebida decente con la que revestir las paredes. Y siempre me olvido. Tengo mucho trabajo —dijo. Luego apuró el vaso.

Sin saber qué decirle, me limité a beber. La situación era bastante extraña, allí estaba él, sirviéndome como un barman, pero, obviamente, eso no cambiaba nada, seguía siendo su coñac al fin y al cabo. Me escrutaba con la mirada y eso me inquietaba.

—¿Viaja mucha gente en este tren? —pregunté.

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo, poniéndose de nuevo a la defensiva.

—Por nada.

—¿Por nada? Soy el único pasajero, sin contar los escoltas. Ni siquiera dispongo de un barman, como puedes ver.

—¿Hay personal de acompañamiento en ruta al menos?

—Tampoco.

—¿Y quién hace de revisor entonces?

—¡Herman! —repuso—. Este tren es de mi propiedad. Soy yo el que hace de revisor.

—¿Es tuyo, el tren? —pregunté sorprendido—. Entonces ¿tienes todo un tren a tu disposición, como Trotski?

—Eso parece —añadió.

—¿Y dónde vas ahora?

—¿Que adónde voy? —repitió, dudando probablemente de si tenía que decírmelo o no—. En realidad, a ningún lugar en concreto. Es un viaje de inspección, digámoslo así.

—¿Y cómo dejan circular un tren como este? Es decir, ¿cómo lo anuncian cuando llega a una estación? ¿Tiene número?

—¿Sabes dónde estamos ahora? —me preguntó a su vez.

Miré por la ventana. Una luz rosácea iluminaba la niebla; era imposible vislumbrar nada.

—¿Cómo lo voy a saber? —dije—. Jamás había estado aquí.

—Eso es seguro —confirmó—. Es una vía muerta. La construyeron con fines militares para evacuar industrias en caso de guerra. Algo más allá —dijo, señalando con la mano hacia la niebla— la vía se interrumpe, ¿te das cuenta? Así que no viene nadie por aquí, excepto yo.

—Increíble.

—Es un lugar extraño —asintió—. No me gusta venir por aquí. Es un desierto. No hay ni un alma, vayas donde vayas. Sólo hay maíz. ¿Aquí estás bien?

—¿Aquí?

—Quiero decir, en tu casa.

—En mi casa estoy bien.

—Los de aquí sois gente rara —observó. Y volvió a servirme coñac —. No hay manera de llegar a un acuerdo con vosotros. La de problemas que he tenido aquí. Siempre hay alguien que te quiere tomar el pelo o rebajar el precio, y si se emperra, es imposible convencerlo.

—Tal vez no tienes capacidad de convicción.

—Tal vez —accedió—. Mira lo que voy a decirte, Herman. Creo que todos vuestros problemas tienen su causa en el hecho de que os aferráis demasiado a este lugar. Os metisteis en la cabeza que no hay nada más importante que quedaros aquí, no ceder, no dar ni un paso atrás, y así seguís, agarrados a ese desierto vuestro como a un clavo ardiendo. ¡Cuando en esta tierra no hay ni una mierda! Ni una mierda, sencillamente. Aquí no hay nada a qué agarrarse, ¡¿cómo es posible que no os deis cuenta?! ¿Por qué no os marcháis y buscáis un lugar mejor para vivir? A mí, me ahorraríais una cantidad de problemas. Pero no, os habéis agazapado en esas arenas como zorros en sus madrigueras y no hay manera de haceros salir. Cada vez que vengo, tengo *troubles*[24] de algún tipo, ¡cada vez!

—¿Y cuál es el problema entonces? No termino de entenderlo.

—El problema está en que subestimáis los potenciales que ofrece el capital. Creéis que el hecho de haberos criado aquí os confiere el derecho de perpetuaros en este lugar.

—¿Acaso no es así?

—¡Qué coño, Herman, qué coño! —exclamó, volviendo a servir coñac—. Si quieres vivir bien, aprende a llevar tus negocios como es debido. No es muy difícil. Simplemente, trata de comprender que no eres el único que tiene derecho de estar aquí, ¿me explico?

—Sí.

—Además, hay que aprender a transigir, hay que saber dar para recibir algo a cambio.

—Está claro.

—No está bien eso de no dar el brazo a torcer cuando a uno le hacen una oferta en condiciones ventajosas para él, ¿comprendes?

—Comprendo.

—Está bien —dijo, echando un trago, después de calmarse—. Tú sí lo comprendes; en cambio, ellos —añadió, volviendo a señalar la niebla con la mano— no comprenden una mierda. Cada vez no hay más que *troubles*, cada vez —se repitió.

—Bueno, no sé —dije—. Tal vez el problema no está en que no sepan llevar los negocios sino en el hecho de que les des demasiadas opciones.

Me miró con especial desdén.

—Claro que les doy opciones, Herman —repuso—. Claro que sí. ¿O es que crees que me gusta ir pisando cadáveres? Lo que pasa es que aquí estáis todos locos, da la sensación de que el tiempo no pasa para vosotros. Vivís en el pasado, os aferráis a él y no hay manera de sacaros de allí. ¿Acaso no lo ves?

La puerta se abrió y entró el barbudo, que se detuvo en el dintel, en silencio.

—¿Qué quieres, Kolia? —le preguntó el jefe, algo achispado ya.

—Usted me pidió que le avisara cuando el desayuno estuviera listo.

—Lo que te decía —dijo el relamido, dirigiéndose a mí—. Aquí no hay ni cocinero, ni barman, ni azafata. Vamos allí, pues.

Echó a andar por el pasillo con el paso tambaleante de un marinero en tierra. Kolia, después de franquearnos el paso, cerró la puerta detrás de nosotros.

Algo había cambiado desde el inicio de nuestra conversación, el aire se había vuelto caliente, había adoptado el color de la muerte: un intenso color de desespero. Mientras caminábamos por el pasillo, oí unos sonidos extraños que provenían de los compartimentos cerrados. Distinguí el trinar de algunos pájaros y la respiración esforzada de algunas bestias, que me hicieron pensar en unos monstruos

agazapados detrás de la puerta. El tipo relamido iba delante, asestando fuertes golpes contra las puertas de los compartimentos; y a cada golpe, podían oírse estremecimientos y suspiros apesadumbrados. El otro escolta nos estaba esperando al fondo del vagón. Al verme, pareció sorprenderse, aunque no dijo nada, como si el hecho de que yo acompañara a su jefe fuera de lo más normal.

—¡Venga! —le soltó el relamido.

El escolta se apresuró a abrir la puerta y le dejó pasar. Este miró dentro.

—Está todo como usted me lo pidió —indicó el escolta.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora con todo eso? —dijo el relamido, irritado.

El escolta hizo un gesto de desconcierto. Me asomé al compartimento. En el interior había una oveja negra que estaba atada con una cuerda a la mesilla, y que miraba desconfiada algo detrás de nosotros.

—Joder, Kolia. —El relamido estaba cabreado—. ¿Tanto os cuesta comprar una buena carne?

—Jefe, ha sido imposible —se excusó Kolia—. No hay un jodido mercado por aquí, nada de nada.

—Entonces, manos a la obra —ordenó el relamido.

—¿Yo? —preguntó Kolia, horrorizado.

—No pretenderás que lo haga yo, ¿verdad? —se sorprendió el relamido.

Dicho esto, se hizo a un lado, sacó un palillo y se puso a hurgar en sus dientes menudos y bien alineados, como si quisiera decirle a Kolia: estoy esperando, no la cagues.

Kolia estaba desconcertado. Pero como temía a su jefe, eso se notaba, no tardó en reaccionar, haciendo una breve señal con la cabeza a su socio barbudo. Después de que este trajera un cuchillo de grandes dimensiones de los que se utilizan para cortar pan, ambos hombres rodearon al animal.

La oveja se mostraba sorprendentemente sumisa. Al principio, la prendieron entre los dos por ambos costados. El que manejaba el cuchillo era Kolia, pero como estaba nervioso, en vez de degollar a la infeliz, iba apuñalando al animal. La oveja, molesta, trató de soltarse. Finalmente, Kolia consiguió asestarle un fuerte navajazo; el animal agitó el cuerpo, consiguiendo que Kolia cayera de bruces al suelo. El barbudo fue el siguiente en coger el cuchillo. Después de agarrar a la oveja por el cuello, como un marine yanqui a un prisionero talibán, presionó la hoja del cuchillo contra su garganta y bruscamente tiró de él. La oveja sacudió la cabeza y el barbudo dio con sus huesos en la litera de abajo. El cuchillo cayó a los pies del relamido.

—Cretinos —observó este—. No sabéis hacer nada. Dámelo —dijo,

dirigiéndose a Kolia mientras señalaba su pistola.

Kolia, ofendido, le entregó su pistola Makárov y salió del compartimento. El relamido se abrochó la chaqueta, y disparó salvajemente. La sangre se esparció por todas partes, le manchó la chaqueta, pero al relamido eso no le importó, y siguió disparándole al animal tres balazos más. De nuevo se hizo el silencio. Miré dentro del compartimento. El relamido, todo manchado con sangre de oveja, contemplaba a su víctima. Extrañamente aún estaba viva. Un intenso olor a pólvora y tripas flotaba en el aire.

—¿Y bien, Herman? —dijo el relamido sin volverse—. ¿Tienes huevos para rematarla? Para que no sufra —añadió, tendiéndome la pistola.

—No tengo huevos —contesté.

—¿Y eso por qué? —El relamido se volvió hacia mí de inmediato —. ¿Te da miedo la sangre? Entonces ¿cómo vas a desayunar?

—Oye, tío —le dije—. Es que no voy a desayunar contigo.

—¿No lo vas a hacer?

—No.

—Sois todos unos blandengues —dijo el relamido—. Todos. A todos os da miedo la sangre. Por eso nunca vais a conseguir una mierda. Ni tú tampoco, Herman, vas a conseguir una mierda.

—No me importa —repuse.

—¿No te importa? —inquirió con tono de borracho el relamido—. Si no te importa, pues vale. Entonces ¿no vas a desayunar?

—No.

—Pues vale —repitió el relamido—. Kolia, avisa al maquinista para que pare el tren. El pasajero tiene que bajar. Ni una mierda vais a conseguir —reiteró.

—Tienes sangre en la barbilla —repliqué—. Límpiate, no queda bien.

Al principio creí que me dispararían. Los vagones, mientras tanto, iban pasando uno tras otro sin que sonara ningún disparo. Pronto el tren fantasma desapareció de mi vista y sólo el olor a hierro candente que había dejado a su paso me recordaba que alguna vez había existido.

4

A principios de octubre los días son tan cortos como la carrera de un futbolista profesional. Un sol aceitoso flota en las alturas y lastra las sombras en el suelo, ilumina la hierba y calienta el corazón destrozado del asfalto.

Después de alejarme de las vías, anduve mucho tiempo por una antigua carretera, cuyos márgenes eran cañaverales. Abejas despistadas la cruzaban al vuelo; los hilos tibios de telaraña se me adherían al rostro y a la ropa, también a la piel y se me enredaban en el pelo. La carretera se extendía a lo largo de un maizal infinito; el terreno era plano, no había ni un solo árbol, ni un solo pueblo, ninguna señal de vida ni de muerte. Llegué a una bifurcación. La carretera continuaba más allá, en dirección al valle cubierto de sol y telarañas. Me desvié hacia la izquierda, siguiendo el sol, y seguí caminando campo a través, por tierras donde ya se había recogido la cosecha. El camino estaba apisonado y podía caminar bien. El sol me deslumbraba en su viaje por los caminos del cielo. Me detuve varias veces sobre la hierba seca a descansar y miré el cielo, mientras sentía cómo la savia de los tallos se enfriaba e interrumpía su fluir. «No tengo ni idea de dónde estoy, pero a algún lugar llegaré, eso seguro —me decía para tranquilizarme—, lo importante es mantener el rumbo al oeste para alejarme de la frontera.»

La niebla volvió a levantarse al anochecer. La había visto aparecer a lo lejos, flotando como humo en medio de los campos amarillos; al poco era tan espesa que ya no se podía distinguir nada. Durante algún tiempo, los rayos oblicuos del sol aún conseguían penetrar aquella cortina blanca, clarificándola con su luz desde el interior. Mi larga sombra se extendió detrás de mí como una cometa estrellada que hubiese caído en la tierra, incapaz de volver a levantar el vuelo. La niebla se arrastraba desde las tierras bajas y subía del fondo de los barrancos. Poco a poco la luz del sol se desvaneció y la niebla se oscureció, y me vi envuelto en un gran manto lechoso. Seguí caminando mientras me fue posible, tratando de no perderme; no obstante, pronto la niebla se volvió tan densa y omnipresente que tuve que andar prácticamente a tientas, abriéndome paso con las manos a través de la pesada masa del aire vespertino. Siempre tuve la

sensación de que estaba a punto de toparme con alguien que, al igual que yo, estaba envuelto en aquella leche fría, de tropezar con su rostro o con su codo o de apresar algún otro objeto. De pronto, una mano apareció de entre la niebla. En un primer momento, retrocedí, sobresaltado, aunque enseguida me recobré de la impresión y toqué la mano que veía extenderse delante de mí. Lo mismo que si salieran de detrás de unas sábanas tendidas, unos niños surgieron de la niebla. Eran tres. Vestían chándales mugrientos cuyos respectivos colores rojo, blanco y rojiblanco sólo era posible intuir por la capa de suciedad que los cubría. Los más pequeños iban descalzos; el mayor calzaba unas sandalias con plataforma de madera. Sus facciones revelaban su origen oriental: mongol o buriato; su pelo era negro y duro y la piel, oscura, a causa de la mugre y no por la acción del sol. Me miraban entre intrigados y vigilantes como un alce que se metiera por error en el patio de una casa. El mayor me asió con fuerza la mano y me condujo decidido niebla adentro. Me dejé guiar por él, mientras procuraba atisbar algo, pero ni siquiera podía ver mis propios zapatos.

Delante, brillaban suavemente unas luces que adquirieron mayor intensidad a medida que nos acercábamos, reduciendo a cenizas la negrura de la noche. Después de ascender una colina y dejar la niebla atrás, en el fondo del valle, fuimos al encuentro de las luces y las voces que poblaban aquel paraje extraño, con aspecto de maizal recién segado. Las hogueras ardían a su alrededor, secando la humedad de la noche. Una especie de campamento, de dimensiones considerables, desplegaba ante nuestra vista varias decenas de sus tiendas militares; junto a cada una de ellas se apilaba toda clase de artículos domésticos, vajillas, viejas bolsas de viaje y demás fardos que se amontonaban a su alrededor. El chisporroteo de las fogatas se elevaba hacia un cielo blanquinegro donde la oscuridad se mezclaba con los pocos parches de niebla. Hombres y niños se calentaban alrededor de las hogueras; las mujeres salían corriendo de las tiendas antes de desaparecer en la inquietante oscuridad de las sombras. Los hombres eran pequeños de estatura, y la mayoría de ellos vestía ropa de chándal, algunos llevaban sombrero; otros, prendas de camuflaje. Parecían discutir sobre algo mientras se sentaban alrededor de las hogueras; las mujeres, mientras tanto, hacían las faenas domésticas, hablándose a gritos. Los niños desaparecían corriendo en la oscuridad para regresar cargados con manojos de hierba seca y echarla a las llamas, antes de zambullirse de nuevo en los resquicios de tinta. Era difícil calcular cuánta gente se sentaba y se tumbaba alrededor de las hogueras. Los fuegos se extendían hasta la línea del horizonte; las voces se fusionaban entre sí en un murmullo, como en una estación de tren. Nadie se mostró sorprendido por mi aparición; al parecer, allí un

extraño no provocaba recelos. Los niños me condujeron hasta una de las hogueras y luego se fueron corriendo, dejándome solo. Los hombres, sin mostrarse acogedores ni hostiles, siguieron hablando entre ellos en una lengua oriental, mientras trataban sus asuntos mongoles junto a la hoguera. Los dejé estar y eché a andar por el campamento. Su provisionalidad saltaba a la vista: muchos de los enseres estaban sin desempaquetar, atados con cuerdas; junto a las tiendas, había ollas y sartenes, muebles de madera, juguetes, tambores, bicicletas y banderas nacionales, apenas visibles en la oscuridad. La tierra en torno a las tiendas aparecía bien apisonada; se notaba que llevaban varios días instalados allí, aunque era un misterio el modo en que habían llegado hasta allí y cómo pensaban proseguir el viaje, puesto que no había coches, ni camiones ni autobuses a la vista, salvo que se desplazaran en bicicleta. Las mujeres que pasaban corriendo a mi lado me lanzaban miradas fugaces, para bajar luego los ojos enseguida y continuar su camino. De vez en cuando, se veía algún que otro militar, cuyo uniforme gris y extrañas insignias revelaban su pertenencia a algún ejército misterioso. Tampoco esos me prestaban demasiada atención, limitándose a consultar preocupados el reloj o mirando el cielo. En general, el ambiente era de nerviosismo, similar a cuando la gente, con el equipaje hecho, acude a la estación para coger el tren, que por alguna razón retrasa su llegada, lo que provoca discusiones nerviosas entre quienes esperan en el andén, tratando de no alejarse demasiado. Junto a una de las tiendas, se agrupaba un grupo de nómadas. Los hombres hablaban entre ellos, las mujeres gritaban y los niños iban y venían, correteando entre los adultos. A cierta distancia de aquel gentío, un grupo de adolescentes de piel oscura permanecían juntos, sin atreverse a acercarse al resto. Unos perros husmeaban desconfiados los pies calzados con deportivas de los hombres. Algo más allá, había dos tipos con uniforme militar de color gris, algunos tipos rapados al cero y ataviados con caftanes, además de unas ancianas ataviadas con vestidos abigarrados que sostenían hierbas y raíces en las manos. Toda aquella gente miraba atentamente la cortina que cubría la entrada de la tienda. Una luz brillaba en la ventana y una columna de humo aromático salía por una abertura que había en mitad del techo de lona. Sin lugar a dudas, algo importante debía de acontecer allí dentro, algo que probablemente iba a decidir la suerte de toda aquella hermandad nómada. En cuanto empecé a abrirme paso a través del gentío, oí que alguien me llamaba.

—Espera —escuché—. Yo a ti te conozco.

Di media vuelta y vi a Carolina. Llevaba ropa de camuflaje gris y un par de botas militares ceñidas a los tobillos. Una boina negra le cubría la cabeza, dejando entrever sus rastas teñidas de rojo, prietas y resistentes como cabos de barco. Sin miramientos, me enfocó a los

ojos, deslumbrándome, con la potente luz de la linterna que sostenía en la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó.

—¿Y tú?

—Estoy trabajando —me contó.

—Y yo vuelvo a casa.

—¿Hace mucho que has salido?

—Hace mucho, sí. Perdí el tren. Llevo todo el día caminando.

—¿Y qué tren es ese? —preguntó en tono burlón—. Por aquí no hay ninguna vía férrea.

—¿En serio?

—Desde luego. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Por casualidad.

Guardó silencio unos instantes antes de apagar la linterna.

—Está bien —dijo por fin—. Ven conmigo.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el centro del campamento nocturno. Iba sorteando las hogueras, saludando con la mano a los nómadas a los que conocía. Se detuvo junto a una tienda grande con imágenes de cruces y letras estampadas en sus paredes.

—Cuando entres no pises el umbral —me advirtió, volviéndose hacia mí y antes de desaparecer rápidamente en el interior.

Una vez dentro, colgó la linterna en el techo, consiguiendo que unas sombras dulces y pesadas danzaran por las paredes. La tienda era cálida y espaciosa, estaba dividida en dos. En el lado izquierdo había varios sacos de dormir, con camisas, jerséis y calcetines gruesos del ejército amontonados unos encima de otros. El lado derecho estaba abarrotado de cosas, aparentemente aleatorias: bolsas deportivas repletas de raquetas de tenis, cepillos de mano y hoces, ocupaban uno de los rincones. Al lado, había libros apilados: restos multilingües de la biblioteca personal de alguien. Allí estaban los clásicos, autores franceses y estadounidenses, aunque tampoco faltaban obras esotéricas y libros religiosos que convivían con libros de cocina y viejas guías turísticas. Cerca de los libros, se amontonaban electrodomésticos y objetos, por así decirlo, de uso cotidiano: planchas, transistores, lámparas de mesa entrelazadas con cables, un par de sillas de montar, bridas, navajas de afeitar, peines y espejos de mano. Un mapa de grandes dimensiones, cosido a la pared con hilo grueso de color blanco, colgaba encima de todo aquel montón de cosas. «Eurasia», decía la leyenda. Las rutas marcadas con bolígrafo rojo se extendían desde el este del Tíbet y las regiones fronterizas con China, desde su Gran Muralla y Mesopotamia, hasta Rostov, para atravesar luego nuestra región. «La gran migración de los pueblos», pensé al contemplar el mapa. Miré a Carolina, que estaba observando atentamente en medio de la tienda junto a un televisor, un aparato en

blanco y negro, de tamaño grande. Lo curioso era que estuviera encendido, si bien su pantalla no emitía nada, salvo una luz gris, brillante y doméstica que bañaba el interior de la tienda.

—¿Cómo funciona? —pregunté sorprendido.

—Con gasolina —explicó Carolina—. Fuera de la tienda tenemos instalado un pequeño generador que la alimenta. Es una lástima que la antena sea de poca potencia, por eso no se ve nada.

Después de quitarse su chaqueta militar y dejarla en el suelo, se puso un jersey grueso de punto y se acomodó sobre los sacos de dormir.

—¿Y bien? —dijo—. Cuéntame.

—¿Quiénes son todas esas personas en el campamento? —pregunté.

—Son refugiados —me informó—. Mongoles, tibetanos; incluso hay africanos.

—¿Adónde van?

—Al oeste.

—¿Eso no es ilegal?

—Por supuesto que lo es —dijo, sacándose una pipa del bolsillo, llenándola de tabaco y encendiéndola. Luego se dejó caer sobre una cama improvisada—. Si no fuera por nosotros, hace tiempo que los habrían deportado a todos.

—¿Y quiénes sois vosotros? —pregunté.

—Una delegación especial de la Unión Europea —aclaró Carolina, soltando una bocanada de humo aromático—. Nos dedicamos a supervisar el cumplimiento de los derechos humanos. Aunque en realidad, lo que hacemos es escoltarlos para que no los masacren por el camino. No tienen documentación ni nombres convencionales. Estos mongoles son extraños, pero buena gente.

—¿Por qué han vuelto a Europa?

—¿Cómo te llamabas tú? ¿Herman?

—Sí, Herman.

—Herman, son nómadas. Lo de estar constantemente en movimiento lo llevan en la sangre. Aunque esta vez están atrapados en este lugar por el momento. Ya llevamos una semana pudriéndonos aquí.

—¿Y por qué?

—Sibila se puso de parto —dijo Carolina, envuelta en una nube de humo de tabaco.

Me acerqué hasta ella y me senté a su lado. Me ofreció la pipa, pero al recordar aquel brebaje de su termo, la rechacé.

—¿Y quién es Sibila?

—Su representante.

—¿Qué quieres decir?

—Es una especie de delegada popular, más o menos —explicó Carolina—. Asume el poder representativo, lo cual ya es algo. Ellos le tienen confianza y por eso se preocupan tanto por su embarazo. No quieren moverse de aquí hasta que dé a luz. Temen que las autoridades húngaras les veten la entrada. Por eso siguen aquí, esperando. Y nosotros esperamos con ellos.

—Y el padre de la criatura, ¿quién es?

—No hay padre conocido. Esta gente tiene unas costumbres muy peculiares. Aunque ninguno sabe quién es el padre, todos se preocupan por su bienestar. Esto sí que es un matriarcado —comentó, soltando una risotada—. Entonces ¿lo que pretendes es llegar a la ciudad? —quiso saber después de recuperar la calma.

—Sí, probablemente.

—Pasa la noche con nosotros —dijo Carolina—. Tan pronto como Sibila dé a luz, proseguiremos el viaje. Tienen que cruzar los Cárpatos antes de que llegue el frío. Te acercaremos hasta la ciudad, nos coge de camino.

—De acuerdo.

—Entonces toma —dijo, tendiéndome un saco de dormir negro—. Puedes dormir en él. Ven a lavarte los dientes.

Sacó un dentífrico de su bolsa de viaje, se introdujo el cepillo de dientes en la boca y se los cepilló, luego se puso en pie de un salto y salió de la tienda, guardando la pipa aún caliente en el bolsillo de su pantalón. Aunque yo no tenía cepillo, la seguí fuera de la tienda.

Carolina pasó junto a las hogueras que estaban ya extinguiéndose, y echó a andar campo a través, sobre los rastrojos punzantes y oscuros. Después de dejar atrás la última tienda, junto a la que había unas mujeres sentadas, ataviadas con monos color naranja y pañuelos peludos, con rosarios en las manos y fumando cigarrillos con filtro, emprendió el descenso hacia el valle. Su jersey gris de lana gruesa proyectaba una luz cálida delante de mí mientras ella caminaba a paso ligero a través de la noche, aplastando las espigas con los tacones duros de sus botas. Al seguirla, me pareció que las estrellas acudían a su encuentro atraídas por sus rastas como si fueran antenas. Se adherían a ellas y colmaban su pelo de reflejos plateados que bañaban su figura de luz. Llegamos a un lugar donde había varios barriles metálicos llenos de agua. No muy lejos, habían conseguido instalar dos baños químicos, que los nómadas, al parecer, llevaban consigo en sus largos viajes transiberianos. Carolina se inclinó sobre uno de los barriles y cogió agua con las manos. En ellas, aquella agua era lenta y mansa, se colaba perezosa entre sus dedos largos, deslizándose con delicadeza por sus muñecas finas y suaves, traspasando la lana cálida del jersey e irradiando, por debajo de la ropa, una luz eléctrica

evanescente. Carolina separó las manos y entonces el agua restante se precipitó de vuelta al barril metálico, estallando en multitud de fragmentos y rompiendo los reflejos tenebrosos que aparecían sobre la superficie del agua.

—Sujétalo —dijo, después de quitarse el jersey y la camiseta, y arrojándome ambas prendas.

Desnuda de cintura para arriba, se inclinó sobre el agua nocturna y comenzó a lavarse como una auténtica soldado, con las piernas separadas y jadeando a causa del frío y del placer. El agua, como una llama blanca y quebradiza, ceñía su cuerpo reluciente, mostrando su vientre plano y trémulo y sus abundantes pechos perlados de gotas, que le rozaban las venas de los brazos y brillaban intensamente en sus manos blancas como la tiza.

—No quieren lavarse en los ríos —comentó Carolina con respecto a los nómadas mientras se secaba el cuerpo con la camiseta—. Es un verdadero despropósito, su forma de asearse. Eso de lavarse siempre con el agua de barril es antihigiénico, ¿no crees?

—Sí. Y las mujeres nómadas, ¿también se lavan como tú ahora?

—Vete a la mierda —dijo Carolina, molesta. Luego se puso el jersey y se lavó los dientes.

De pronto, en lo alto de la colina donde se hallaba una parte del campamento, el aire se estremeció y se desgarró en un alarido de alegría.

—¡Ha parido! —vociferó alguien antes de que decenas de voces le hicieran eco—. ¡Ha parido!

Una salva de fuegos artificiales iluminó el cielo. Raudas y fantasmales, unas siluetas echaron a correr por el campamento; la alegría se entremezclaba con los mugidos del ganado, una música alegre y ligera sonó en los radiocasetes.

—Vamos —dijo Carolina—. Tenemos que verlo.

Los niños llevaban bebidas y viandas frías a la tienda principal, mientras las mujeres calentaban una especie de guiso en unos calderos enormes. Los hombres se abrazaban pletóricos y se felicitaban unos a otros; la gente, exaltada, se congregaba junto a la tienda de Sibila. Todos querían acercarse a la tienda, donde se hacinaba la multitud, aunque a nadie parecía importarle. Algunos hombres llevaban antorchas; otros teléfonos móviles que utilizaban como linternas. La cortina, que cubría la entrada de la tienda donde acababa de nacer la criatura tan esperada, se había convertido en el centro de todas las miradas. Carolina, resuelta, se abrió paso entre los hombres que estaban allí congregados, apartándolos a un lado con suavidad. Me apresuré a seguirla y los nómadas despejaban el camino sin protestar. En la entrada de la tienda, Carolina se volvió hacia mí:

—Cuando estaba de parto, nadie podía entrar, ni los representantes de la Unión Europea, ¿entiendes?

—Entiendo —contesté.

—Al entrar no pises el umbral —me recordó antes de desaparecer tras la cortina.

En el interior de la tienda la gente hablaba en susurros. Según me explicó Carolina, eran personas de confianza de Sibila: sus hermanas, amigas y concubinas, aparte del guardaespaldas y el contable. Sus rostros irradiaban felicidad; en aquella hora tardía, se sentían unidos por la alegría compartida. En el centro de la tienda había una estufa cuyo tubo de latón se elevaba hacia el techo. Junto a ella, estaba sentaba una mujer joven, con una chaqueta Adidas, que arrojaba al fuego hierbas secas que, al arder, aromatizaban el ambiente. Sibila yacía sobre un lecho improvisado con alfombras sintéticas, pieles de cordero y mantas de fabricación china, en la parte izquierda de la tienda. Era una mujer madura, tenía un rostro oscuro de rasgos mongoloides y unos ojos negros y profundos. Vestía una camiseta Dolce&Gabbana. Su aspecto denotaba fatiga, mitigada por una expresión de ternura, que el maquillaje generoso no hacía más que acentuar. Su hija recién nacida yacía a su lado, envuelta en un edredón de plumas de fabricación alemana, del que asomaba su nariz minúscula, con la que respiraba quedamente mientras dormía. Las visitas habían depositado sobre una alfombra los primeros obsequios, todos ellos fabricados en plata: monedas chinas, una pluma Parker usada, un anillo con el escudo del FK Shakhtar Donetsk y una cucharilla con unas runas finamente grabadas por ambos lados. Después de acercarse con cuidado a Sibila, Carolina se inclinó sobre ella y le acarició la mejilla. Luego sacó del bolsillo una chapa de identificación militar repujada en plata, utilizada como amuleto para protegerse de los disparos de los francotiradores, y la depositó junto a la criatura. Una vez que Sibila le hubo dado las gracias con un movimiento de cabeza, Carolina regresó a su sitio, contenta. La mujer que avivaba el fuego con hierbas aromáticas se acercó a la estufa, inhaló profundamente y se llenó los pulmones de humo. Después se incorporó y se acercó a la recién nacida, y exhaló el aire blanco y ahumado sobre la cabeza de la niña, lo que hizo que la niña sonriera en sueños, y que su sonrisa se contagiara al resto de los allí presentes. Yo también sonreí. Luego la mujer se sentó al lado de la criatura y empezó a hablar:

—Oh, criatura, que surgiste de la nada y que llegaste de ninguna parte, dulce como la luz e invisible como la noche. Todo lo acaecido hasta ahora en torno a ti, todo el aire que has respirado a través de los poros del cuerpo de tu madre, la bóveda celeste entera y la totalidad

de las piedras que la tierra esconde: todas esas cosas tienen ahora cabida en tus sueños. Todo aquello con lo que sueñas y lo que concibes al despertarte está a tu servicio esta noche; todo gravita sobre tu cabeza como los astros gravitan alrededor del vacío. Un calor increíble se elevó de los ríos para protegerte del frío intenso durante el viaje. Las hierbas brotaban del suelo para alfombrarte el paso desde Oriente. Las bestias seguían el rastro de tu aliento, templando con sus cuerpos la entraña negra de la noche. Los espíritus te sobrevolaban como golondrinas, buscando un lugar donde pudieras hacer un alto para descansar. Tu cabeza está hecha de cielo estrellado; tu ojo derecho, de luz lunar; tu ojo izquierdo, de sol amarillo. Tus dientes están formados por cometas y cuerpos celestes. Las nieblas de octubre conforman la materia de tu piel. De las lluvias nacen tus pulmones y de la sequía tu corazón que palpita alborozado. De unas plantas de savia amarga surgen tus brazos y las mazorcas jugosas moldean tus pantorrillas. Tus ojos abiertos hacen crecer la luna y cuando los cierras, los barcos pesqueros naufragan. Cuando suspiras, las mujeres se ponen a peinar sus cabellos de pena y arrepentimiento, y cuando sueñas con el cielo, las ubres de las vacas se llenan de leche.

»Todos los que vinieron a darte la bienvenida a este mundo y todos los que a partir de ahora te sigan por senderos de montaña, de aquí en adelante cantarán sólo para ti. Todos tienen golondrinas que pasan el invierno bajo los tejados. Porque tenemos que pasarlo todos juntos, atravesar las nieves, ayudar a nuestras bestias de carga a vadear ríos congelados, conducir nuestros grandes rebaños a través de puertos de montaña, de la noche invernal, de las ciudades nevadas y de las vías férreas. Así que duerme, criatura, mientras duerman las aves que se posan sobre los hombros de quienes están exhaustos, sigue durmiendo mientras sigan latiendo los corazones de quienes te aman. Cuando te despiertes, el aire de la mañana se agitará y fluirá hacia el oeste, llevándose consigo todos nuestros deseos y todas las palabras secretas que hemos dicho para ti. Cuando te despiertes, nos mostrarás el camino para salir de ese desierto, trazarás una línea larga y fina que nos conducirá al encuentro de todos aquellos de los que una vez nos separamos.

Cuando la mujer se calló, todos entendieron el mensaje y comenzaron a irse de la tienda, saliendo al encuentro de la multitud, que se congregaba en el exterior, emocionada. Ella fue la última en salir; se abrió paso y se detuvo delante de los hombres y las mujeres que estaban allí reunidos y los examinó con la mirada. Todos aguardaban expectantes lo que ella fuera a decirles.

—Tiene ojos dorados y piel morena —anunció la mujer con solemnidad—. Como llegamos de muy lejos a esta tierra y nos hemos

visto en la necesidad de detenernos en estos campos, la vamos a llamar Mocca.

Un viento cálido acogió sus palabras, haciendo volar los sombreros y despeinando a las mujeres. Estas alzaron los brazos hacia el cielo y profirieron gritos de júbilo y los hombres las secundaron, levantando los puños cerrados hacia el aire negro de octubre mientras agradecían a los espíritus locales su benevolencia y misericordia, cantando alabanzas a la recién nacida princesa Mocca, garante de su seguridad y de su libertad de movimientos, reina de los mongoles, poseedora de anillos de plata del FK Shakhtar Donetsk, la bella durmiente de ojos color de oro, cuyo alumbramiento les había insuflado a todos optimismo y esperanza.

En medio de todo aquel alboroto, Carolina tomó mi mano y me ató a la muñeca un fino cordón rojo.

—Será un recuerdo de esta noche —me dijo.

Y me empujó hacia aquella multitud jubilosa, que inmediatamente se apoderó de mí y me arrastró a través de la noche y de sus luces centelleantes. Todos se felicitaban efusivamente, abrazándose y saltando, se colgaban de los cuellos amigos, en medio de la espesa humareda que flotaba a ras del suelo y se extendía a su alrededor. Busqué a Carolina con la mirada, pero había desaparecido. No se la veía por ninguna parte. El viento hacía ondear, en lo alto de la tienda, banderas de la Unión Europea, levantaba nubes de polvo y liberaba la voz de aquellos hombres alegres que formaban corros para cantar con sus voces metálicas canciones incomprensibles pero de una fuerza insólita. Los niños correteaban entre los adultos, escurriéndose entre las piernas de los hombres y esquivando, entre risas y chillidos, los abrazos de las mujeres. En sus carreras, se internaban en la oscuridad, revolvían la bruma y descolgaban con unas largas varas de madera seca las estrellas del cielo, y estas caían como avellanas maduras del árbol, resonando al impactar contra la lona de las tiendas; se precipitaban sobre las hogueras, lo que provocaba chisporroteos a mansalva; se colaban dentro de los bolsillos y los sombreros tendidos, salpicándolos con luz y savia fresca. El ganado, espantado por el alboroto se movía por el campamento en busca de la serenidad del valle y sus barriles llenos de agua fría. Las vacas, perezosas, pasaban delante de las mujeres, que aprovechaban para atarles a las astas cintas y pañuelos antes de que descendieran la cuesta mugiendo con pesadez para huir de las delirantes colinas. Cabalgando como unos auténticos nómadas, algunos niños las perseguían a lomos de cabras y de ovejas como una unidad de caballería diabólica que se abriera camino a través de las lluvias y la larga sequía para alcanzar finalmente los valles y las tierras más fértiles. Unas mujeres, ataviadas con batas y chubasqueros, bailaban alrededor de las hogueras; sus

movimientos sincronizados, ágiles y expertos, emulaban los de las aves y de las bestias que habrían llegado a ver a lo largo de su travesía.

Cansado de todo aquello y después de abrirme paso entre otra pandilla de niños, me encaminé hacia mi tienda. Entré sin pisar el umbral. Con un resplandor suave e ingrávido, la pantalla de la tele continuaba iluminando el interior de la tienda. Carolina, tumbada sobre el saco de dormir, besaba apasionadamente a una rubia musculosa, enfundada en un mono color naranja. Esta, tras quitarle el suéter a Carolina, le besaba sus pechos voluminosos. Carolina le revolvía su pelo corto y claro con una mano mientras con la otra iba desabrochándole los botones del mono. Fingí que estaba mirando la tele. Carolina, sin embargo, al reparar en mi presencia, siguió besando a la rubia con más pasión todavía. Intenté salir a hurtadillas de la tienda.

—Herman —me llamó Carolina entre risas—. ¿Dónde crees que vas?

—No te preocupes —contesté—. Vosotras, a lo vuestro.

—No tengas miedo —Carolina no dejaba de reír—. Ven con nosotras.

—No quiero molestaros.

La rubia alzó la cabeza para mirarme.

—No nos molestas —dijo.

—Nos inspiras —puntualizó Carolina, riéndose de nuevo—. Pero si quieres dormir, adelante.

Las dos mujeres yacían abrazadas mientras aguardaban, curiosas, mi decisión. Pensé que no estaría bien si me levantaba y me marchaba; al fin y al cabo, cada uno festeja a su manera. Me metí en mi saco y tras ponerme de cara a la pared, cerré los ojos con el ánimo resentido. Mientras me ganaba el sueño, ellas seguían besándose.

5

—... y me dijo que estabas aquí, que decidiste quedarte.

—¿Eso te dijo?

—Sí.

—¿Y entonces por qué no me despertó?

—Dijo que dormías como un bebé.

—¿Como un bebé? ¿Qué quiso decir con eso?

—Habría querido decir que dormías como un tronco. Menos mal que no te quitó el pasaporte.

—¿Por qué me dejaron solo?

—Herman —dijo Tamara con tono cansino—. ¿Qué podía haber hecho yo?

—Nada —respondí malhumorado.

Recordar el pasado y reconstruirlo no es tarea fácil. El cuerpo broncíneo del sol flotaba en lo alto del cielo, igual que un dirigible a merced de las corrientes del aire cálido. Cuando me desperté, alrededor del mediodía, intenté recordar el día anterior y su noche interminable mientras evocaba los cánticos, los nombres y los rostros, aguzaba los sentidos para percibir los olores, las corrientes de aire y el silencio que recorrían el habitáculo donde me había despertado. La ausencia absoluta de ruidos resultaba sobrecogedora: «¿Es posible —me pregunté— que todo el mundo siga durmiendo todavía? ¿Tal vez la celebración duró hasta muy tarde y ahora aprovechan para descansar antes de emprender un viaje largo y difícil?». Después de salir del saco me di cuenta de que ni Carolina ni su amiga rubia estaban en la tienda, me habían dejado solo. En realidad, allí no había nada: ni sacos de dormir, ni ropa, ni la tele en blanco y negro. Todos los libros, las bolsas, los mapas y los calcetines habían desaparecido. Temiendo lo peor, salí al exterior. Del campamento, sólo quedaban ruinas y cenizas. Unas humaredas negras y finas se alzaban hacia el cielo como cobras hambrientas. Los trillados caminos por los que habían pasado los nómadas formaban un dibujo extraño e incomprensible, que únicamente los pilotos y las aves habrían sido capaces de descifrar para reconstruir la ruta de las salvajes tribus orientales hacia quién sabe dónde. No sabía cuándo habían partido,

cómo habían podido pasar desapercibidos ni cómo yo no me había dado cuenta de su marcha. Dos grandes tiendas ahuecadas por el viento, además de algunas astas con banderas de la Unión Europea, seguían aún en medio del campo. Algo más lejos, en el valle, pude ver algunos militares dar vueltas alrededor de los baños químicos pintados de azul mientras trataban de cargarlos en un camión del ejército. Junto al vehículo, allí donde antes estaban los barriles de agua, divisé un Volga blanco. Y hacia allí me encaminé.

Tamara no estaba de humor para hablar, pero conseguí que me pusiera al día. Me contó que Carolina la había llamado por la mañana y le pidió que fuera a buscarme; le explicó dónde podía encontrarme y le dijo que lamentaba las molestias, pero que de ningún modo podía llevarme con ellos, porque los mongoles lo habrían considerado un mal augurio. Y que si Carolina se hubiera empeñado, la habrían amenazado con cortar toda relación con las fuerzas de paz.

—Entiendo lo que dices —dije, sentado en el asiento trasero del Volga, contando los álamos secos de octubre, que crecían en los márgenes de la carretera—. Y Carolina, ¿de qué te conoce?

—Es una larga historia —dijo Tamara de mala gana—. En su momento, ella y su equipo colaboraron con nosotros. Proporcionaban ayuda humanitaria a la iglesia. Mantienen una buena relación con el sacerdote, él los ayuda a menudo con el papeleo o simplemente dándoles ánimo. ¿Qué más podía haber hecho Carolina por ti? ¿Avisar a la policía? Piénsalo.

—Ya te digo. Llamar a un hospicio de la iglesia habría sido lo más adecuado —ironicé.

—Era mejor esto, desde luego, que avisar a la policía.

—Podían haberme llevado con ellos, ¿no crees?

—No, no podían —Tamara trató de hacerme entrar en razón—. Les preocupaba que quisieras unirte a ellos. No quieren gente extraña, tienen sus propias reglas. Debes estar agradecido de que no te hicieran daño, mira lo que te digo. Siempre andas metido en líos —dijo, irritada.

—De acuerdo, no te enfades —le dije, con intención de limar asperezas—. ¿Cómo están en casa? ¿Me siguen buscando aquellos tipos?

—Sí, te buscan. Fueron a la iglesia y hablaron con el sacerdote.

—¿Y qué les dijo?

—Nada —me tranquilizó Tamara—. Dijo que no sabía nada.

—¿Y ahora qué?

—Nada. Sólo tienes que esperar. ¿Por qué te pones nervioso?

—¿Quieres saber por qué me pongo nervioso? Ahora te voy a explicar por qué me pongo nervioso. ¿Alguna vez compartiste tienda con dos lesbianas?

—Sí lo hice, pero no me gustó.
—¿Podemos parar aquí un momento? —pregunté—. Tengo sed.

La barraca pintada de verde descansaba sobre una base de ladrillos. Bajo unos árboles, había unos bancos largos, manchados de kétchup y aceite. Era una especie de área de descanso, un remanso de paz amenizado por bailarinas afables y cantos infantiles, frecuentado por pájaros de voces zalameras, donde los viajeros podían compartir las últimas noticias, además de advertir de las trampas y los peligros que entrañaba viajar por allí.

Éramos los únicos clientes. Una mujer rellenita con pelo rosa y uñas pintadas de rojo salió de la barraca, nos miró escéptica y, después de preguntarnos qué queríamos, volvió a entrar. Tamara y yo nos sentamos en uno de los bancos y guardamos silencio. Estábamos tensos. Seva se había negado a salir del coche, eso sí, nos había pedido que le trajéramos algún plato caliente. El sol calentaba los campos otoñales, un viento cálido, que soplaba del este, traía un olor a humo y a hierba seca; los contornos aparecían desolados y silenciosos; un desierto de *chernozem* se extendía en todas direcciones; sobre la línea del horizonte, se erguía una barrera de pinos rojos. El aire parecía estar tejido de aromas y matices de color, como la tela de unas banderas ardientes por el sol que ondeaban al viento de octubre. En aquellas banderas aéreas, vi representadas las arterias alargadas y pegajosas de las telarañas, las finas líneas de las plantas exhaustas, cortadas, arrancadas y recogidas por unas manos de mujer; vi las aves migratorias volar en dirección al sur. Los lentos insectos de otoño trepaban por la tela de aquellas banderas, fusionándose con los colores del cielo y de la tierra. La tela deshilachada olía a cieno y a arena húmeda porque por ahí cerca pasaba un río cuya corriente arrastraba hojas caídas y tallos cortados. Tamara, vestida con un jersey de color cereza, que me resultaba familiar, y una falda larga, escondía su mirada tras unas enormes gafas de sol, parecía la viuda de un mafioso, cuyo eterno recuerdo permaneciese en su corazón. Mientras estuvimos allí, ella no había parado de fumar. Si bien se tomó un té en un vaso desechable, se negó a probar bocado; se quedó observando el revoloteo de unas mariposas que habían acudido a nuestra mesa atraídas por los terrones de azúcar. La luz y el aire de otoño le daban un aspecto fantasmal y aparatoso a todo aquel lugar, que amenazaba ruina y podía venirse abajo y hacerse añicos en cualquier momento. Los días parecían azucarillos que alguien había dejado olvidados sobre la mesa y que se estaban deshaciendo al sol, deslumbraban la vista y excitaban la imaginación, evocando futuros sucesos inesperados, susceptibles de acontecer en cualquier momento.

—Puedes quedarte en mi casa —me dijo Tamara—. Allí no se les

ocurrirá buscarte.

—Es mejor que vuelva a la mía —discrepé—. ¿Qué pueden hacerme si me encuentran? Si dan conmigo, sabré al menos por qué me están buscando.

—No digas tonterías —saltó Tamara—. ¿Para qué exponerte de esa manera? Será sólo cuestión de un par de días, luego podrás volver a tu casa. Ya he avisado a Shura, está de acuerdo.

—Si Shura está de acuerdo…

—Podrás volver dentro de un par de días, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —accedí—. Y tú, Tamara, ¿por qué no te marchaste de aquí?

—¿Adónde? —preguntó, sin entender.

—A cualquier sitio. Al extranjero, por ejemplo. ¿Por qué te quedaste?

Se quitó las gafas y su rostro quedó al descubierto. Sin duda, era evidente que tenía sus años y que no era ya tan joven y despreocupada como antes. Su rostro estaba lívido y su mirada era de preocupación e inseguridad. El cigarrillo temblaba de forma apenas perceptible entre sus dedos ensortijados con anillos grandes de plata oscura.

—Alguna vez habrás soñado sin duda con marcharte de aquí. ¿Qué es lo que te retiene entonces?

—¿Qué va a ser? —dijo tras una breve pausa—. Siempre puede haber algo que nos retenga, ¿no crees?

—¿No es acaso la confianza en el futuro la que normalmente le retiene a uno? ¿Tú la tienes?

—No, yo no la tengo —confesó—. Aunque, sí tengo confianza en el pasado. A veces con eso basta.

—¿Qué quieres decir?

—Me resulta difícil explicarlo —reconoció Tamara—. Vámonos a casa.

No había estado allí desde el funeral de su madre. Al recordar cómo habían acabado entonces las cosas, entré en su casa con cierta inquietud. Ahora bien, el hecho de que mi anfitriona, atareada como estaba, se pusiera enseguida a trajinar sin prestarme atención, hizo que mi inquietud se esfumara pronto, dando lugar a una sensación de confianza y a una extraña melancolía, claramente causada por un dulce recuerdo y una dolorosa premonición. «¿Dulce recuerdo de qué? —me dije a mí mismo, avergonzado—. Era un funeral, después de todo. Habíamos enterrado a Masha, una extraña para mí en aquel momento, pero en cualquier caso era la madre de alguien.» Continué reprobándome y pensando que debía estar agradecido a Tamara porque hubiera venido a rescatarme de aquel nido de corrupción tártaro mongol, porque había sabido cuidar de mí y no me había

delatado a la policía o a los miembros del crimen organizado. «Lo que tienes que hacer es quedarte quieto durante un par de días, hasta que la situación se aclare, y entonces podrás regresar, con la conciencia tranquila, a tu querida gasolinera. Eso sí, no se te ocurra hablarle de su madre para evitarle ese mal trago, ni le prometas que te casarás con ella.»

—Oye, Her —dijo Tamara, interrumpiendo mis devaneos—. Tengo que irme. Ocúpate de la casa. No abras la puerta a nadie ni cojas el teléfono. Tampoco conviene que se te vea por la ventana.

—Espera, ¿adónde vas?

—Tengo cosas que hacer, Herman —se excusó—. ¿No estarás pensando que me voy a quedar encerrada aquí contigo todo el día, ¿verdad?

—No, en absoluto —dije contrariado—. Vete, faltaría más. ¿Para cuándo te espero?

—¿Esperarme para qué?

—Bueno, tengo que abrirte la puerta, ¿no?

—Tengo llave —dijo Tamara, rotunda—. Así que no hace falta que me esperes. Volveré tarde.

—¿Y qué hago mientras tanto?

—Podrías leer un poco. Hay un montón de libros para niños por ahí.

En la sala de estar había una estantería repleta de libros. De hecho, los había por docenas, y lo cierto es que muchos de ellos eran infantiles, y llevaban el sello de la biblioteca de la fábrica. En su mayoría, eran antologías de cuentos de hadas y de ciencia ficción, relatos heroicos sobre pioneros y novelas históricas. Empecé a hojearlos, y de vez en cuando me encontraba con una flor seca o una tarjeta de felicitación antigua que hacían las veces de marcapáginas. Algunas de las páginas habían sido arrancadas. En los márgenes, una mano anónima había trazado dibujos extraños y pentagramas tenebrosos. Ninguno de aquellos volúmenes, sin embargo, despertó mi interés. Después de haberme quedado un rato hojeando los libros, me fijé de pronto en una pila bien ordenada de revistas y vinilos, y en un grueso álbum de fotos que había en un rincón. Cogí el álbum. La mayoría de las fotos estaban cuidadosamente pegadas a las páginas; otras, sin embargo, al no caber en el álbum, las habían guardado sin pegar entre la cubierta y la primera página. Me llevé el álbum al dormitorio. Allí, arrimado a la pared había un sofá plegable, con una decena de cojines y almohadones por encima. De la pared, colgaba un tapiz sintético de fabricación china que representaba la ceremonia del té. Había algo que me resultaba familiar en aquellas figuras, aquellas caras las tenía vistas. En la imagen se veía a dos hombres que se

ofrecían platillos humeantes; en el centro, sobre unos cojines, había una mujer embarazada que estaba recostada y observaba atentamente sus movimientos. Al fondo, había unas *yurtas*, parecidas a unas tiendas de campaña. Junto a ellas, se elevaban los humos de unas hogueras que unían el cielo y la tierra; rebaños de vacas deambulaban entre los humos, buscando pasto y llevando la leche en sus ubres como una amarga verdad.

Me dejé caer sobre el sofá y abrí el álbum.

Atrapados como pájaros en una red, sus ojos me observaban fijamente como si se preguntaran qué podían esperar de mí. Hombres y mujeres, niños y ancianos, militares, obreros, estudiantes de último curso vestidas con delantales blancos, cadáveres en sus ataúdes con monedas de plata colocadas sobre sus ojos cerrados, bebés con sus juguetes favoritos. Todos ellos aguardaban que alguien les mirara a los ojos, representados en color o en blanco y negro, para tratar de averiguar qué clase de vínculo o unión habían tenido entre sí, cómo habían vivido y de qué habían muerto.

Las fotos sueltas claramente no habían sido seleccionadas bajo ningún criterio. Los rostros que aparecían en ellas eran desconocidos y extraños. Conozco bien ese tipo de fotografías, son un mundo aparte, nadie quiere pegarlas en un álbum familiar, aunque tampoco nadie quiere tirarlas a la basura, porque tirar a la basura fotos de personas aún vivas está mal visto. Así las cosas, dichas fotografías, regaladas, enviadas por correo o hechas por un aficionado a saber por qué y para qué, constituyen simplemente un montón aparte. Después de repasarlas sin prestarles demasiada atención, las dejé a un lado.

El resto de las imágenes, en cambio, habían sido seleccionadas con cuidado y esmero, a la vez que representaban el pasado familiar de Tamara, prefiguraban, en cierto sentido, su futuro. Las primeras fotografías de la colección —antiguas y principalmente en blanco y negro, algunas dobladas, rasgadas y garabateadas con tinta— representaban paisajes meridionales impresionantes, picos nevados, techos de teja, ventanas altas y muros de piedra, caminos accidentados y demás exotismos; servían de fondo sobre el que posaban hombres engreídos y muchachas esplendorosas de pelo color ébano y blanca dentadura. Aquellas personas me miraban, ceñudas unas, sonrientes otras; tensas o frívolas y distraídas, algunas. Traté de identificar en sus rostros los rasgos de Tamara, pero sus rasgos eran muy distintos a los de toda aquella gente de montaña; quizá eran sus ojos cansados o sus gafas de sol. Aunque, sin duda, aquellas personas cercanas guardaban cierta semejanza con ella; existían vínculos que antaño las había mantenido unidas, así que traté de identificarlos, algunos aparentemente intrascendentes, que me ayudaran a resolver el

misterio de aquella familia extraña. Examiné con detenimiento sus ropas, revisé cualquier nota o fecha escritas; contemplé los anchos bulevares por los que paseaban mujeres jóvenes con peinados vaporosos; los paseos marítimos ardientes por el sol, con el mar al fondo, donde algunos hombres posaban hieráticos, vestidos con bañadores pasados de moda; los coches soviéticos y los juguetes infantiles graciosos; los accesos a las fábricas; las aulas universitarias, los pasillos de los colegios, los compartimentos de tren y las habitaciones repletas de caras alegres, que miraban a la cámara, intentado distinguir el otro lado del tiempo.

En las fotos, que estaban fechadas a mediados de los años sesenta, había dos niñas que, aunque muy parecidas entre sí, eran en realidad muy distintas: mientras la mayor, de ojos negros, con una medallita peculiar que le colgaba del cuello, miraba al objetivo seria y concentrada, la pequeña aparecía en todas las imágenes desviando la mirada hacia un lado, haciendo caso omiso del fotógrafo. Llevaba atadas al pelo unas cintas absurdas que la hacían parecer un tanto ridícula, aunque, al mismo tiempo, acentuaban su feminidad. Enseguida reconocí en aquellas niñas a Tamara y a Tamila. En las fotos, aparecían siempre en compañía de adultos, hombres y mujeres, que se apiñaban a su alrededor, formando una familia grande y feliz. Los adultos parecían haberse empecinado en dejar registro de cada etapa de las niñas: la guardería (el mobiliario feísimo de las instituciones soviéticas de enseñanza, una educadora de complexión descomunal con una bata de verano, disfraces navideños, bailes, juegos y la angustia lacerante del canto coral); las salidas al campo (animales y girasoles, el reflejo del sol en el agua del lago y la algarabía infantil, susceptible de ser reflejada incluso en una película fotográfica); los veraneos en la playa en compañía de los padres (paisajes desteñidos como banderas al sol); el colegio (uniformes parecidos a los de los presidiarios, celebraciones de fiestas nacionales, recitales de poesía, los primeros exámenes, las amigas que se hacían adultas de un día para otro). El aspecto de las primas cambiaba de una foto a otra; con el paso del tiempo, iban pareciéndose cada vez más a como eran en la actualidad, a como eran en este preciso momento de su vida: adultas y desgraciadas.

En las fotos del colegio, en las que Tamara aparecía rodeada de amigas, solía colocarse en el centro de la imagen, agarrada del brazo de alguna de ellas. Cuando aparecía sola, mostraba una expresión de seguridad, sosteniendo en las manos un ramo de flores, una cartera o algún otro objeto de importancia. Su mirada era la de una persona adulta, aparentaba más edad de la que tenía; a punto de acabar la secundaria, su cuerpo, completamente formado, era el de una mujer joven. Se emperifollaba para ir al colegio, algo que seguramente

estaba mal visto aunque la dirección no lo prohibía. Tamila, en cambio, era todo lo contrario. Era insegura y poco desarrollada, con cuerpo de niña; aun en las fotos tomadas en los cursos superiores, se la podía ver ataviada con jerséis holgados, cintas y zapatos gastados, siempre en un lado de la imagen, tratando de salir disimuladamente del encuadre.

Las siguientes fotos eran de aficionado; en ellas, los rostros estaban sin enfocar, los movimientos denotaban prisa. Tamara aparecía retratada con la bata blanca de estudiante de enfermería. Pude reconocer ciertas casas y paisajes captados por la cámara; incluso, si le pusiera empeño, podría incluso recordar dónde había estado yo por aquellas fechas y qué había estado haciendo. Paulatinamente, el número de caras masculinas que aparecían en las imágenes iba en aumento. Al comienzo, se trataba de unos chavales alumnos de la EFP, imberbes, con blazers cortos de color negro y radiocasetes en las manos; luego, eran todos estudiantes de Medicina con batas blancas. Sucesivamente, los varones parecían cada vez más hombres, maduros e imponentes. Lucían camisas de colores claros y pesadas americanas negras, posaban junto a sus coches Volga o sentados a una mesa de restaurante con una copa de coñac. Llevaban relojes digitales, corbatas llamativas, sus miradas eran desafiantes, y sus puños rotos en peleas completaban el cuadro. Todos ellos posaron por un instante junto a Tamara, antes de pasar a formar parte del pasado. Tamara, siempre ligera y deslumbrante, en los años ochenta llevaba unos horribles cortes de pelo acordes a la moda de la época, gabardinas y vestidos, minifaldas y sandalias de colores claros que, a menudo, sostenía en las manos mientras pisaba descalza el asfalto recalentado por el sol de verano. Tenía la mirada profunda y descarada, la sonrisa tierna y condescendiente; el cuerpo se le transparentaba a través de la ropa, enloqueciendo a todos aquellos profesores y camioneros, atracadores y miembros de juventudes comunistas, pequeños empresarios y alcohólicos, que merodeaban a su alrededor y trataban de hacerse retratar con ella a cualquier precio.

Tamila, que ya empezaba a parecerse a una mujer, en las fotos aún se la veía eclipsada por Tamara. En aquella época, no solían retratarse juntas. Con toda seguridad, fue la misma Tamila la que lo evitaba, aunque quién sabe. Por lo general, Tamila se dejaba fotografiar con adultos, con sus padres o profesoras, con ciertos hombres y mujeres, que Dios sabe quiénes eran para ella. En una de aquellas fotos, Tamila estaba en un parque resplandeciente de luz y verdor de verano, encajonada entre las caderas prominentes de dos señoras orondas y, por eso mismo, completamente desdibujada sobre el fondo de sus vestidos abigarrados. Reconocí perplejo a Ángela Petrovna (cabello espeso y ceniciento, batido y montado hacia arriba como por un

torbellino; mirada penetrante; la madurez otoñal del busto) y a Brunilda Petrovna (el cobre ígneo de su permanente resplandece bajo el sol; las caderas, prominentes se perfilan a través de la tela casi invisible). También había fotos en las que salían Kocha (el andar audaz de joven atracador), El Traumas (el torso musculado de delantero estrella), Sasha *Anaconda* y Andriuja *Michael Jackson*, aparte de muchas otras caras conocidas de amigos, compañeros de clase, vecinos, familiares; toda una sucesión de figuras y de rostros, de sombras del pasado, toda mi vida, mi memoria entera. Y asimismo estaba Tamara, presente en todas partes, con los ojos entornados de contento o de sorpresa; con los cabellos negros como el té; con el cuerpo desnudo, bañado por las olas de un mar de noche; con traje de gala en la entrega de unos premios; con jerséis o chaquetas en su lugar de trabajo; con paraguas, gafas y bolsos; de viaje o de celebración; en bodas y funerales.

El hombre apareció en las fotografías más recientes. Tamara ya era una mujer madura y divorciada, mucho más atractiva y perspicaz que antes de casarse, algo que suele suceder. Su mirada traslucía cierto cansancio, tenía la cara algo abotargada a causa del insomnio y los movimientos se habían ralentizado, su expresión parecía haber adquirido una ligera melancolía, como si se hubiese anticipado a que él reapareciera de nuevo en su vida. Repentinamente, su presencia al lado de Tamara se tornó excesiva: era omnipresente; se interponía entre ella y la cámara como si la quisiera desplazar del encuadre, algo que nadie había tratado de hacer hasta entonces y que, a juzgar por la expresión de la cara de ella, no la contrariaba en absoluto. Tal vez necesitaba su protección o simplemente su presencia, como si estuviera dispuesta a cederle espacio en su propia vida. Los dos aparecían siempre juntos, compartiendo cada lugar, cada momento y cada fotografía. A veces, aparecía el rostro abatido de Tamila; incomprensiblemente, conseguía salir en la foto, si bien sin quererlo, en compañía de aquellos dos, y cada vez que eso sucedía, se la veía sombría, como deslumbrada por el sol. Luego algo ocurrió que provocó que el hombre dejara de estar presente, resultaba inexplicable su ausencia en las siguientes fotografías. A partir de aquel momento, las imágenes eran borrosas y confusas, fotos de antiguas amigas, rostros de ancianos, de edificios y funerales, de ciudades extrañas y paisajes invernales. En todas ellas, Tamara apenas aparecía, como si tratara de no dejar rastro de aquella época de su vida. Sólo las últimas páginas del álbum exhibían unas cuantas fotos relativamente recientes de Tamara y Tamila tal y como eran hoy: exhaustas aunque apasionadas, parecidas y distintas al mismo tiempo. Iban siempre juntas, literalmente, posaban cogidas de la mano mientras se estrechaban una contra otra, sin apartar los ojos de la cámara, muy

atentas las dos, con los dedos entrelazados y sus vestidos y cabelleras rozándose. Mujeres extrañas las dos, de ojos oscuros y con un pasado igual de oscuro, mirando a la cámara con atención y manteniendo los ojos fijos en ti y en nadie más, igual que tú, que sólo las veías a ellas.

Llegó a mitad de la noche. La oí entre sueños haciendo tintinear el manojo de llaves como san Pedro, buscando hombres justos por las calles de la ciudad. Entró en la habitación en la que yo dormía, aún con la ropa puesta y el álbum de fotos en las manos; incluso en sueños, veía sus gestos y miradas fijas a la cámara; su pelo ondeando al viento; la ropa que ceñía su cuerpo. Avanzó, con paso vacilante, por la habitación a oscuras, hasta que se detuvo a mi lado y se quedó observándome un buen rato sin encender la luz. En el momento en que quiso quitarme el álbum, agarré su mano y la atraje hacia mí; se dejó ir a ciegas en medio de la oscuridad y cuando sus labios encontraron los míos, empezó a besarme con avidez, sin reprimirse, como si hubiese deseado hacerlo desde tiempo atrás, como si no pudiera ser de otra manera. Ni siquiera llegó a desvestirse, se abalanzó sobre mi cuerpo tal y como estaba, con la gabardina puesta debajo de la cual llevaba un jersey grueso y una falda larga; su pelo caía sobre mi cara, volviendo la oscuridad aún más negra e inmóvil. Cuando mis manos subieron por sus piernas, toqué sus calcetines de punto, que le llegaban casi a la altura de las rodillas, y por encima de estos ya no llevaba nada más, ni siquiera medias, algo que, por alguna razón, me excitó. La sentí toda entera, con todo su peso y toda su ingravidez, el calor de su piel y sus bragas, ligeramente húmedas, que ella se quitó con facilidad sin dejar de besarme. Se las quitó con un movimiento imperceptible, y se quedaron colgando de su pantorrilla izquierda. Luego deslizó su mano hacia abajo, desabrochó los botones de mis vaqueros y se puso encima de mí, estrechándome con sus muslos calientes. De vez en cuando, aproximaba su cara a la mía para darme besos que refrendaban su lealtad, para enderezarse después, consiguiendo que el pelo le cayera sobre los hombros, la piel se le encendiera en la oscuridad y sus manos se reafirmaran sobre mi pecho. Parecía que la fuerza que ejercía con ellas la empleara para lograr separar su cuerpo del mío, siendo incapaz de desmontarse de un salto; impulsada por el balanceo de su cuerpo, su gabardina gris se desplegaba como una vela; las sortijas, en sus dedos, se enganchaban en los botones de mi chaqueta. Sus besos sabían a té fuerte y a alcohol de baja graduación; su ropa era rígida al tacto, la piel suave, los dientes afilados. Sus uñas, predadoras y sanguinarias se metían debajo de mi ropa y me arañaban dolorosamente la espalda, dejando unos largos surcos que brillaban en la oscuridad como cables eléctricos. Mientras se corría, lanzaba gritos agudos, sin dejar de mirarme a los

ojos con expresión de asombro; sus balanceos se tornaron bruscos y lastimosos; noté que ella ya ni me veía ni me reconocía, sino que se movía como una sonámbula; entonces, fui acompasando mis movimientos a los suyos, sin quedarme atrás, permaneciendo a su lado en todo momento. Había comenzado con ella y con ella lo terminaría.

Ella se tendió exhausta a mi lado, acaricié su pelo durante un rato, sin saber qué decirle o, para ser más preciso, sin saber qué quería oír. Llegó un momento en que se quedó dormida, expirando aire cálido contra mi hombro; pero tan pronto como mis dedos acariciaron leve e imperceptiblemente su mejilla, se sobresaltó y se incorporó, asustada, mientras me miraba, tratando de descubrir quién era yo. Finalmente, saltó del sofá y se lanzó hacia la puerta. Las bragas seguían colgándole de la pantorrilla, aunque, al parecer, ella no había reparado en ello.

—Tamara —dije, incorporándome y saliendo tras ella.

Cruzó corriendo el cuarto de estar, antes de entrar en el cuarto de baño. Traté de entrar allí, pero había cerrado la puerta con llave. Agucé el oído. Después de abrir el grifo, se había sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la puerta, para romper a llorar en silencio.

—Tamara —la llamé—. Abre la puerta, por favor.

Respondió con más lloros. El ruido del agua hacía que su llanto sonara lejano y casi inaudible, aunque yo, de hecho, era consciente de todo.

—Oye —dije mientras pegaba mi boca a la rendija de la puerta—. Escucha. ¿He herido tus sentimientos? Dímelo. ¿Te he ofendido?

Como no contestaba, empecé a aporrear la puerta, no quería dejarla sola. Dejar a una mujer en ese estado, encerrada en el cuarto de baño, podría tener consecuencias imprevisibles. De modo que seguí aporreando la puerta. De repente, cerró el grifo.

—Herman —dijo con rotundidad, aunque sin abrir la puerta—. Está todo bien. Vete a dormir. Volveré pronto.

—De acuerdo —dije, y me senté en el suelo, a esperarla.

Volvió a abrir el grifo. Estuvo un buen rato murmurando y haciendo ruido; luego cerró por fin el grifo, abrió con cuidado la puerta, y en cuanto me vio se sentó a mi lado en silencio.

—No te enfades —dijo tocándome la rodilla—. Soy una histérica.

—¿Va todo bien? —pregunté de nuevo.

—Todo bien —confirmó—, todo bien. No te enfades.

—Vamos a dormir —propuse.

—Ahora vamos. —Sacó de un bolsillo de la gabardina un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo—. Ahora vamos.

Luego empezó a besarme. Sus besos sabían a tabaco y a pasta de dientes, y su piel a lágrimas amargas. Tenía el pelo húmedo, como una

red de pescar.

—No te lo he querido decir antes —confesó—. Si te lo digo, seguramente te irás.

—¿El qué?

—¿Te irás?

—No, no me voy a ir —contesté, tratando de tranquilizarla.

—Te irás. Lo sé. —No me creyó—. Aunque te lo diré igualmente, qué más da.

—¿Y bien?

—Tu contable tiene problemas.

—¿Olga?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Shura me llamó y me pidió que te lo dijera. Ahora saldrás corriendo.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. La ingresaron en el hospital.

—¿Tiene algo grave?

—No lo sé —reiteró Tamara en voz baja—. Creo que no.

—¿Puedes ser más concreta? —pregunté, nervioso.

—No me levantes la voz —se ofendió Tamara—. Yo no sé nada. Shura me pidió que te lo contara. Dijo que por la mañana él mismo pasaría a recogerte.

—Déjame el teléfono, lo voy a llamar.

—Es tarde para llamar —repuso Tamara, fatigada—. Puedes esperar hasta mañana. Cuando venga, te pondrá al día.

—¿Y si tiene algo grave?

—Da lo mismo —repitió Tamara—. Puedes esperar hasta mañana.

—Es fácil decirlo.

—¿Fácil por qué? —preguntó Tamara, sin comprender.

—Porque no es tu contable la que está ingresada.

—Yo ya sabía que te irías con ella. Es joven y te gusta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo sé —explicó—. Sólo que yo pensaba que te quedarías conmigo, porque aceptaste venir a mi casa, pero soy consciente de que eso es imposible. Soy demasiado mayor para ti, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?, ¿estás loca? —intenté protestar.

—Sí, soy mayor para ti, lo sé —dijo, obstinada—. No hace falta que te justifiques, está todo bien. Para serte sincera, tampoco es que me hiciera ilusiones al respecto. Haz lo que creas mejor para ti, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Apuró el cigarrillo y, abatida, aplastó la colilla contra el suelo.

—Quería preguntarte, ese hombre alto y moreno, que sale en las fotos, ¿quién es?

—¿Uno alto? —preguntó Tamara.

—¿El tipo alto?

—Sí.

—Es Arthur. El marido de Tamila.

—¿El marido de Tamila? —dije, sorprendido—. Pensaba que era el tuyo.

—Lo fue después. Primero había estado con Tamila y luego conmigo. Él me quiso mucho.

—¿Y dónde está ahora?

—Lo mataron —explicó Tamara—. Hará diez años. Quisieron quitarle el negocio y él se resistió. Hicieron volar su coche por los aires con él dentro.

—¡Vaya por Dios!

—Ha llovido mucho desde entonces —apuntó Tamara.

—¿Y qué hay de tu prima? —inquirí—. ¿Tenéis relación?

—Sí —respondió Tamara—. Me lo ha perdonado todo. Ella también lo quiso mucho. De hecho, su muerte nos unió mucho. Cosas más raras pasan. Entonces —dijo tras una larga pausa— ¿te irás con ella?

—No lo sé —contesté.

No quería mentirle ni menos aún decirle la verdad.

6

El aire fresco se acomodó entre los pliegues de su cazadora de cuero, como si llevara en los bolsillos trozos de una mañana de octubre. El sol iluminaba el cuarto, me cegaba la vista, lo que hizo que me espabilara tras una noche de sueño. Después de recorrer el pasillo con el paso resuelto de quien es consciente del valor de su tiempo y de sus capacidades, El Traumas me saludó desbordando entusiasmo, como si dijera: «Me alegro de verte de vuelta sano y salvo». Entró en la cocina, y se encajonó entre la mesa y el fregadero, haciendo crujir el cuero de su cazadora, y echó un vistazo por la ventana. Había llamado a Tamara poco después de medianoche para saber si yo estaba con ella y si había algún problema, y dijo que pasaría a buscarme. Y ahora estaba sentado a la mesa de la cocina, conmigo, dejando que los anchos y torcidos rayos de sol tiñeran su piel de tonalidades oro y cobre. Miró de soslayo el rostro abotargado y fatigado de Tamara, y luego se ocupó de mí.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Menos mal que no conseguiste llegar a casa de mi hermano, se lo llevaron preso hace unos días. Cada vez que llamaba a su número, me cogía el teléfono un sargento de la policía. Yo no entendía nada. Al principio se me ocurrió que había vuelto a endosar su móvil a alguien o lo había perdido o cualquier otra cosa. Y ahora resulta que ya lleva tres días en preventiva. Su mujer me llamó ayer para decirme que se encontraba bien, que no había perdido el apetito, que tenía un abogado y que pronto lo soltarían. Vamos, que no hay razones para estar preocupado.

—¿Por qué lo detuvieron? —pregunté.

—Eso no lo sé —se sinceró Shura—. La última vez que lo detuvieron fue por unas irregularidades en los balances anuales, le dio por presentarlos con un año de antelación. Y la vez anterior fue por soborno a un funcionario público. Se dedica a la telefonía móvil —aclaró Shura.

—¿Trabaja para una operadora?

—Qué va, trafica con móviles de segunda mano.

—¿Con los robados también?

—A veces.

—¿No deberías ir a visitarlo?

—Ni falta que hace —dijo El Traumas, escurriendo el bulto—. Ya es mayorcito. Puede apañárselas solo. Como si yo no tuviera otros problemas de los que ocuparme, ¿verdad, Tamara?

A Tamara sólo parecía preocuparle el hecho de que anoche hablara más de la cuenta conmigo, no sabía qué podía esperarse de mí a partir de ahora. Estaba en un rincón, abatida y concentrada, y asentía con la cabeza ante todo lo que Shura me decía. Aunque El *Traumas* nada sabía de nuestra situación, estaba preocupado, hasta el punto de que acabó por contagiarme su preocupación. Yo, por mi parte, comencé a interrogarlo. No quise preguntarle sobre Olga en presencia de Tamara, confiado como estaba en que él mismo me lo acabaría contando. Sin embargo, me habló de otro asunto mucho más importante desde su punto de vista. Tamara, consciente de que El Traumas y yo no tardaríamos en marcharnos, nos preparó un té, fuerte y desesperadamente amargo. Después de servírnoslo, nos dejó solos, desilusionada, para recluirse en el interior de su cuarto.

El Traumas, mientras tanto, siguió contando historias raras.

—Oye, Her —me dijo—. ¿A qué te dedicabas cuando vivías en Járkiv?

—¿Por qué? —pregunté sin entender adónde quería llegar.

—Por nada —respondió extrañamente en tono conciliador—. Allí hay una gente que te está buscando con mucha insistencia. ¿Y sabes lo que pienso?

—¿Qué piensas?

—Que sería mejor que te encontraran.

—¿Para qué?

—Tengo entendido que alguien que conoces la cagó. Probablemente, te estarán buscando para que les hagas de testigo.

—¿Testigo de qué?

—No lo sé —dijo El Traumas—. ¿No habrás tratado de sobornar a alguien de allí? —preguntó con cierta esperanza—. ¿A algún funcionario público, pongamos?

—Maldita sea, Shura, ya me gustaría haberlo hecho si tuviera dinero para ello.

—Está claro —asintió El Traumas con la cabeza—. En pocas palabras, ayer volvieron esos tipos. Eran dos. Por lo visto, querían hablar contigo. Me pidieron que te dijera que no tenías por qué preocuparte.

—No estoy preocupado. ¿Hablaron contigo?

—Hablaron con Olga.

—Entonces ¿fueron a verla?

—Sí. Ella al principio intentó sacárselos de encima, pero luego accedió a escucharlos.

—¿Y qué le dijeron?

—Nada. Dijeron que querían hablar contigo. Se ve que hay algunos cabos sueltos. No dijeron nada en concreto, sólo que te avisara de que deberías reunirte con ellos.

—¿Y tú qué piensas de todo eso?

—Creo que no pasa nada porque quedes con ellos —opinó El Traumas—. ¿Qué coño puede pasar? No te van a comer, ¿cierto?

—Puede. Pero ¿dónde los busco ahora?

—¿Buscarlos para qué? —El Traumas acabó por irritarse conmigo —. Se alojan en el hotel. Allí los encontrarás.

—¿Ir yo al hotel? ¿No sería mejor que les llamara?

—No dejaron su número. Por otro lado —comentó El Traumas después de reflexionar—, esos tipos son unos tunantes. Nada más llegar, se pusieron a fisgonear.

—¿Fisgonear qué?

—Y yo qué sé —dijo El Traumas—. Lo que tienes que hacer es hablar con ellos en persona.

—De acuerdo, hoy mismo iré a verlos.

—Bien hecho —me apoyó El Traumas—. Y no te comas el tarro.

—Yo no me como el tarro.

—Aparte, no tienes nada que perder.

—Exacto. ¿Qué tal se encuentra Olga?

—Se encuentra mal —respondió Shura como si estuviera esperando a que se lo preguntara—. Está hospitalizada.

—¿Cuándo sucedió?

—Ayer mismo. Mientras intentaba echar a aquellos dos.

—¿Los acabó echando?

—Eso creo. No quiso esperar a que acabaran de hablar y los echó. En el momento de cerrar la puerta detrás de ellos, se fracturó un dedo. Un dedo del pie.

—¿Un dedo?

—Sí, un dedo. Ahora lo lleva escayolado. ¡Pensar antes de actuar! —argumentó El Traumas con respecto a no se sabe qué.

—¿Para que ella los echara, le habrían soltado alguna barbaridad?

—Her. —El Traumas perdió los nervios—. No sé lo que le dijeron ni de qué hablaron con ella. Eso sí, Olga me pidió que te dijera que te reunieras con ellos. Además, me preguntó por ti, está preocupada.

—¿Preocupada?

—Puede.

—Debería ir a verla.

—Es lo que tienes que hacer —dijo El Traumas mirando con recelo los cacharros de cocina colocados sobre la estantería, e hizo ademán de marcharse.

—Espera —dije, poniéndome en pie—. Voy contigo.

—Sabes… —me advirtió El Traumas, reticente—. Antes que nada,

soluciona tus problemas, ¿de acuerdo?

—Shura —dije. Me di cuenta de que me ocultaba algo—. ¿De qué coño me hablas?

El Traumas vaciló durante unos instantes, antes de volver a sentarse a la mesa. Y entonces me contó que, mientras yo andaba fugado, había ocurrido algo importante. Los maiceros estaban que trinaban. Si bien hasta ahora aún no habían tocado nuestra gasolinera, según El Traumas, podían hacerlo en cualquier momento. Lo que sí habían hecho fue presionar a Ernst, el mejor amigo de todos los aviadores. Lo localizaron en el aeródromo y le informaron de que extraoficialmente, le gustara o no, aquella infraestructura aeroportuaria era de titularidad pública y, por tanto, aun teniendo en cuenta su deplorable estado de mantenimiento y la absoluta falta de operaciones aéreas, la misma pista de despegue y aterrizaje no dejaba de estar a cargo de la administración, así que, lo quisiera Ernst o no, debía restituirla a los representantes oficiales del pueblo. Y todos los intentos de Ernst por mandar a los maiceros a la mierda no habían dado resultado. Más aún, le advirtieron de que lo denunciarían a la policía en caso de que continuara ofreciendo resistencia física o verbal, sobraba decir al servicio de quién estaba la policía en aquel conflicto de intereses. A Ernst le dieron tres días para que recogiera sus pertenencias y desalojara el aeropuerto que había ocupado ilegalmente.

—¿Y qué hizo Ernst? —pregunté.

—Aguantar el tipo —respondió El Traumas—. Ha levantado una barricada en el patio, se ha pertrechado con unas granadas de mano de la última guerra y está a la espera. Nosotros, mientras tanto, estamos intentando hacer algo por él, hemos acudido a la fiscalía y hemos tratado de contactar con los maiceros, pero estos nos dan largas, no hay por dónde cogerlos, y es cierto que a efectos legales el aeródromo está a cargo del Estado.

—Shura, lo que no acabo de entender es para qué querrán ese aeródromo. Lo mismo que nuestra gasolinera. ¿O es que pretenden que todo sea suyo?

—Bueno, tendrán un programa propio de desarrollo regional. —El Traumas pareció vacilar—. En lugar del aeródromo, construirán una fábrica de asfalto.

—¿Y no podrían construirla en otro sitio? ¿O es que el lugar donde está ubicado el aeródromo es una especie de tierra santa?

—Her —dijo, El Traumas adoptando un tono fraternal conmigo—. La fábrica la podrían construir donde les diera la gana, pero les ha dado por construirla en el aeródromo. ¿Tú entiendes eso?

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¿Sabes qué? —dijo después de reflexionar—. No tiene por qué

afectarte. ¿Comprendes? Ya tienes suficientes problemas. ¿Qué te tiene que importar el aeródromo?

—¿Y por qué no debería importarme? A ti te importa, ¿verdad?

—Es que yo vivo aquí —apuntó El Traumas.

—Yo también vivo aquí —se lo recordé—. ¿De qué vas? ¿O es que no te fías de mí?

—Sí que me fío —tuvo que reconocer a regañadientes El Traumas —. Sólo que tengo un mal presentimiento.

—¿Qué clase de presentimiento?

—Que no va a salir nada bueno de todo esto.

—¿Y qué? Nosotros vamos a intentarlo al menos, ¿no?

—Deberíamos.

—No vamos a amilanarnos, ¿verdad?

—Claro que no —dijo, dándome de nuevo la razón—. Vale, no te sulfures. Lo que no termino de entender es por qué entonces, en verano, se echaron atrás.

—¿Por qué sería?

—Ni idea. Yo qué sé.

—Si se echaron atrás, es cosa suya.

—Tienes toda la razón —dijo El Traumas—. Sólo que no es de recibo que también ahora se vayan a echar atrás.

—Shura, aunque no lo hagan esta vez, no dejará de ser nuestro problema común, ¿entiendes?

—Entiendo —dijo El Traumas tras unos instantes de vacilación.

Cuando ya estábamos a punto de marcharnos, Tamara me detuvo.

—Espera —dijo, antes de quedarse callada por un instante. Eso fue suficiente para que El Traumas entendiera la situación, bajara la escalera y nos dejara a solas—. Te quiero pedir disculpas, tal vez ayer hablé más de la cuenta.

—Está todo bien —dije, tratando de tranquilizarla—. Te llamaré esta noche.

—Llámame, claro, si no se te olvida.

—No se me va a olvidar —le aseguré.

—Está bien. No es tan importante, en realidad. Por cierto, el sacerdote me dio un libro para ti, quiere que lo leas atentamente.

—¿Un libro religioso?

—No lo sé —contestó Tamara con un gesto de fatiga, antes de entregarme el libro y hacerme salir a empellones al rellano.

El portón de hierro, engalanado con estrellas negras, parecía solitario; la dejadez y el abandono reinaban por todas partes, a pesar de las marcas recientes de neumático que se veían con claridad en la propia entrada del recinto. Telarañas flotaban en el aire. El silencio y la desolación dominaban el lugar, el ambiente iba calentándose

lentamente como un apartamento donde no vive nadie. El otoño se aproximaba. Detrás del portón se percibía cierta presencia, como si alguien estuviera agazapado vigilando tras la reja. El Traumas tocó el claxon en vano. Ningún movimiento detrás de la reja negra, ningún ruido detrás del foso de aquella ciudadela. El Traumas sacó el móvil.

—Hola —conseguí distinguir una voz plana y desconfiada al teléfono.

—Anda, abre la puerta —contestó El Traumas a modo de saludo.

Ese día, como a lo largo de las semanas anteriores, mi compañero de fatigas estaba algo distinto. No quedaba ni rastro de su habitual obstinación. «Puede que se haga mayor, nuestro goleador», me aventuré a pensar al respecto. También ahora, en lugar de espabilar al miedica de Ernst, se había quedado esperando a que abriera el portón, nos reconociera y nos dejara pasar.

Ernst, a su vez, también parecía haber perdido su aplomo habitual. Iba camuflado, vestido con el uniforme de invierno. Llevaba un abrigo con faldones recortados, encima de una holgada camiseta roja. Calzaba botas militares hasta los tobillos. Sostenía una pala de zapador y llevaba los bolsillos cargados de algún que otro explosivo, quizá con unas bombas de mano. Se alegró de verme, me dijo que tenía muchas cosas que contarme y que acababa de llegar de una expedición muy interesante. Me aseguró que yo, como historiador, estaría muy interesado en ella. En general, poco le faltó para acabar apabullándome con otras muchas historias. Sin embargo, El Traumas lo interrumpió sin contemplaciones, diciendo que no quería saber nada de los tanques nazis ni del nazismo en general, y nos mandó callar. Nos habíamos detenido en medio de una explanada sobre el asfalto agrietado, donde la hierba había ido brotando empecinada, a la espera de congelarse con la llegada del frío. El Traumas se había sentado sobre el capó de su coche; Ernst y yo nos habíamos quedado de pie a su lado. Parecíamos buenos amigos, que habían coincidido allí por casualidad, como en los viejos tiempos.

Los hombres del maíz debían estar a punto de llegar. El Traumas oteaba la carretera. Le había pedido a Ernst que guardara la pala para no hacer el ridículo. Nos conminó a los dos a que cerráramos la boca y le dejáramos hablar a él. Nosotros, en cambio, teníamos que estar preparados con las granadas por si se diera el caso. Tardé lo mío en caer en la cuenta de que estaba bromeando.

Llegaron media hora después. Advertí la tensión en Ernst y lo callado que se quedó Shura mientras se ponía en guardia. Estaba claro que ninguno sabía lo que podía esperarse de aquella gente ni para qué habían venido hasta allí. El primero fue el jeep que yo ya conocía. Agucé la vista, esperando ver a Kolia al volante, pero, para mi sorpresa, conducía un tipo cincuentón con el pelo cortado al cepillo y,

como no podía ser de otra manera, con una pesada cazadora de cuero y una mirada igualmente pesada. Se abrió la puerta trasera del jeep y apareció el mismísimo Nikoláich; también llevaba una cazadora de cuero y una gorra negra, que le cubría cuidadosamente la calva, pálida y otoñal. Al verme allí, se quedó inmóvil por un instante, como si necesitara verificar algo. Luego bajó rápidamente la mirada y se encaminó hacia el BMW, que avanzaba lentamente detrás del jeep. Abrió la puerta con gesto servicial para franquearle el paso a un hombre alto de pelo cano, gabardina oscura y con un maletín. Mientras este se abrochaba los botones de la gabardina, Nikoláich le sostuvo el maletín, apretándolo contra su vientre tal y como lo haría un perro pastor adiestrado, sujetándolo con sus fauces, o al menos eso es lo que parecía desde lejos. Después de recuperar el maletín, el hombre de pelo cano se encaminó con paso resuelto hacia nosotros. Iba sin guardaespaldas. Nos saludó de forma contenida sin tendernos la mano. Nikoláich, por su parte, en todo ese tiempo no había dejado de esconder la mirada; se dedicó a vigilarme con disimulo mientras daba vueltas alrededor del hombre de pelo cano y replicaba brevemente a Ernst y a El Traumas; parecía preocupado e inseguro. Reparé en que mi presencia en el aeródromo había sido toda una sorpresa para Nikoláich. Era eso lo que lo tenía tan desorientado. Y es que fue en ese mismo escenario donde, pocos meses atrás, Nikoláich se había envalentonado conmigo, ofreciendo un pago por mi alma con elevados tipos de interés, en un intento por subirse la autoestima y autoafirmarse a mi costa. Y vaya fiasco el suyo, porque ahora lo único que podía hacer era lamerle el culo al canoso ese, a quien, a diferencia de él, se lo veía realmente sereno y confiado, sin necesidad de demostrar nada a nadie, porque creía que había venido a tomar posesión de lo que le pertenecía por derecho. El canoso llegó pisando firme sobre el asfalto agrietado, antes de colocar de forma descuidada el maletín encima del capó, junto a El Traumas. Pero cuando se topó con su mirada fría y llena de odio, el canoso retiró el maletín para entregárselo de nuevo a Nikoláich. Este, agazapado tras las espaldas de su jefe, sacaba de vez en cuando la nariz, para seguir, temeroso, el curso de las negociaciones.

El canoso fue el primero en hablar. No tardó en darse cuenta de que, antes que con el payaso del abrigo con faldones recortados, con quien tenía que negociar era con El Traumas, serio y ceñudo. Después de relegarnos a Ernst y a mí a un segundo plano, inició la conversación con una actitud desabrida, dando a entender con todo su aspecto que, de hecho, la decisión ya estaba tomada y que se dignaba «negociar» con nosotros sólo por decoro porque, en el fondo, tenernos por interlocutores válidos le suponía rebajarse, algo de lo que deberíamos ser conscientes.

—Bueno, qué tenemos aquí —dijo, como si continuara una antigua conversación—. Este es el fallo de la fiscalía y estas son las resoluciones enviadas por la oficina de los servicios municipales. —El Traumas fue recogiendo todos aquellos papeles, aunque sin mirarlos, ya sabía lo que contenían—. Mañana vendrá el camión, los ayudaremos a cargar las cosas, no tienen más que decirme la hora en que les vaya bien hacer la mudanza.

—No nos va bien —repuso El Traumas—. No nos va bien. No habrá ningún camión.

—¿Cómo que no lo habrá? —Después de un instante de desconcierto, el canoso se recobró y adoptó un tono desagradable—. Sí que habrá camión. Ya lo tengo apalabrado.

—¿Apalabrado con quién? —quiso saber El Traumas con frialdad.

—Con el conductor. —La voz del canoso sonó igual de fría.

—¿Y qué hay de nosotros? —se interesó El Traumas.

—¿A qué se refiere? —dijo el canoso, fingiendo que no entendía.

—Me refiero a que si usted tiene un trato con nosotros. —El Traumas no ocultaba su escepticismo.

—¿Acaso no lo tengo? —El canoso había adoptado el mismo tono escéptico.

—Pues yo no lo creo —aseguró El Traumas—. No hemos hecho ningún trato con nadie. Así que no hace falta que venga el camión.

—¿Y qué me dice entonces del extracto enviado por el departamento de servicios públicos?

—Los servicios públicos nos importan un carajo —aclaró El Traumas—. Lo mismo que los extractos que envían —remató con énfasis.

—¿Lo está diciendo en serio? —Al canoso se le vio algo perdido.

—Totalmente en serio —confirmó El Traumas.

—Sasha[25] —dijo Nikoláich, saliendo de detrás de su sombra con el maletín entre los dientes, y dirigiéndose a El Traumas—. Maldita sea, ya basta de hacer demagogia.

—Cierra el pico —le ordenó lacónico el canoso, antes de volver a dirigirse a El Traumas—. Oiga, usted parece una persona inteligente, tiene que entender que si mañana impide la entrada a nuestro camión, haremos venir unos buldóceres y, en ese caso, tendrán que hacerse cargo de sus pertenencias ustedes solos. ¿Lo comprende? Tenemos toda la documentación en regla.

—Y ahora escúcheme a mí —dijo El Traumas en tono de confianza, sin levantar la voz—. Usted también parece un hombre razonable. Así que sabrá muy bien lo que valen realmente esos papeles de los que me habla. El suyo, es un caso flagrante de apropiación indebida.[26]

—¡Qué apropiación indebida ni qué hostias! —gritó Nikoláich a las espaldas del canoso. Faltó poco para que se le cayera el maletín que

«sujetaba con las fauces»—. ¡De qué coño hablas, Sasha!

El canoso pasó por alto los lloriqueos de Nikoláich y tras una pausa calculada, volvió a la carga, con un tono metálico en la voz:

—¿Así que ustedes se niegan a desalojar el recinto?

—Para decirlo claramente, sí —le confirmó El Traumas, acomodándose sobre el capó.

—Como quieran —dijo el canoso con cierto tono de amenaza en la voz, antes de volverse hacia Nikoláich—. Nikoláich, ponte en contacto con Marlén Vladlénovich, hay que solucionar esto.

Para la sorpresa general, Nikoláich, al oír lo que se le pedía, se amilanó. Soltó el maletín, lo colocó en el suelo y bajó la cabeza.

—¡Eh! —le llamó la atención el canoso—. ¿No me has oído?

—Sí, lo he oído —dijo, apenas sin poder articular palabra, muerto de miedo, pero obligado a inhibirse por algún juramento terrible de las juventudes comunistas.

—Entonces llama —insistió el canoso.

—No lo haré —dijo Nikoláich, sudando profusamente, en voz baja.

—¿Cómo dices? —El canoso se puso muy tenso, y realzó el tono de fuego y metal que sonaba en su voz.

—No puedo hacerlo —dijo Nikoláich en susurros—. La comunicación con Marlén Vladlénovich es de carácter unilateral. Es él quien me llama.

—¡¿Qué me estás diciendo?! —explotó al final el canoso.

—Estoy diciendo que la comunicación es de carácter unilateral. —Poco a poco, Nikoláich fue recuperando el dominio de su voz, hablando con un tono cada vez más firme y seguro, porque sabía obviamente que mientras actuaba conforme a las normas establecidas, se ahorraría cualquier problema—. No puedo llamarle como si nada.

Su actitud reticente dejaba entrever cierto trasfondo que, traducido en palabras, venía a decirle al canoso más o menos lo siguiente: «El que la caga, la paga. Es tu responsabilidad bregar ahora para solucionarlo, así que deja de joder y ahórrame el estrés moral que supone para mí cualquier conversación con Marlén Vladlénovich».

—Entonces ¿qué hacemos? —El canoso no estaba acostumbrado a ceder y, por eso mismo, siguió metiendo presión.

—Vladlén Marlénovich tiene que llamar hoy —informó Nikólaich, haciendo un esfuerzo mental—. Hoy a las doce.

El canoso, con un movimiento brusco, consultó el reloj.

—Si todavía faltan tres cuartos de hora —dijo desorientado—. ¿Esperamos? —se dirigió a El Traumas, que, de repente, se erigía en dueño de la situación de quien, a partir de ahora, pasaba a depender, a fin de cuentas, el curso de la negociación.

—Esperemos, sí —dijo El Traumas—. Esperemos. Vamos a fumar un cigarrillo —me propuso.

Saltó del capó, rodeó al canoso con paso perezoso y se encaminó hacia la parte posterior de las dependencias del aeródromo, en dirección a la pista de aterrizaje. Fui detrás de él. Ernst, al quedarse solo entre Nikoláich y el canoso, pateó el suelo, presa del nerviosismo y, saltándose todas las normas de hospitalidad, echó a correr para seguirnos.

A lo largo de la pista, la hierba había sido cortada recientemente y exhalaba el olor áspero de la savia seca. Las edificaciones, oscuras y vacías como cacharros de cocina en desuso, se erguían fantasmales, rodeadas de la vegetación otoñal, de los maizales que rodeaban el aeropuerto, amenazando con rellenar todos los huecos y grietas del asfalto con sus tallos secos y raíces afiladas, con crecer por todas las ventanas y alcantarillas, con escalar las muros y los tejados de cinc, y borrar cualquier rastro de varias generaciones de aviadores que habían pasado por allí. El viento traía un tufo a grasa de máquinas recalentada por el sol, que había penetrado en la tierra y la volvía insensible.

—¿Quién era ese? —pregunté a El Traumas mientras señalaba con la cabeza las edificaciones tras las cuales había el hombre de pelo canoso con su maletín.

—Es su abogado. Viene de la capital de provincia.

—Y el tal Vladlén Marlénovich o Marlén Vladlénovich, ¿quién es?

—Es el *boss.*[27] Marlén Vladlénovich Pastushok.

—¿Lo conoces?

—¡Qué va! Viene poco por aquí. Nadie lo conoce personalmente, pero todos le temen.

—¿Qué edad tiene?

—¿Y cómo voy a saberlo? —se sorprendió El Traumas—. Según dicen, es muy joven.

—Ese abogado no es trigo limpio —dije mirando de nuevo hacia las edificaciones.

—No es un mal tipo —discrepó El Traumas—. El que verdaderamente me preocupa es el mariquita pelón. Creo que está esperando la oportunidad para jodernos.

Con las manos en los bolsillos, El Traumas echó a andar a lo largo de la pista mientras pateaba con sus pesadas botas las latas de cerveza vacías con las que tropezaba por el camino.

—Oye —me dirigí a Ernst, que se arropaba dentro de su abrigo raído—. ¿Llegaste a conocer a Arthur, el exmarido de Tamara?

—¿A Arthur? —Ernst se quedó pensando un rato—. Sí que lo conocía. Incluso llegamos a montar juntos un negocio. Acabamos arruinados, por cierto.

—¿Cómo fue su matrimonio con Tamara?

—Fue un buen matrimonio. Aunque duró poco. Dejó a Tamara por Tamila, su prima.

—¿De verdad?

—Así es —confirmó Ernst—. ¡Qué historia aquella! *¡Sturm und Drang!* Por poco se matan entre hermanas. Tamila incluso llegó a cortarse las venas. ¿No has visto la cantidad de cosas que lleva en las muñecas? Son para disimular las marcas. Estuvieron dos años sin hablarse, hasta que hicieron las paces.

—¿Él falleció?

—¿Quién? ¿Arthur? ¡Qué va! Se marchó a los Países Bajos. Allí se dedicó a la venta de coches, luego montó un restaurante. De vez en cuando, les escribe; a las dos a la vez, además.

—¿Cómo lo sabes?

—¿El qué? —preguntó Ernst, sin comprender.

—Bueno, lo de las marcas en las muñecas y que les escribe a las dos.

—Tuve una relación con Tamila —explicó Ernst—. Duró medio año. Luego ella quiso tener hijos. Y yo no estaba preparado para eso. Me debo a la aviación, ya me entiendes.

—Jamás lo habría imaginado —no salía de mi asombro—. Me refiero a las dos primas. A primera vista parecen muy recatadas.

—Ya te digo, Herman —convino el otro—. En general, la vida es poco comprensible. Uno nunca sabe lo que hay en el fondo. Crees que sabes todo lo que hay que saber, que lo has visto de todo, sin embargo, cómo son las cosas en realidad, eso ni te lo puedes llegar a imaginar.

Miré a mi alrededor. En efecto, ¿cómo serían las cosas en realidad?

Las espigas de trigo, crecidas y duras, obstaculizaban el paso, formando hasta tal punto una barrera que era preciso partir a cada paso sus tallos secos y entrelazados entre sí. Bañados por el sol, formaban un enjambre ruidoso y alegre; las sombras se arremolinaban en torno a sus pies como una jauría de perros de caza. Habían surgido de las olas doradas del sol, envueltos en el aire amargo de octubre, los pilotos jóvenes y sonrientes, con cascos y chaquetas de cuero, con macutos de oficial de color marrón y unos relojes pesados en la muñeca. Caminaban y hablaban a gritos, bromeaban a propósito de cierta anécdota que había ocurrido allí mismo, en aquel aeródromo, veinte años atrás. Hacía tanto tiempo de aquello, que todos los pormenores del suceso se habían olvidado y borrado de la memoria, por lo que era menester que aquellos pilotos volvieran para recordarlos y contarlos. Mientras caminaban, las espigas se les metían dentro de las botas y de los bolsillos; las telas de araña se les adherían entre los dedos y en el pelo. Se las quitaban con movimientos ligeros,

tratando de abrirse paso a través de los campos infinitos. Los mecánicos uniformados con monos negros iban detrás, cargando unas sacas de lona repletas de cartas y paquetes, el correo del que se habían hecho cargo hasta ese momento. Los sacos despedían destellos verdes a la luz del sol. Los mecánicos, entre risas, alzaban las cabezas para contemplar, con los ojos entornados tras los cristales de sus gafas de sol, el cielo que sonaba como porcelana en el aire fresco de otoño. Pero no fueron los únicos en el campo, otro grupo se había quedado rezagado incapaz de seguir el paso a los pilotos, se veía cómo un equipo técnico, de aspecto extraño, estaba remolcando el cuerpo desvencijado de un avión; la carcasa, anaranjada por el polvo y el sol de un Antónov AN—2, con su chapa y pintura relucientes. Lo remolcaban a fuerza de brazos, sudando profusamente y tragando polvo, con tal de no abandonar aquella máquina formidable en medio del campo.

Los pilotos, mientras tanto, habían llegado al asfalto de la pista de aterrizaje y se dirigían a los hangares, vacíos y resonantes, en los que el aire oscuro se estancaba como el agua de una presa. Y cuando sus voces ya habían desaparecido detrás de los edificios del aeródromo y los mecánicos, tras abandonar las sacas con el correo sobre el asfalto, se habían dispersado por los talleres llenándolos con sus voces y sus risas, los rezagados alcanzaron, por fin, la pista, consiguiendo al mismo tiempo remolcar el avión fuera de la espesura de los maizales, para estacionarlo frente al edificio de las oficinas. Quemada por el sol hasta las entrañas, reseca por la sequía, completamente recubierta de hierbas y de telarañas, la máquina quedó inmóvil en medio de la pista, como si vacilara acerca de en qué dirección levantar el vuelo y qué ruta tomar. De pronto, se oyó un ruido insistente, como si alguien golpeara contra las paredes del aparato en busca de la salida. La portezuela de la nave crujió y se abrió de par en par; desde un fondo negro de atmósfera viciada, saltaban en busca del sol brillante zorros pelirrojos y gatos negros; volaron palomas y garzas; brincaron ranas y murciélagos, que caían como peras de un árbol. Y toda esta fauna voladora y perdida, escondida en el interior que había sufrido el calor extremo, huyó en desbandada, lejos de aquella máquina infernal y de todos los pozos de turbulencias como trampas tendidas para sus almas.

—Herman —El Traumas me tocó en el hombro—. ¿Vienes?

El canoso y Nikoláich seguían el uno frente al otro como si fueran una pareja de baile plantada sobre la pista. El canoso se cernía sobre su paticorto compañero mientras lo abroncaba cabreado y este asentía, cabizbajo. Cuando nos acercamos dejaron de hablar.

—¿Y bien? —apremió El Traumas.

—Esperemos cinco minutos más —rogó el canoso.

—Esperemos —se avino a regañadientes El Traumas. No había otra opción.

Nos quedamos de pie, tensos y en silencio, contando los segundos, evitando mirarnos a los ojos, concentrando nuestra atención en las grietas del asfalto, profundas como las arrugas del rostro de un payaso de circo.

De golpe, el móvil de Nikoláich sonó. Se apresuró a sacarlo del bolsillo y se lo llevó a la oreja, perlada de sudor a causa de los nervios.

—¡Hola! —respondió Nikoláich con una voz excesivamente estridente para lo desolado del entorno—. ¡Sí! ¡Sí, Marlén Vladlénovich, está aquí! ¡Sí, está conmigo! ¡Sí! ¡Se lo paso! ¡Es para usted! —dijo, tendiendo aliviado el teléfono al canoso.

Este agitó el cuerpo, moviendo las pupilas de un lado a otro, antes de agarrar con torpeza el aparato con sus dedos bien cuidados de abogado.

—Marlén Vladlénovich, soy yo —si bien al principio trató de sonar animoso y autosuficiente, rápidamente su voz se quebró, transformándose en una especie de chillido histérico—. ¡Están aquí! Todo controlado, Marlén Vladlénovich. Se niegan, Marlén Vladlénovich. Encima, se irritan, Marlén Vladlénovich —El Traumas arqueó la ceja, molesto—. Le estoy diciendo que se niegan a cooperar, Marlén Vladlénovich. ¿Cómo? Dicen que la suya es una iniciativa ciudadana. Me hablan en nombre de la comunidad territorial. Dicen que no hay derecho. ¿Cómo? ¡Si yo les he dicho que estamos en nuestro derecho! ¡Les he enseñado los papeles! Lo solucionaré, Marlén Vladlénovich, faltaría más. Descuide. Por supuesto. Todavía no lo sé. ¿Tal vez deberíamos ponernos de acuerdo con ellos? ¿Cómo? ¿A la mierda? ¡Entendido, Marlén Vladlénovich! Sí, sí, comprendo, no se preocupe. Disculpe las molestias. Lo haré. ¡Lo haré! ¡Sí! ¡Igualmente, Marlén Vladlénovich, igualmente!

El canoso apagó el móvil con los dedos, lívidos y exangües como resultado de la conversación, y se lo devolvió a Nikoláich. Luego, sin decir palabra, sacó de un bolsillo de su gabardina un pañuelo blanco con el que se enjuagó su abundante sudor de jornalero. Luego, sin mediar palabra, recuperó su maletín de las manos de Nikoláich. Este, presintiendo lo peor, se agazapó detrás de sus espaldas como un perro temeroso en presencia de extraños. El Traumas contemplaba la escena con una sonrisa burlona y sarcástica.

—A ver, usted —dijo el canoso, dirigiéndose a El Traumas. Sus dedos, sobre el asa del maletín, se habían vuelto azules a causa de la tensión—. Se lo advertí. No diga luego que no se lo advertí. Tienen veinticuatro horas. Mañana todo eso lo vamos a arrasar. En caso de que opongan resistencia, usted será el responsable de no querer

cooperar con los representantes legales de los servicios públicos.

Volvió a sacar el pañuelo para enjugarse el cuello con movimientos bruscos. Luego dio media vuelta y se encaminó en silencio hacia el coche. Nikoláich trotó detrás, pero, antes de montarse en el jeep, se volvió un instante para lanzarnos una mirada extraña y amenazadora. Era como si quisiera decirnos algo pero no se atreviera a hacerlo. O quizá decidió dejarlo para más tarde.

—Bueno… —dijo El Traumas—, ahora tenemos un problema gordo.

7

Sabía lo que hacía. Lo había calculado todo con precisión, a sabiendas de que los amigos lo respaldarían si las cosas se ponían difíciles. Porque una cosa era el negocio y otra muy diferente era la sangre que habían derramado juntos en peleas callejeras y en el campo de fútbol y que los unía y los hermanaba mucho más que cualquier negocio. La llamada de la sangre es más poderosa que la del sentido común: es lo que El Traumas creía, y no andaba equivocado. Y así fue como, al día siguiente, toda su pandilla, todos aquellos a quienes yo conocía desde niño, salieron de sus guaridas, oficinas, comercios y mercados para apoyar a los suyos, como en los viejos tiempos. Aunque eso iba a ocurrir al día siguiente.

De momento, tan pronto como el canoso y Nikoláich se retiraron, El Traumas y yo fuimos a la ciudad. Por el camino, le pedí bajar del coche y tras rodear la residencia de la escuela profesional, atravesé los patios llenos del aire límpido de octubre, antes de alcanzar una callejuela apacible y poco transitada. Seguí adelante hasta llegar ante el muro de piedra del hospital. Hay que regresar siempre, sobre todo si hay alguien que espera tu regreso, pensé antes de introducirme en el patio delantero del hospital. Los pabellones estaban silenciosos. Los pacientes, asomados a las ventanas, parecían pececillos dentro de un acuario.

Las enfermeras me informaron enseguida sobre la situación de Olga. Hablaban de ella sin disimular su enfado, se quejaban de su carácter difícil, de sus modales, de su falta de disciplina. Como desconocían cuál era mi relación con ella, no entraron en demasiados detalles, se limitaron a suspirar sin esperar ninguna complicidad por mi parte.

Olga estaba sola en una habitación. Tal vez las buenas de las enfermeras no se atrevieron a alojar a nadie más allí. Cuando entré, estaba durmiendo con una sonrisa de calma en sus labios. Vestía unos vaqueros Lewis gastados y una chaqueta cálida de beisbol. La pernera derecha del pantalón estaba cortada hasta la rodilla, la escayola del pie parecía una zapatilla deportiva recién estrenada. Su pelo relucía

bajo la luz del sol del mediodía, la blancura de su piel se desvanecía entre las sábanas blancas como leche sobre papel de arroz. Había jarrones llenos de flores sobre las sillas y en el suelo. Las avispas y mariposas, exhaustas y desorientadas por la llegada del otoño revoloteaban alrededor de ellas. Me senté con cuidado en el borde de la cama. Había naranjas y libros abiertos junto a la cama. Olga seguía durmiendo, con el móvil en la mano. Al otro lado de la ventana, podían contemplarse unos manzanos, que habían sido despojados de sus frutos por pacientes y enfermeras; sus ramas secas temblaban por la brisa. De golpe, una manzana menuda se desprendió de su rama e impactó sonoramente contra el alféizar. Olga abrió los ojos.

—Herman —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. ¿Quién te ha traído tantas flores?

—Nadie —respondió. Tras una breve pausa, decidió no hacerse la interesante—. Les pedí a las enfermeras que me las trajeran. Quería que pensaras que algún otro se había estado preocupando por mí.

—Eso he pensado.

—Estupendo —dijo Olga—. Estupendo —reiteró.

—¿Qué tal tu pie? —pregunté.

—Está bien —dijo. Después de consultar si tenía algún mensaje, Olga dejó el móvil a un lado—. Ayer solicité que me dieran el alta, les dije que me encontraba bien, pero me echaron una bronca descomunal.

—A mí me dijeron que fuiste tú la que armó la bronca.

—Sí, claro —se disgustó Olga—. Como si no tuviera otra cosa mejor que hacer. No pasa nada, hoy todavía me quedaré aquí y mañana, para casa. Tengo un montón de trabajo y yo aquí, tirada.

—¿Cómo te fracturaste el dedo?

—Intenté cerrar la puerta. ¡Estaba furiosa!

—¿Y qué querían esos?

—¡Yo qué sé! —Olga cogió el móvil y después de manosearlo, volvió a dejarlo—. Estuvieron todo el rato fisgoneando, husmeando. Eran dos tipos muy, muy desagradables, asquerosos. Uno de ellos, figúrate, se había rapado sólo un lado de la cabeza.

—¿Cómo? ¿Sólo un lado?

—Bueno, lo normal es que la calva esté en la parte central de la cabeza, no en un lado por encima de la oreja. Y no paraba de preguntar lo mismo todo el rato, como si estuviera sordo, él y su calva me sacaron de quicio. Así que los eché.

—Siento haberte provocado tantas molestias —me disculpé.

—Descuida. La culpa es mía. Al principio me enfadé mucho contigo, pero luego se me pasó. Me alegro de que hayas venido. ¿Te quedarás?

—¿Puedo quedarme?

—Por supuesto. Ya lo ves, mi familia me atiborra de cítricos, ni que estuviéramos en Navidad.

—¿Y eso por qué? —No entendí la comparación.

—Cuando era niña, siempre me compraban naranjas por Navidad. Al igual que cuando enfermaba y tenía que quedarme en casa. Así que ahora me siento como cuando iba al colegio. Anda, ayúdame con todas esas naranjas.

—Como quieras. —Me puse a pelar una naranja para ella.

Las naranjas eran tibias al tacto, como bombillas. Rezumaban jugo. Cuando Olga cogió un gajo, el jugo se le escurrió por entre los dedos. Y como tenía unos dedos largos, el recorrido de aquel flujo era infinito, hasta que ella acabó por sacudirse las gotas con un movimiento leve de la muñeca.

—Oye —me dijo—. Sé que Shura está tramando algo. Por lo del aeródromo.

—¿Y qué?

—¿Estarás allí con él?

—Estaré, sí.

—Hazme el favor de cuidar de él, ¿de acuerdo? —me pidió.

—¿Y por qué tendría que cuidar de él?

—Es que últimamente está muy raro. Es probable que se esté haciendo mayor.

—Puede. —No quise contradecirla.

—¿No te apartes de él, me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Y tú también ándate con ojo —me previno.

—Descuida. ¿Qué podría pasar?

—Espero que nada. Léeme algo —me pidió por sorpresa.

Recogí el libro que estaba en el suelo. Era un manual de contabilidad. Las páginas estaban muy manchadas de café y estaban todas subrayadas con lápiz, como si alguien hubiese querido reescribir el libro entero.

—¿Es interesante? —pregunté.

—Cogí el que había en la oficina.

—Por cierto —dije, acordándome de pronto—. El sacerdote me hizo llegar un libro. ¿Quieres que te lo lea?

—¿El cura? —Olga enseguida se puso a la defensiva, aunque rápidamente recobró la compostura—. De acuerdo, léemelo. ¿De qué trata?

Saqué de un bolsillo de la chaqueta el volumen que me había dado Tamara; estaba forrado con papel de embalar de color gris. Las hojas, ajadas y muy gastadas por el uso, se despegaban del lomo y se desprendían constantemente de él. Se notaba que era un libro que había pasado por muchas manos y no demasiado cuidadosas; es

posible incluso que lo releyeran una y otra vez, doblaran sus páginas a modo de marcapáginas, se lo llevaran de viaje, pero jamás lo habían olvidado en ninguna parte. El título era de lo más extraño: *Historia y decadencia del jazz en la cuenca del Donbás*. Hojeé sus páginas amarillentas.

—No sé si eso va a resultarte interesante —dudé—. ¿Quizá es mejor que te lea el manual de contabilidad?

—Estoy hasta el moño de la contabilidad —se quejó Olga—. ¿Y de qué va tu libro?

—De la historia del jazz y de su decadencia en la región del Donbás.

—¿Acaso allí hubo alguna vez jazz? —preguntó, sorprendida.

—Al parecer, sí.

—Adelante, pues. Sólo quiero que comiences a leer por la mitad, es más ameno.

Era media tarde; el sol de octubre parecía haberse enredado definitivamente entre las hojas de los manzanos, sus rayos se deslizaban por el suelo como algas en aguas cristalinas. Se me ocurrió que Olga y yo ya habíamos estado juntos en una habitación de hospital y que todo había acabado de forma algo extraña, mejor dicho, no había acabado sino más bien continuado hasta la fecha y continuaría todavía hasta vete a saber cuándo. Después de acomodarse sobre las almohadas, Olga me dirigió una mirada incierta allí donde las lentas sombras, que proyectaban los manzanos a través de la ventana, se movían en la blanca pared.

Comencé a leer por la mitad.

> La evolución del jazz en la región del Donbás tradicionalmente ha ido acompañada de acontecimientos sonados y escandalosos. Obviamente, es escandalosa la falta casi total de investigaciones sustanciales sobre el auge del jazz en las regiones industriales del sur de lo que entonces era el Imperio ruso. La historia que se cuenta en este libro es particularmente extraña y aún no ha sido del todo estudiada. Trata de la gira de las hermanas Abrams, poco conocida hasta la actualidad, que tuvo lugar en primavera y verano de 1914. Como siempre, no podemos comenzar el relato por la gira en sí, sino por los acontecimientos que la precedieron. La Iglesia metodista de Chicago se convirtió en el foco de esos eventos. En uno de sus templos, se había habilitado un comedor para personas sin techo, con la participación directa de la célula local de la Cruz Negra Anarquista: una institución benéfica, creada para dar apoyo a anarquistas presos, sobre todo a aquellos que estaban encarcelados en el Imperio ruso. La CNA

se dedicaba a recabar ayuda financiera para reclusos, contrataba servicios de abogados para defender a miembros de grupos anarquistas y distribuía literatura propagandística en el continente europeo. Fue precisamente en aquel comedor donde, en invierno de 1913, se produjo el encuentro entre los Shapiro, padre e hijo, activistas de la CNA, y las hermanas Gloria y Sarah Abrams, afroamericanas, que en aquella época colaboraban con la iglesia metodista y cantaban en un coro parroquial.

Gloria y Sarah Abrams forman parte de la historia del jazz norteamericano, en tanto que son unas de las más célebres y originales intérpretes de góspel. En gran medida, fue gracias a ellas que ese género, nacido en un entorno puramente confesional, llegara al gran escenario. Los Shapiro enseguida se interesaron por el talento de las hermanas, con el objetivo de utilizar su fama artística para fines políticos. Tras reiterados intentos de persuasión, amenazas y sobornos, el miembro más viejo de la familia Shapiro logró convencer a las hermanas para que colaboraran. Su plan era sencillo: se trataba de organizar una gira de las Abrams por el sur del Imperio ruso; en concreto, por la región industrial del Donbás, con el fin de distribuir literatura anarquista entre la clase trabajadora y de transferir una considerable suma de dinero a las organizaciones anarquistas locales para financiar actividades revolucionarias. En un inicio, las hermanas rechazaron rotundamente la posibilidad de una colaboración con los círculos anarquistas de emigrados. Sin embargo, el viejo Shapiro consiguió seducir a Sarah, la menor de las hermanas, y a raíz de ello, una amenaza de excomunión se cernió sobre ambas mujeres, de modo que finalmente tuvieron que aceptar su participación en aquella operación dudosa, comprometiéndose al mismo tiempo a negociar todos los detalles con la autoridad eclesiástica.

La cúpula de la Iglesia metodista de Chicago se mostró entusiasmada ante «la idea de difundir el credo metodista entre el proletariado industrial del Donbás y los colonos alemanes afincados en el sur de Rusia», propuesta por las Abrams. Cuando se hubieran asegurado el apoyo necesario, las hermanas comenzarían los preparativos del viaje.

—Y además —me interrumpió de pronto Olga, que hasta ese momento había estado escuchando con atención—, ¿sabes?, se me olvidó decirte la impresión que siempre me ha causado la actitud de todos aquellos chicos mayores: ¡eran inseparables! Incluso es raro que todo aquello me tuviera tan impresionada. Recuerdo que desde los

años ochenta, cuando nosotros éramos aún unos críos, toda aquella pandilla ya estaba constituida: Shura, Ernst… No dejaban que nos acercáramos a ellos, quizá para ahorrarse los problemas que pudiéramos ocasionarles. Recuerdo que, en una ocasión, a Ernst lo detuvieron por tráfico ilegal de pantalones vaqueros.

—¿Pantalones vaqueros?

—Sí. Iba a buscar vaqueros de importación, los cortaba por la mitad, empaquetaba cada parte por separado y las vendía. Te aseguro —añadió—, que, como contable que soy, era un negocio redondo.

—¿Y entonces?

—Bueno, luego sus colegas pagaron un soborno para que lo pusieran en libertad. No lo dejaron tirado. Incluso creo que si siempre andan metidos en problemas es porque no dejan nunca tirado a ninguno de los suyos, cierran filas, se defienden. ¡Hay tantos que ya no están!, la mayoría ni siquiera llegó a cumplir los cuarenta. Si en vez de ir todos a una y cada uno de ellos hiciera su propia lucha, lo tendrían más fácil, mira lo que te digo.

—No sólo ellos, creo.

—Exacto —dijo—. Bueno, sigue leyendo.

En marzo de 1914, las hermanas partieron por fin rumbo a Europa, a bordo del transatlántico *Mesopotamia* propiedad de la naviera Rusia-Asia Menor. En su misión «espiritual», las acompañaba una vieja amiga suya, Barbara Carroll, de origen irlandés, y la cantante mexicana María de las Mercedes, activista de la Iglesia metodista; esta última se había ofrecido para viajar con ellas con tal de escapar al acoso de la administración eclesiástica, que la acusaba de apropiarse de las donaciones de los feligreses. El transatlántico en el que embarcó el cuarteto solía trasladar emigrantes rusos al Nuevo Mundo, que permanecían durante meses en los puertos de Crimea y del mar de Azov, a la espera de ser embarcados. En los viajes de vuelta a Europa, los transatlánticos de la naviera iban prácticamente vacíos, lo que contribuyó al aumento del contrabando y facilitó un estrecho vínculo entre la mayoría de la tripulación y los contrabandistas. El *Mesopotamia*, entre cuyos tripulantes predominaban griegos y gitanos, transportaba una remesa de conservas de carne, además de mercancías y correo, lo que constituía tan sólo una parte de la carga. El resto, sin declarar, consistía en una partida de fonógrafos de los que por aquel entonces había mucha demanda en los países de la Europa del Este.

El transatlántico, uno de barcos más antiguos de la compañía naviera, necesitaba ser reparado. Podía transportar

en un solo viaje a cien pasajeros de primera y medio millar de emigrantes. A las hermanas Abrams se les asignó un camarote, junto a las bodegas libres de mercancía; pocas veces subían a cubierta y apenas mantenían contacto con la tripulación. Cabe señalar que los tripulantes, que habían recibido un pago generoso por aceptar llevar a bordo a ambas mujeres, las trataban con recelo, por no decir con hostilidad.

Conforme a las afirmaciones de Sarah, la menor de las Abrams, la travesía fue muy larga y difícil. El buque avanzaba pesadamente a través de las aguas verdes del Atlántico de marzo, haciendo sonar sordamente sus entrañas semivacías. Las gaviotas llevaban siguiendo el barco desde la misma Nueva York, como si presintieran que se trataba de una presa fácil. Los tripulantes griegos abatían aquellas aves, disparándoles con revólveres, y las gaviotas caían a las aguas gélidas y se hundían como rosas blancas. Las hermanas, asustadas por aquella cacería, se encerraban en la bodega, amplia como un gimnasio, mientras cantaban sus góspeles en medio de los disparos de revólver.

La primera escala que hizo el transatlántico fue en Terranova. Según lo acostumbrado, la isla estaba cubierta de niebla, y una vez que el barco se hubo adentrado en aquella nata fresca, la tripulación paró los motores, sin decidirse a avanzar a través de la neblina húmeda y revuelta, poblada de ballenas y montañas de hielo. A la mañana siguiente, cuando las hermanas se asomaron a cubierta, vieron aquellos enormes bloques de hielo, que rodeaban al barco por todos lados, y comenzaron a cantar para conjurar el peligro. Los marineros, que al principio se mostraron desconcertados, acabaron uniéndose al coro. Pronto, una vez que el banco de niebla se hubo disipado hacia el oeste, el *Mesopotamia* pudo atracar felizmente.

Unos días después, el barco prosiguió su travesía. Las mujeres pasaban el tiempo conversando y cantando. Las hermanas iban ligeras de equipaje: lo único que llevaban consigo era una muda de ropa, unas partituras y dos sacas de lona con dólares americanos. Barbara y María, de menor edad que las hermanas, interrogaban a Gloria a propósito de los lugares que iban a visitar, y ella les respondía que sabía bien poco al respecto, si bien había oído hablar de que el modo de vida allí donde se dirigían era muy distinto del que la gente solía llevar en Estados Unidos. Las mujeres nativas, según sus informaciones, destacaban por su arte del canto y su oído era finísimo, mientras que los hombres solían tocar instrumentos

musicales; además, Gloria apuntaba que lamentablemente la diferencia de clases y la salvaje explotación de la mayoría de la población por parte del *establishment* capitalista impedían a aquellas personas perfeccionar sus capacidades artísticas para la mayor gloria del Señor. Barbara y María estaban ilusionadas con la próxima llegada y con la subsiguiente gira por tierras lejanas; en cambio Sarah, la menor de las Abrams, soportaba mal las condiciones de vida a bordo, padecía mareos y un insomnio extenuante.

En sus vagabundeos a través de las oscuras bodegas, Sarah descubrió rincones a bordo de cuya existencia no se acordaban ni los propios tripulantes; mientras recorría a escondidas pasillos oscuros y metálicos, abría puertas secretas tras las cuales anidaban las espesas tinieblas marinas, dio con la partida de fonógrafos. Ponía en funcionamientos todos aquellos aparatos complejos y extraños a la vez, tratando de captar, a través de un desconcierto de sonidos y de cantos, el ritmo, etéreo como una corriente de aire, que la acunaba en el fondo mismo de aquel enorme corazón metálico flotante. Cogía agujas de repuesto para fonógrafo, punzantes y relucientes, y se pinchaba la piel de las manos; su sangre color frambuesa, despedía un resplandor oscuro a la luz del quinqué, goteando en el suelo y atrayendo a las indefensas ratas, que habitaban en las bodegas. Una noche, mientras deambulaba por los pasillos en estado de duermevela a causa del insomnio, Sarah descubrió una sección de la bodega que desconocía. Tras la puerta se oían susurros y gemidos que al principio la asustaron, pero pronto hizo acopio de valor y abrió la puerta. En la sección, revestida de planchas de hierro negro, se apilaban ovejas, exhaustas y asustadas. Se apretaban unas contra otras, sin moverse del lugar, lanzando balidos en la oscuridad. Cuando acercó la luz del quinqué vio cómo sacaban chispas de sus ojos; entonces fue cuando Sarah reparó en que aquellos animales estaban en medio de un charco de sangre, que les llegaba a la altura de la rodilla. La sangre iba anegando el espacio, lenta pero inexorablemente; las ovejas la miraban, resignadas, sin siquiera intentar escapar por la puerta abierta. Sarah, estupefacta, se arrodilló en medio de las ovejas, mientras las abrazaba y les cantaba un góspel. Fue allí donde Gloria sorprendió a Sarah, después de ir en su búsqueda. Cuando la encontró, Sarah estaba cantando de forma apenas audible; las lágrimas se deslizaban abundantes por sus mejillas. Después de arroparle los hombros con una manta escocesa, Gloria se la llevó a la cama. Sarah se durmió enseguida, tranquila y despreocupada, y no se

despertaría hasta que el barco no hubo atracado en el puerto de Liverpool.

Allí, el *Mesopotamia* fue inmovilizado y puesto en cuarentena por las autoridades. El capitán, un viejo gitano de Besarabia, ordenó izar la bandera negra y amarilla, que informaba de que había enfermos infecciosos a bordo. Los médicos del puerto que subieron a bordo diagnosticaron sífilis a gran parte de la tripulación, por lo que se les prohibió bajar a tierra. La tripulación se vio atrapada en una trampa. Al anochecer, las mujeres se reunían en cubierta para cantarles a media voz sus góspeles monótonos a los marineros coléricos, consiguiendo que los corazones de aquellos lobos de mar ardieran en llamas, precipitándose al fondo de sus estómagos como unas estrellas doradas en las aguas verdes del Atlántico. Los marineros servían la mesa, agasajando a las mujeres con ron de contrabando y con picante tabaco turco, mientras les contaban sus escapadas a los burdeles de Odesa y les hablaban del sol amarillo de Besarabia, que abrasaba los manzanos hasta dejarlos completamente blancos como el pelo de un niño en verano. Tras una semana de espera, la tripulación del *Mesopotamia* decidió darse a la fuga. En plena noche, levaron el ancla y el transatlántico se hizo a la mar, dejando atrás el puerto poco hospitalario de Liverpool, para proseguir su viaje. La siguiente escala fue en Marsella. Allí tuvieron un percance. Al desembarcar para reponer las reservas de víveres, los tripulantes intentaron vender en el mercado local una partida de conservas de carne de búfalo que llevaba varios meses almacenada en la bodega del transatlántico. Los aduaneros, que descubrieron la partida de pura casualidad, acabaron por denunciar a los infractores, que fueron detenidos. Estos, griegos en su mayoría, rápidamente se pusieron en pie y comenzaron una pelea con los agentes de la autoridad, lo que les permitió huir para refugiarse a bordo del *Mesopotamia*, no sin haberse llevado a los compañeros heridos. A consecuencia del incidente, el transatlántico se vio obligado a zarpar de inmediato. De todos modos, ya faltaba poco para que la travesía tocara a su fin; las pasajeras, mientras tanto, miraban, preocupadas, el horizonte, que irradiaba un calor africano que las inquietaba y les alteraba el ánimo.

Pronto el buque entró en las aguas del mar Negro y, después de pasar por delante de las costas doradas de Crimea, se vio rodeado por las aguas amargas y espumosas del mar de Azov. A principios de abril, el *Mesopotamia* atracaba en el puerto de Mariúpol.

—Antes mi madre iba a menudo a Mariúpol —volvió a interrumpirme Olga—. Iba allí por trabajo.

—¿Y a qué se dedicaba?

—Trabajaba en el ferrocarril —explicó sin dar más detalles—. Casi no paraba en casa. Realmente no la recuerdo muy bien. Murió de forma prematura. Parecía que tenía que ir corriendo a todas partes, de manera que la sensación, la de estar siempre a punto de marcharse y de tener que esperar otra vez a que regresara, se me quedó grabada en la memoria. De muy niña, solía ir corriendo a la estación para ver los trenes. Desde entonces, un vagón de tren es, para mí, lo más parecido a un lugar horrible en el que una puede caer por casualidad para no volver a salir jamás. ¿Qué era lo que más temías cuando eras niño?

—Los yanquis —dije tras reflexionar.

—Los yanquis, ¿por qué? —se sorprendió—. No están mal, los yanquis. Fueron los que inventaron el jazz.

—No lo sé. De niño, no sabía nada de jazz.

—Y a mí me daban miedo las azafatas de tren —confesó—. Tampoco ahora las trago. Ni a los revisores. A los contables tampoco… Oye —continuó tras una pausa—. ¿Puedes venir a buscarme mañana?

—Claro.

—Que no se te olvide.

—No se me va a olvidar.

—Qué bien —dijo—. Qué bien.

El puerto de Mariúpol, en aquella época frecuentado por barcos turcos y marroquíes, causó una buena impresión a las hermanas debido a la multiplicidad festiva de sus voces. Los mercados callejeros y las tiendas angostas rebosaban mercancías baratas y de calidad, procedentes de Asia Menor y de Europa Occidental; los almacenes del puerto guardaban verdaderos tesoros, llevados allí desde todas partes del mundo. Fue allí mismo, en el restaurante de la estación de tren, donde las Abrams firmaron un contrato para dar conciertos de góspel ante los obreros de las plantas metalúrgicas, propiedad de la compañía Novoróssiya, y ante los mineros de la Sociedad Franco-Rusa. Las «misioneras» se alojaron en el hotel Rey David, un modesto establecimiento, aunque acogedor. Según recordaría Sarah después, los promotores locales, quienes apenas si habían tratado hasta entonces con afroamericanos, se esforzaron al máximo para garantizar sus necesidades y para que la estancia de las hermanas fuera lo más placentera posible. Estas, a su vez, inmediatamente se mostraron cumplidoras y benevolentes para con su nuevo público. Sus primeras

actuaciones, que se celebraron en los clubes obreros de las plantas metalúrgicas, tuvieron un gran éxito y les granjearon el amor y el respeto de los trabajadores. Los nativos acudían de buena gana a los conciertos, mostrando un verdadero interés y entusiasmo por la música góspel, originaria del otro lado del Atlántico. Las propias hermanas conocieron asombradas los usos y costumbres de la Iglesia local que combinaban elementos de las religiones cristianas canónicas con las creencias nada ortodoxas. Aquella fusión inusual entre distintos credos y culturas que se había dado en la región como consecuencia de un cúmulo de circunstancias afortunadas y de la favorable ubicación de los puertos comerciales marítimos, constituyó para las hermanas Abrams una fuente inagotable de inspiración y de creación musical improvisada. En un lapso breve de tiempo, Gloria lograría crear varias composiciones que pasarían a formar parte del repertorio clásico de la música góspel.

A finales de mayo, las hermanas se desplazan de Mariúpol a Yúsovka. Sarah Abrams escribió en sus memorias al respecto: «Se trataba de una ciudad con edificios de una o dos plantas, que destacaba favorablemente por sus tiendas de lujo, restaurantes, oficinas y bancos. Sus dos hoteles de primera categoría, el Gran Bretaña y el Grand Hotel, atraían a multitudes de comerciantes, de origen principalmente belga y británico, que se desplazaban a la ciudad con el objetivo de enriquecerse con rapidez. Yúsovka era una auténtica mina de oro para aquellos empresarios occidentales que, en sus países de origen, carecían de toda perspectiva de negocio. Estábamos alojadas en una de las fincas, propiedad de la sociedad Novoróssiya, que compartíamos con los expertos, los ingenieros y los especialistas de origen británico contratados por la compañía. Por las noches, las salas de cine Coliseo y Saturno estaban repletas de un público bullicioso, que exhibía sus mejores galas, importadas de Estados Unidos y Japón. Los trabajadores, por el contrario, se decantaban por los salones de té, las bibliotecas públicas, los baños y, durante el receso dominical, por las iglesias y numerosas casas de oración. Nuestras actuaciones tuvieron una cálida acogida, y los lugareños expresaron su solidaridad con la clase obrera norteamericana, por cuyas representantes nos tenían». Sólo queda suponer en qué consistió la atracción que pudieran haber ejercido los ritmos afroamericanos, con los que no estaban en absoluto familiarizados, sobre aquellos obreros de la Europa del Este. Probablemente, aquel entusiasmo se debió a que las hermanas Abrams cantaran en sus góspeles la vida de los

barrios proletarios de América, la existencia diaria de la clase trabajadora con sus luchas e inquietudes, con los que el amplio público obrero de la zona podía sentirse identificado. La fama de las hermanas iba en aumento: se habían convertido en invitadas de honor en locales sindicales y servicios religiosos dominicales. La propia Iglesia metodista había descubierto una herramienta muy valiosa para propagar su religión: las hermanas Abrams eran unas divulgadoras extraordinarias para ello, al tiempo que el jazz lograba conquistar una vez más a un nuevo público, totalmente desconocido e inexperto.

Sin embargo, cuando llegó el verano, comenzaron los problemas. Para empezar, los anarquistas rusos, tras una prudente espera, se pusieron en contacto con las hermanas, para expresarles su deseo de recuperar el dinero que se les había enviado desde Estados Unidos. Sorprendentemente, las hermanas se negaron a entregar el dinero a los revolucionarios. La principal opositora fue María de las Mercedes. Fue ella la que convenció a Gloria para que escondiera las sacas con dólares americanos en el apartamento de uno de los coristas de la Iglesia luterana local. Asimismo, fue a María a quien los anarquistas eligieron liquidar para intimidar a las hermanas. Un tiempo después, el cuerpo sin vida de María fue encontrado en los almacenes de la sociedad Novoróssiya. Y entonces Gloria comprendió que los revolucionarios iban en serio. Y por si eso fuera poco, Sarah Abrams anunció que estaba embarazada; desde hacía un tiempo, mantenía una relación íntima con el gerente de los baños públicos locales. Pese al consejo de su hermana, avalada por la autoridad eclesiástica metodista, de deshacerse de una criatura no deseada, Sarah se negó a abortar y regresó a Norteamérica a bordo de uno de los transatlánticos de la naviera Rusia-Asia Menor anteriormente mencionada. Barbara Carroll regresó con ella.

Gloria Abrams, completamente sola en un país extranjero, decidió realizar audiciones para nuevos miembros entre los integrantes de las iglesias locales. Al mismo tiempo, accedió a entregar a las organizaciones anarquistas el dinero que habían traído desde Norteamérica para tal fin. Según lo convenido, Gloria compró un billete de tren con destino a Rostov donde había de llevarse a cabo la entrega del dinero. El día señalado subió a bordo, después de que los anarquistas locales la hubieran acompañado a la estación. Sin embargo, nunca llegó a Rostov. Cuando el tren llegó a su destino, ella había desaparecido. Gloria no estaba en el vagón, y todos los intentos que se llevaron a cabo para averiguar qué había sido de ella

fueron infructuosos; ni el asistente del tren ni sus compañeros de compartimento pudieron dar cuenta de su paradero. Las tentativas posteriores de la organización anarquista de rastrear el destino de Gloria o al menos el dinero que transportaba, resultarían vanas. La mujer había desaparecido en el agujero negro del ferrocarril de Donetsk sin dejar rastro, junto con los dólares y las partituras de sus composiciones. Tan sólo se conserva una parte de su archivo manuscrito, sobre todo gracias a Sarah, quien pudo preservar el legado artístico de su hermana para la posteridad. A continuación, ofrecemos al lector la letra de una de las últimas canciones compuestas por Gloria Abrams. Compuesta poco antes de la desaparición de la cantante, se considera, con razón, una de las piezas del canto jazzístico coral de mayor lirismo y carga social. Su línea melódica fue interpretada en múltiples ocasiones por músicos de jazz de fama mundial, entre ellos Chet Baker y Charlie Parker, apodado *Bird*.

[…]

¿Quiénes se apostan en los muelles y en el embarcadero mientras despiden el sol poniente?

Somos nosotros, Señor, pescadores y obreros.

Tras una jornada extenuante, salimos de los viejos astilleros, deteniéndonos en la costa y cantando en pos del agua del río, que se nos va para siempre.

¿Qué pueden evocar en su canto los hombres en una tarde tranquila como esa?

Rememoramos, Señor, nuestras ciudades natales y lloramos de nostalgia.

Colgamos de las ramas del árbol nuestras guitarras y trompetas, antes de meternos en el río.

Bañados por las olas tibias, cantamos a la vida, que se nos escurre entre los dedos.

Y si algún transeúnte os pide que cantéis para él, ¿qué le diréis?

Diremos: nuestras voces son amargas como el té de un presidiario.

El jazz exprime nuestros corazones como naranjas de Marruecos.

Todo nuestro canto no es más que el recuerdo de aquellos

barrios ardientes que abandonamos, no es sino un lamento por el agua que se nos escurre.

Y si nos olvidáramos de nuestros hogares, ¿acaso tendríamos algo que cantar?

Le rogamos a nuestra memoria: quédate con nosotros, no nos abandones.

En todos nuestros cantos están los bancos y los comercios destruidos por el paso del tiempo, las tiendas y los almacenes que rebosan mercancías.

También están nuestras mujeres, por las que estábamos dispuestos a dar la vida, y nuestros hijos, que algún día vendrán a reemplazarnos en los talleres.

Estamos todos unidos por esos ríos que fluyeron a través de nuestro pasado.

Y nuestras esposas están junto a nosotros sobre esa orilla.

El profeta Zacarías sale del taller a la hora de la comida, se seca el sudor de obrero, hace tintinear los clavos y las tenazas dentro de los bolsillos de su mono de trabajo, se limpia de sus manos negras la grasa de las máquinas y el polvo del carbón.

De momento no hay trabajo que hacer, así que uno puede quedarse contemplando el cielo, de momento uno puede descansar tras realizar una labor pesada pero necesaria.

Quédate en nuestra memoria, oh, ciudad, de la que nos trasladaron hacinados en viejos vagones.

Quien te olvida, pierde para siempre la paz y desaparece, con el corazón destrozado.

No nos cuesta nada hablar de nuestro pasado.

La vida es una máquina construida para nosotros, y bien sabemos que no hay por qué temerla.

Los talleres dorados abren sus puertas para nosotros.

En lo alto, el cielo se desliza por encima de nuestros colegios y economatos.

Y todo lo que nos aguarda son el abandono y el olvido.

Y todo lo que nos aguarda son el amor y la salvación.

8

Vestían americanas oscuras, camisas blancas, botas gastadas aunque resistentes. Igual que los coches, desgastados pero duraderos. Mercedes y Volkswagen. Eran como un cortejo fúnebre. Después de que yo rodeara el hangar y alcanzara la pista de aterrizaje, mi mirada tropezó con ellos de inmediato, aguardaban de pie, junto a sus vehículos, como taxistas a la salida de la estación de tren. Mientras fumaban, conversaban sobre cosas insignificantes.

—¡Eh, *gadjo*! —Pasha, un familiar de Kocha, se fijó enseguida en mí. El resto se puso en movimiento—. Hola, *gadjo*, llegas tarde.

Los saludé uno por uno. Primero a Pasha, que sostenía sendos móviles en cada mano. Luego le llegó el turno al gordo de Bormann, cuyo pelo rojo le había crecido durante el verano, y, de vez en cuando, se lo tocaba con la mano como si no acabara de creerse que realmente le hubiese crecido. Después saludé a Arkady, a Prójor y al resto de los muchachos de la iglesia, todos ellos gente bienintencionada y miembros de la congregación. Vestidos con sus americanas negras, se habían agrupado en medio de la pista como los invitados a una boda que hubieran salido a fumar entre baile y baile. Saludé también a Ernst, que aparentaba determinación y recordaba al novio en su propia boda. Me dio la sensación de que toda aquella operación no le gustaba en absoluto pese a que había sido él quien la había impulsado. Por último, saludé a El Traumas y me quedé a su lado. No decía nada, era obvio que toda aquella pandilla le cubría las espaldas, le daba seguridad. Vestía una cazadora negra, cómoda y ligera, muy apropiada para una pelea. Por un instante retuvo mi mano en la suya.

—Tengo una carta para ti —anunció sacando del bolsillo un sobre doblado en dos—. Ayer se me olvidó dártela.

Era una carta de Katia. La dirección estaba escrita con una letra redondeada e infantil. Metí el sobre en el bolsillo de mis vaqueros.

—La leeré más tarde —le dije a El Traumas.

Este, comprensivo, asintió con la cabeza.

El sol brillaba sobre nosotros; la brisa refrescaba los rostros bronceados de los hombres. Todos estaban concentrados y tranquilos. Pasha estaba contando que había comprado un Fiat de segunda mano

como regalo de boda para su hija. Nos explicó que el vendedor, un moldavo, había traído el Fiat desde Besarabia, aunque se había olvidado la documentación del vehículo en casa, pero no se lo dijo a Pasha hasta que le hubo vendido el Fiat, y ahora el tipo no sabía qué hacer, cómo volver a casa por los papeles porque ya no tenía vehículo. Faltaba poco, mientras tanto, para que la boda se celebrara y el Fiat, color sangre, estaba casi nuevo. El grupo al completo trataba de consolar a Pasha; le decían que no se preocupara, que lo de los papeles del coche no tenía importancia, que le podían conseguir todos los papeles que hicieran falta y que dejara de preocuparse por tonterías. Al fin y al cabo, el Fiat era un buen regalo, útil y modesto, y que ellos apoyaban completamente su decisión, y le prometieron que, por su parte, regalarían a los novios alguna cosa útil y casi nueva. Visto desde fuera, podía parecer que fueran a celebrar el enlace allí mismo, sólo faltaba que terminaran de fumar, antes de volver a la mesa del banquete nupcial donde los esperaban sus esposas, hermanas y amantes. Y sólo los dos móviles, que Pasha sostenía en cada mano, recordaban que, antes de celebrar ninguna boda, primero era necesario sobrevivir.

Los maiceros se retrasaban, y yo ya había dejado de abrigar la esperanza de que llegaran y de que todo aquel asunto fuera a solucionarse sin navajas ni cadenas de bicicleta de por medio. En caso de ver cumplidas mis esperanzas, los que estábamos allí nos fumaríamos el último cigarrillo, antes de dirigirnos todos juntos a la antigua cantina del aeródromo, donde Ernst pondría sobre la mesa sus reservas estratégicas de alcohol, para celebrar el final feliz de todos los procesos de reprivatización de la región, en homenaje también a nuestra amistad y ayuda mutua como del fin de un verano tórrido y del comienzo de un otoño templado. El vino permanecería en nuestros labios como si fuera de sangre seca y brindaríamos por todas nuestras mujeres, nos interesaríamos por la salud de nuestras familias y contaríamos historias sobre nuestros amigos comunes. El breve día otoñal se transformaría en una tarde larga y viscosa; un frío crepúsculo se extendería a lo largo de la pista y todos estaríamos borrachos, pero sanos y salvos.

Doblaron la esquina, y avanzaron lentamente hacia nosotros. Ernst había dejado el portón abierto para que pudiéramos reunirnos en la pista, detrás de la valla, donde nadie pudiera vernos. Puede que los chicos del maíz tomaran eso como una buena señal, como si el enemigo hubiera abierto las puertas de la ciudad y les concediera tres días para saquear los hangares y los talleres, apropiarse de la pista de aterrizaje e instaurar un régimen autoritario. Cuando llegaron a la parte posterior de los hangares, nos vieron.

Su columna estaba encabezada por un tractor MTZ con dos palas: una se alzaba en la parte delantera como un colmillo de elefante y la otra colgaba, detrás, a modo de un rabo. En la cabina había dos tipos: uno vestía camiseta marinera y el otro, ropa de trabajo de color oscuro. Detrás del tractor iba el jeep con Nikoláich, seguido por un camión. En el camión viajaban varios militares equipados con palas, tenían aspecto de miembros de un batallón de castigo. Sus guerreras parecían los vestidos de unas estudiantes del bachillerato que hubieran pedido prestados a sus madres. Desde lo alto del camión, los militares miraban con recelo al grupo de gitanos que estaba reunido junto a sus Mercedes y Volkswagen.

El tractor, removiendo el aire con su pala delantera, giró hacia nuestra dirección y se detuvo, aunque con el motor en funcionamiento. El tipo de la camiseta de marinero y el otro del mono no tenían prisa por salir del vehículo, permanecían en la cabina como dos estorninos enjaulados mientras aguardaban las órdenes de los jefes. Estos aparcaron algo más lejos. El primero en bajar fue el enano de Nikoláich. Se había disfrazado como para ir a la guerra, llevaba una chaqueta de camuflaje con cuello de borrego y un pantalón igualmente de camuflaje, cuyas perneras dejaban entrever unas deportivas azules. El gordo de Bormann, al ver a Nikoláich vestido de aquella forma, no pudo contener la risa; el resto se sumó a su risa contagiosa. Nikoláich, consciente de ser él y no otro el blanco de aquellas risas, corrió nervioso de vuelta hacia el jeep para abrir la puerta y dejar salir al jefe supremo. En esa ocasión, al igual que el día anterior, era el canoso quien ejercía de autoridad. El hombre del pelo canoso puso los pies sobre el asfalto mientras sostenía el maletín con una mano y con la otra se iba abrochando diligentemente los botones de la americana. La diligencia que mostraba era, sin embargo, un tanto forzada, ni siquiera entornó tras de sí la puerta del coche al bajar, como si quisiera disponer de una vía de escape. Tampoco los militares que iban con él ofrecían un aspecto muy intimidante; después de saltar sobre el asfalto, se colocaron a la espalda del canoso, quien los miraba, desconcertado, por encima del hombro una y otra vez, sin entender por qué se escondían detrás de él.

—Shura —dije, llamándole la atención a El Traumas—. ¿Y ahora qué?

—No lo sé —fue la respuesta—. Ya veremos.

—A fin de cuentas tienen todos los permisos gubernamentales.

—¿Sabes qué? —repuso—. Puede que no tengan ningún permiso.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que puede que no tengan nada, así de simple —dijo El Traumas—. Podrían estar mintiendo.

El hombre de pelo canoso se detuvo ante nosotros. Nikoláich corrió

tras de él. Los del batallón de castigo, con sus botas toscas sin lustrar, formaron una fila detrás de este. El hombre canoso, con un gesto dramático y una pose incluso teatral, se volvió hacia Nikoláich y comenzó a gritarle. Nikoláich no se quedó atrás. Así continuaron gritándose durante un rato, mientras nos observaban de soslayo con mirada recelosa, hasta que uno de ellos reparó en que el ruido del motor del tractor MTZ impedía que nosotros pudiéramos oírlos. Esto provocó que el hombre canoso enrojeciera de rabia y Nikoláich agitara sus brazos como un pájaro enjaulado. Finalmente, tras caer en la cuenta de que era a ellos a quienes Nikoláich hacía señas, los tractoristas apagaron el motor. Se hizo el silencio.

—Nikolái Nikoláich —le dijo el hombre canoso, esa vez totalmente seguro de que sus palabras serían escuchadas—. ¿Qué hacen aquí todas esas personas ajenas al equipamiento? —dijo señalando con el maletín en nuestra dirección.

—¡Es inaudito! —exclamó Nikoláich, alto y claro, como un soldado, haciendo chocar los talones de sus deportivas.

—Haga el favor de entregarles a estos señores la orden emitida por el consejo, y proceda a los trabajos de derribo —ordenó el canoso.

—A sus órdenes —obedeció Nikoláich, sudando profusamente, mientras su rostro iba cubriéndose de manchas rojas.

El hombre canoso abrió su maletín, sacó un papel y se lo entregó a Nikoláich. A este le costó tragar, como si el aire seco de otoño le obstruyera la tráquea, y se encaminó hacia nosotros. Cuando, por fin, llegó junto a nosotros, no tenía claro a quién debía notificar la orden primero, si a Ernst, quien a efectos legales era un empleado del aeródromo, o a El Traumas, que, si bien no guardaba ninguna relación formal con dicha infraestructura, era capaz de partirle el morro a cualquiera; o quizá a los gitanos, a quienes Nikoláich no conocía personalmente, pero a los que temía. Los de nuestro grupo lo observaban sin poder disimular la risa. Nikoláich, consciente de lo que se le venía encima, sudaba cada vez con mayor profusión. Tras una breve pausa, Pasha le tendió finalmente la mano. Nikoláich, aliviado, le entregó el papel. Pasha leyó atentamente el documento antes de pasárselo a Bormann. Este, después de deslizar una mirada rápida por el folio, se lo pasó al resto.

El documento parecía poco convincente. En primer lugar, se trataba de una fotocopia; en segundo lugar, los sellos de las firmas estaban llenos de manchas, como si fueran un mantel usado. Y por último, las firmas eran dudosas. La redacción del documento era confusa: hablaba principalmente del producto interior bruto y de la mejora de las condiciones de inversión, hacía mención de las reformas democráticas y del grado de la confianza ciudadana en el gobierno. En lo que respecta al traspaso de la propiedad del aeródromo a otras

manos o a la necesidad de entrar con tractores en la pista de aterrizaje, aquel documento no decía ni una palabra. Después de pasar de mano en mano, el papel volvió a Pasha, que no dejaba de mirar a Nikoláich con sus ojos negros como la misma muerte. Nikoláich, con gesto sumiso, seguía allí de pie, aguantándole la mirada, en la que, por encima de la fatiga y la inseguridad, se expandía lentamente el odio. Pasha se llevó el papel a la boca y comenzó a masticarlo despacio, pendiente de la reacción de Nikoláich. Este se puso lívido y parecía hundirse dentro de su ropa de camuflaje, sus ojos perdieron la malicia y sólo expresaban cansancio. Pasha, tras masticar el papel a conciencia, se lo tragó, y luego sonrió, contento. Nikoláich, desconcertado, se volvió hacia el hombre canoso, sin saber qué decir.

—Ellos… —dijo—. ¿Lo ha visto usted? Ellos… ellos se lo han comido.

El hombre canoso reflexionaba en silencio. Al parecer, El Traumas estaba en lo cierto, aquellos dos mentían. Ni siquiera habían acudido a la policía; lo único que habían hecho fue traer a aquellos desgraciados con palas, porque estaban convencidos de que nadie les plantaría cara y que por eso se saldrían con la suya sin problemas ni violencia. Sin embargo, ahora la cosa no había hecho más que empezar y de qué manera. Aunque tampoco se los veía en condiciones de poder echarse atrás, ciertamente. El canoso movía los ojos frenéticamente, encogiendo el cuerpo y esforzándose por mantener el tipo. Los del batallón de castigo, por su parte, se arredraron; si hasta ese momento habían abrigado la esperanza de que su misión se limitaría a una jornada de trabajo físico en beneficio de los oligarcas locales, ahora se dieron cuenta de que la pelea era inevitable y que, lo más seguro, era que su unidad de combate tuviera las de perder. Una vez que Pasha se hubo tragado la hoja de la autorización, el último resquicio de esperanza se cerró por encima de sus cabezas rapadas. Habían tomado conciencia de ello, y, por ello, balanceaban sus piernas sin moverse de su sitio, haciendo equilibrios con sus botas sin lustrar.

—¡Comiencen la demolición! —volvió a ordenar el canoso después de hacer acopio de valor.

Nikoláich aleteó de nuevo los brazos mientras hacía señas a los tractoristas, como queriendo decir: «¿A qué esperáis para encender el motor? ¡Vamos a aplastar todo esto de una puta vez!». Pero, ver para creer: los tractoristas le hicieron señas a su vez que, traducidas en palabras, venían a decir algo así como: «Y una mierda, hazlo tú si quieres».

—¡Koliunia! —gritó Nikoláich a uno de ellos—. ¡Koliunia, arranca de una vez!

Ambos tractoristas, no obstante, negaron enérgicamente con la cabeza, como diciendo: «Jefe, hoy no cuentes con nosotros para la

fiesta».

—Eh, tú —dijo de pronto El Traumas, llamándole la atención a Nikoláich.

Este se dio la vuelta, sobresaltado.

—Relájate, hombre —le conminó El Traumas hablando en tono tranquilo como si pretendiera poner paz entre los presentes—. ¿No ves que no van a hacer nada?

—¿Qué quieres decir con eso de que no van a hacer nada? —protestó Nikoláich.

—Sabes muy bien a qué me refiero —dijo El Traumas, tratando de hacerle entrar en razón—. No van a hacer nada. Ya va siendo hora de que os larguéis de aquí. Nosotros ya nos las arreglaremos, no necesitamos ningún abogado.

—¿Cómo que no van a hacer nada? —insistió Nikoláich, corriendo hacia el tractor amarillo como el sol. Y comenzó a saltar, en un intento de engatusar a los tractoristas.

—Eh, tú, hijoputa —le dijo con voz ronca el canoso a Nikoláich—. Ponte las pilas, haz algo. Vamos, hijoputa —farfulló.

Nikoláich dejó de saltar y se quedó inmóvil, mirando a los del batallón de castigo, su última línea de defensa. Estos estaban alineados tras la espalda del canoso, quien dio un paso a un lado, dejando al batallón cara a cara con Nikoláich.

—¡Ya lo han oído! —dijo Nikoláich, dirigiéndose a sus tropas—. ¿Qué hacen aquí parados! ¡Adelante!

Los del batallón de castigo avanzaron directamente hacia nosotros. Después de dar varios pasos blandiendo sus palas con aire inseguro, se detuvieron. Pasha intercambió una mirada burlona con Bormann. Arkady bajó de su Volkswagen para acercarse y Prójor lo siguió. Arkady sacó un paquete de Camel, cogió un cigarrillo y le ofreció el paquete a Prójor, que también cogió uno.

—Para ser honesto, creo que los sellos estaban bien —apuntó Arkady, sacando a colación el asunto de la autenticidad del escrito, presentado por el canoso—. Pero las firmas…

—Anda ya —discrepó Prójor, haciendo señas para que le diera fuego.

Arkady sacó el encendedor, se lo ofreció a Prójor y luego encendió su propio cigarrillo. Yo ya intuía cómo iba a acabar aquella comedia.

—Las firmas están bien —continuó Prójor, aspirando el humo con placer—. Son los sellos los que no valen.

—¿Los sellos, dices? —repuso Arkady, con un sarcasmo mal disimulado.

—Es lo que digo —confirmó Prójor, desafiante—. Los sellos.

—¡Los sellos están bien! —Arkady se puso a discutir acaloradamente—. ¿Los has mirado bien, estúpido?

—Estúpido tú —contestó Prójor, con no menos vehemencia.

Después de apagar cuidadosamente el cigarrillo, Arkady le propinó bruscamente un derechazo en la mandíbula a Prójor. Este rodó por el asfalto, el Camel salió disparado de su boca, describiendo un arco en dirección a los del batallón de castigo. Aun así, Prójor consiguió incorporarse de inmediato y se lanzó contra su agresor. Arkady dio un paso al lado, esquivando a Prójor, que iba a embestirlo con la cabeza. Tras la arremetida fallida, Prójor se lanzó de nuevo contra Arkady, saltando directamente a sus brazos de tal modo que ambos acabaron en el asfalto caliente, entrelazados como niños en la arena de la playa. Mientras Arkady le oprimía la garganta, tratando de asfixiarlo, Prójor le golpeaba con las manos abiertas en los oídos para dejarlo aturdido.

La pelea provocó el efecto deseado: los del batallón de castigo, atemorizados, contuvieron la respiración para no llamar la atención de aquellos dos elefantes de guerra, enrolados en las filas del crimen organizado. Incluso Nikoláich, el viejo majadero, que conocía bien todas las tretas que gastaba nuestra pandilla, estaba perplejo. Su rostro adquirió una tonalidad verde pálida, en consonancia con su ropa de camuflaje. Los tractoristas observaban la escena por la ventanilla de la cabina. Cuando el canoso se dio cuenta finalmente del desprecio que le tenían y de la manera en que lo estaban dejando en ridículo aquellos gitanos propietarios de Mercedes destartalados, escupió en el asfalto y se pasó el maletín de una mano a la otra.

—Ya basta —dijo en voz baja, pero para que lo oyeran todos—. Sois carne muerta. Yo pretendía hacerlo por las buenas, pero veo que no hay manera. Ni siquiera sabéis lo jodidos que estáis, no os lo podéis imaginar. Y tú, hijo de perra —farfulló, dirigiéndose a Nikoláich—, ya puedes pegarte un tiro. ¿Te enteras? Pégate un tiro, cabronazo.

Después de proferir sus amenazas, subió rápidamente al jeep, que salió a la carrera, virando bruscamente, antes de desaparecer más allá de los hangares. Los soldados, sin levantar la vista del suelo ni soltar palabra, se dirigieron hacia el camión. Una vez que hubieron cargado las palas, subieron al vehículo y no tardaron en desaparecer por detrás de la esquina.

Todo se volvió silencioso. Sólo se oía resoplar a Arkady y a Prójor, que descansaban sentados en el asfalto. Nikoláich se volvió y repasó a nuestro grupo con la mirada, deteniéndose en Ernst. No había ninguna razón para que Nikoláich se fijara en él, aparentemente no tenía nada que reprocharle, Ernst sólo estaba con sus amigos, pasándoselo en grande. Pero Nikoláich se quedó observándolo fijamente. Cuando Ernst reparó en ello, le sostuvo la mirada. Y así siguieron, sin moverse de sitio, ajenos a todo y a todos. Los demás no les prestaban demasiada atención a aquellos dos. Mientras Pasha ayudaba a Arkady y a Prójor a incorporarse, Bormann compartía, igual que El Traumas,

impresiones con el resto, yo sí advertí la manera en que Nikoláich y Ernst se miraban, igual que dos perros de presa a punto de enzarzarse en una pelea sangrienta, como si el tiempo se hubiera detenido y toda aquella situación fuera sólo de su incumbencia, y dependiera de ellos la decisión de poner fin a aquel conflicto.

Era obvio lo que estaba pensando Ernst. Estaba pensando que algo malo iba a suceder, algo realmente malo, por fin, iba a suceder. No importaba que todos pensáramos que ya había pasado el peligro y que no había vuelta atrás, porque no era cierto en absoluto. Ernst conocía muy bien esa sensación de peligro. El peligro se acercaba y era imposible evitarlo. No había más remedio que enfrentarse a él. No había manera de adelantarse a los acontecimientos ni aún menos evitar que sucedieran. Sólo cabía la posibilidad de sostenerle la mirada a aquella bestia fatal, esperando que se acercara y después de que te olisqueara con su hocico de animal salvaje, pasara de largo, dejando a su paso pestilencia y terror. Ernst podía reconocer al instante el aliento fétido que emanan las grandes desgracias; se acordó del desespero que anida en los pulmones, del miedo visceral que se desborda como un río por el deshielo en el mes de marzo. Se acordó de que lo más importante era aguantar, y sostener la mirada. Luego todo se andaría y las cosas se pondrían en su sitio, pero ahora lo más importante era estar preparado para lo peor.

Y también era obvio lo que pensaba Nikoláich. Pensaba: «Ahora mismo lo voy a solucionar, aún estoy a tiempo de hacerlo. Haré las cosas de forma correcta, me saldrá bien». Cuando todos aquellos hombres se reían de él, se burlaban y lo humillaban, cuando lo vejaban delante del canoso y de los muchachos que él había hecho venir desde el cuartel después de cerrar un trato con sus superiores, Nikoláich no dejó de pensar en una sola cosa: «Ahora mismo voy a arreglarlo, haré lo que haga falta». Qué era lo que pretendía arreglar, ni él mismo lo tenía claro. Se había complicado tanto la vida durante los dos últimos días, que no sabía por dónde empezar para conseguir llevar el asunto a buen puerto. Aquellos jodidos gitanos lo habían vuelto a ridiculizar, haciéndole quedar como un payaso a los ojos del canoso. Ahora se imaginaba cómo el canoso lo haría público en la oficina, cómo informaría a Marlén Vladlénovich acerca de su proceder, haciéndolo parecer un completo imbécil ante toda aquella gentuza que trabajaba para la empresa. Si al menos esa panda de gitanos no se burlara de él de aquella forma tan humillante… Si no lo hubieran hecho, resistiría costara lo que costara, lo superaría, pero no, le habían arrancado el corazón sacándoselo por la boca, para luego pisotearlo con sus botas. Y aquella vergüenza parecía no tener fin. Nikoláich estaba trastornado, sus ojos se llenaban de lágrimas de desesperación, mientras recordaba el palpitante dolor de humillación

sin fin, que apenas podía confesarse a sí mismo y con el que tenía que vivir.

Durante el pulso con Nikoláich, Ernst recordó las antiguas posiciones de defensa alemanas, trincheras cubiertas de pinaza, que crujía bajo las pisadas, fortificaciones abandonadas y ruinosas. Había invertido muchísimo tiempo en buscarlas, sabiendo que en algún lugar de la zona había algunas trincheras, al menos según los mapas militares de la época. Aun así, ninguno de sus amigos que se dedicaban a cavar en los bosques y en las ciénagas, de la noche al amanecer, en busca de armas y condecoraciones y sobre todo objetos de los soldados de la Wehrmacht desaparecidos, por los que pagaban cuantiosas recompensas, ninguno de aquellos amigos suyos sabía nada acerca de las trincheras en cuestión. Más todavía: se burlaban de Ernst, diciéndole: «Te lo estás inventando, tío, ¡qué va a haber trincheras ni tanques abandonados allí!». Ernst, sin embargo, interrogó a los lugareños, hasta que uno de ellos le confesó que las citadas trincheras efectivamente existían, pero como se encontraban ocultas en el corazón del bosque, era poco probable que las pudiera localizar. Cuando acabó la guerra, plantaron a propósito todo un pinar allí, para ahorrarse tener que desenterrar todos aquellos proyectiles y bombas que, desde 1943, habían caído en las dunas de arena, cerca de sus puestos. Plantaron los árboles para impedir que la gente deambulara por allí. Después de explorar a gatas todos los bosques de los alrededores, Ernst consiguió dar finalmente con los restos de las trincheras, casi invisibles por las raíces de los pinos. Se pasó dos días sin salir de aquel foso, tamizando cuidadosamente con las manos la arena caliente, llena de balas, casquillos y botones de uniformes. La noche del segundo día, uno de los lugareños, alarmado, llamó a la policía, que inmediatamente acudió a la llamada, sorprendiendo al arqueólogo aficionado con las manos en la masa. Cuando lo escoltaban a la comisaría regional, Ernst sintió la misma sensación que ahora. Había que prepararse para lo peor, sobrellevar del mejor modo ese presentimiento funesto, hasta que cediera sin remedio. Era preciso esperar y aguantar.

Después de graduarse en la escuela naval, cuando era ya un profesional joven y prometedor que soñaba con convertirse en capitán de marina mercante, Nikoláich siempre lo tuvo claro: por mucho que se esforzara por ser uno más, por adaptarse e integrarse en el colectivo, se empeñaban en rechazarlo, le recriminaban a él, Nikolái —¡joder!— Nikoláich, un exceso de mezquindad y falta de compañerismo. Ni siquiera podía refutar aquellas acusaciones porque, en efecto, no tenía ningún sentido del compañerismo ni podía haberlo tenido nunca. Toda su familia era igual, mezquinos e insolidarios; su

padre lo era y su madre también. Ni el hecho de ser miembro activo de las juventudes comunistas ni de acabar consiguiendo un puesto en la dirección, nada de eso pudo mitigar aquel sentimiento humillante de rechazo. En compañía de cualquiera, en cualquier circunstancia, se sentía rechazado, hiciera lo que hiciese, se empecinaban en no aceptarlo como uno de los suyos. Sus tentativas de pasar por una persona legal no hacían más que empeorar las cosas, hasta el punto de que acababa por convertirse en el blanco de todas las burlas. Sus jefes no lo querían; sus subordinados no le mostraban el debido respeto; las mujeres lo rechazaban, aunque él tampoco pretendía nada de ellas. No tenía amigos, ni hijos ni animales de compañía. Temía a las personas para las que trabajaba, más aún, temía que adivinaran el miedo que les tenía. Y ahora aquí estaba Nikoláich, detenido frente a nosotros, con todos esos pensamientos corriendo por su mente. Parecía haber entrado en pánico. Tenía los ojos rojos como ascuas a causa de la ira y la desesperación.

Recordó lo que había ocurrido en la frontera ucraniano-húngara allá por los años noventa. Él regresaba a casa desde Múnich vía Viena. No tenía dinero, ni comida ni tabaco. Había ido a visitar a su antigua amante y compañera de estudios Raia Shtern, quien, después de graduarse, se había cambiado el apellido y emigrado a Alemania, donde trabajaba como cantante en un restaurante llamado Samovar. Después de pasar con Raia varios días apasionados y otras tantas noches en vela, iluminadas por el whisky y la ginebra, Ernst regresaba a casa, donde lo esperaba Tamila, el romance entre ambos apenas comenzaba. Un nacionalista croata lo llevó con su coche hasta Viena, y lo dejó en la estación de tren. Allí, Ernst decidió arriesgarse y se subió a un tren que iba a Belgrado, con la esperanza de aguantar, sorteando a los revisores, tres horas de viaje antes de bajar en Budapest. Milagrosamente consiguió cruzar a bordo de aquel tren la frontera húngara. Puede que lo consiguiera gracias al mandato divino, como si se hubiera evaporado en los pasillos del tren, burlando a los aduaneros magiares, que acabaron por estampar en su pasaporte el sello de entrada sin siquiera haberle pedido el billete. Como los revisores no lo sorprendieron en la plataforma del vagón ni en el baño, Ernst, contento por su buena suerte, desembarcó triunfal en la estación Keleti de Budapest. Luego, incluso conseguiría cerrar un trato con el personal auxiliar del expreso de Moscú, para que lo dejaran viajar hasta la frontera con Ucrania donde les aseguró que bajaría.

9

Se bajaría en la frontera. No tenía dinero ni desfachatez suficientes para pedirles más. Les prometió que sólo viajaría hasta la frontera, conforme a la tarifa que les había pagado. «No importa —pensaba confiado—, no se atreverán a hacerme bajar en medio de la nada.» Una vez que lograra cruzar la frontera, estaría a salvo. Eso fue lo que pensó, pero estaba equivocado. Mientras viajaba solo en el compartimento, observó por la ventana cómo el día templado de primavera daba paso a una tarde fresca, el sol rojo se extendía en el horizonte, proyectando contra los espejos del compartimento unos bonitos reflejos color sangre. Cuanto más se acercaba a la frontera, más inquieto se sentía. Era consciente de que no sería capaz de engañar a todos todo el tiempo. Tendría que asumir responsabilidades. De hecho, no lo dejaron bajar en la frontera, los auxiliares le dirigieron una mirada tan cargada de reproche que Ernst enseguida supo lo que le esperaba. Durante la noche, una vez que el tren hubo cruzado el puente y cuyos reflectores hubieran atravesado de lado a lado la negrura y la atmósfera sofocante en que se sumían los compartimentos —como si unos animales desconocidos trataran de espiar desde fuera a través de las cortinillas de sus ventanas—, Ernst permaneció a oscuras, mientras escuchaba el pálpito de las ruedas y el de su propio corazón, consciente ya de que era imposible evitar lo inevitable y de que siempre había que estar preparado para lo peor.

Aquel sentimiento de impotencia se había apoderado de él. Para su sorpresa, supo claramente lo que siempre había tratado de olvidar, lo que apartaba cuidadosamente todas las veces que hurgaba en su memoria. Temía pensar en ello. Año 1993, Singapur. Su barco, un navío griego de casco oxidado comprado por cuatro duros a los alemanes, estaba atracado allí desde hacía una semana bajo la alegre bandera de Liberia. La tripulación, variopinta, capitaneada por un griego, se componía mitad por filipinos, mitad por compatriotas de Nikoláich. Este era el segundo oficial de a bordo. Lo consideraba un tipo raro, que era el blanco de las bromas de los tripulantes y odiado por el capitán, ni siquiera a las ratas del barco les caía bien. ¡Se dejó la piel para que los de la tripulación lo aceptaran como a uno de los suyos!, aunque sabía que aquellos intentos suyos de congraciarse con

ellos eran lamentables. Para sus compatriotas, seguía siendo un mezquino y un imbécil. A los ojos rasgados de los filipinos, que lo miraban de soslayo, era también un mezquino y un imbécil, si bien ¡qué podían saber ellos de los imbéciles! Cuando reparaba en aquellas risitas que gastaban a sus espaldas, en aquellas miradas cargadas de burla y desprecio y al imaginarse lo que debían de murmurar sobre él, los ojos de Nikoláich se llenaban de lágrimas de rabia. Pero lo peor pasó en Singapur. Y él recordaba cada detalle.

Tres tipos lo golpearon, de eso Ernst se acordaba muy bien. La paliza no duró mucho, no eran particularmente hábiles, así que cuando acabó, Ernst se limitó a limpiarse el labio ensangrentado, cargó la mochila al hombro y se dirigió hacia la estación de tren para proseguir su viaje rumbo al este, donde había alguien que lo estaba esperando.

Después de una semana de espera en aquellas aguas abrasadas por el sol, con el barco atracado en el puerto y aún sin cargar, los tripulantes instigaron a Nikoláich para que bajara con ellos a tierra. «Anda, jefe —le dijeron—. Acompáñanos, vamos a divertirnos un rato. La mejor chica que encontremos, será para ti: el segundo de a bordo del mejor barco del mundo tiene que tener a la mejor chica», lo camelaron. Y él, como un imbécil, se dejó embaucar.

En una ocasión, en los años ochenta, estaba de prácticas en Crimea. El recuerdo fue instantáneo, como si hubiese retrocedido en el tiempo. Se le cortó la respiración mientras evocaba el aire nocturno, el verdor tras un largo verano en Crimea, el agua del mar, increíblemente amarga, estancada en la bahía. Entonces, el viento soplaba del este, arrastrando ristras de nubes bajas, que sobrevolaban los barcos pesqueros, las desiertas playas nocturnas, la estepa abrasada por el sol y la negra cicatriz del trazado de la carretera. Todo empezó como suelen hacerlo estas cosas: una excavación arqueológica llevada a cabo por un numeroso grupo de personas que apenas se conocía entre sí; el valor, la alegría, el arrojo; la Crimea soviética, aún sin la presencia de los tártaros[28] ni la industria turística. El vino era malo; las granjas, colectivas; la tierra seca escondía restos arqueológicos de cerámica y huesos. De todo aquel grupo de excavadores, Ernst era el más joven. El trato que recibía por parte del resto estaba condicionado por esa circunstancia; incluso, llegaría a acostumbrarse a la presión constante que ejercían sobre él, puesto que no estaba en su mano poder cambiarlo, además era una descortesía quejarse. Y también estaba… Asia, sí, era así cómo se llamaba. Asia, una jovencísima profesora y estudiante de doctorado, que era la encargada del equipo de Ernst. Dicho equipo, debido a su bajo rendimiento, obstaculizaba los planes de producción, además incumplía reiteradamente los mandamientos cristianos. Como

resultado, Asia recibía continuas broncas por parte de sus superiores, de sus compañeros y también de los nativos, si bien esta ya es otra historia. El origen del incidente hacía prever el curso desfavorable que luego tomaron las cosas. Ernst comenzó por ayudar a Asia en las tareas domésticas. Trataba de estar siempre a su lado. La acompañaba a la parada del bus cuando ella tenía que desplazarse a la ciudad e iba a esperarla cuando regresaba. No se separaba de ella por la noche cuando encendían la hoguera; le alcanzaba la toalla para que se secara después de bañarse en el mar, se comportaba como un hermano, sin saltarse las jerarquías ni albergar esperanzas de que sus sentimientos hacia ella fuesen recíprocos. Eso supuso burlas constantes por parte de sus compañeros de mayor edad. En pocas palabras, su comportamiento era el propio de una persona de diecisiete años enamorada. Asia reaccionaba poniéndose a la defensiva. En ocasiones, Ernst creía percibir que algo había empezado a surgir por fin entre los dos y que ella, de alguna manera, trataba de insinuárselo. Sin embargo, en cada conversación, Asia acababa por cambiar de tema, para hablarle de cuestiones profesionales, echando por tierra todas sus esperanzas, algo que lo azoraba sobremanera, aunque el azoro no duraba demasiado. Para colmo, unos tipos nativos trataban constantemente de ligar con ella. A diferencia de Ernst, actuaban con determinación y destreza, la llevaban en su coche a la ciudad, la acompañaban por la noche hasta el campamento y la miraban pasar mientras le dirigían miradas lascivas. Aquello provocaba no poca hilaridad entre los compañeros mayores de Ernst, quienes se burlaban del muchacho y de su desgraciado amor. Lo peor de todo era que no se trataba de ningún amor, al menos por parte de ella. Asia seguía haciendo caso omiso de los sentimientos de Ernst, si bien accedía a que la fuera a esperar a la parada del bus. Fue allí donde un grupo de muchachos sorprenderían a Ernst, para insinuarle que dejara en paz a la chica, que dejara de causar problemas y que volviera solo al campamento, y se masturbara en vez de intentar ligar con la chica que ellos consideraban suya. Fueron sus palabras literales: «nuestra chica». Al oírlo, Ernst se enfureció. Empezó por insultarlos, antes de llegar a las manos. Los nativos, sin salir de su asombro, lo tiraron al suelo y le propinaron varias patadas en los riñones. Al volver al campamento, Ernst, ignorando las risas y las burlas de sus compañeros, cogió, en silencio, su pala de zapador y se dirigió de nuevo a la parada del autobús. Los de su equipo, al tomar repentina conciencia de que Ernst corría el serio riesgo de acabar mutilado, lo siguieron preocupados. Mientras caminaba, Ernst era plenamente consciente de que tenía que aguantar el tipo hasta el final, en ningún caso debía bajar la cabeza si lo que pretendía era dejar de ser de una vez por todas el novato pajillero al que mandaban por el vino y al que rechazaban las mujeres.

Tenía bien claro que debía prepararse para lo peor, aunque, al mismo tiempo, presentía que lo más duro estaba por venir, pero que luego todo saldría como él quería. Con esa idea en la cabeza, se lanzó contra los muchachos locales, que continuaban en la parada mientras celebraban su triunfo. No contaban, desde luego, con que Ernst volviera y, menos todavía, que lo hiciese acompañado por su equipo al completo. Ernst corrió hacia ellos y de una palada destrozó el parabrisas de su coche. Los locales, todo hay que decirlo, entraron en pánico y se largaron a casa, optando por no enfrentarse a aquellos arqueólogos que estaban locos de atar.

El ambiente era caliente y estaba cargado de humedad, un clima ecuatorial; el sol flotaba en el mar igual que una yema de huevo en aceite hirviendo. Consumidos por la inacción forzosa, pidieron permiso al viejo capitán griego para bajar a tierra, al puerto con sus miles de bares, de cafeterías y tabernas. Echaron a andar por el muelle Clarke Quay, aunque no pasaron de la primera cervecería que encontraron. Allí, supuestamente por casualidad, conocieron a tres prostitutas chinas, una de las cuales era casi una niña, algo que hizo que a Nikoláich se le saltaran las alarmas puesto que sabía que en Singapur se podía hacer de todo, pero no con menores. Su obstinada mezquindad, de la que se había esforzado tanto por librarse, asomaba la cabeza, pero sus compañeros lo tranquilizaron, para finalmente conseguir salirse con la suya. Eran tantas las ganas de Nikoláich de que sus compañeros lo tuvieran por uno de los suyos, tanto se había empeñado en caerles bien, que era inevitable que pasara lo que pasó. Después de tomar algo de ron, Nikoláich ya estaba como una cuba. Y cuando alguien le dio un vodka chino infame, una vez que se habían desplazado en taxi a Chinatown, de calles angostas y bulliciosas, y recalado en un piso de dudosa legalidad, Nikoláich ya había perdido prácticamente la conciencia. Sus compañeros no dejaban de llenarle la copa, de reír y de darle palmadas en el hombro, lo que consiguió que se relajara en exceso y perdiera el control. Una de las prostitutas, con un gran vozarrón y sobrepeso, estaba sentada en el suelo, gritando algo incomprensible, mientras intentaba recomponer su minifalda roja, que se le subía constantemente. La otra era flaca y pechugona; sus senos se agitaban tristemente, distrayendo las miradas y espantando. Y la tercera, la más joven de todas, de aire taciturno y compungido, permanecía de pie, al lado de la ventana. Su piel parecía dorada por los reflejos cálidos que arrojaba la luz de las farolas en la calle. Su pelo corto la hacía parecer más joven, casi una escolar, si no fuera por la gruesa capa de maquillaje que le cubría el rostro. Aunque también eso le gustó a Nikoláich, porque le otorgaba un aspecto entrañable. Sus labios gruesos y un cuello fino, con un collar de cuero con tachuelas de metal, dejaron definitivamente azorado a Nikoláich,

en particular el collar. Acabó perdiendo la cabeza por aquella escolar, merodeaba por su alrededor intentando desesperadamente entablar una conversación con ella, recurriendo a su inglés náutico oxidado. La prostituta lucía un top rojo con tirantes, una falda color esmeralda y unas medias rosa chillón; sus ligeras sandalias hacían ruido al caminar. Un fino vello cubría sus hombros, sobre el omóplato derecho llevaba tatuada una imagen de Jesucristo, aunque, al parecer, profesaba el budismo. Mientras Nikoláich merodeaba a su alrededor, sus compañeros no dejaban de jalearlo, diciéndole: «Vamos, jefe. ¡Sé un hombre! Eres uno de los nuestros». Finalmente, se decidió a darle un beso. Su boca sabía entre amarga y acre, con un regusto a fuego y cenizas. Besaba con ganas y pericia; hasta entonces, nadie había besado a Nikoláich de esa manera. A todo esto, el grupo no se aguantó más, prorrumpiendo en vítores y señalando a Nikoláich, excitado y perplejo: «¡Vamos, jefe, tírate ya a ese chaval, claro que sí, ya está bien de comerle la boca, cógele por los huevos de una puñetera vez!». Las otras dos prostitutas también rieron con ganas; la rellenita rodó incluso por tierra mientras golpeaba la cabeza contra el suelo en un ataque de risa histérica. El escolar con la imagen de Jesucristo tatuado sobre la espalda, emitió a su vez una risa leve y burlona, aunque sin soltar a Nikoláich, lo cual provocó más carcajadas aún entre los presentes. Nikoláich, que se serenó al instante consciente de la situación, se quedó perplejo mientras volvía en sí, hundiéndose en un agua cálida y turbia, de la que ya nadie habría de rescatarlo jamás.

Hay que decir que aquello tuvo sus efectos. En primer lugar, los compañeros mayores no volvieron a abusar de él. Siguieron aprovechándose de otros, mientras que a él empezaron a profesarle simpatía y a tratarlo con cierto afecto contenido, si bien sincero. Empezaron a tenerle respeto. De algún modo, todos ellos se dieron cuenta de que Ernst no era un caso perdido por lo que respecta a la comunicación interpersonal y a las jerarquías sociales, puesto que no se había arredrado a la hora de enfrentarse solo a los locales. Y lo más importante era que Asia, de la que ya nadie esperaba nada, también lo entendió así, de un día para otro. Hay que decir que, una vez que lo hubo entendido, empezó una verdadera relación entre los dos. Ernst recordaba la última noche que había pasado con ella, la víspera de abandonar el campamento. Entonces, el agua del mar ya estaba fría como suele ocurrir en otoño, empapaba la arena de la playa de la misma forma como la leche empapa el pan. Hicieron el amor por primera vez, apresurados, en un intento de recuperar el tiempo perdido; trataron de resarcirse tras todos aquellos días pasados, mareas altas y bajas, ciclones y anticiclones, mediodías soleados y tardes brumosas. Lo hicieron sin quitarse la ropa siquiera, ella simplemente se desabrochó la cremallera del vaquero y le dejó entrar.

Él, por su parte, descubrió asombrado qué sencillo y profundo era penetrar a una mujer. Su sujetador relucía a la luz de la luna como una gaviota, la arena mojada de la playa se le metía en el pelo y también debajo de la ropa.

No importó lo que pasó. Podía haber pasado cualquier otra cosa, y más aún tras una borrachera como aquella. Lo que importaba no era eso. Lo realmente grave era que aquello le había resultado placentero, de verdad. Y ya no era capaz de olvidarse de aquel chino endemoniado de piel suave y piernas esbeltas, soñaba con él por las noches, y eso lo mantenía despierto toda la noche. Eso es lo que no les podía perdonar a sus compañeros. Incluso años después de haber dejado la marina y haber empezado una vida nueva, trabajando en la empresa de Marlén Vladlénovich, a quien temía, no acabaría perdonando a sus compañeros de tripulación aquella vergüenza suya y la excitación espantosa que había sentido aquella noche.

Tal vez fue entonces cuando realmente comprendió que lo importante era no bajar la cabeza, saber enfrentarse al problema como algo dado que inevitablemente aparecerá y, por lo mismo, inevitablemente desaparecerá. Lo importante era no tener miedo, además de tener siempre a mano una pala de zapador.

Y ahora, mientras estaba de pie frente a ellos, volvía a recordarlo todo: el puerto, las tabernas, aquel travestido menor de edad y, especialmente, la sensación humillante de la que jamás había conseguido liberarse. Y así había sido durante toda su vida, por mucho que se esforzara por hacer las cosas bien, todos sus intentos acababan en desgracia. Igual que ahora, se sentía abandonado por todo el mundo. El canoso se había largado a la ciudad para quejarse de él ante Marlén Vladlénovich; los militares se habían ido también y lo habían dejado solo. Allí solamente quedaban gitanos, pero estos no hacían más que reírse de él, de su cara desencajada por el miedo, de su estúpida ropa de camuflaje, de sus tentativas de dárselas de hombre serio y respetable. Lo humillaban, arrinconándolo contra la pared, antes de acabar rematándolo a palazos sin ninguna escapatoria.

Aunque, mirándolo bien, la pala de zapador no tenía nada que ver. Lo que importa es que los muchachos, todavía siendo unos chavalillos, habían visto esa actitud en sus padres y en sus amigos más crecidos. Era una actitud muy simple: mantenerse juntos, no dejarse intimidar por extraños, defender su territorio, a sus mujeres y sus hogares. Y entonces todo iría bien. E incluso si no iba bien, al menos era lo justo.

Lo mismo que una rata arrinconada entre unos cubos de hierro, Nikoláich los miraba con odio y pavor, pensando que esa vez habían ido demasiado lejos, esa vez sí que no le habían dado opción.

Porque nadie tiene derecho a invadir el territorio que no es suyo ni a apropiarse de las mujeres de otros. Ni tampoco de sus hogares.

Porque él lo había hecho todo de forma correcta y no era culpa suya que las cosas hubieran ido de esa manera. Y no era cuestión de la ropa de camuflaje, podía no habérsela puesto, ni tampoco de la Makárov PM, una pistola semiautomática, que había pedido prestada para la ocasión a su guardaespaldas y que ahora guardaba en un bolsillo del pantalón, sintiendo el pesado armazón metálico contra su muslo.

Porque si uno crece con todo eso, si se lo inculcan desde niño, muchas de esas cosas las acepta de forma sencilla y natural. Está la vida que uno vive y de la que no tiene derecho a renegar, y está la muerte, para la cual siempre hay tiempo, así que no hay por qué darse prisa.

Y te rechazan sin siquiera tratar de comprenderte, porque, para ellos, eres un extraño y no hay ningún vínculo que los una a ti, ni puede haberlo.

Son cosas ciertas y comprensibles y por eso mismo inmutables. Siempre han vivido así y es lo que tratarán de trasmitirles a sus hijos. Porque lo único que puede unirnos es una vida en común, al igual que una muerte compartida.

—¿Qué os pasa, golfos, que estáis tan callados?

Después de saltar con dificultad de la cabina, ambos tractoristas, el de la camiseta marinera y el del mono de trabajo, saludaron efusivos al grupo como si estos —El Traumas, Pasha, Bormann— fueran sus amigos de toda la vida. Incluso a mí me saludaron a pesar de que los acababa de conocer. Arkady y Prójor, entre risas, les devolvieron el saludo y les invitaron a fumar. A Nikoláich ya nadie le hacía caso, olvidado por todos, se había quedado relegado con una sonrisa boba en el rostro, sin saber cómo salir del paso. También Ernst fue tratado por los tractoristas como uno más de la familia, cosa que, a fin de cuentas, era cierta. Yo, mientras tanto, no conseguía dejar de pensar en aquella mirada escalofriante y turbadora, con que Nikoláich había mirado a Ernst minutos antes.

—Y bien, ¿cómo os va por aquí? —Los tractoristas interrogaban a El Traumas con una efusividad impostada—. ¡Shura, maldita sea, os estamos preguntando que cómo estáis!

Daba la impresión de que aquellos dos quisieran abrazar a todos los presentes, apretándolos contra su ancho pecho. A los muchachos de nuestro grupo se les veía contentos por aquel gesto de confraternización, aunque tenían sus reservas.

—¿Y tú, Koliunia? —preguntó Pasha, dirigiéndose al de la camiseta marinera—. ¿Para quién diablos estás trabajando?

—¡Vamos, Pasha, ya sabes que soy un tipo decente! ¿Acaso no me conoces? —empezó a justificarse—. Ese cabrón nos ha tomado el pelo

—dijo, señalando a Nikoláich, que seguía sonriendo con torpeza—. ¿Cómo iba a saber yo que andabais metidos en el asunto?

—Sí lo sabías —lo reconvino con severidad El Traumas.

—Pero, Shura… —repuso quejumbroso el de la camiseta marinera —. Te lo juro. Tú ya nos conoces…

—Claro que os conocemos, faltaría más —aceptó de mala gana Pasha—. Sólo que la próxima vez tienes que saber con quién tratas.

—Tienes toda la razón. No pensarás que estoy con ellos, ¿verdad? —dijo Koliunia, señalando con la cabeza a Nikoláich.

—No pienso nada —repuso Pasha.

—Chicos, no ha sido culpa nuestra —dijo el tractorista, nervioso.

—Calla ya, no te lamentes más —lo interrumpió El Traumas.

—Gracias, chicos —agradeció aliviado el de la camiseta marinera —. Gracias.

Luego nos contaron que era la primera y, a juzgar por cómo habían ido las cosas, la última vez que tenían trato personal con Nikoláich, ni siquiera llegaron a sospechar lo controvertido que era todo aquel asunto del aeródromo; pensaban que sólo iban a demoler una infraestructura cualquiera y no habían reparado en el engaño y falta de honradez de aquellos dos sinvergüenzas, como eran el canoso y Nikoláich. El canoso había hecho bien al largarse, dijeron, porque, de lo contrario, lo habrían colgado con sus propias manos de la pala del tractor. Porque ellos eran unos tipos legales y no se dejarían sobornar por el dinero que les había ofrecido. Ni tampoco por un pastón.

El Traumas no quiso seguir escuchándolos, se alejó y se sentó sobre el capó del Mercedes negro. Estaba contento y relajado, exponía la cara al sol como si quisiera que se le quedaran grabadas en la memoria aquellas últimas horas de luz. Me acomodé a su lado.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Nada —contestó El Traumas.

—¿Y si vuelven?

—Me importa una mierda —dijo imperturbable—. Que vuelvan. ¿Sabes una cosa? Tu hermano jamás les tuvo miedo. ¿Qué pueden hacer, de hecho? ¿Intentar comprarte? Si tú no lo permites, no podrán hacerlo, ¿no es así?

—Así es.

—Es lo que yo creo. Y ellos creen otra cosa. ¿Y a quién le importa? —dijo cambiando de tema—. ¿Qué cuenta Katia?

—Todavía no he leído su carta —contesté, sorprendido por la pregunta—. Cuando la lea, te lo contaré.

—De acuerdo —dijo El Traumas—. Trato hecho.

Fue en ese momento cuando Nikoláich pareció volver en sí, había llegado el momento de salir de allí.

—¡Eh, vosotros! —les gritó a los tractoristas.

Ambos tipos se volvieron para mirarlo, pero al instante perdieron todo el interés y retomaron la conversación con los muchachos de nuestro grupo para seguir contándoles sus patrañas.

—¡Koliunia! —La voz de Nikoláich tembló, colérica y nerviosa.

—¿Qué quieres? —dijo el de la camiseta marinera, mirándolo de soslayo.

—Vámonos —ordenó tajante Nikoláich.

—Vete a tomar por culo —le respondió Koliunia, y retomó la conversación.

Pasha y Bormann intercambiaron una mirada de complicidad y siguieron charlando con los tractoristas, fingiendo normalidad.

—¡Koliunia, joder! —gritó Nikoláich, que estaba perdiendo la paciencia—. ¿No lo has oído? ¡Vámonos!

Había algo en su voz que obligó a los tractoristas a abandonar la amena charla, a despedirse de nosotros y a dirigirse hacia el tractor. Nikoláich se quedó a la espera, observando cómo aquellos dos se acercaban con pachorra hasta el tractor, comprobaban la presión de sus neumáticos con la punta de sus toscas botas y subían sin prisa a la cabina. Al mismo tiempo, Nikoláich miraba de soslayo todos nuestros movimientos. Su rostro estaba lívido y tenso. Se habían hinchado las venas de su delgado cuello. Vestido con su ropa de camuflaje, permanecía inmóvil, dispuesto a descargar toda la rabia acumulada sobre el primero que le saliera al paso.

Koliunia intentó arrancar el motor de su MTZ, pero la máquina, entre temblores y resoplidos, se calaba una y otra vez, sin llegar a ponerse en marcha. Koliunia sacó medio cuerpo de la cabina.

—¡No arranca! —le gritó a Nikoláich con una rabia mal disimulada.

—¡Haz algo! —le contestó Nikoláich, sintiendo nuestras miradas burlonas.

—Pero ¿qué quieres que haga? —explotó Koliunia, sin salir de la cabina.

—¡Haz lo que sea! —le respondió a gritos Nikoláich—. ¡Arréglalo!

—¿Y con qué lo voy a arreglar? ¿Con mi rabo? —dijo Koliunia, con impertinencia

Todos los que estábamos allí estallamos en carcajadas. Pasha, en un ataque de risa, se dejó caer sobre Bormann. En cuanto a Ernst, llegó incluso a doblarse en dos, como si le hubiesen arreado un golpe en la barriga. Arkady y Prójor se sumaron con entusiasmo a la fiesta.

Ni siquiera El Traumas, siempre tan serio, pudo contenerse al soltar una risa breve.

—Dejadme que le eche un vistazo. —Se ofreció gritando a los conductores—. A ver qué tiene.

—¡Ni hablar! —exclamó Nikoláich, volviéndose de repente hacia El Traumas, extendiendo con un gesto brusco la mano a modo de barrera —. ¡No te acerques!

—Pero ¿qué coño te pasa? —El Traumas, asombrado, se detuvo un momento antes de volver a avanzar hacia donde estaba el tractor.

—¡Te he dicho que no te acerques! —insistió el otro con voz ronca.

—Sólo voy a echarle un vistazo al motor —dijo El Traumas, mientras se acercaba despacio hasta el MTZ.

—¡No te acerques, ya lo has oído! —gritó Nikoláich fuera de sí, mientras con la ayuda de sus manos sudorosas sacaba la pistola Makárov del bolsillo, cuya empuñadura presentaba unas muescas extrañas.

Todos se quedaron perplejos. En manos de Nikoláich, el arma parecía de juguete. Creo que, dentro de nuestro grupo, hubo quien no se dio cuenta al principio de que se trataba de una auténtica Makárov. Bormann hasta gruñó despectivo, pero después de intercambiar una mirada con Pasha, se dio por enterado. Las ráfagas de viento traían fragancias otoñales.

—Pero ¿qué demonios estás haciendo? —le preguntó El Traumas, con tono tranquilo pero persuasivo, a Nikoláich—. Guarda la pistola, ¿vale? Yo sólo quería ayudar.

—No te acerques —repitió el otro mientras lo apuntaba torpemente con el arma.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a preguntarle El Traumas, esa vez en tono amenazador.

—¡Serás imbécil! —gritó de repente Pasha a Nikoláich—. Te están diciendo que guardes la pistola.

Imagino que la palabra «imbécil» lo enfureció. El resorte mental, oculto en alguna parte de su interior, había estado reprimido durante tanto tiempo que reaccionó con suma violencia, arrancando de cuajo todos los seguros, y tan pronto como El Traumas dio otro paso, apenas visible, hacia el tractor, sonó el disparo. Shura se llevó la mano a un costado de su cuerpo. Alguien de nuestro grupo se lanzó de inmediato hacia Nikoláich, para quitarle el arma de un golpe y estampar su cabeza calva contra el asfalto caliente. El resto acudimos a ayudar a Shura. Su cuerpo se desvaneció en nuestros brazos. Lo tumbamos en el suelo junto a Nikoláich. Pasha le desabrochó la chaqueta para examinar la herida. Mientras uno acudía a buscar el botiquín, el otro corría para llamar a la ambulancia. Los tractoristas saltaron de la cabina y se dispusieron a atender al herido. Ernst, presa de los nervios, intentaba explicarme algo a gritos, señalando con la mano en dirección a la ciudad. Recuerdo haberle respondido incluso de forma instintiva, aunque lo único que realmente pude hacer fue quedarme allí plantado, observando el reguero de sangre oscura que fluía de

debajo del cuerpo de El Traumas, al tiempo que repetía de forma insistente para mis adentros: «¿Realmente se ha muerto? ¿Será posible que haya muerto, de verdad?».

Fue en otros tiempos, muchos años atrás. ¿Sería en agosto quizá? Sí, fue a finales de agosto. Las tardes calurosas, a medida que avanzaban, iban enfriándose, despacio, como los camiones estacionados en un área de descanso. Fue uno de los últimos años en la escuela. En aquel entonces ya habíamos hecho nuestras primeras amistades peligrosas y habíamos adoptado algunos malos hábitos. Si bien en aquella época ya éramos prácticamente unos adultos, nos gustaba todavía pasar largas tardes en la orilla del río, algo muy propio de los niños. En aquel entonces, la ciudad ofrecía pocas opciones de ocio, aunque tampoco es que haya más ahora. No recuerdo por qué aquella vez nos dio por ir hasta el puente. Lo usual hubiera sido que nos hubiésemos quedado en los arenales, a la orilla del río, que fluía lentamente, dejando ver el fondo. Pero aquella tarde de agosto las cosas tenían una apariencia distinta de la habitual: el río estaba especialmente oscuro y profundo, nosotros nos sentíamos despreocupados y el sol se alejaba rodando más rápido que de costumbre. Fuimos deprisa hasta el puente, tratando de llegar antes de que oscureciera del todo. Una vez allí, nos encaramamos a la barandilla desvencijada de madera para lanzarnos de cabeza al agua marronácea por la arena del fondo. Nos zambullimos una y otra vez. Y sólo cuando la oscuridad se hizo más espesa debajo del puente y adquirió el color negro violáceo de la tinta empezamos a recoger nuestras cosas y comenzamos a ponernos la ropa sobre nuestros cuerpos mojados. En el momento en que todos estábamos casi listos para marcharnos, mientras terminábamos de sacudirnos la arena de los pies y calzarnos las deportivas, Guiya, nuestro compañero de clase desde hacía tan sólo un año, nos pidió que le dejáramos saltar al agua una última vez. Como nadie se opuso, Guiya se quitó de nuevo la camiseta, que acababa de ponerse sobre sus hombros mojados y se encaramó a la barandilla del puente, antes de lanzarse al vacío amarillo y violeta.

Como no lo veíamos, empezamos a llamarlo, creyendo que se había escondido en alguna parte. Entonces nos asustamos y nos lanzamos al río, hundiéndonos en la oscuridad. Sin embargo, era imposible distinguir nada allá abajo y mientras alguno de nosotros fue corriendo a la ciudad para buscar ayuda, el resto se quedó en la orilla, iluminando la corriente con las linternas, cuya luz se proyectaba a fogonazos sobre la superficie del agua. El río fluía junto a nosotros; las olas aparecían y desaparecían una tras otra en la negrura de la noche. En algún lugar bajo el agua, el cuerpo de Guiya se movía ahora con la

corriente, como se mueven las algas. Reacios a creernos lo peor y empeñados en negar lo que acababa de suceder, fuimos repitiendo tímidamente para nuestros adentros mientras observábamos los reflejos en el agua: «¿Será posible que haya muerto? ¿Será posible que haya muerto, de verdad?».

10

—¿Hacía mucho que lo conocías, Her?

La espesa hierba se extendía por el jardín del hospital, ocultando en su seno manzanas caídas, colillas y jeringuillas usadas. A veces, unos gatos precavidos y recelosos se agazapaban entre la hierba, mirando a contraluz con sus ojos verdes. De vez en cuando, se abría una ventana y un pobre paciente sacaba medio cuerpo afuera para fumarse apresuradamente un cigarrillo mientras esperaba la visita del médico. En cuanto llegaba el médico, el paciente apagaba la colilla y la arrojaba a la hierba amarillenta del jardín como un satélite artificial. Aquí y allá se erguían unos manzanos viejos, castigados por el viento. Al fondo, arrimado a un muro de ladrillos, alguien había colocado un banco traído de la calle. Junto a él, algunos pacientes se reunían por las tardes para fumar, beber vino fortificado[29] y contar anécdotas. El sacerdote y yo nos sentamos allí. El cura acababa de ver al médico para informarse sobre El Traumas, pero ya no tenía ningún sentido. Después de ponerme al corriente, el cura aguardó a que yo dijera algo. Pero yo no tenía nada que decir. El Traumas había muerto de forma tan repentina que yo seguía hablando de él en presente, el cura ni me corrigió. Entonces me preguntó:

—¿Lo conocías hacía mucho tiempo, Her?

—Supongo que sí —dije—. Desde que yo era niño. Él era mayor que yo, mi hermano era quien tenía más relación con él. Jugaban juntos en el mismo equipo, luego me incorporé también yo.

—¿Jugaba bien?

—Mejor que nadie. No lo digo porque esté muerto. Realmente jugaba muy bien.

—¿Y tú?

—Yo no tanto. Siempre me faltó algo: velocidad o agresividad, no lo sé. Aun así, jugando juntos, ganamos la copa.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1992. El equipo ya había ganado una copa antes de que yo jugara. Así que para ellos no fue la primera vez. Yo, en cambio, estaba entusiasmado. Imagínate, ¡haber ganado la copa!

—En cambio, yo en 1992 estaba ingresado en un manicomio —respondió el sacerdote.

—¿Qué quieres decir con un manicomio?

—Pues eso, un manicomio. Un ingreso largo, vamos, lo habitual. Tuve problemas con las drogas. Me ingresó mi hermana, creía que allí me curarían.

—¿Y te curaron?

—¡Qué va! Me curé yo solo, pero me costó lo mío, incluso acabé metido en una secta, imagínate.

—¿Y cómo te curaste? ¿A fuerza de rezos?

—Qué rezos ni qué hostias —se rio el cura—. Todo fue cuestión de química, Her. En esta vida, toda droga acaba cuando es sustituida por otra. En definitiva, no sé cómo conseguí desengancharme. Pero me desenganché.

—¿Y qué hay de los rezos, por cierto?

—Nada. Los rezos no tienen nada que ver con eso. En general, la iglesia no tiene nada que ver.

—Entonces ¿qué es lo que tiene que ver?

—La cuestión es que yo les tengo a ellos y ellos me tienen a mí. Estamos juntos, ¿entiendes? Ahora te lo explicaré mejor. —Sacó el móvil de El Traumas del bolsillo de su chaqueta. Lo apagó y lo dejó a un lado como si fuera a decirme algo realmente importante—. ¿Sabes lo que les pierde a la mayoría de los drogadictos?, que cada uno de ellos esté solo. Bueno, probablemente ya sabes eso. De ahí las terapias de grupo, que a veces dan resultado. En lo que a mí respecta, siempre me había mostrado escéptico con las terapias de grupo. ¿Y sabes por qué? Porque soy una persona adulta y acostumbro a ser responsable de mis palabras y de mis actos. Y cuando decidí desengancharme, lo primero que pensé fue: nada de terapias de grupo ni alcohólicos anónimos. Todo ese veneno que he consumido corre por mi sangre, bombeada por mi propio corazón, y nadie me dejará prestado el suyo, ¿cierto? Por eso mismo renuncié a compartirlo con nadie. Me convencí simplemente de que era capaz de controlar mi vida y de que era injusto culpar a los demás de mis propios errores. Ese tipo de romanticismo lacrimógeno no hace más que complicar las cosas, ya me entiendes. Aun así, Her, ahora ya sé con seguridad que tenía que soportar toda aquella terrible tortura para poder valorar debidamente el alcance de mis propias fuerzas y de mis posibilidades. Y las posibilidades de uno, Her, son mínimas, créeme. Sea como sea, en algún momento conseguí desengancharme. Y fue entonces cuando comprendí que, de hecho, nada había cambiado y que la vida no dejaba de ser una lucha extenuante y cotidiana contra nuestras propias adicciones. Y que la recaída es sólo cuestión de tiempo, ¿entiendes? Porque lo verdaderamente importante no es tanto estar limpio como no recaer después. Y en ese sentido, una terapia colectiva en nombre del Señor es imprescindible, creo. Sabes, realmente tuve

mucha suerte de encontrar la iglesia aquí. Fue una gran suerte para mí, ¿comprendes? Ahora bien, mis parroquianos a eso no le dan tanta importancia, pero yo sé que, sin su ayuda, no habría conseguido curarme.

—Entonces el poder sanador de la Biblia surtió efecto, ¿eh?

—No me refería a eso, no me malinterpretes. Lo que digo es que hay cosas más importantes que la fe. La gratitud y la responsabilidad, entre otras. De hecho, entré en la Iglesia por casualidad. Simplemente no tenía adónde ir. No podía volver con mi hermana, me habría internado otra vez. No tenía mucho donde escoger. Pero la iglesia y yo nos entendimos. La Iglesia está bien, claro, pero nadie más que tú puede solucionar tus problemas. Así que, desde el principio, tuve una sensación de provisionalidad; antes o después, creía, los santos padres me expulsarían tan pronto supieran de mis actos. Ellos lo sabían, conocían mi historia, pero nunca le dieron importancia. Y entonces me destinaron aquí. Como el párroco anterior había emigrado a Canadá, buscaban a alguien que lo sustituyera. Yo lo hice. Y estoy seguro de que cuando me enviaron aquí estaban absolutamente convencidos de que pronto renunciaría, y supongo que debían pensar que si yo renunciaba, entonces ya no era su problema. Sabes, cuando llegué aquí, nos reunimos por primera vez en el apartamento de Tamara.

—¿Quiénes os reunisteis? —pregunté.

—Los parroquianos y yo. Eran muy pocos entonces. Imagínate la escena. Todos me observaban, allí sentados. Yo, por mi parte, era incapaz de decirles nada, por lo jodido que estaba. Ellos también se daban cuenta de mi situación, lo entendían todo perfectamente. Se daban perfecta cuenta de todo, Her, y no me exigieron nada. Todas esas terapias colectivas son una mierda, todos intentan salvar el pellejo, y les importa una mierda lo que les pase a los demás, tanto da si llegan hasta la próxima sesión o si la palman antes. Porque si uno sólo se preocupa de sí mismo, es que los demás le dan igual. De ese modo ninguna terapia funcionaría. Es algo mezquino e indecente, uno se siente un perfecto gilipollas cuando trata de salvarse a cualquier precio. Pero con ellos fue diferente, me di cuenta de que, de hecho, yo no les hacía falta. No obstante, puesto que ya estaba aquí, en su parroquia y no en otra, me hicieron ver que no estaban dispuestos a dejarme, que de eso podía estar seguro. No, no lo harían, y eso que yo para ellos era un don nadie, un tipo cualquiera al que acababan de conocer. Ahí me di cuenta de que, si no lograba quedarme con ellos, estaría prácticamente acabado. Y que ya no habría plegaria que me valiera.

—¿Conocían tus antecedentes?

—Pasha estaba al corriente. Yo se lo conté, el mismo día que llegué. Es que cuando los vi a todos allí reunidos, entendí que no

debía ocultarles nada, por mi propio bien. Pasha era, digamos, su líder. Y sigue siéndolo también ahora. Así que se lo conté todo. Le dije que quería ser honesto y que, en caso de que mi condición de drogadicto fuese un impedimento para hacerme cargo de la parroquia, yo, por supuesto, renunciaría. ¿Sabes lo que me dijo Pasha?, que si todos los drogadictos locales renunciaran a sus puestos de trabajo, aumentaría la tasa de desempleo en la región. En pocas palabras, me dijo que no me preocupara y me dedicara a lo mío, es decir, a cantar salmos con ellos y a bautizar a sus hijos. Así que me quedé.

—Entiendo.

—Pero la cosa no acabó ahí —continuó el sacerdote—. Hubo más, Her. Tuve una recaída. Medio año después de asumir la parroquia, volví a las andadas. Incluso me apropié del dinero de la iglesia, no era mucho, la verdad, pero aun así… Fue Pasha quien acabó ayudándome. Enseguida se dio cuenta de que había recaído e impidió que volviera a engancharme del todo. Me encerró en su casa y no me dejó salir hasta que superara el mono. Me trató con hierbas y remedios. A todos les decía que yo tenía la gripe. Y fue entonces cuando me dije: «Mira, tu salud te importa una mierda, eso está claro. Tampoco te preocupa especialmente tu carrera profesional, de eso tampoco hay duda, igual que los mandamientos de Cristo, pese a tu compromiso profesional, a fin de cuentas. Ahora bien, si no quieres arder en el infierno a fuego lento, como un producto semielaborado en el microondas, aférrate a estos feligreses, personas extrañas y un tanto chaladas pero auténticas y compasivas. No las abandones. Quédate a su lado. Si quieres cantarles salmos, hazlo; si quieres bautizar a sus hijos, hazlo también. En definitiva, no es tan importante a lo que te vayas a dedicar. Lo importante es que te quedes con ellos. No te van a dejar tirado, así no es como hacen las cosas aquí». Fue más o menos así como ocurrió —concluyó el cura, y encendió el móvil—. En lo que respecta a Shura —añadió tras un silencio—, apenas le conocía. Mejor dicho, casi no tenía trato con él. Pero eso no cambia nada, era uno de ellos. Son una piña. Todos nosotros aquí somos una piña, ¿lo entiendes, Her? Sé de lo que hablo. Y no es cuestión de la iglesia ni de la droga. Es cuestión de responsabilidad. Y de gratitud. Si no careces de ambas, aún tienes la posibilidad de no morir como un completo imbécil.

—Tienes toda la razón —consentí—. Lo que dices es cierto. Sin embargo, fíjate, a El Traumas le pegaron un tiro, mi hermano anda desaparecido. Esa gente de la que me hablas está haciendo lo correcto, en esto estoy de acuerdo contigo. Ahora bien, están atrincherados y se creen capaces de resistir a cualquiera. Sin embargo, resulta que los van abatiendo o presionando para que se vayan, uno por uno, y pronto conseguirán que se marchen todos.

—¿Crees que es lo que acabará pasando?

—Es lo que creo.

—Probablemente los acaben por expulsar a todos —convino el sacerdote—. Puede ser. Pero no importa. Hasta que los expulsen, permanecerán unidos, ¿lo entiendes? A lo largo de mi vida he conocido a todo tipo de personas. Todas muy distintas. La mayoría de ellas eran débiles y vulnerables. La mayoría de ellas habían traicionado a sus familiares y amigos. Creo que se debía a su propia indefensión. Sea como fuere, la vida misma convierte a las personas en cobardes y traidores, te lo digo yo que soy cura. Si, como dices, acaban desterrándolos a todos, me desterrarán también a mí. Porque yo, Her, también estoy en la trinchera. Compartimos responsabilidad. Además de gratitud.

Sacó el móvil de nuevo y lo desconectó. Se quedó escuchando el susurro de la hierba mecida por el viento. El sol del atardecer se ponía detrás del muro del hospital, sus reflejos rojos acariciaban las ventanas de la Unidad de Cuidados Intensivos.

—Además les enseño trucos —continuó el sacerdote.

—¿Cómo? —pregunté, sin entender.

—Trucos —repitió el cura—. Trucos de magia. Cuando estuve internado en el manicomio, una de las terapias consistía en aprender trucos de magia. Decían que aquello iba a devolvernos a nuestra infancia. Nos los enseñaba uno de los internos, que había trabajado de malabarista en un circo. Cuando lo ingresaron, aún llevaba puesto el maillot circense. Mira esto.

El sacerdote sacó del bolsillo una petaca con alcohol y se agachó para atarse bien el cordón del zapato. Después de dar un sorbo a la petaca, se la guardó rápidamente en el bolsillo. Luego, pareció sacar de la nada un encendedor Zippo, se lo acercó a la cara y exhaló una llamarada azul.

Me aparté, asustado. Unos segundos después, el cura se había vuelto a sentar, mirándome con sus ojos tranquilos y sosegados.

—Eso sí que es terapia de grupo —me dijo.

No supe qué contestarle.

—¿Adónde vas ahora? —me preguntó.

—Tengo que ocuparme de un asunto —respondí—. Uno muy importante.

—Adelante —me animó—. Ya tienes mi número.

—¿Conque gratitud y responsabilidad? Tú lo has dicho, ¿no es cierto? —pregunté.

—Eso es —asintió con la cabeza—. Gratitud y responsabilidad.

En el vestíbulo del hotel había máquinas tragaperras. Algunos adolescentes de ojos vidriosos estaban sentados en taburetes altos frente a ellas. En el alféizar de la ventana dormía una niña con

deportivas y el pelo teñido de rojo. En el pasillo, varios chechenos trajinaban con cajas de cartón, llenas de pomelos que rodaban en su interior. Me acerqué a la recepcionista. Le dije mi nombre y pregunté si algún huésped del hotel me estaba buscando. Ella enseguida me dio un número de habitación. Es magnífico que haya alguien que te espere, pensé mientras subía las escaleras.

El hotel parecía un barco a la deriva. Si allí todavía quedaba alguien que no hubiera huido, era porque no tenía adónde huir. Recorrí el pasillo, largo y mal iluminado. Olía a pintura y a mobiliario de hotel.

La puerta estaba entreabierta. Se oía correr el agua de la ducha. Llamé a la puerta, pero nadie contestó. Entonces entré en la habitación. Había dos camas separadas por un escritorio. Y vaqueros, gorras, sábanas arrugadas y revistas femeninas manchadas de mostaza por todas partes. Sobre una de las camas estaba sentado un tipo más joven que yo, de unos veinticinco años, como mucho. Estaba envuelto hasta la barbilla en una manta áspera y en la mano sostenía un yogur de frutas.

Sobre la silla que había delante de él, había un portátil, en cuya pantalla podía verse un vídeo de porno duro. Sin sonido. Como si los actores quisieran pasar desapercibidos. El tipo ni siquiera me había visto entrar, hasta que vio mi reflejo en la pantalla.

Al ser pillado por sorpresa, soltó el yogur, que cayó al suelo, formando un charco dulce de fresa. Arrojó la manta de pelo a un lado y se puso en pie de un salto. Vestía pantalón de chándal, de marca, y camiseta blanca; iba descalzo, parecía un viajante de comercio en un compartimento de tren después de quitarse su traje de trabajo para ponerse cómodo. En efecto, tenía una parte de la cabeza rapada, tal y como me lo había descrito Olga, aunque eso no le hacía aparentar más edad. En su oído izquierdo llevaba un dispositivo de manos libres parecido a un audífono de grandes dimensiones. Después de dar un manotazo al teclado del portátil, en un intento por parar el vídeo, me volvió a mirar con gesto desafiante, aunque un tanto inseguro. A su espalda, la imagen de la pantalla se había quedado congelada, la cabeza de una mujer rubia, cuyos labios estaban ocupados en lamer alguna cosa, oscilaba ahora levemente, emitiendo reflejos color mate, si bien el tipo no podía verlo.

—¿Eres Herman? —me preguntó con algo de insolencia—. Soy Dima —dijo, tendiéndome la mano—. Siéntate —me ordenó, señalando la silla al lado de la puerta.

Tiré al suelo un ejemplar de *Cosmopolitan* pringado en algo y me senté. Dima hizo el gesto de recoger la revista, pero en el último momento se contuvo. Permaneció de pie mientras me observaba de manera exagerada, para ganar tiempo y decidir cómo debía tratarme.

Detrás de él, la mujer rubia continuaba succionando algo fantástico, formando una imagen destacada y pintoresca junto con el pantalón de chándal de aquel tipo.

Antes de que yo abriera la boca, el agua de la ducha dejó de correr y el compañero de Dima, un hombre rechoncho, de pelo largo, pijama azul y unas chinelas peludas, como de mujer, entró en la habitación. Iba secándose el pelo con una toalla a rayas. Al principio, ni siquiera se percató de mi presencia; sin embargo, al percibir cierta tensión en la mirada de su socio, desvió los ojos en mi dirección y se apresuró a abrocharse los tres botones de su pijama.

—Este es Herman —dijo Dima, con una alegría impostada.

—Soy Vládik —se presentó el de pelo largo, atravesándome con la mirada.

Después de hacer el ademán de acercarse hasta mí, se quedó quieto, vacilando acerca de si debía o no estrecharme la mano. Decidió no hacerlo. Yo tampoco me apresuré a saludarlo.

—Vaya, vaya —continuó Dima, observándome con impertinencia —. Y nosotros buscándote. Qué bien que hayas venido. ¿Verdad, Vládik?

—Cierto —corroboró Vládik, de mal humor.

Me daba perfecta cuenta de cuál era su modo de proceder. Vládik, parecía ser el tipo más sencillo de los dos. Dima le había asignado el papel de policía malo. Su misión consistía en intimidarme. Y vaya si lo hizo. Se colocó tan cerca de mí, que pude oler la crema hidratante que se había puesto después de afeitarse. Dima, en cambio, tenía pinta de avispado; trataba de pasar por un tipo legal, desenvuelto, campechano y algo insolente. Estaba claro que era Dima quien se reservaba para sí el papel de confesor, mientras que Vládik estaba allí sin más, como una pieza de mobiliario.

—Fuimos incluso a buscarte a tu trabajo —prosiguió Dima—. Aparte de llamar a tu hermano. ¿Verdad, Vládik?

—Llevamos cinco días dando vueltas por la zona, no te jode —añadió Vládik, intimidante.

Mientras aquellos dos hablaban, yo no apartaba la mirada de la pantalla del portátil sobre la que, despidiendo unos reflejos mate, la rubia no soltaba su presa de la boca. Vládik interceptó mi mirada y reparó en la imagen de la pantalla. Dima, al percatarse de que Vládik y yo estábamos mirando algo a su espalda, se volvió bruscamente y reparó en la imagen. Vládik, antes de que pudiera reaccionar, pasó veloz a su lado y cerró de golpe el portátil. Se dispuso a volver a su sitio, pero yo había movido mi silla, cortándole el paso, así que los dos se quedaron de pie, frente a mí, como dos escolares delante del profesor. Enseguida se dieron cuenta de mis intenciones. Se notaba que aquello no les había hecho ninguna gracia, de modo que se

sentaron en la cama de Dima, después de sortear el charco de yogur. Pese al cambio de posición, seguían pareciéndose a un par de escolares que, sentados allí, no sabían qué hacer con sus manos. En definitiva, ninguno de los tres se sentía demasiado cómodo. Sin embargo, había que continuar con la conversación.

—Por cierto —volvió a la carga Dima—. Al menos podrías llevar un móvil.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para poder localizarte, para qué será —dijo Dima.

Vládik me miraba con frialdad.

—Y vosotros, ¿qué coño queréis de mí?

—Tenemos que hablar —intervino Vládik—. ¿Conoces a Borís Kolesnichenko?

—¿A Bólek?

—A Borís —me corrigió fríamente Vládik—. Kolesnichenko.

—Digamos que sí —respondí con la misma frialdad.

—Me suena que tuvisteis algún problemilla —apuntó alegremente Dima—. Algo relacionado con la pasta.

—¿Quién te dijo eso?

—Nos lo contaron ellos mismos —dijo Dima, riéndose.

—¿En serio? ¿Y qué fue exactamente lo que os dijeron?

—Nos explicaron que te habían timado con la pasta. —Dima volvió a reír.

—Como a verdadero imbécil —añadió Vládik.

—¿De verdad dijeron eso?, ¿como a un verdadero imbécil? —pregunté.

—Bueno, no lo dijeron exactamente así —dijo Dima, recostándose—. Pero, algo parecido.

—Pero no dijeron «como a un verdadero imbécil», ¿verdad? —insistí.

—No, eso no lo dijeron —se vio obligado a reconocer Dima.

—¡Lo veis! —exclamé aliviado.

—Sea como sea —volvió a intervenir bruscamente Vládik—. ¿Eso qué importa? También timaron a unos clientes nuestros. Esos dos van timando a todo el mundo.

—Exactamente —dijo Dima de nuevo—. Hace mucho que se les debía haber parado los pies. Sólo que no hay manera de cogerlos con las manos en la masa: son muy astutos, los muy cabrones.

—¿Y yo qué tengo que ver? —pregunté, sin terminar de entender lo que pretendían de mí.

—Veamos, Herman —dijo Dima en tono de confianza—. Si nos echas una mano, igual podremos echarles el guante.

—Hazle caso a mi socio —me apremió Vládik con tono de amenaza.

—Si testificas en su contra, están jodidos —sugirió Dima. ¿No te jodieron a ti?

—Claro —respondió por mí Vládik.

—¡A nuestros clientes también los jodieron, esos cabrones! —gritó alegremente Dima—. En pocas palabras, Herman, tenemos que ir todos a una, así podremos pillarlos.

—¿Te queda claro? —me preguntó Vládik con severidad.

—Le queda claro, sí —contestó Dima por mí—. Tú no te preocupes por nada, nosotros nos encargaremos de todo. Lo único que tienes que hacer es declarar en el juicio. Una vez que recuperes tu pasta, adiós, muy buenas, ¿de acuerdo? A partir de entonces, nos las arreglaremos solitos.

Guardé silencio durante un instante mientras contemplaba la imagen estampada de unos perritos sobre las chinelas de Vládik.

—¿Queréis que declare contra Bólek? —quise precisar—. ¿Es eso?

—Efectivamente —confirmó fríamente Vládik—. Que declares contra Borís.

—¿Y a santo de qué pensáis que lo voy a hacer?

—Pero ¿no has dicho que te timaron? —se extrañó Dima—. Con la pasta —puntualizó.

—¿Y tú crees que eso basta para delatar a unos amigos?

—¡Amigos de qué! —protestó Dima, furioso—. ¡Te timaron!

—Como a un verdadero imbécil —matizó Vládik.

—Cierra la boca —le dije—. ¿Me has oído? Cierra la puta boca.

Vládik se quedó algo turbado.

—Déjalo —Dima se dirigió a mí para interceder por su socio—. No pasa nada.

—Ya me has oído, cierra la boca —volví a sugerirle a Vládik—. ¿Te enteras?

Vládik encogió el cuello, consiguiendo que su cabello mojado se le desparramara por los hombros. Pese a que se había callado, decidí acabar de una vez con todo aquel asunto.

—¿Lo has entendido? —le seguí diciendo con insistencia a Vládik —. ¿O no lo has entendido?

—Lo ha entendido —intervino Dima tímidamente—. De verdad, Herman, lo ha entendido.

—Así me gusta. —Recuperé la calma—. Escuchadme bien, hoy todavía os podéis quedar aquí para pasar la noche, pero mañana os estáis largando con el primer autobús. Es por vuestro bien, muchachos, que no os vuelva a ver por aquí.

—Herman —intentó discrepar Dima—. ¿Qué mosca te ha picado? Nosotros estamos de tu parte. Sólo queremos darles a esos tipos su merecido. Te jodieron.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Veinticuatro.
—Y yo veintitrés —añadió Vládik sin ton ni son.
—Tú cierra la boca —le corté en seco—. Tío, para tener veinticuatro años llevas mucha mierda dentro. ¿Lo entiendes? ¿Crees que voy a chivarme de mis amigos por la puta pasta? ¿Crees que la jodida pasta es razón suficiente para que los apuñale por la espalda? ¿Eso crees? ¿De dónde habéis salido, muchachos? ¿Qué habéis estudiado, si es que puede saberse?
—Derecho —respondió Dima con un hilo de voz. Parecía estar desorientado. Por lo visto, no se lo esperaban.
—¡Cuánto abogado tenemos por aquí, joder! —exclamé, asombrado—. Ya me habéis oído, mañana no os quiero volver a ver por aquí. Y en lo que respecta a mis amigos, yo mismo arreglaré las cosas con ellos, sin abogados de por medio.
Me levanté y fui hacia la puerta. Cuando ya estaba saliendo, Dima saltó de la cama.
—¡Herman! —me llamó desesperado—. ¡Hemos reunido todos los papeles! ¡El paquete entero! ¡Nos tienes que ayudar, es por tu bien! ¡Cómo es que no lo entiendes! ¡Mira eso!
Cogió el portátil, levantó bruscamente la pantalla y me lo tendió para enseñarme algo. El ordenador, con un ruido sordo, volvió a ponerse en marcha: la rubia volvió a aparecer sobre la pantalla, retomando con nuevos bríos la succión que había dejado a medias.
—Míralo tú, pajillero —le sugerí antes de entornar la puerta tras de mí.

Continuando con la conversación, repliqué al sacerdote:
—Todo lo que dices es cierto. Estoy de acuerdo contigo casi en todo. Sin embargo, tú has dicho de ellos: débiles e indefensos. Y yo pienso: ¡qué coño, padre! ¡Qué coño van a ser débiles, esos! ¿Indefensos, por qué? Todos ellos han nacido aquí, y aquí siguen viviendo. Pero aun así, se comportan como si estuviesen de tránsito en una estación de tren, ¿me explico?, a punto de subir al tren y estuvieran despidiéndose de todos, no se sienten en deuda con nadie ya; si quisieran, podrían quemar todas las naves porque el tren está ahí, esperándolos. Es exactamente así como se comportan. Ahora bien, no tengo ni idea de por qué lo hacen puesto que aquí es donde viven, los muy canallas. En estas mismas ciudades. Se criaron aquí. Fueron a la escuela aquí, faltaban a clase aquí, jugaron al fútbol. Han vivido aquí toda su vida. ¿Por qué entonces no dejan tras de sí más que tierra quemada? Hablo de toda esa chusma que se te va colando en todas partes. Todos esos banqueros canallas, polizontes, empresarios, jóvenes abogados, políticos precoces, analistas, propietarios, capitalistas y su puta madre: ¿por qué se comportan como si los

enviaran aquí a pasar unas vacaciones? ¿Como si para ellos no hubiese mañana? Cuando, en realidad, no se marcharán a ninguna parte. Se quedarán aquí, para acabar yendo de compras a las mismas tiendas a las que vamos nosotros. ¡Qué van a ser indefensos, padre! ¡Antes que débiles, son unos tiburones! Tienen mandíbulas de acero, te hincarán el diente cuando lo crean oportuno. Entonces ¿por dónde pasa su indefensión?

—Tienes razón —reaccionó el cura ante mi invectiva—. Aunque se te olvida algo, la agresividad es fruto de la indefensión. Y también de la debilidad.

—¿Crees entonces que se han vuelto locos a causa de su debilidad y no por otra cosa?

—En efecto. Y también a causa de su indefensión.

—¿Y yo qué hago con todo eso?

—Sigue haciendo lo mismo que has venido haciendo hasta ahora, Her —aconsejó el cura—. Es eso lo que tienes que hacer. No menosprecies a los vivos. Ni tampoco olvides a los muertos.

La tarde del mismo día, fui al hospital en compañía de Seva para recoger a Olga. Se había enterado ya de la muerte de El Traumas y estaba silenciosa y llorosa; incluso dejó que la llevara en brazos hasta el coche donde la acomodamos en el asiento trasero. Su casa estaba sólo a unas pocas manzanas del hospital. Seva condujo el vehículo con mucha precaución, sorteando con cuidado los baches. En casa, dos tías de Olga la estaban esperando. En brazos, la llevamos al patio delantero, amplio y emparrado, luego la subimos a un pequeño porche y tras cruzar la terraza, la tendimos sobre el sofá de la sala de estar. Las tías se pusieron a trajinar a nuestro alrededor. Trajeron una tetera con té caliente, unos pequeños almohadones y una botella de agua mineral. Luego trajeron de alguna parte un gato negro muy flaco e intentaron que Olga lo cogiera, pero ella, ante tanto trajín, perdió la paciencia y pidió a todos que salieran de la habitación y la dejaran sola. A mí me dijo que me quedara.

—El funeral, ¿cuándo es? —me preguntó con un hilo de voz.

—Pasado mañana. El sábado.

—Recógeme, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y ahora márchate —me pidió—. Te espero luego.

—Como tú quieras. Deja que me quede contigo hasta que te duermas, y luego me iré.

—De acuerdo.

Desde el patio, se oían las voces de las tías, hablando entre ellas. Olga, arrebujada en una manta de pelo, estaba tumbaba en el sofá, y miraba hacia el otro lado de la ventana donde la oscuridad expandía

sus tintes color violeta.

—¿Te acuerdas de la vez que me hablaste sobre unas postales? —me preguntó de pronto.

—¿Qué postales?

—Postales turísticas. Me dijiste que habíais utilizado postales con vistas de distintas ciudades en clase de idiomas.

—Sí, es cierto —me acordé—. Unas postales con vistas de Voroshilovgrado.

—Exactamente —confirmó Olga—. Postales de Voroshilovgrado.

—¿A qué viene eso ahora?

—Es que en casa encontré un montón de ellas.

—¿En serio?

—Sí, no podía recordar de dónde habían salido, pero al final me acordé. En la adolescencia, mis amigas y yo nos carteábamos con unos amigos de Alemania Oriental. Yo me escribía con un chico de Dresde. Él no dejaba de pedirme que fuera a visitarlo a su casa, me enviaba postales. Yo también se las enviaba, compraba juegos enteros de ellas, escogiendo las que tenían flores, y cuantas más le enviaba, mejor, para que el chico alemán creyera que la vida aquí era una fiesta. Y me quedaba las postales con vistas de monumentos. Las encontré hace poco por casualidad en casa. Un montón de ellas. Es extraño —apuntó—. Voroshilovgrado ya no existe, el chico de Dresde hace mucho que dejó de escribirme, y yo parezco otra persona. Como si aquello me hubiera ocurrido en otra vida, con otra gente. Ni la ciudad, ni el país, ni las personas siguen siendo las mismas. Quizá mi pasado no está sino en esas postales. Ese pasado del que me privaron y que me obligan a olvidar. Y yo me niego a olvidarlo porque, en realidad, forma parte de mí. Tal vez, la mejor parte —añadió tras una breve pausa.

Con un gesto de complicidad, me tocó la mano y se quedó callada durante unos instantes, mirando por la ventana.

—Yo sabía que alguna desgracia iba a ocurrir —dijo de repente—. Lo presentía, pero nada pude hacer para impedirlo.

—¿Qué podías haber hecho?

—No lo sé —dijo—. No lo sé. Tampoco sé qué debo hacer ahora. No se te olvide pasar a recogerme, ¿de acuerdo? —me recordó.

—No se me va a olvidar —le aseguré—. No te preocupes.

Sacó del bolsillo su móvil y me lo tendió.

—Déjalo por aquí —me pidió.

Cogí el aparato.

—¿Puedo hacer una llamada? —le pedí antes de encontrar rápidamente en la lista de contactos el número de El Traumas.

Después de marcar, me quedé escuchando la señal. Sonó una, dos, tres veces. Cuando iba a colgar, percibí un sonido extraño, parecido al de un contestador automático, apenas perceptible, como una corriente

de aire que irrumpiera desde el otro extremo de la línea y cobrara poco a poco intensidad. Era como si un temporal se desatara de pronto, vaciando el aire de sonidos y voces, ahogándolo con su gélido aliento. Aquel ventarrón ululaba en el vacío. Era como si hubiera sintonizado casualmente algún canal de radio secreto que los pilotos utilizaban para sobrevolar aquel territorio dejado de la mano de Dios. Paulatinamente, fui distinguiendo, entre ruidos y corrientes de aire, ciertas voces ininteligibles. Hablaban a gritos por algún canal remoto, dirigiéndose unas a otras, sobre algo importante. Sin embargo, no conseguí sacar nada en claro, por mucho que aguzara el oído y tratara de discernir palabras sueltas. Lo único que percibía, era un rumor monocorde y distante, que llenaba el espacio del más allá. Poco a poco, las voces cesaron; y se impuso un silencio opresor e inefable. Apagué el móvil y lo dejé sobre el alféizar de la ventana.

—¿Y? —preguntó Olga.

—Nada —respondí—. Nada de nada.

Olga aún siguió despierta durante un tiempo, tumbada en medio de la oscuridad con los ojos abiertos, no dejó de cogerme la mano, suspirando levemente y canturreando algo a media voz. Hasta que finalmente se quedó dormida, respirando abstraída y regularmente.

Seva se marchó con el coche sin esperarme, cuando salí al patio ya no estaba. Después de recorrer la calle, me introduje bajo las ramas oscuras de unos manzanos, antes de tomar un atajo, y enseguida llegué junto al muro del hospital por tercera vez en lo que iba del día.

Había refrescado, el cielo se estaba cubriendo de nubes. La ciudad parecía quieta y desolada, la luz de la luna descubría en la oscuridad las pesadas ramas de los árboles frutales y las señales de tráfico metálicas, frías y cubiertas de rocío. Mientras caminaba, intenté recordar los acontecimientos de mi vida que estaban relacionados con los edificios con los que me iba encontrando por el camino. Pasé delante de la clínica en la que habían operado a mi hermano de apendicitis. Me acordé de cómo nosotros, unos niños, íbamos allí a visitarlo, saltando un muro de ladrillo. Rodeé el edificio de piedra blanca de la cárcel, a la que iba con mi hermano, porque él tenía asuntos que tratar con los guardias. Pasé por delante del antiguo monasterio, que había sido utilizado como cuartel por la unidad militar, en cuyas filas había servido mi padre. Pasado el monasterio, se hallaba mi antiguo colegio y su patio de recreo asfaltado, pintado a rayas blancas, con unas barras para hacer ejercicio y escondrijos para guardar cigarrillos. La valla del patio tenía agujeros por los que se podía entrar y salir. Algo más allá, se divisaba el hotel, donde llevábamos a mujeres para acostarnos con ellas. En aquella época, ya éramos adultos, disponíamos de dinero de bolsillo, teníamos cierta

autoridad ganada en la calle y alguna noción de lo que era el amor. Enfrente del hotel, envuelto en la oscuridad, estaba el edificio de la telefónica, cuyo interior había albergado en su momento una sala de vídeo. Nosotros casi nunca íbamos allí, porque solían proyectar películas de artes marciales, que, como adultos que éramos, no nos interesaban nada. El siguiente edificio pertenecía al centro de atención primaria donde, alguna vez, habíamos comprado alcohol bajo mano. Detrás, en una esquina, se hallaba la tienda veinticuatro horas, en la que servían alcohol a todos los sedientos, independientemente de su estado civil, edad o creencias religiosas. Luego, a mi derecha, contemplé por un instante la torre de vigilancia del cuartel de bomberos al pie de la cual provocamos, en una ocasión, una buena pelea, y por la que nos detuvieron a todos, para trasladarnos a la comisaría que se hallaba justo detrás del cuartel. Pasada la comisaría, callejeé por unos patios silenciosos, cubiertos de maleza y telarañas, unidos por callejones cuyo pavimento parecía haber sido destrozado a conciencia. Luego llegué a la carretera, que continuaba fuera de la ciudad, y que la recorrí con la renovada sensación de despedirme para siempre de aquellas casitas y callejuelas, de dejar atrás la ciudad, donde había abandonado a mis amistades, mis familiares y mis seres queridos. Una extraña combinación de pérdida y desasosiego me embargó por un instante, que rápidamente fue sustituida por una dulce sensación de ritmo, que me advertía de que la carretera no había hecho más que comenzar y que era posible transitar por ella todo el tiempo que se quisiera y en cualquier dirección. Unos campos desiertos se extendían después de las últimas casas de la ciudad; más adelante, en la oscuridad, se veía la barrera de la presa. Más allá, la superficie del río relucía intensamente bajo la luz de la luna. Al otro lado del río, se erguían oscuras las colinas, que el aire de la noche cubría como si fueran fundas para muebles. Nada había cambiado allí durante mi ausencia. Trozos de cristal, chatarra y hierba quemada cubrían como antes los márgenes de la carretera. Más allá de la presa, a lo lejos, las luces de las casas permanecían encendidas. El silencio que reinaba en los alrededores, era el mismo, igual que las voces y los susurros que se disolvían en él. Todo seguía igual. Los animales asustadizos. Los peces dormidos. El cielo alto. La tierra negra.

P. D.

Hola, Herman.

Perdona por no haberte escrito antes. Para empezar, no tengo muchas novedades que contarte, y las que tengo, dudo de que realmente sean de tu interés. De todas formas, te voy a contar una vieja anécdota. No recuerdo por qué no te la conté en su momento. Trata de *Pájmutova*, que en paz descanse, y

como conocías al animal, espero que esta historia te resulte amena e instructiva. Fue mi padre quien trajo un día a *Pájmutova* a la torre de telecomunicaciones cuando yo tenía tres años. A partir de ese momento, nos criamos juntas. Me acostumbré enseguida a su compañía. Nuestra vida en la torre era bastante monótona, no había muchas diversiones, que digamos, así que pasaba todo mi tiempo libre en compañía de *Pájmutova*. Dormíamos, comíamos y paseábamos juntas. En verano, cada vez que volvíamos de la torre a nuestra casa en la ciudad, hacíamos un alto en la orilla del río donde nadábamos un buen rato hasta debajo del puente para escuchar retumbar los camiones pesados que transitaban por él.

Ese día el ambiente era inusitadamente tranquilo y soleado. Era mediados del verano, los días eran cálidos e interminables. Llegamos al río a media tarde. *Pájmutova* estaba cansada, se había pasado casi todo el día correteando por las colinas alrededor de la torre. Fui la primera en entrar en el agua. Me mantuve cerca de la orilla, no me apetecía bracear contra la corriente. *Pájmutova*, en cambio, siguió adelante mientras nadaba río adentro, cada vez más lejos y disfrutando del agua fresca. Aunque vi que la corriente se la llevaba río abajo, no me preocupé porque, como sabrás, los perros nadan mucho mejor que nosotros, los humanos. Pero esa vez fue distinto, la corriente, después de llevarse a la perra lejos de la orilla, en dirección al puente, la atrapó en un remolino como si fuera una rama. Si bien en aquel tramo las aguas eran calmas, se arremolinaban ocasionalmente debajo del puente, debido a unas obras que habían hecho allí para ahondar el fondo. *Pájmutova* había ido a parar a uno de esos remolinos. Preocupada, nadé hacia ella. Sin embargo, cuanto más me acercaba, con menos fuerzas me veía para socorrer a la perra. La corriente me arrastraba a la parte más profunda del río, donde todavía podía ver a *Pájmutova*. Rápidamente la alcancé y me agarré a su cuello, asustada. Ella, quizá, se lo tomó como un juego puesto que se abalanzó sobre mí, abrazándome a su vez con las patas. Empecé a ahogarme. Grité y traté de apartar a la perra mientras daba manotazos contra el agua. Pero todo fue en vano, estaba totalmente agotada y, presa del pánico y de la rabia, empecé a perder el conocimiento. «¿Cómo es posible? —pensé entonces—. Si yo sólo quería salvar a mi perra. Y ahora resulta que, sin haberla salvado, me voy a ahogar yo.»

Y en el momento en que me iba hacia el fondo, después de que el agua cerrara sobre mí su transparencia entre verdosa y azulada, *Pájmutova* entendió que yo no estaba jugando, y se

lanzó detrás de mí. Menos mal que fui lo suficientemente lista como para abrazarme a ella y no volver a soltarla. Mientras tanto, la corriente nos había arrastrado a las dos muy lejos, río abajo. Cuando por fin conseguimos hacer pie, llegamos a la orilla y nos quedamos un largo rato tratando de recuperar el aliento y con el cuerpo tembloroso. *Pájmutova*, sin embargo, fue la primera en recobrarse, se fue corriendo hacia la orilla y empezó a olfatear algo. Mientras, yo, sentada sobre la arena húmeda, pensaba: «Qué curioso, después de intentar salvarla, ella ha acabado salvándome a mí, y a partir de ahora hay algo muy importante que nos une a las dos, algo que no se lo vamos a contar a nadie, yo simplemente por miedo y ella porque es una perra».

Herman, creo que es así más o menos como suelen suceder las cosas, ¿no es cierto? Cuando nos vemos en la tesitura de tener que salvar a nuestros seres queridos, a veces no nos damos cuenta de que las circunstancias van cambiando, hasta el punto de que son ellos quienes nos acaban salvando a nosotros. Creo que es así como debe ser, y que las emociones compartidas, la vida juntos y la posibilidad de enfrentarnos a una muerte juntos es lo que crea el verdadero vínculo entre nosotros. Y luego está el amor, aunque no todos vivimos lo suficiente para alcanzarlo.

Mientras tanto, el otoño se hace notar cada vez más, durante el día, el sol ya no calienta los árboles ni el agua, y por las noches hace frío. Apenas salgo de casa, me siento en la cocina y contemplo el atardecer, que avanza rápido, sin que una se dé cuenta. Sólo queda esperar para que las cosas vuelvan a ponerse en su sitio, para que regrese el calor, el agua del río se vuelva a inundar de luz y las colinas atrapen los rayos de sol y nos deslumbren de nuevo la vista.

Bueno eso era lo que quería contarte.

Besos.

KATIA
P. P. D.

—Lo que os decía —anunció mientras escrutaba a todos ellos con la mirada—. Veo que aquí os dedicáis a la agricultura. Eso me hizo recordar la historia del profeta Daniel. Por cierto, ¿estáis bautizados?

—Bueno, sí —le respondieron con voces vacilantes.

—Eso está bien —se alegró el sacerdote—. Entonces entenderéis lo que os voy a explicar. Lo cierto es que a menudo desconocemos el verdadero alcance de nuestras capacidades y eso nos lleva a tener miedo de cruzar los límites que nos autoimponemos. Aun así,

solamente el Señor puede decidir hasta dónde somos capaces de llegar, de manera que si subestimamos nuestros conocimientos y nuestras aptitudes, no hacemos más que subestimar los dones del Señor. ¿Me explico? —dijo, dirigiéndose a los granjeros.

—Sí, sí —aseguraron estos.

—Magnífico —dijo el sacerdote, alegrándose de nuevo—. ¿Y qué le ocurrió a Daniel?, que debido a una serie de causas de naturaleza, digamos, social, fue arrojado a la fosa de los leones. Eran leones de verdad, estaban vivos. La muerte de Daniel en las garras de aquellas bestias era sólo cuestión de tiempo. No le quedaba ninguna posibilidad de sobrevivir. Entonces, se arrodilló y, con una oración, se dirigió a Dios. «Señor —rezó Daniel—, esos leones, que me rugen fieros y desesperados, ¿acaso es por naturaleza propia que están dotados de tanta ferocidad y de tanta sed de sangre? ¿Acaso no fuiste Tú quien alojó en sus corazones esa tristeza y ese furor? ¿Acaso no es por Tu voluntad que se despiertan por la mañana y se duermen por la noche? Si no es a Ti, ¿a quién entonces tengo que rogar por mi salvación? Si no es a Ti, ¿a quién tengo que dirigir mi palabra llena de gratitud y de responsabilidad?» Y mientras Daniel oraba, las bestias se acercaban a él, dándole calor con sus cuerpos; y sus corazones latían dóciles, atendiendo a las palabras que aquel decía en susurros. Daniel acariciaba sus melenas de oro, les quitaba las hojas secas y las briznas de hierba; y mientras dormía, los leones velaban, atentos, su sueño profundo y tranquilo. A lo que voy —dijo, dirigiéndose a los granjeros —. Todos vosotros vivís en comunidad: los bautizados, los no bautizados, los shtundistas, además de aldeanos descalzos y semianalfabetos. He llegado a conocer a todo tipo de personas por aquí. Y es aquí donde nacisteis y os criasteis, donde tenéis a vuestras familias y vuestros negocios. Es lo justo y lo correcto. Aun así, os peleáis entre vosotros sin llegar a entender lo más importante: vuestra enemistad es imaginaria, no real; la guerra que hacéis no la hacéis sino contra vosotros mismos. Os azuzan a unos contra otros, hacen que os enfrentéis entre vosotros para debilitaros y así dejaros indefensos. Porque saben que mientras os mantenéis unidos, no tenéis nada que temer. Y, en general, no hay que tener miedo. Ni siquiera en caso de que os arrojen a la fosa de los leones sin que nadie pueda acudir en vuestra ayuda. Simplemente tenéis que confiar en vosotros mismos y en vuestra capacidad de autodominio. Y, por supuesto, no dejéis de rezar cuando se precie. Tal y como lo hizo Daniel. ¿Entendido? —concluyó el sacerdote con severidad.

—Entendido —contestaron los granjeros, obedientes.

—Y una cosa más —dijo el cura—. La verdadera razón por la que los leones no mataron a Daniel es porque podía exhalar fuego. Para los leones, aquello era una señal divina, por eso se cuidaron de no hacerle

daño alguno.

—¿Cómo es eso? —preguntaron maravillados los granjeros.

—Así es —respondió con satisfacción el sacerdote.

Luego, se agachó para atarse un cordón de su zapato. Después de volver a enderezar el cuerpo y alzar las manos en actitud de oración, exhaló, desde lo más profundo de su garganta, una lengua de fuego azul y rosa, una mezcla de fuego ardiente y de alegría tierna e inefable.

NOTAS

1 La revista ilustrada soviética más importante de los tiempos de la URSS y durante la perestroika. Tiene entrada de Wikipedia en castellano. (*N del T.*)

2 Bólek y Lólek son dos personajes de dibujos animados polacos de una serie infantil de televisión del mismo nombre. (*N. del T.*)

3 VDV: *Vozdusho-Desántniye Voiská*, Fuerzas de Asalto Aerotransportadas. (*N. del T.*)

4 Diminutivo de Nikolái. (*N. del T.*)

5 Té excepcionalmente fuerte, elaborado en cárceles soviéticas y postsoviéticas. (*N. del T.*)

6 Análogo soviético del movimiento escoltista. (*N. del T.*)

7 Furgoneta de fabricación soviética. (*N. del T.*)

8 Político alemán, miembro del Partido Comunista de Alemania, el cual dirigió después del Levantamiento Espartaquista, durante la República de Weimar. (*N. del T.*)

9 Granja estatal, explotación agrícola en la antigua Unión Soviética. (*N. del T.*)

10 Alejandra Pájmutova es una de las compositoras oficiales más célebres de Rusia. (*N. del T.*)

11 Bebida de frutas y azúcar. (*N. del T.*)

12 Alusión a la novela del mismo nombre de Fiódor Dostoyevski. (*N. del T.*)

13 Antiguo deporte popular ruso, similar a los bolos. El *skrakli* es una modalidad ucraniana del mismo juego. (*N. del T.*)

14 Acrónimo del inglés *Armour-Piercing* o perforador de blindaje. Se refiere a un tipo de proyectil de punta dura, habitualmente utilizado en artillería, cuyo grado de perforación se basa en su energía cinética. (*N. del T.*)

15 Actual Lugansk. (*N. del T.*)

16 Destacado militar y político soviético en cuyo honor la histórica ciudad de Lugansk fue nombrada Voroshilovgrado en 1935. (*N. del T.*)

17 «No gitano», en lengua romaní. (*N. del T.*)

18 Tarás Hryhórovych Shevchenko (1814-1861) fue un poeta,

humanista y pintor, uno de los fundadores de la literatura moderna ucraniana. (*N. del T.*)

19 Predecesores de varios grupos protestantes evangélicos en Ucrania y en toda la ex Unión Soviética. La palabra *Shtundist* deriva de la palabra alemana *Stunde* («hora»), en referencia a la práctica de reservar una hora para el estudio diario de la Biblia. El término se usó originalmente en un sentido despectivo, pero también ha sido adoptado por muchos seguidores de esta tradición. (*N. del T.*)

20 Gurzuf es una ciudad de Ucrania situada en la costa sur de la península de Crimea, a orillas del mar Negro. (*N. del T.*)

21 «Gloria a nuestra Patria libre… baluarte de la amistad entre los pueblos… fuerza…», son citas textuales del estribillo del himno de la Unión Soviética. (*N. del T.*)

22 Antigua tradición eslava que manda sacar a los muertos del interior de las casas llevándolos con los pies por delante. (*N. del T.*)

23 Vladímir Ilyich Lenin. (*N. del T.*)

24 En inglés en el original. (*N. del T.*)

25 Sasha, Shura, diminutivos de Aleksandr, el nombre de pila de El Traumas. (*N. del T.*)

26 En el original, «redada corporativa», toma de control de un negocio cambiando el propietario legal, a menudo, de forma fraudulenta. Práctica muy extendida en el espacio postsoviético. (*N. del T.*)

27 Así es en el original. (*N. del T.*)

28 Los tártaros de Crimea, acusados de haber colaborado con los nazis y deportados por orden de Stalin a las regiones de Asia Central tras la Segunda Guerra Mundial, volvieron a la península en la primera mitad de la década de los años ochenta. (*N. del T.*)

29 Vino sometido a un proceso de elaboración especial para aumentar su estabilidad y su graduación alcohólica. (*N. del T.*)